h. walter wolff

oseas hoy

las bodas de la ramera

ediciones sígueme

EDICIONES SIGUEME

oseas hoy
las bodas de la ramera

h. walter wolff

oseas hoy

las bodas de la ramera

ediciones sígueme • salamanca 1984

NUEVA ALIANZA 93

Título original: *Die Hochzeit der Huve*.
Traductor: del alemán Faustino Martínez Goñi

I S B N: 84-301-0936-6
Depósito legal: S. 167 - 1984
Europa Artes Gráficas, S.A. - Sánchez Llevot, 1 - Teléf. 22 22 50 - Salamanca, 1984

CONTENIDO

PROLOGO

«Las bodas de la ramera», ¡extraño título! ¿Se nos ofrece tal vez aquí una novela escabrosa de tres cuartos? Nada más lejos que esto. Más bien se presenta aquí de la manera más exacta posible lo que el profeta Oseas tiene que decir. De todos modos no deja de ser chocante. Oseas siente celo por la vida de aquellos que se hallan arrasados por la codicia, por sus impulsos y por sus pasiones.

Sin duda que es un Dios extraño el que llama a un hombre para convertirlo en su profeta y luego le dice: «Toma a una prostituta por mujer».

«Prostitución», ésta es la inaudita palabra-clave de la querella de Oseas. No menos de 19 veces aparece la familia de palabras derivadas o relacionadas con «prostituirse» en los 14 capítulos de Oseas, y esto ocurre siempre en pasajes centrales. Sin embargo, nunca aparece de una manera escandalosa o repugnante. La ramera puede celebrar una boda con todas las de la ley. Ella debe comenzar una nueva vida debido al ardiente amor de su Dios. ¡Qué Dios más extraño! Se entrega en las bajezas más sombrías. Su mensajero es un claro precursor de Jesús, que abre a las prostitutas el reino de los cielos y las llama a asociarse con él.

Según lo que nos han transmitido los evangelistas, Jesús recordó en diversas ocasiones las palabras de Oseas (cf. Mt 9, 13; 12, 7; Lc 23, 30). Y no hay que excluir que el mismo Jesús aludiera a él con más frecuencia. Para los hombres de hoy, puede ser importante el descubrir de nuevo a Oseas. Tenemos el peligro de operar fácilmente con palabras aisladas, bíblicas o no bíblicas, de aplicarlas a nuestro antojo y de falsearlas. La explicación que damos en las páginas que siguen sobre el libro de Oseas invita al lector a seguir punto por punto las palabras del profeta. Descubrirá el curioso cambio del hombre debido al más curioso cambio de Dios. De esa manera podrá darse cuenta del camino maravilloso —así es como hay que denominarlo exactamente— que va desde la miseria de la ramera a sus bodas. Y se encontrará en Oseas con tres variantes: del capítulo 1 al 3, del capítulo 4 al 11, y del capítulo 12 al 14.

*La base de estas interpretaciones se halla en un comentario científico del autor (*Dodekapropheton 1, Hosea: *Biblischer Kommentar XIV/1 Neukirchen [3]1976). Aquí se ofrecen sus resultados más importantes, en una forma inteligible para todos, para aquellos lectores que desearían aproximarse a este extraño profeta, a fin de descubrir cómo sus palabras se refieren a nosotros. Estas exposiciones se desarrollaron en público, en sermones, primeramente en los años 1956-57 y 1960-61 y, luego, en la serie de los sermones veterotestamentarios (4.ª y 5.ª serie, Neukirchen 1959 y 1961) cuya impresión hace tiempo que se halla agotada.*

*Mientras tanto, la Chr. Kaiser Verlag publicó mis interpretaciones prácticas sobre Amós y también sobre Miqueas (*Mit Micha reden, *1978). Como tercer tomo, se ha añadido aquí la interpretación práctica de Oseas; en ella se pretende abarcar todo el libro del profeta, desde el primer versículo hasta el último, para los seglares interesados.*

Algunos lectores de la Biblia con respecto al conjunto del libro se sentirán impresionados, lo mismo que yo, por la pregunta que se formula en su versículo final: «¿Quién es sabio para entender estas cosas, prudente para comprenderlas?» (Os 14, 10). Cabe preguntarse si la tentativa de una explicación, en la forma de una predicación pública, no es más apropiada que un comentario científico, el cual, en el mejor de los casos, puede preparar al predicador. La inteligencia no basta para comprender. Se necesita la sabiduría cuya parte principal es el temor del Señor, cf. infra, *203 s, a propósito de 14, 10.*

El lector podría discutir si hoy es útil predicar de una manera seguida sobre los libros proféticos. Pero tampoco se puede pasar por alto la pregunta contraria: ¿Qué será de la predicación cristiana si por principio se pasan por alto los profetas veterotestamentarios? Y todavía peor: ¿Qué será de la iglesia y del mundo, si se acalla esa voz? La indudable actualidad de las palabras del profeta provoca la indudable actualidad de la predicación. Yo mismo he expuesto las explicaciones de Oseas ante círculos muy distintos entre sí. Las palabras de ánimo que se me han dirigido frecuentemente invitándome a que publicara esta colección se hallaban fundamentadas en el deseo de fomentar no sólo la comprensión particular, sino también las conversaciones en círculos familiares y en grupos de jóvenes y estudiantes.

A cada sermón precede el texto del libro de Oseas. En ese caso, sólo en parte podía tomar yo la traducción de Lutero. En algunos pasajes hemos progresado mucho en el conocimiento del significado del texto originario desde los tiempos de Lutero. A esto hay que añadir que Oseas hablaba decididamente en el lenguaje de su época. Sólo raramente toma él frases de la tradición sin cambiarlas. Pero con mucha mayor frecuencia sorprende los oídos con modismos e imágenes extrañamente nuevas (por ejemplo 5, 12 s; 11, 1 s; 13, 7 s).

Por eso nosotros debemos tratar, siguiendo a Lutero, de fijar con la mayor exactitud posible el sentido del texto original y hacerlo llegar de la mejor manera posible al oyente de nuestros días. Al final del libro, he dado una traducción completa de Oseas. La fundamentación de dicha traducción puede encontrarla el lector que sepa idiomas en mi Comentario. *Sobre la edición de la crítica del texto y los problemas de la escritura de las palabras de Oseas, se trata en la introducción de la homilía sobre Oseas 13, 1-14, 1, para ayudar a los oyentes y a los lectores en algunas dificultades especiales de entendimiento.*

Por los estímulos que me han dado para la publicación de este libro, por la elaboración del manuscrito y del índice de materias, así como por la ayuda a las correcciones, he de mostrar mi gratitud al estudiante de teología Hans-Jürgen Abromeil, a la señorita estudiante de teología Regine Appel y a la señora Erika Leister.

Heidelberg, febrero 1979.

HANS WALTER WOLFF

«¡Toma por mujer a una prostituta!»

Sermón sobre Oseas 1

[1]Palabra de Yahvé dirigida a Oseas, hijo de Beeri, en tiempos de Ozías, Joatán, Acaz y Ezequías, reyes de Judá y en tiempos de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel. [2]Comienzo del hablar de Yahvé en Oseas. Dijo Yahvé a Oseas: Ve y toma por mujer a una prostituta y engendra hijos de prostitución, pues que se prostituye la tierra apartándose de Yahvé. [3]Fue, pues, y tomó por mujer a Gomer, hija de Diblayim, que concibió y le parió un hijo. [4]Y le dijo Yahvé: Ponle por nombre Jezrael, porque de aquí a poco visitaré yo las matanzas de Jezrael sobre la casa de Jehú y pondré fin al reino de la casa de Israel. [5]Aquel día romperé yo el arco de Israel en el valle de Jezrael. [6]Concibió ella de nuevo y parió una hija, y Yahvé dijo a Oseas: Dale el nombre de Lo-Rujamá, porque ya no me compadeceré de la casa de Israel, no la perdonaré jamás. [7]Pero tendré misericordia de la casa de Judá y los salvaré por Yahvé, Dios: no los salvaré con arco, ni con espada, ni con guerra, ni con caballos, ni con jinetes. [8]Luego de destetar a Lo-Rujamá, volvió a concebir y parió un hijo, [9]y dijo Yahvé: Llámalo Lo-Ammí, porque vosotros no sois ya mi pueblo y yo no soy ya vuestro Dios.

Así de incómoda puede resultar la palabra de Dios cuando se manifiesta. Así de sorprendente Dios, cuando habla. ¿No advertimos el riesgo cuando nos reunimos como comunidad en torno a la palabra de Dios? Esto es totalmente distinto de cuando uno se acoge a piadosos pensamientos o a sentimientos religiosos.

Es la palabra del Señor que se realiza. Se pone en marcha una historia. Ocurren unos sucesos. E intervienen eficazmente en una vida. La palabra viene *a Oseas.* Por consiguiente, se pone en marcha una historia con referencia a un hombre. Este se nos presenta como *hijo de Beeri.* Este padre es desconocido en otros pasajes y probablemente su vida carece de importancia. Por otra parte, nada se dice sobre Oseas, ni de su título, ni de su profesión, ni de su patria ni de su origen. Por tanto, sólo esto es lo que introduce a Oseas en una historia imperecedera, a saber, que vino a él la palabra del Señor.

Esto ocurrió en medio de este tiempo perecedero y caduco: a saber, *en tiempos de Ozías, Joatán, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, y en tiempos de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel* (v. 1), es decir, en una época en que unos nombres completamente distintos desempeñaban un papel, por otra parte, de un modo transitorio. Uno releva al otro. ¿Quién habría pensado que, después de milenios, el que en su época tuvo tan poca importancia, es decir, Oseas, tendría una importancia y un significado actuales sólo porque a él se dirigió la palabra del Señor?

Por eso es él actual. Pero ¿por qué propiamente? Alguien colocó la lista de los reyes al principio del libro de Oseas, dirigiendo una mirada retrospectiva a aquellos sucesos del siglo VII desde cierta distancia. Causa extrañeza que del estado de Israel sólo menciona a Jeroboam II, que murió el año 746, y condujo a Israel, en 40 años de reinado, a su último florecimiento político y a indudables logros económicos. Y en esos días, fue cuando Oseas comenzó a anunciar el juicio de Dios. Este se cumplió en el período crítico del reino de Israel que duró 25 años hasta que la capital del reino de Samaria, después de un asedio de tres años, fue conquistada por los asirios y así todo el territorio del estado se convirtió en provincia asiria.

Esto sucedió en la primavera del 722 en tiempos del rey de Judea Ezequías. Así es como sobrevino la palabra del Señor, que Oseas había recibido y transmitido. Por eso, las palabras de Oseas se han conservado para todas las generaciones venideras, porque se trata de unas palabras cumplidas; no de unas palabras que no han permanecido, sino unas palabras que han hecho historia. Así la palabra bíblica es, ya en el antiguo testamento, una palabra sellada por hechos, igual que la palabra de Jesús fue sellada por su muerte y su resurrección. Nosotros nos reunimos aquí, no en torno a una configuración de pensamientos, sino en torno a una historia que Dios ha puesto de hecho en marcha por su palabra. Y puesto que se trata de una palabra del Señor de la historia, por eso es actual y no ha sido equiparada por ninguno de los trozos transitorios de la historia de los hombres, y mucho menos superada. También la historia de nuestro tiempo y de nuestra vida deberá dar razón a esta palabra.

¿Pero cómo interviene la palabra del Señor en nuestra realidad? *Cuando el Señor empezó a hablar por medio de Oseas, le dijo* (v. 2). El hablar de Dios *a través* de Oseas empieza con un hablar *a* Oseas. Esto ocurre en toda la Biblia y en todo el mundo: nadie puede hablar en el nombre de Dios, si no ha escuchado antes la palabra de Dios. A los otros los llama la Biblia falsos profetas; ellos presentan como palabra de Dios lo que ellos mismos han pensado o soñado. Esto es para todos nosotros de gran importancia: solamente si hemos escuchado efectivamente a Dios, podemos decir a otro en nombre de Dios algo que haga historia.

Pero ¿qué es lo que tiene que escuchar Oseas? *¡Ve y toma por mujer a una prostituta y engendra hijos de prostitución!* Así, pues, no se le hace escuchar algo que tenga que transmitir luego, sino que se le dice algo a lo que tiene que obedecer personalmente. Se trata de un mandato para su propia vida que él debe llevar a la acción. Sin duda que en seguida se advierte que ese mandato se halla en relación con su mensaje; pero eso no modifica el hecho de que inicialmente sólo se le ordena algo. El debe casarse con una prostituta, lo cual ciertamente no era como para poner a mayor altura la situación honorífica, si es que la había, de un profeta. Piénsese, aunque sólo sea un momento, en lo que la comunidad espera de las esposas de los pastores de la iglesia. Oseas debe unirse en matrimonio con una de las representantes de aquellas mujeres de Israel que se consideraban inapropiadas para contraer matrimonio. Por tanto, Oseas debe amoldarse a un ataque en su terreno más íntimo. Muchas tensiones entre los padres y sus hijos mayores nos muestran cuán a disgusto la persona adulta permite que se le diga algo en lo referente a la elección

de su pareja para el matrimonio. Y esto es altamente comprensible. Pero el mensajero de Dios debe, antes que nada, admitir en este pasaje que Dios le transmite una orden clara y tajante.

Y así continúa. *Le nacerán tres hijos.* Y hay que imponerles nombres. Los antiguos, al parecer, no tuvieron tanto orgullo al elegir los nombres como el que tenemos nosotros hoy: *¡Oseas!*, exclamaron sus padres agradecidos cuando nació nuestro profeta, es decir: ¡«El —el Señor— nos ha ayudado»! *¡Beeri!*, exclamaron sus abuelos entusiasmados por el nacimiento de su padre, es decir: «Un pozo o una fuente», dijeron felices de que el manantial de vida en la familia no se hubiera agotado. *Gomer,* pusieron por nombre sus suegros a la mujer que debe tomar por esposa Oseas, y con ello trataron de expresar su gratitud, como si dijeran: «El —el Señor— ha completado esto». Y ahora Oseas tiene que imponer el nombre a su primer hijo. Y entonces se le ahorran todas las cavilaciones respecto a la elección y se le da la orden: *¡llámale Jezrael!* (v. 4). Así se llama una ciudad regia que se halla manchada en sangre. Pero ¿quién es el que es capaz de imponer tal nombre a su hijo? ¿Quién de nosotros pondría a su hijo el nombre de «Mathausen», «Dachau» o el nombre de cualquier otro lugar donde hubiera habido un campo de concentración y de tortura? ¿Quién le pondría el nombre de «Auschwitz»? ¿Quién desearía estar a todas horas recordando acciones sangrientas? Luego, nacerá su hija: *Dale el nombre de Lo-Rujamá* (v. 6), es decir: «¡Ella no encontrará misericordia!». Y después de unos años tiene un nuevo hijo: *Llámalo Lo-Ammi* (v. 9) que significa: «No-mi-pueblo». ¿Quién habría impuesto jamás en Israel a sus hijos unos nombres negativos tan crueles, como si no quisiera reconocer a sus hijos, como si de antemano tratara de rechazarlos? Nadie.

¿Quién de nosotros pondría a su hijo el nombre de «Inquieto» o «In-educado»? Esto no se hace. Pues esto precisamente, que es algo totalmente desusado, es lo que tiene que hacer Oseas. Con su matrimonio y con los nombres de sus hijos, debe aportar unas señales tremendas a Israel, las cuales significan para él, en cifra, el mensaje que se le transmite. ¡De qué manera tan distinta sella Jesucristo —con su látigo en el templo, con el rechazo de la propia madre, pero también con su ayuda a los miserables y con su muerte y resurrección— la palabra que anuncia. En ninguno de nosotros es tan una sola cosa como en Jesucristo la palabra y la acción; y pienso que es muy discutible y cuestionable que a nosotros se nos transmitan signos a la manera de aquel precursor suyo. Pero lo que no se puede discutir es que, de cualquiera que transmite la palabra de Dios, se exige, antes que nada, que él escuche y viva aquello que ha escuchado. Nuestros contemporáneos desconfían con razón de cualquier palabra si el que la pronuncia no la vive. Cualquier acto oculto de obediencia personal sirve a la predicación pública mucho más que los métodos retóricos y psicológicos más refinados. Sigue siendo verdad que si el Señor empieza a hablar a *través de* uno, al primero que habla es *a* éste.

¿Pero qué es lo que significa esta extraña orden dada a Oseas de que se case con una prostituta? La misma orden va acompañada del motivo por el que se da: *pues se prostituye la tierra apartándose de Yahvé* (v. 2). Así, pues, este matrimonio debe manifestar el pecado del pueblo. Pero ¿de qué clase de pecado se trata? Tras las palabras drásticas, se ocultan hechos dramáticos. En Israel se han introducido los usos cultuales de Canaán. *El país* se prostituye. Se representa al país o a la tierra como una divinidad madre; ella se hace fructífera si el Dios juvenil de los cielos, al que se llama Baal, le proporciona el riego de la lluvia. Así, de los procesos naturales se estableció una teología de la naturaleza. Los usos cultuales corresponden a la misma. En los santuarios se representa el matrimonio de los dioses, mientras que el rey celebra unas bodas sagradas con la sacerdotisa. Esta acción pagana es, para el pueblo de Dios, una nueva prostitución. Parece que se actúa piadosamente, pero se vive del placer. Se nombra a Dios con los labios, pero en realidad se ha abandonado a Aquel que amó a su pueblo desde el principio, desde los días del desierto. Se espera conseguir el éxito en la vida según la moda de las ciudades cananeas. Este es el pecado de Israel. *El país se aparta de Israel como una ramera.* Tal vez la orden de matrimonio está relacionada con la ruina total: ni siquiera para un profeta hay una mujer que se comporte de un modo distinto a aquella masa que sigue las costumbres pervertidas de Canaán.

Aparentemente, la tentación de Canaán no es formalmente la nuestra. Pero la realidad es la misma. La prostitución es el amor infiel, que se entrega a los que son infieles. Israel abandona al Señor en favor de la mitología cananea de la que se espera el éxito en la vida. En la actualidad, se abandona al Señor en favor de la ciencia, de la que se espera, como de un ídolo, el éxito en la vida. Al principio de la edad moderna, Lutero aludió a la «prostituta razón», expresión infrecuente entre nosotros. Aquí radica el núcleo de nuestro pecado, tanto en el occidente como en el oriente, tanto en la vida pública como en la privada; unos se dedican a la prostitución abierta y otros a la oculta. Pero todos galantean con la ciencia. Voy a mencionar solamente tres ejemplos: la cuestión acerca del poder y, con ello, la decisión de una guerra futura aparece únicamente como una cuestión de ciencia, a saber, ¿quién va delante de los demás en la investigación atómica y en la superación de los problemas técnicos que se plantean en su utilización práctica? La cuestión del éxito en la vida, del vigor corporal y de la frescura espiritual aparece únicamente como una cuestión de ciencia: a saber, ¿quién puede lograr servirse de los resultados de la medicina? Y, finalmente, incluso la cuestión de la Biblia y de su credibilidad también se halla subordinada al ídolo de la ciencia. Un signo de ello es el libro de Keller, *Y la Biblia tenía razón*. Su rotundo éxito se apoya en gran parte en que muchas afirmaciones bíblicas aparecen como confirmadas por la arqueología: también aquí la ciencia ocupa el trono supremo. Así como Israel, igual que una ramera, galanteaba con los dioses de Canaán, así el mundo cristiano galantea con los dioses de lo moderno, con la ciencia. Por eso son infieles: abandonando a su Señor y dejando su amor eterno, andan en galanteos, dejando a un lado la fidelidad y el amor.

En este contexto llama el Dios de la fidelidad a sus mensajeros. ¡También ahora! Donde todo el mundo prácticamente vive como si con la fe en Dios no se pudiera iniciar ya nada, él equipa y prepara a sus mensajeros. Donde y cuando se está seguro de poder arreglárselas sin él, él establece su señal con aquel al que manda obedecer. Donde el hombre, bien con lujuria, bien con sagacidad, se erige a sí mismo un trono y se entrega a sus dioses, procura el mismo Dios que esta conducta sea denominada con su propio nombre: prostitución, infidelidad, lascivia. Y procura que el espíritu de prostitución no tenga la última palabra. Para eso llama hoy a su comunidad a su servicio.

Y ¿qué palabras confió a Oseas? Unas palabras de juicio tan tremendamente duras, que se advierte que han sido dictadas por un amor que sufre. Son palabras que explican los nombres de sus tres hijos. Jezrael debe llevar ese nombre porque el Señor *de aquí a poco abatirá las matanzas de Jezrael sobre la casa de Jehú* (v. 4). Allí, cien años antes (845/44) un joven general, Jehú, ejerció su poder caprichosamente cuando subió al trono de Israel. Además de haber dado muerte a su antecesor Joram y a la malvada Jezabel, asesinó también al rey de Judea Ocozías y asimismo a otros cien miembros de las antiguas familias reales en un terrible baño de sangre. Así se entregó al placer de la venganza y del mando, apartándose del Señor. Puede ser que Oseas piense al mismo tiempo en otro pecado de Jezrael. En efecto, unos decenios antes de Jehú, Ajab arrebató a Nabot una viña e hizo matar a su legítimo dueño instigado por su mujer Jezabel. Así sacrificó al capricho real el derecho de Dios y de su prójimo. Así parece que ocurre cuando uno se aparta de su Dios. Dios castiga esos crímenes de sangre de Jezrael que ofrecen ante el altar de los ídolos el poder y la posesión. Así Oseas ve que *el Señor romperá el arco de Israel en el valle de Jezrael* (v. 5), y cómo se acerca el asirio Teglatfalasar III, quien efectivamente, ya en el año 733, arrebató amplios territorios al estado de Israel y, entre ellos, también la fértil llanura de Jezrael. Dios puede esperar durante mucho tiempo, pero aparece y actúa en el curso de la historia al lado de los engañados y atropellados. El poder político y la injusticia social no tienen la última palabra. Dios sigue siendo el Señor. Sus mensajeros son llamados como testigos de que los ídolos del poder, de la posesión y de la ciencia no llegan a ser nunca los verdaderos y propios señores. El que deposita en ellos su última confianza es puesto en ridículo como una ramera infiel. Ahí los mensajeros son únicamente los guías y los pioneros de los acontecimientos históricos.

Dios actúa gradualmente. Las primeras palabras se referían solamente a la casa real. Las que siguen, a todo Israel.

Lo-Rujamá quiere decir ya *no me compadeceré de la casa de Israel, no la perdonaré jamás* (v. 6). Donde el pueblo no se aparta del falso entusiasmo por sus jefes, se convierte en culpable con ellos y es juzgado asimismo con ellos. La tercera frase va mucho más lejos. Expresamente se dice: *Luego de destetar Gomer a Lo-Rujamá, volvió a concebir y parió un hijo* (v. 8). A ése le debe llamar Oseas «Lo-Ammi». Cuando un niño era destetado tenía por lo regular de dos a tres años. Desde la vocación de Oseas, habían pasado sin duda cinco años. Entonces es cuando se le revelan las palabras más duras; son como la conclusión de una discusión que se lanza directamente sobre los oyentes: *porque vosotros no sois mi pueblo y yo no soy vuestro Dios* (v. 9). Es claro que Dios esperó durante años la conversión de su pueblo. Pero la prostituta de Israel no quiso escuchar. Así Dios saca las dolorosas conclusiones y explica que Israel se ha convertido en un pueblo extraño a Dios. Ve cómo ha roto su alianza. El ya no es su Dios. Israel debe ver a dónde camina con su amor apóstata renegado.

Y todo esto se dice en los años extraordinariamente prósperos y felices de Jeroboam II. Pocos años después, se inicia la catástrofe que condujo inexorablemente a la ruina histórica.

Y es hora ya de que escuchemos estas palabras amenazadoras del profeta en nuestros días saturados y prósperos. No es cierto que nuestra vida dependa de los ídolos, a los que hemos entregado nuestro amor, ni de la salud ni de lo que poseemos, ni del poder ni de nuestro super-ídolo la ciencia. Nuestra vida depende del Dios de la fidelidad y del amor. El poder y la ciencia no han vencido ni nuestros pecados contra Dios ni la muerte. Esto sólo lo hizo Jesucristo. «El que posee al Hijo posee la vida; el que no posee al Hijo de Dios no tiene la vida». Esto quiere decir con toda claridad: *el amor crucificado es el que tiene la última palabra.*

Para eso nos quiere Dios hoy como testigos. Esto tiene consecuencias para nuestro tiempo, en el que el servicio a los que sufren debe ir siempre después del servicio al poder. La trasnochada legislación social en la que esperan muchos ancianos se pospone siempre a una ley de defensa. Son insuficientes los medios humanos a disposición de los enfermos, mientras se gastan millares de millones en material bélico. El nivel de vida sube y la vida se va enfriando. Las ciencias florecen y consumen hombres y fuerzas, y Jesucristo es despreciado. Oseas repite en nuestros días su amenaza: así os estáis cavando vuestro sepulcro. Y será mucho más terrible que el sepulcro de Israel. Pero todavía somos llamados al Dios del amor y de la vida. No hay que extrañarse de que la prostituta-razón denomine esto una estupidez. En 1530 no suscribió la confesión de Augsburgo casi ninguna de las antiguas universidades: Colonia, Tréveris, Maguncia, Heidelberg, Tubinga, Friburgo, Basilea, Ingolstadt, Rostock, Greifwald, Leipzig, Erfurt, Franfurt del Oder, Praga; solamente las más recientes de Wittenberg y de Marburgo, que se establecieron en 1527, profesaron la fe evangélica. Y así nadie que se mantuvo en el evangelio temió ser llamado insensato.

La meta de Dios no es el repudio o el rechazo. Esto se ve claramente, en medio de nuestro tenebroso capítulo, en unas palabras que se dirigen a Judá: *Pero tendré misericordia de la casa de Judá y los salvaré por Yahvé, Dios; no los salvaré con arco, ni con espada, ni con guerra, ni con caballos ni con jinetes* (v. 7). En todos los tiempos se preocupa Dios por un resto, que él salva a través de la historia. Ellos viven, a pesar de su impotencia mundana, de la misericordia de Dios. Nosotros somos llamados a la fe de que Dios con este grupo, que reconoce en la cruz de Cristo el único signo de salvación, trata de seguir ayudando a la humanidad.

El profeta se halla, con su esposa-ramera, en medio de los que se ven repudiados. Al profeta se le dice también: *Llámalo Lo-Ammi, porque vosotros no sois mi pueblo* (v. 9). Esto constituye nuestra dicha. Así está colgado Jesucristo el crucificado entre los que se ven repudiados en el patíbulo. Y, como con Oseas, la palabra de Dios se halla entre nosotros, los apóstatas y renegados, y, como con Jesús, Dios mismo se presenta ante nosotros los renegados. De esta forma nosotros debemos ver y reconocer que Dios pretende sacarnos por todos los medios a nosotros, los renegados, del poder de la falta de amor. Y asimismo quiere rescatar a todos los que se han hecho culpables.

Para ello busca testigos que sigan personalmente sus palabras y las pongan en práctica antes de lanzarse a hablar. Y que coloquen el poder, la posesión y el saber no sobre Dios, sino bajo él y su palabra; ellos recuerdan incansablemente las

dos verdades: que quien rechaza el amor de Dios, pierde su vida, pues nadie ni nada puede suplir lo que él nos regaló por la cruz de Jesucristo y por su resurrección mediante su perdón para ahora y para siempre; y que las decisiones humanas que no toman como norma el amor de Jesucristo no tienen ninguna promesa; si el saber y el poder no sirven a su amor entre los hombres, solamente pueden difundir un hedor de muerte.

Queremos agradecer a Dios el que todavía nos llame de la prostitución a su amor. Sin embargo, debe quedar bien claro que él nos sitúa ante *una alternativa y ante una seria disyuntiva.* No nos hallamos situados ante un modo de pensar. Su palabra hace la historia: la prostitución tiene la muerte ante sí, pero su amor conduce, a pesar de todas las apariencias, a la vida, de la misma manera que el amor crucificado surgió, de la muerte, a la vida. ¿En quién confiaremos? ¿A disposición de quién nos pondremos si la política de la fuerza y del poder solicitan al mismo tiempo nuestro amor? ¿Nos aseguraremos una vida tranquila o entraremos, como Oseas y su familia, en el servicio de un amor que nos alecciona y nos advierte?

El pueblo de Dios crece

Sermón sobre Oseas 2, 1-3

1Y será la muchedumbre de los hijos de Israel como las arenas del mar, que son sin medida y sin número, y en el lugar mismo en que se les dijo: «Vosotros no sois mi pueblo», se dirá de ellos: «Los hijos del Dios vivo». 2Los hijos de Judá y los hijos de Israel se juntarán en uno y se darán un jefe único y se desbordarán de la tierra, pues será grande el día de Jezrael. 3Decid, pues, a vuestro hermano Ammí («Pueblo mío») y a vuestra hermana Rujamá («Compadecida»).

Al pueblo de Dios le corresponde el futuro. Se nos calumnia diciendo que nosotros nos ocupamos de algo pasado de moda y caduco. Pero nosotros respondemos: Nosotros escuchamos al Señor del futuro. Solamente así se puede vivir en el mundo moderno, se puede superar la angustia y vivir por encima e independientes de cualquier progreso. El último vencedor sobre todo progreso es la muerte. Pero el vencedor y el Señor sobre la muerte y, con ello, sobre todo progreso humano es y sigue siendo únicamente Jesucristo. Desde que él, como el Crucificado, venció en la pascua a la muerte, debe quedar claro para todo el mundo que sólo él es el Señor del futuro. Y para que le entendamos bien, hizo siempre referencia ante sus discípulos al antiguo testamento. Y así las antiguas palabras del profeta nos muestran hoy qué es lo que debemos esperar de él.

1) *El pueblo de Dios crece porque él ama a todos los hombres.* Así dice Oseas: *Será la muchedumbre de los hijos de Israel como las arenas del mar que son sin medida y sin número* (v. 1 a). Esto lo dijo Oseas alrededor del año 730 antes de Cristo. Entonces Israel era un pequeño estado. Del libro segundo de los Reyes 15, 19 s, se puede calcular que, en el año 738 antes de Cristo, no contaba con más de 60.000 habitantes que pagaban tributo. Cuando el rey asirio Sargón II, en la primavera de 722, sitió Samaria, deportó, según un escrito en el que se vanagloría de sus hazañas, a 27.290 personas. Samaria era la capital. Del año 853, sabemos nosotros que entonces se habían enfrentado a Salmanasar II, en Carcar junto al Orontes, no más de diez mil hombres. Y aunque había algunas otras decenas de miles de aliados junto a ellos, fueron lamentablemente derrotados por los asirios.

Salmanasar se vanagloría: «Con sus cadáveres terraplené el Orontes, de forma que se podría pasar por él como por un puente». Se trataba sin duda de un insignificante estado con 60.000 personas obligadas a pagar impuestos y con 10.000 soldados. Según eso, ¿no iba a sonar ridículo ante muchos aquello que dijo el profeta: *Y será la muchedumbre de los hijos de Israel como las arenas del mar, que son sin medida y sin número?* Indudablemente.

Pero lo increíble se hizo realidad cuando, en este curioso pueblo, nació aquel único Hijo por el cual, según la promesa hecha a Abrahán, «todas las estirpes de la tierra» habrían de ser benditas (Gén 12, 3). Cuando vino al mundo Jesucristo, se rompieron todos los diques. Y él fue asociando poco a poco el pueblo de los gentiles al pueblo de Dios. ¿Pero cómo fue posible esto? Porque por él se cumplió la otra promesa de Oseas: *Y en el lugar mismo en el que se les dijo «vosotros no sois mi pueblo», se dirá de ellos «los hijos del Dios vivo»* (v. 1, 10 a). Su secreto fue éste: habló y trató a los marginados y arrojados por la sociedad como a hijos de Dios; se sentó a la mesa con los peores granujas de la ciudad; permitió que se sentara junto a él la ramera más conocida de la ciudad, y dijo al que le había brindado hospedaje, que era una personalidad destacada y de sólidos conocimientos religiosos: «Por lo cual te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho. Pero a quien poco se le perdona, poco ama» (cf. Lc 7, 47). Y al ladrón que estaba a su lado en la cruz: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 49). Esto es lo que ocurre cuando los que son rechazados se convierten en hijos del Dios viviente. Entonces Israel se mostraba enojado por ello. Pero los paganos se empezaron a congregar en torno a él como, por ejemplo, el régulo romano de Cafarnaúm o la mujer sirofenicia en la costa fenicia. Luego, su pueblo se extiende ya, en brevísimo tiempo, por todo el imperio romano y, siglo tras siglo, por el mundo entero. El pueblo de Dios se hace tan numeroso como las arenas del mar, porque Cristo honra a todos los arrojados en todos los pueblos *como hijos del Dios vivo*.

Porque su Dios siempre se muestra a ellos como el Viviente; y así como resucitó a Jesucristo de entre los muertos, así resucita siempre a la cristiandad de la somnolencia de la muerte. Nuestro siglo ha vivido esto con más fuerza que los siglos anteriores. Está estadísticamente comprobado con toda certeza que el cristianismo va creciendo numéricamente: en los Estados Unidos de América, creció desde 1940 en 30 millones; en Africa y en Asia, había en 1900 unos 3,2 millones de protestantes, mientras que, en 1951, ascendían ya a 25 millones. Y el cristianismo crece menos por los nacimientos que se añaden que por los que se convierten. En nuestro siglo, han aparecido grandes iglesias jóvenes. «Hoy se pueden contar con los dedos de la mano los estados en los que no exista ninguna cristiandad nativa por pequeña que sea» (W. Freytag). Por tanto, es admirable hasta qué punto se cumplieron por Jesucristo las palabras de Oseas.

Y, sin embargo, la cristiandad no deja de ser un pequeño rebaño. Apenas una tercera parte de la humanidad es cristiana y, de esa tercera parte, muchos sólo son cristianos de nombre. El número de los habitantes de la tierra crece más de prisa que el número de los cristianos. Pero más importantes que nuestra estadística son dos hechos internos: 1) El antiguo pueblo de Dios de Israel se halla todavía en gran parte fuera del cristianismo. En el estado actual de Israel, los cristianos son una minoría reducidísima. Todavía esperamos la gran hora en la que se abran los ojos de Israel para ver que las palabras de los antiguos profetas de Dios se cumplieron en Jesucristo. Ellos al final de los tiempos completarán el inconmen-

surable número del nuevo pueblo de Dios. 2) En la vieja cristiandad hay mucho podrido. En las luchas contra la iglesia hemos visto que, de los que se dicen cristianos, en los momentos críticos, sólo unos pocos creen en el Cristo despreciado como en el único y verdadero vencedor. La mayoría se muestran acomodaticios a los detentores del poder que se van sucediendo. Y, en el fondo, hoy sigue ocurriendo algo parecido. Piensa un poco: ¿quién de tu promoción, quién de tu antigua clase se halla hoy aquí? ¿Qué es lo que hoy sucede cuando uno tiene que elegir entre una moto y el seguimiento de Cristo, entre un viaje de vacaciones y el seguimiento de Cristo, entre un gran éxito financiero y el seguimiento de Cristo? ¿Quién caminará con Jesús si lo demás, en determinadas condiciones, ha de conseguirse sólo con la traición a Jesús? El número, a pesar de todo lo admirable del cumplimiento de la promesa, es todavía muy pequeño.

Por eso precisamente se dirigen hoy a nosotros las palabras del profeta. Ten en cuenta que perteneces a un pueblo que todavía está creciendo. A él se volverán todos ellos, cuando la moto no marche ya y el viaje de vacaciones haya tocado a su fin y no puedan ayudar ni servir para nada las finanzas. Por eso está ante los demás aquel que ya desde ahora configura con Él toda su vida y que acepta todas las posiblidades humanas de su mano y las pone en su servicio. El es ya un miembro del pueblo al que todos están llamados. Y parece que aquellas palabras «*vosotros no sois mi pueblo*» se dirigen a aquellos que en realidad siguen siendo hijos del Dios vivo. Dichoso aquel que sabe quién es por la bondad de Dios, que se adhiere valientemente al despreciado pueblo de Cristo y se alegra de pertenecer al pueblo que va creciendo y al que, al final, nadie podrá contar. Nadie tiene que avergonzarse de pertenecer al rebaño de Jesucristo.

2) *El pueblo de Dios se une porque tiene una cabeza*. Esto es lo segundo que tenemos que esperar en el seguimiento de Jesús. Oseas dice así: *Los hijos de Judá y los hijos de Israel se juntarán en uno y se darán un jefe único* (v. 2 a). Esto se dice al pueblo de Dios, que se halla desgarrado, como una verdad que se cumplirá en el futuro. Judá e Israel eran entonces dos estados separados. Judá estaba regido desde Jerusalén por reyes de la dinastía de David, e Israel por reyes que no

pertenecían a esa dinastía, desde Samaria. En los días de Oseas, se hallaban incluso, hacia el 734, en pie de guerra, aliados con dos poderes políticos distintos: Israel se orientaba hacia Egipto y Judá hacia Asiria (Is 7, 1 s: 2 Re 16, 5). Las diez tribus del reino del norte estaban contra las dos tribus del reino del sur, Judá. Es un gran escándalo que el pueblo de Dios se halle tan desgarrado. Pero ocurre siempre que los hombres quieren mandar en vez de servir al único verdadero Señor.

Sin embargo este terrible estado de cosas pasará, dice el profeta. Y esto ocurrió de la manera más conmovedora en los sucesos de la pascua. Y así es como llegó pentecostés. Esto quiere decir: cuando Dios se muestra por la resurrección de Jesús de entre los muertos como el verdadero Señor, entonces ocurre que un mundo dividido se congrega y que cada uno oye en su propio idioma las grandes acciones de Dios. Entonces comienza el mundo a referirse a una sola cabeza. Pero los hombres sólo llegan a la unidad cuando hacen esto.

Pero no lo hicieron siempre ni lo hacen siempre hoy. A lo largo y ancho del orbe, esta división de la cristiandad es frecuentemente el mayor impedimento para la misión en el mundo. No sólo están enfrentados entre sí los católicos y los protestantes, sino que también existe un abanico de tendencias evangélicas, así como hay luteranos y reformistas, metodistas y baptistas, miembros del ejército de la salvación y adventistas. Conviene advertir que tal división no es algo que exista sólo hoy en la cristiandad. También la advertía Oseas en su época. Y ello no le impidió anunciar que los que estaban divididos llegarían a congregarse formando una unidad. Pues eso no impide que Dios los congregue como mostró el acontecimiento de pentecostés, repitiéndose una y otra vez hasta nuestros días.

Esto puede ocurrir por ejemplo así: en estos días, visitaba uno de nuestros profesores, por encargo de la iglesia evangélica de Alemania, las comunidades alemanas de Sudamérica. Se hallaba sobrevolando sobre el océano Pacífico y, luego, sobre las interminables tierras de ese continente. El espectáculo más conmovedor en su viaje fue el sobrevolar sobre los Andes, aquella formidable cordillera que alcanza hasta 7.000 metros de altura. Para prepararse a este magnífico espectácu-

lo, empezó a leer, en una Biblia española, el salmo 104, que trata sobre la magnificencia de Dios en las obras creadas. Junto a él, iban sentados una profesora de ciencias económicas brasileña y un periodista venezolano. Sus ojos se dirigieron a la Biblia y preguntaron a nuestro profesor qué era aquel libro. Por lo visto, no habían tenido nunca una Biblia en sus manos. El les dijo de qué se trataba y ellos le pidieron que se la prestase. Durante tres horas estuvieron leyéndola en aquel largo viaje. Al despedirse, recibieron una Biblia cada uno como regalo.

No sabemos lo que les ocurrió después. Lo cierto es que el periodista venezolano preguntó a nuestro profesor: «¿Me da un abrazo?». De esa manera expresaba, con su temperamento meridional, su profunda felicidad. Esto es probablemente sólo una imagen: así es como Dios lleva a una comunión más estrecha a los que están alejados mediante la contemplación común de sus acciones.

Y así es lo que ocurrirá, querida comunidad. Lo que nos separa no es lo más. A fin de cuentas, todos sólo pueden unirse a una cabeza que sigue siendo la cabeza y el Señor. Todos deben pasar por la misma puerta estrecha. Todos deben comparecer ante el mismo trono.

Quien tiene ante sus ojos este futuro, es alguien venturoso para sus contemporáneos. El que ama la palabra de Dios y escucha en ella la voluntad de Dios se halla asociado con el Señor que viene. El que ora tiene contacto con el Señor del futuro. El le ayudará a superar las antipatías y las tensiones. Así como la cristiandad occidental se vuelve a encontrar en el movimiento ecuménico, así deben encontrarse los círculos de todas clases en las comunidades locales. De lo contrario, no podrán encontrarse con el Señor del futuro.

Pero ese encuentro común sólo es auténtico y duradero si nos esforzamos en ponernos en relación mutua con la única cabeza, es decir, cuando descubrimos que el Señor del futuro es el que nos reúne, cuando su palabra es algo actual cada día y cuando la común obediencia a su voluntad es lo mejor que podemos hacer. ¡Someterse a una sola cabeza! El que se ha propuesto este fin para el futuro no querrá recorrer solo su camino y asociará con nuevo celo a aquellos que quieren someterse a la misma cabeza.

3) *El pueblo de Dios vence porque es Dios el que libra la última batalla.* El crece no sólo a pesar de todas las hostilidades, y se une no sólo a pesar de todas las divisiones, sino que ganará la última batalla, aunque se trate de un pueblo desarmado. Oseas dice de una manera misteriosa: *se desbordarán de la tierra* (v. 2). Esta expresión veterotestamentaria significa en nuestro lenguaje algo así como: ellos prosperarán en el país y lo ocuparán como señores libres, y si le preguntamos: ¿por qué y cómo ocurrirá ésto?, él nos contesta de la misma forma misteriosa: *pues será grande el día de Jezrael* (v. 2 b).

Pero ¿de qué tipo de día se trata? Jezrael es primeramente el nombre que se aplica a la vasta llanura que se halla entre las montañas de Samaria y de Galilea. Y es tan fértil que se le dio el nombre de «Dios sembró aquí», pues esto es lo que significa *Jezrael.* Pero esta llanura fue al mismo tiempo el escenario histórico de muchas batallas en Palestina (Jue 4, 13; 6, 33 s; 7, 1 s; 1 Sam 29, 1 s; 31; 2 Re 23, 29). El mismo Oseas, en una época anterior (1, 5), había anunciado una batalla en esta llanura en la que Dios había de aplicar su juicio al impío Israel. Esta batalla tuvo lugar en el 733 cuando Teglatfalasar III se apoderó, con sus rápidas tropas, de esta llanura y de la montaña de Galilea, así como de la región junto al mar y de la montañosa de Galaad al este del Jordán (2 Re 15, 29; Is 8, 23). Pero esto no constituyó la última palabra. Después que Dios expresó sus duras palabras, él espera abiertamente una gran batalla liberadora en la llanura de Jezrael, de la misma manera que Isaías, en la misma época, ve una gran luz que ilumina al pueblo que camina en las tinieblas; él ve que Dios mismo es el que arroja a los opresores del pueblo de Dios (Is 9, 1-6). Así, pues, el profeta espera una gran batalla liberadora en el gran día de Jezrael. Y así se cumplirá de nuevo el significado del nombre: ¡Dios mismo es el que siembra! Si él siembra, entonces surgirá un pueblo de vencedores, una rica semilla que dará frutos innumerables.

La gran batalla liberadora de Jezrael tuvo lugar cuando Jesucristo venció a la muerte por nosotros. Y ocurrió de una manera muy distinta de lo que podía imaginarse Oseas. Su transcendencia fue mucho más allá; llevó a la victoria a todo el mundo. Dios *sembró* su *grano de trigo en* el viernes santo. Y cuando este grano de trigo llegó a la pascua, produjo un

gran pueblo de liberados (Jn 12, 24). El Crucificado, indefenso, es el último vencedor.

Amada comunidad, éste es y sigue siendo el más importante acontecimiento para el presente y para el futuro. El Resucitado sigue sembrando su palabra. El dice: «¡Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra! ¡Bienaventurados los pacíficos, porque ellos se llamarán hijos de Dios!» (Mt 5, 5.9). Esta semilla producirá el pueblo de los vencedores. Ellos, por tanto, no *vencen aunque* están sin armas, sino *porque* están sin armas, porque su Señor, el Crucificado, el que murió por amor, dominó solo a la muerte. Ellos tienen que habérselas ya sólo con un enemigo vencido. Y el vivir efectivamente eso, es la gran tarea para una joven generación en el mundo moderno, que sigue prometiendo todavía la seguridad y la vida a base de armas. Y se hará evidente que sólo vencen los pacíficos, los que sólo confían en que Dios dé por ellos la última batalla. Y ellos, como señores libres, conquistarán una nueva tierra.

Y de ahí sacan hoy unas consecuencias prácticas. Oseas amonesta: *Decid, pues, a vuestro hermano, Ammi (pueblo mío), y a vuestra hermana, Rujamá (has hallado gracia)* (v. 3). El contemplar la verdad a la luz de las palabras proféticas es más importante que todos los pronósticos humanos. Y el regirse por ellas, es lo que hace hoy que nuestra vida se renueve. Eso significa prácticamente: *mira a tu prójimo a la luz del futuro;* él pertenece al pueblo de Dios; él es amado por Dios. Vosotros los jóvenes, mirad así a vuestros antiguos compañeros de clase y a vuestros nuevos camaradas de trabajo: Dios se complace lo mismo con ellos que con vosotros. Haced que ellos se incorporen, tan pronto como sea posible, a esa vida auténtica a la que pertenece el futuro. Vosotras las jóvenes, mirad a vuestras amigas y a vuestras vecinas sobre todo así: Dios les tiene reservadas cosas tan grandes y hermosas como a vosotras mismas. Por eso, tratad de atraerlas y ganarlas al círculo que se congrega en torno a la palabra de Dios que ha de venir. Amada comunidad, todos nosotros debemos empezar a realizar en pequeño, en las familias, entre los vecinos y en nuestros puestos de trabajo, lo que nos aconseja el profeta: *¡Decid a vuestros hermanos que ellos son mi pueblo y a vuestras hermanas que son amadas!* Debemos todos apear-

nos de aquel corcel del orgullo que actúa como si nosotros mismos fuéramos mejores, o los otros peores. Y asimismo debemos arrojar las armas groseras y afiladas con las que nos atacamos mutuamente. Y así realizaremos, por nuestra parte, la gran tarea de la cristiandad en el mundo de hoy, a saber, establecer puentes entre los frentes enemigos: puentes entre Israel y los enemigos de Israel, puentes entre empresarios y trabajadores, puentes entre los partidos políticos, puentes entre los alemanes separados, puentes entre los bloques de poder del este y el oeste.

La cristiandad debe prestar atención nuevamente al hecho de que sólo el amor crucificado ha cargado con las culpas del mundo, sólo él ha cargado con aquello que el pecado de los hombres llevó y sigue llevando todavía consigo: la muerte. El Crucificado por amor de Dios es el Señor del futuro. Al pueblo del Crucificado, que sepulta decididamente el hacha de guerra, pertenece el futuro. Cuanto antes se actúe dentro de esta perpectiva, tanto mejor.

Y con el fin de que no hayamos escuchado en vano la palabra de Dios, termino con dos preguntas:

1) ¿Quién entre los que te rodean llegará a sospechar que tú, según estas palabras del profeta, debes comportarte de distinta manera respecto a él?

2) ¿Hasta qué punto, a partir de esta semana, utilizarás tu tiempo de distinta manera, siendo así que al pueblo de Dios, también según tu convencimiento, pertenece el futuro?

La oposición de Dios

Meditación sobre Oseas 2, 4-5

> [4]Protestad de vuestra madre, porque ni ella es mi mujer ni yo soy su marido. Que aleje de su rostro las fornicaciones y de entre sus pechos sus prostituciones, [5]no sea que yo la despoje, y, desnuda, la ponga como el día en que nació, y la convierta en desierto, en tierra árida, y la haga morir de sed.

Las palabras proféticas impulsan a cada individuo a la corresponsabilidad respecto a la orientación y los derroteros que sigue la colectividad. Aquí se incita a los hijos contra la madre, a los hijos de Israel contra la madre Israel. *Instaurad un proceso contra vuestra madre.* ¡Instaurad un proceso contra ella! Pero ¿por qué? Vive separada de su marido. *Porque ella no es mi mujer ni yo soy su marido* (v. 4 a). Ha abandonado vergonzosamente a su Dios y se ha lanzado al cuello de otros, como una mujer de vida fácil. Causa extrañeza cómo aquí se quiebra el antiguo y moderno pensamiento sobre la colectividad. Dios busca a los individuos en una colectividad que está ciega. Dios busca a personas responsables frente a aquellos que se hallan embotados. Dios busca partidarios para iniciar un proceso contra la mujer que es Israel.

Estas palabras liberan del conformismo ante la idea de que no se puede situar uno frente a lo grande y la totalidad. ¡No! Y si lo grande y la totalidad del pueblo de Dios fuera la

madre Israel o la madre iglesia, Dios busca partidarios de su oposición contra los desertores.

Estas palabras ciertamente sacan de la somnolencia del mundo privado. Y no le es posible al individuo quedarse separado, mudo, del conjunto o el todo, sin ser víctima de la apostasía o de la caída. Unicamente el ponerse decididamente de parte de Dios abre nuevas posibilidades.

En uno de los festivales internacionales de cine de Cannes, se proyectó la película francesa «Nuit et brouillard». El que la veía recibía en silencio una documentación de las crueldades cometidas en Buchenwald, Dachau, Auschwitz y muchos otros lugares. Las acciones más inhumanas y el sufrimiento más inhumano aparecen en su realidad más cruda. Entonces se oye decir al jefe ante el tribunal internacional: «Yo no soy responsable». Y el oficial vigilante repite asimismo: «Yo tampoco soy responsable». Entonces, pregunta la película: ¿Quién es el responsable? «¡Cada uno de nosotros!», exclama el profeta dirigiéndose a nosotros en nombre de Dios. Así por ejemplo, cuando ocurrió la monstruosidad de que la película tuvo que ser eliminada del programa del festival por deseo de Alemania, ya que el veto de un estado que se sentía molesto saltó por encima de las reglas de juego. Nosotros somos responsables si advertimos lo que ocurre ahora en Alemania: a saber, que se afianza de nuevo la autojustificación ofendida, que se organiza la obstinación y que parece que todo lo bueno puede venir con el poder y con la buena fama. Hubo un tiempo en que la vergüenza estaba en carne viva en Alemania, en que se admitía que sólo el perdón y no la venganza era lo prometedor, y en el que tratábamos de sacar todas las consecuencias del hecho de que sólo el amor crucificado venció la muerte y todas nuestras culpas y de que los vigilantes armados del sepulcro se quedaron como muertos ante él. Pero el que hoy no puede olvidar nuestra gran culpa y sólo la puede soportar con el amor de Dios, como la única esperanza, debe resignarse a que le llamen un traidor del honor alemán y un estúpido en política e incluso en teología.

Pero, hermanos, Dios busca entre nosotros partidarios de su causa. No unos que juzguen, sino que amonesten y aspiren *a que aleje de su rostro las fornicaciones y de entre sus pechos*

sus prostituciones (v. 4 b). El que en Israel buscaba su felicidad con Baal, el dios del éxito, recibía en el recinto del templo un signo de ello, por ejemplo, una cinta para la cabeza o una cadena para el cuello u otros signos. Pero Dios busca hijos que ejerzan una influencia sobre la madre, que rechacen el signo del pacto con el dios del éxito y que apuesten por el Dios del amor.

No sea que yo la despoje, y, desnuda, la ponga como el día en que nació, y la convierta en desierto, en tierra árida, y la haga morir de sed (v. 5). Pues el Dios del amor sigue siendo el único, el verdadero Señor. Si en el antiguo oriente, tenía lugar una separación de la mujer, entonces el marido no tenía el deber de vestir a la mujer (Ex 21, 10). Si el pueblo de Dios se separa de su Dios, quedará desasistido como un recién nacido; sí, quedará sin protección y sin valor frente a la muerte, aunque tuviera muchos dioses a su lado, que le trataran de proteger con su poder.

Hermanos, el que sigue al Resucitado, se ve libre para la corresponsabilidad respecto al todo, para el todo de nuestro mundo en su última época; y siempre que pueda, deberá levantar su voz contra los signos de prostitución; y eso es asimismo verdad en lo que se refiere al todo de una comunidad de una escuela superior: vigilemos respecto a nuestra comunidad, de forma que no lleve la iniciativa entre nosotros un falso dios. Debemos comprender que ese dios busca constantemente la ocasión de establecer entre nosotros el espíritu de la búsqueda de nosotros mismos y de la brutal falta de escrúpulos, tanto en los entusiasmos colectivos como en los caprichos privados. Nosotros, sin embargo, somos llamados ante Dios para mantener una corresponsabilidad vigilante.

El sostenimiento de la vida, ¿de dónde?

Meditación sobre Oseas 2, 6-7

> [6]Y no tendré piedad de sus hijos, porque son hijos de prostitución. [7]Su madre se prostituyó; la que los concibió se deshonró y dijo: Me iré tras de mis amantes, que ellos me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida.

Los hijos que no se oponen al espíritu de la madre infiel, se ven sometidos con ella al juicio de Dios.

La madre corre en pos de los dioses de la naturaleza que le salen al paso cuando ella pretende alcanzar los medios de subsistencia y la ropa necesaria, cuando trata de lograr los artículos de aseo, como aceites o cremas para la piel y bebidas para mantenerse bien, como si no existiera un Dios en Israel.

Lo que se esperaba en Canaán de los baales como de competentes dioses especializados, eso mismo se espera hoy, entre nosotros, del contubernio entre la economía y la política; o, en pequeña escala, de la conjugación entre los puestos que proporcionan poder y los que proporcionan honorarios o pagas especiales, como si no existiera entre nosotros ningún Dios que otorga o niega lo que necesitamos.

Se nos pregunta con quién ponemos en relación nuestras pequeñas o grandes cosas de cada día, nuestra comida o nuestro vestido, nuestra salud y nuestros gustos especiales, así como nuestro sueldo mensual.

Y de la misma manera que aquí no se establece diferencia entre Israel y Canaán, así tampoco se hace distinción entre cristiano y no cristiano. Aquí se exigen decisiones más dignas de crédito que en las respuestas teóricas a las cuestiones religiosas.

¿Qué es lo singular en los hombres que aparecen en el evangelio en torno a Jesús y que experimentan su regia ayuda? Ellos no declaman fragmento de alguna confesión de fe, sino que exclaman: «¡Mi hija se halla en las últimas!», o «¡No tiene que comer!», o «¿No te importa que perezcamos?», o «No tienen vino», o «¿Debemos pagar el impuesto?». «El paso a lo concreto y a lo físico es lo singular de la fe», dice Karl Barth muy acertadamente.

Sólo en la confrontación con las preocupaciones y alegrías de cada día comienza la fe auténtica a creer y la fe aparente a desacreditarse.

Así, pues, ¿con quién relacionamos nuestros esfuerzos y nuestros deseos en nuestras circunstancias de cada día? ¿Tratamos nosotros a los que traen las cartas como si fueran los que las escriben y envían? ¿Andamos merodeando en torno a los intermediarios, como si únicamente debiéramos conseguir su amor o impedir su ira?

Su madre se prostituyó (v. 7 a). Al que no va contra su espíritu de masa, se le escapa, en su preocupación por el mantenimiento de su vida, la misericordia de Dios. Este peligro es mucho mayor que nuestra duda teórica de si nosotros no recibimos agradecidos nuestros alimentos y posibilidades económicas de él, y de si hacemos responsable a su palabra de nuestros deseos de abastecimiento y de la administración de nuestro dinero o de si vivimos nuestro estado de salud y nuestras hermosas fiestas, refiriéndolos a él.

Pues sólo somos amados y bendecidos si su amor nos agasaja. Ante las palabras amenazadoras del profeta, debemos preocuparnos de un mundo que no se preocupa ya de ese amor.

Reforma en el desierto

Sermón sobre Oseas 2, 8-17

8Por eso voy a cercar sus caminos con zarzas y a alzar un muro para
que no pueda ya hallar sendas. 9Irá en seguimiento de sus amantes,
pero no los alcanzará; los buscará, mas no los hallará, y se dirá: Voy a
volverme con mi primer marido, pues mejor me iba entonces que me
va ahora. 10No ha querido reconocer que era yo quien le daba el trigo,
el mosto y el aceite, y la plata que yo pródigamente le di, igual que el
oro, se lo consagró a Baal. 11Por eso voy a recobrar mi trigo a su tiem-
po y mi lino que había de cubrir su desnudez, 12y voy a descubrir sus
vergüenzas a los ojos de sus amantes. Nadie la librará de mi mano.
13Haré cesar todas sus alegrías, sus fiestas, sus novilunios, sus sábados
y todas sus solemnidades. 14Talaré sus viñas y sus higuerales, de los
que decía: Es el salario que mis amantes me daban. Lo reduciré a un
matorral y lo devorarán las bestias del campo. 15La castigaré por los
días en que incensaba a los baales y, adornándose con sus anillos y sus
collares, se iba con sus amantes y me olvidaba a mí, dice Yahvé. 16Así
la atraeré y la llevaré al desierto y le hablaré al corazón, y, *fuera ya de*
allí, 17yo le daré sus viñas y el valle de Acor como puerta de esperanza,
y allí cantará como cantaba los días de su juventud, como en los días
en que subió de la tierra de Egipto.

Cuando hace 400 años, Pedro von Benden de Neukirchen junto al Moers empezó a ejercer su cargo como primer predicador evangélico en esta iglesia del Salvador, organizó en seguida no sólo la predicación catequética de las tardes de los domingos, sino también una predicación semanal el miércoles hacia las 8 de la mañana y asimismo el viernes. Dios nos

otorga en esta mañana del miércoles un poco del espíritu renovador de la Reforma. ¡Podemos esperarlo! Pues el reformador, aquí en el Bajo Rin, después de 400 años, no ha muerto del todo. Aunque, como acertadamente escribió Klugkist Hesse «el verdadero reformador es la sagrada Escritura».

Una curiosa frase reformadora llega de los labios de Oseas hasta nosotros. El se siente movido apasionadamente por la única gran necesidad, cuyo descubrimiento debe conducir siempre a la renovación del pueblo de Dios. Esta no es ninguna necesidad de tipo material que exista en el pueblo, ellos tienen todo y de todo lo que necesitan: alimento, vestido, objetos de lujo, cultura. Todo lo que es necesario o agradable para la vida puede encontrarse entre ellos. Las organizaciones funcionan, las fiestas florecen. Sólo falta una cosa: ¡Dios! Eso es lo que ha visto bien claro el profeta. El debe ser el mensajero de ese Dios; el dolor de Dios grita en el corazón de su palabra: Se han olvidado de mí. Ellos no quieren saber que soy yo el que les doy todo cuanto tienen. Y esto es lo que pregona él en una época ebria de cultura y de progreso. Y precisamente esto es lo que debemos ver nosotros si vamos en pos de la renovación de la iglesia, de la renovación del hombre, y de lo único que es necesario: solamente «Uno» es el que falta y al que se echa de menos entre nosotros, en nuestra floreciente economía, en nuestra al parecer acertada política, en nuestra iglesia que poco a poco se va enriqueciendo y en nuestra cristiandad a la que se galantea y corteja; el que falta y al que se echa de menos es el Dios vivo. Cristo es crucificado entre «cumplimientos» y protestas de inocencias con ayuda de palabras bíblicas y bajo el respeto a las piadosas tradiciones.

¡Pero el despreciado habla! Esto es lo que constituye nuestra salvación. El olvidado nos muestra que es y sigue siendo el Señor, y que el Crucificado no se aleja de en medio de nosotros. Ahora bien, ¿qué es lo que anuncia el profeta como plan de Dios para esta necesidad suya? Las palabras que se han leído, de reprensión y de amenaza, testimonian todas ellas sólo una única intención de Dios: *Quiere llevarnos aparte para poder hablarnos a solas*.

En primer lugar, se habla de una cerca o de un seto para cerrar. *Por eso voy a cercar sus caminos y a alzar un muro para que no pueda hallar ya sus sendas* (v. 8). Así es como se encierra el ganado en Palestina. Y así es como cierra Dios el camino a su pueblo para que no vaya en pos de devaneos, y no corra tras de los dioses baales a los que se consideraba más operativos y eficaces que aquel Dios del desierto. Sobre el país se cernía la gran tentación: no buscar a aquel Dios que les había sacado de Egipto y no considerar como suficiente su gracia y su poder. Y también sobre todos nosotros se cierne poderosamente en nuestros tiempos la tentación de considerar que no es suficiente vivir de Aquel que murió y resucitó por nosotros. Andamos de aquí para allá para encontrar la sabiduría de lo perecedero y sus tácticas de éxito. Pero Dios anuncia aquí que obstruirá todos esos caminos. Y así es como se suscita la añoranza hacia el primer marido. *Mejor me iba entonces que me va ahora* (v. 9). El Señor de la cruz es sólo el Señor que se encuentra en el desierto y en la muerte. ¿No entendemos, hermanos y hermanas, cómo aparecen aquí ante nosotros los numerosos caminos que se nos presentan como transitables, las numerosas puertas que se nos abren fácilmente como caminos de la gran tentación y como puertas para la gran apostasía? Dios necesita cerrar los caminos para renovar a su pueblo y orientarlo a su primer amor. Esta es nuestra esperanza: él levanta una cerca de manera que no podamos correr ya tras los amantes.

Oseas sigue hablando, pero ya no en imágenes: anuncia una pésima cosecha y con ello una catástrofe económica. Yo retiro el vino, el trigo y la lana. Una terrible desolación se cierne sobre el país. Las fiestas decaen y toda alegría se agosta. Y queda claro que toda la sabiduría y la astucia de la cultura cananea y de los viejos dioses del país, por experimentados que parezcan, son inútiles para prestar ayuda. El Dios de Israel entra en escena y nadie puede librarse de su mano.

El olvidado se muestra, en la necesidad que aparece repentinamente, como el único Señor, contra el cual todas las instancias son impotentes. Recordemos que este año ha habido inundaciones y malas cosechas en Hochsauerland, donde, poco antes de la fiesta de acción de gracias por la recolección, nevó sobre los cereales todavía no segados: el Dios de la cruz trata de apartarnos del orgullo de una agricultura tecnificada y de orientarnos al Señor de la misma y de todas las economías.

Notémoslo bien: él envía signos de advertencia para que su pueblo vuelva al único reformador.

Y Oseas insiste en lo mismo de una tercera forma: *La atraeré y la llevaré al desierto* (v. 16 a), por consiguiente, a un lugar donde los dioses de las regiones cultivadas no sirvan para nada. El desierto es la descripción más simple y comprehensiva del lugar al que Dios trata de llevar a sus gentes para empezar de nuevo con ellas: el nuevo testamento comenzó en el desierto junto al Jordán, los días de la vida pública de Jesús empezaron también en un lugar desierto, y los discípulos fueron congregados en torno al Calvario desierto, y la comunidad de Jesús, según el Apocalipsis, se ocultaba en el desierto ante la ira del gran Contradictor.

A ninguna otra parte trata de llevar Dios en todas las épocas a su pueblo, si ha apartado de él sus ojos, sus corazones y sus sentidos. A su pueblo y a cada uno de sus miembros. El que pueda entender que entienda. La celda cerrada con barrotes de hierro, el campo desolado, y el amplio desierto, éste es el lugar del nuevo comienzo de Dios. Y no siempre coacciona a entrar en él. A veces invita con palabras cariñosas como un enamorado, que no puede pasar sin su recalcitrante mujer. Y ésta es la hora actual. Desea llevarnos a un lugar donde sólo mora él.

Y en este lugar comienza a hablar de nuevo con toda claridad. *Y le hablaré al corazón* (16 b). Y si todavía no envía a su iglesia catástrofes económicas o políticas, permite, sin embargo, que pululen en torno a su comunidad los coros de los que se mofan y critican duramente, para poner de manifiesto la impotencia de sus falsos amigos y lo deleznable de sus apoyos. Sobre esto ya dijo Lutero que «si el vientre del papa pasara hoy hambre, no habría tantos papistas». Dios lleva al desierto de forma que sólo él pueda hablar. Y este desierto no es el lugar de contemplación donde impera un silencio edificante. Es el lugar amargo de un calor abrasador, en el que uno se derrumba y donde no prospera la vida, si no es por un milagro de Dios. Y aquí es donde se muestra el verdadero Señor y donador de la vida. Aquí es donde actúa poderosamente su palabra, lo mismo que en medio del caos en los primeros días de la creación. Aquí habla él y el paralítico se pone de pie cargando con su lecho. Y no son sólo pasajes de Gén 1 y Mc 2.

También hoy, cuando sus palabras llegan a nosotros, está ocurriendo eso. «No temas porque yo te he rescatado, yo te llamé por tu nombre y tú me perteneces» (Is 43, 1). El que no rehúsa escuchar es un hombre nuevo. En el desierto nace de nuevo. Pero Dios no quiere que los suyos permanezcan en el desierto. *Y fuera ya de allí, yo le daré sus viñas y el valle de Acor como puerta de esperanza* (v. 17 a). Nuevas viñas a partir del desierto, ¡sí, eso es! Noé, que se había quedado sólo con su familia en una tierra desierta, comenzó plantando una viña. ¡Eso es! ¡También en el desierto de las grandes ciudades! Pero el hombre nuevo no vive ya en función de las estaciones del año, del culto y las culturas, de las normas del buen tono y de la educación, del aparato de nuestras costumbres, de los trámites amistosos que se han establecido en el lugar de Dios y que le han dejado en el olvido. Ahora el hombre nuevo vive bajo la voz que le habla de un caminar y de los dones de su mano. *Tú eres para mí bueno y justo y debes ser totalmente mío.* Esto es lo único que Dios quiere. Se puede vivir si se sabe que ahí hay alguien que nos ama. ¡Sin compromiso, sin límites, incondicionalmente! Siempre nos abrazará su misericordia.

Y allí cantará como cantaba los días de su juventud, como en los días en los que subió de la tierra de Egipto (v. 17 b). Hay que alegrarse en el primer amor, en el que el primer marido es único y lo es todo: Creador, Salvador, Dador de todos los bienes cada día y de una manera inmediata. Este es el alborear de la alegría de la conversión.

No somos nosotros los que creamos la reforma. En medio de nuestro ajetreo y de nuestra actividad, irrumpe el desierto en muchos lugares: en el agotamiento de las energías, en la marcha vacilante de la tradición, en la amenaza lógica del mundo. Ahí únicamente permanece el primer marido: ¡«Señor, misericordia. Creo, ayuda mi fe!». He ahí un testigo cansado de la vida, una iglesia insignificante; pero la fuerza de Dios muestra su poder en la debilidad. La gran ciudad industrial de Duisburg no necesita otra cosa distinta de lo que necesitaba la pequeña ciudad rural de mediados del siglo XVI: la fe, que se suscita en el desierto. Los mensajeros que proceden del desierto encuentran fe.

También aquí, en esta ciudad, hoy como entonces, nadie se halla en tanta necesidad como Dios, el viviente, el que sus-

pira por su pueblo, por sus hombres. Ellos lo tienen todo. Pero le han perdido a él. Este es su dolor. Por eso, porque él no quiere estar sin nosotros. Por eso él habla de nuevo y, destruyendo todas las apariencias de éxito y de seguridad, descubre la necesidad más profunda de todas las necesidades que no suele expresarse ni en periódicos, ni en conversaciones, a saber, que hemos incurrido en un vivir donde él, su amor, la conciencia de la propia culpabilidad y la certeza de su «sí» incondicional para con nosotros, están ausentes. Por eso nos invita al desierto, bajo su cruz, donde sólo él nos espera. Solamente de los que se hallan en ese lugar, obligados o atraídos, de los que escuchan con añoranza su voz liberadora y que instaura todo de nuevo, sólo de ésos quiere servirse en esta ciudad. Su hora se halla en su venida por nosotros y por todo el pueblo.

«Mi marido»

Sermón sobre Oseas 2, 18

Entonces, dice Yahvé, me llamará «mi hombre», no me llamará «mi Baal».

Esto suena como una frase de aquel galanteo cordial al que Dios invitó a su pueblo en el desierto (v. 16). Es como una querida que se ha enamorado de otros, los cuales, sin embargo, no le pueden ayudar, cuando llega el momento. Por eso la ha conducido al desierto donde ella se ha entregado por completo a él. Y allí hablan de un nuevo comenzar que ambos quieren realizar juntos. El tiempo del primer amor volverá (v. 17).

Lo primero será: *Me llamará mi hombre y no me llamará mi Baal o mi señor*. ¡Mi Baal!, así llamaban los cananeos a sus dioses. E Israel había pensado que era preferible y conveniente amoldarse a ellos. A la acusación de por qué había traicionado a su Dios, había contestado sin duda: yo pienso en él. Y le llamo *mi Baal*. Pero a esa disculpa, se refieren nuestras palabras: ¡No me debes llamar así, sino *mi hombre* o *mi marido*!

Pues mi Baal significa tanto como «mi Señor y mi amo». La palabra aparece en las leyes matrimoniales del antiguo testamento y designa la correcta situación del hombre frente a la mujer (Ex 21, 22). De su amo habla asimismo la mujer

cuando ella en realidad se ha enamorado de otro hombre (Dt 22, 22; 24, 4). Si retorna el tiempo del primer amor, entonces se deja esta designación oficial tras la cual en realidad se ocultan la falta de amor y la infidelidad.

Entonces me llamarás *mi hombre.* Esta es la palabra para designar la dependencia amorosa. Ya las palabras en hebreo son de la misma raíz: *'ischij* da la palabra *'ischah.* Por eso Lutero traduce aquella cláusula de la creación: así ésta se llamará *varona* porque del *varón* ha sido tomada (Gén 2, 23). *Mi hombre* es, por ello, la expresión del ansia amorosa (Gén 29, 32.34; 30, 15.20) con la que Lía y Raquel compiten por Jacob. «Mi hombre ha muerto», exclama aquella viuda que acude a Eliseo (2 Re 4, 1; cf. 2 Sam 14, 5). Por eso es también así como exclama la mujer Israel, cuando los dioses falsos o los ídolos, a los que había amado, no le pueden ya ayudar: «Voy a volverme con mi primer hombre, pues mejor me iba entonces que me va ahora» (Os 2, 9). *¡Mi hombre!* ¡Con esta nueva exclamación comienza la nueva época!.

En estas palabras de Oseas reconocemos lo que Dios pretendió cuando por fin apareció en medio de nosotros con Jesucristo. Ahora el trato cordial y personal con Jesús puede y debe ser, cada día, lo primero. De lo contrario, no será para nosotros hoy el día de la salvación. Dicha salvación consiste en eso. La novia está llena de alegría, porque el novio se encuentra junto a ella (Mc 2, 19). ¿O es que nosotros preferimos, amoldándonos al mundo que nos rodea, hablar de una manera como oficial y solemne, y hablar de él como de «lo divino», de la «providencia», del «poder supremo»? Y sin duda que diremos: nos referimos a él. Pero es con otros con quienes tratamos íntimamente y con otros hemos hecho un compromiso de amor. Sin embargo Dios quiere que nosotros tratemos íntima, personalmente, con él. ¿O es que sólo podemos hablar con términos teológicos como «concepto de Dios», «cristología» y «kerigma»? Podemos fracasar en este intento, si no percibimos la oferta de su persona: *¡Tú me llamarás mi marido!* De lo contrario no alborea el día de Dios en Cristo para nosotros. Dios aspira a nuestro amor personal.

Y así debemos preguntarnos: ¿Qué es lo que ocupa el primer lugar en nuestros pensamientos? ¿Qué es lo que nos llena de alegría? *¡Mi marido!* Esta exclamación de amor hacia el

Señor viviente no es un acto de soberbia. Dios «no es sólo un Señor bueno, sino un Señor noble y generoso, de quien esperar lo grande e incluso lo máximo, será siempre mejor que esperar algo pequeño», dice Karl Barth (KD IV 2, 939). Según eso, la comunidad de Jesús debería ser constantemente el lugar de acciones totalmente nuevas y maravillosas, como corresponde a su extraordinaria capacitación. El no advertir nada de eso debe hacer que nos preguntemos si no «nos hemos apartado de esa capacitación por nuestro orgullo o nuestra desidia», es decir, si nuestra relación con el Señor vivo no es como debe ser.

Escuchemos ahora: él no quiere esto. Tú puedes decir al que es Señor sobre la vida y la muerte, al Señor sobre ti y sobre los pueblos, sobre el hoy y la eternidad: *¡esposo mío!* Puedes comenzar un nuevo día, con la alegría de que tú le perteneces totalmente y él a ti. No debemos abandonarnos a nuestros pequeños y frecuentemente repugnantes amoríos. Solamente el diálogo callado y confiado con él puede hacernos libres.

Repulsa de los ídolos

Meditación sobre Oseas 2, 19

> Quitaré de su boca los nombres de los baales, para que no vuelva nunca a mencionarlos por su nombre.

Oseas dice al pueblo de Dios que Dios quiere obrar algo en medio de ellos, en medio de un peligro al que les ve totalmente expuestos. En el antiguo Israel, este peligro se puede designar con el nombre de *baales*. Estos son los ídolos de Israel en Canaán, de los cuales cree que le vendrán la seguridad, el éxito y la vida. Es decir, se trata del falso servicio divino.

Ahora bien, ¿dónde se encuentran, al final del semestre, nuestros *baales*, en cuyas manos estamos expuestos a caer? ¿Qué es lo que nosotros adoramos? ¿Cuál es el objeto de nuestra añoranza? ¿Cuál es tu baal al que tú puedes entregarte?

¿Tu capacidad intelectual innata? ¿El trabajo disciplinado? ¿La autoafirmación triunfal? ¿La degradación del prójimo? ¿La seguridad y la comodidad materiales? ¿Las buenas relaciones humanas? ¿La piedad dispuesta al sacrificio? Corresponde a la esencia de los baales el ser muchos. Ellos prometen el mejor éxito si van emparejados.

De ellos vamos a hablar un poco, pues hacia ellos se dirigen nuestros deseos efectivos. Con ellos sabemos que estamos a bien con todo el mundo, y, lo queramos o no, hacemos propaganda en favor suyo.

Sin embargo, guardamos silencio sobre Dios. ¿Cuántas conversaciones pueden haberse tenido en este semestre en las que se haya mencionado en serio el nombre de Dios y de Jesucristo? Sin duda, el tema de nuestras conversaciones versó sobre cuestiones intelectuales, el trabajo y la seguridad. Así somos.

Por eso Dios hace que se nos pregone de nuevo: *Quitaré de tu boca los nombres de los baales, para que no vuelvas nunca a mencionarlos por su nombre.* Con estas palabras, anunció Oseas, desde la lejanía de los tiempos, el día de Jesucristo. Cuando el Crucificado viene a nosotros, elimina nuestro pecado, y entonces desaparecen los baales de nuestros pensamientos y de nuestros labios. En esto consiste el nuevo culto a Dios. Nadie vive de su capacidad intelectual, de sus orgullosas realizaciones, de su entusiástica auto-afirmación, nadie de aventajar al prójimo, de las buenas relaciones, del dinero, y nadie de su piedad. Sólo vivimos por el hecho de que él nos perdona todas las culpas de esa idolatría, queridos hermanos y hermanas.

El trata de establecerse hoy en medio de nosotros y de realizar entre nosotros su gran obra. Y no sólo lo hace con su palabra, sino también con su gran invitación a la sagrada cena. Esta es la única señal que decide también sobre este semestre que hemos vivido y que toca a su fin. Si él no nos acoge y acepta, nosotros estamos perdidos con todos los baales. Pero si nos acoge como huéspedes de su mesa, él no nos podrá acusar por nuestras idolatrías. Esta señal decide sobre la validez de nuestro semestre, sobre el sentido o falta de sentido de nuestras realizaciones, sobre la bendición o maldición de nuestra comunidad.

Yo deseo libraros de todos los baales, dice el Señor. El Crucificado ha resucitado. El es el Señor viviente. ¿Cómo podríamos querer rebelarnos contra su beneplácito? Esta es nuestra única esperanza: que él no deje ya espacio en nuestra boca y en nuestros pensamientos para los baales. Su voluntad es lo mejor para nosotros. Su palabra el sumo bien. Sólo él nos salva a todos. Por eso presentémonos alegres, unidos internamente y reconciliados al banquete de su mesa al terminar este día: «El Señor es fiel: él os fortalecerá y os preservará del mal». ¿No debería realizarse así entre nosotros el nuevo culto a Dios en el que sólo es válido su nombre?

Una nueva alianza

Un trabajo bíblico sobre Oseas 2, 20

En aquel día haré en favor de ellos concierto con las bestias del campo, con las aves del cielo y con los reptiles de la tierra, y quebraré en la tierra arco, espada y guerra, y haré que reposen seguros.

Estas palabras hablan, en medio de un sombrío presente, de un brillante futuro. Ellas levantan los velos en medio de un presente opaco, tal como sólo Dios puede levantar de antemano los velos por la boca de sus mensajeros, de modo que nosotros podemos conocer sus últimas intenciones. El se dirige a nosotros para que su pueblo, en el entretiempo, no se aparte de él. Según el contexto de nuestro segundo capítulo de Oseas, eso pertenece a la apasionada expresión de amor de Dios por su pueblo infiel, al que condujo al desierto para tratar de hacerse oír. Y en él le dice: el desierto no es el estadio final.

Al fin, se establece una relación totalmente nueva de los que son infieles respecto a su Dios. De eso hablan las palabras precedentes: en una vinculación íntima tú me llamarás: «¡mi marido!». Renunciarás a tus ídolos. Pablo diría: Debes, como un prisionero de guerra, doblegar todo pensamiento, todas las aspiraciones y todas las decisiones a la obediencia de Cristo (2 Cor 10). Después de este anuncio de un nuevo culto de Dios, Oseas habla de la renovación del mundo. Si la rela-

ción respecto a Dios se ha puesto en orden, entonces también la relación respecto al mundo está en orden. Y todo sin duda se ajusta a esta norma. Lo primero debe seguir siendo lo primero. Cuando Dios no se ha convertido en lo único y en el todo, no se está en orden con el mundo, ni el individuo, ni el pueblo de Dios en su conjunto. Y al revés, si lo primero se halla efectivamente conforme, entonces también se incluye lo segundo, pues Dios es el Señor del mundo. Y así aquellas antiguas palabras proféticas nos proponen su gran afirmación: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5).

Esto ha de escucharse en la ruda realidad de nuestra prosaica vida de aquí abajo. En ninguna otra parte expresó Oseas nada como palabra de Dios como aquí. Comprendemos mucho mejor estas palabras partiendo de las tristes circunstancias de la guerra del año 733 antes de Cristo. El rey asirio Teglatfalasar II, que, en unas audaces operaciones militares, había construido un poderoso imperio mundial, se había adentrado profundamente en Israel. El país, arrollado por los veloces carros de combate asirios, yacía asolado y convertido en una región salvaje. Se había cumplido lo que anteriormente había predicho Oseas como juicio de Dios: las viñas y las plantaciones de higueras se hallaban reducidas a maleza; las mieses habían sido destrozadas poco antes de la siega por una soldadesca desmandada, y el resto había sido aniquilado por los animales salvajes que se habían hecho los dueños del país, después de que pasó el tiempo de guerra (2, 11-14). Ahora bien, en estos tiempos tan calamitosos, exclama el profeta en nombre de Dios: el Señor es el pacificador. En primer lugar, hace la paz con el mundo animal hostil que había destruido los campos y las viñas y que, desde los comienzos de la humanidad, es el enemigo capital de su trabajo (Gén 3, 15). En segundo lugar, hace la paz con los poderes guerreros enemigos, incluso con el imperio más armado.

Y puesto que esta afirmación es palabra de Dios, tal como nos lo dice Oseas, tenemos motivos para escucharla también hoy; sí, para escucharla hoy de nuevo. No se trata ya de cualquier tipo de opinión al margen de la historia universal, superada en seguida por otras opiniones más actuales. Se trata de la voluntad del Señor en toda la historia humana que se expresa en medio de esta salvaje historia universal, para nosotros tan poco transparente. Si está en alguna parte, es aquí donde se halla el centro y la meta de la historia de los hombres. Precisamente Jesucristo no dejó a un lado estas palabras sobre el fin, sino que aplicó a las mismas su «sí» y su «amén» y las selló con su cruz y su resurrección, para que no sólo tuvieran validez para Israel, como en los días de Oseas, sino también para nosotros en medio del mundo. Y así habla la palabra en su nombre, en un mundo inquieto, de la meta, que sale al encuentro en todas las circunstancias. Los cristianos y los no cristianos se diferencian ahora entre sí en que los unos conocen eso y los otros no, en que unos se orientan según la realidad que se advierte a través de los velos que han sido levantados, y los otros no; en que los unos saben que dependen de la palabra del Señor de la historia y los otros de las opiniones cambiantes.

Todos nosotros llegaremos sin duda a necesitar esta palabra para dejar de ser no-cristianos, rameras infieles, como dice Oseas, y para comenzar de nuevo a ser cristianos, es decir, la esposa agradecida, para la cual él es el único y el todo, «mi marido», y nada escucha ella con más gusto que su palabra.

Y así hoy escuchamos una doble afirmación para la época con la que se enfrenta el mundo:

1) *En aquel día haré en favor de ellos concierto con las bestias del campo, con las aves del cielo y con los reptiles de la tierra.* Estas son las palabras dirigidas al mundo en medio de los peligrosos y estériles trabajos de nuestros días. Así como en los días de Oseas el trabajo y el pan de los labradores palestinos se vio destruido por las fieras, que en manadas se lanzaban por los campos; por los pájaros que redujeron la siembra y la cosecha, por los reptiles y los roedores de la tierra, que inutilizaron un penoso trabajo, así nosotros sabemos también hoy de cosechas que se ven en peligro, pero más todavía de la amenaza del trabajo humano en un mundo técnicamente organizado. Nosotros y nuestros trabajos, nuestro pan y nuestra vida siguen todavía hoy amenazados por poderes adversos, a los que el hombre ha podido hacer frente sólo en parte, o de un modo provisional. Nosotros, los habitantes de las ciudades, apenas conocemos la lucha con el mundo animal, tal como la conocía el labrador de los días de Oseas. Nos enteramos del escarabajo de la patata, y especialmente de las

nubes de langosta que amenazan todavía hoy a pueblos enteros del oriente, sólo por los periódicos. Sin duda que conocemos mucho mejor lo que significan las tormentas y las inundaciones, las grandes heladas y las espesas nieblas, y mejor todavía lo que pueden provocar aquellos minúsculos y misteriosos seres que, como gérmenes de enfermedades, hacen su vida en nuestro cuerpo. Vemos claro que vivimos en un mundo en el que estamos expuestos no sólo a los hombres, sino también a una naturaleza salvaje, a toda clase de fuerzas alevosas que son indomables e incontrolables y que, como poderes adversos, nos ponen en peligro a nosotros, a nuestro esforzado trabajo y a nuestra vida.

Pues bien, en este mundo se nos anuncia: estableceré para vosotros una alianza con los poderes adversos.

2) *Quebraré en la tierra arco, espada y guerra y haré que reposen seguros.* Esto dijo Oseas a la vista del frente de carros de combate de Teglatfalasar. Estas rápidas tropas se impusieron sobre Israel de una manera fantástica. Estaban instruidas y equipadas del modo más moderno. Sin embargo hoy apenas nos inquietarían. Pero lo que se pudo decir de ellas entonces, se puede decir hoy de las armas más modernas que amenazan con aniquilar todo el mundo. Y eso tiene vigencia en una época en la que se construyen nuevas armas en vez de eliminarlas, se traen nuevos medios de destrucción al país en vez de alejarlos. Y esas palabras se dicen a un pueblo que quiere escuchar la voz de Dios en este mundo: en la época con la que se enfrentan los hombres, quiero eliminar todas las armas y alejar la guerra del país en el que habita mi pueblo.

Pero ¿qué es lo que pretende decirnos esta doble alusión al fin? Pienso que tres cosas:

a) *Dios se preocupa* por los poderes contrarios que amenazan a nuestro trabajo y a nuestra vida. También ahora los tiene presentes. Es nuestra vida efectiva, en nuestra profesión y en la política, lo que constituye su preocupación. *Pero ¿qué quiere decir esto para nosotros? No debemos perder los nervios,* si los poderes contrarios y adversos se interponen en nuestra profesión, o si nosotros, por ejemplo, no podemos alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto para esta semana, o si amenazan amargos golpes a la salud de nuestra familia. No tenemos que perder los nervios si estallan todavía las bombas en las fronteras de Israel; si el mundo, a pesar de todo lo dicho, trata más de armarse que de desarmarse, si amontona armas en vez de desterrarlas. Esto es lo primero y principal: no tenemos que perder los nervios en cuantas cosas se nos opongan, aunque nadie de nosotros pueda dominarlas. Porque Dios se preocupa de todo eso y porque la palabra de Dios tiene siempre presentes tales poderes salvajes.

b) Dios es el *Señor* de esas fuerzas salvajes y destructoras en el mundo, en el trabajo y en la política. Y ellas no sólo están en el campo de sus intereses, sino que se hallan asimismo y de una manera incuestionable dentro del campo de *su poder.* El no sólo tiene ante su vista los hechos amenazadores de nuestra vida y de este mundo, sino que los tiene en sus manos y *los domina.* Pero ¿qué significa esto para nosotros? Se ataca de frente al temor, enemigo mortal de la fe. El *temor* nos paraliza. Y es todavía más peligroso que los mismos hechos que lo provocan. El nos hace impotentes contra los poderes opuestos. Pero la palabra de Dios nos libera del temor, puesto que Dios se muestra como el Señor de los poderes contrarios. El quiere sacarnos de esa paralización. Y así es como podemos levantarnos en nombre de Dios y bajo su dominio y señorío, y podemos *trabajar* en la fe por nuestra *vida* y la de nuestro prójimos, a pesar de todas las desilusiones pasajeras, y podemos *oponernos* en la fe a todo lo que nos *impulsa a la guerra.* Y puesto que Dios es el Señor y ha anunciado su última voluntad, nosotros, liberados de la rigidez de los que están angustiados y temerosos, podemos orientarnos en la dirección de la vida y de la paz. Por tanto, creer en Cristo significa creer sólo en él.

c) Dios al final hace que los poderes que se nos oponen se conviertan en nuestros aliados. Expresamente se dice esto aquí de las fieras salvajes. Pero también entre los pueblos deben desaparecer las armas. Dios no sólo sigue siendo el Señor, sino que también llega a la meta de su dominio. Lo que durante largo tiempo fue opuesto y hostil se convierte en nuestro aliado y en nuestro amigo. Pero ¿qué es lo que significa esto hoy para nosotros? En cualquier caso, que nosotros podemos caminar por el presente como hombres esperanzados. ¿Pero no significa más, si miramos las cosas con mayor precisión? Nosotros podemos considerar ya ahora a nuestros

adversarios como a nuestros futuros aliados, y tratarlos como a tales. Lo que ahora aparece como hostil, en nuestra vida de trabajo y en nuestro mundo político, lo podemos entender nosotros de distinta manera de lo que se entiende a sí mismo, después de verlo como pueblo de Dios bajo su imperio, después de haber visto la meta que Dios le reserva. Vemos que las fuerzas destructivas deben colaborar y *contribuir a lo mejor* (Rom 8, 28) exactamente como hicieron los que llevaron a Jesús a la cruz. Y puesto que no ellos sino el Resucitado tiene la última palabra, nosotros podemos enfrentarnos al futuro con la cabeza bien erguida. Los cristianos no se ven superados por el duro presente y por sus peligrosas fuerzas, sino que lo viven bajo la clara palabra de su meta. ¡Aquí podemos ver la paciencia y la fe de los santos!

Las bodas de la ramera

Sermón sobre Oseas 2, 21-22

21 Seré tu esposo para siempre y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en misericordias y piedades; 22 y seré tu esposo en fidelidad, y tú reconocerás a Yahvé.

Realmente, en estas palabras proféticas predomina un tono obsesivo y como tormentoso. Tres veces dice el mensajero en nombre de Dios: *Yo te desposaré para la eternidad; me desposaré a ti* (el texto original presenta la misma palabra) *en justicia...* sí; *yo me desposaré contigo.* ¿Quién no sospecharía que aquí el Dios de la Biblia, movido por un apasionado amor y una apremiante añoranza, sólo piensa en una comunión duradera? Así no habla ningún dios de los filósofos, ningún ser supremo deducido por especulación, ninguna perfección suprema que se basta a sí misma. Esto no es la cúspide extrema de un mundo platónico de ideas. El Dios vivo permite que se le compare con un joven apasionadamente enamorado más que con un ser supremo que se basta a sí mismo y que es eternamente inmutable.

Sin embargo, hay otra cosa que queda clara en este tono tormentoso y apasionado. ¡Qué reacio y obstinado «tú» debe ser el que ha de ser cercado así! ¡Qué esquiva y alocada muchacha debe tener ante sí! Oseas nos lo da a conocer en otras palabras al afirmar que el pueblo amado por Dios ha mereci-

do una comparación mucho peor todavía: es como una ramera astuta y redomada y tiene la cabeza llena de los peores amoríos; su pasión gira en torno al comer y al beber, a los vestidos y a la moda, a los perfumes y a las coqueterías, y a las conversaciones frívolas y divertidas (2, 7.15). Pero adviértase bien, no se trata de una prostituta cualquiera de mala reputación: el pueblo de Dios es esa prostituta; viene de él y vive de él y sin duda le debía tener sobre su cabeza y su corazón. Es la iglesia de carne y hueso con los cristianos de carne y hueso la que tantos otros amoríos tiene, la que corre en pos de tantos amantes como alocada: la política y la economía, el arte y la cultura, los partidos y las capas sociales, el dinero y la autoseguridad burguesa, el éxito profesional y el reconocimiento por círculos lo más amplios posibles. Todo esto llena sus pensamientos y discusiones, y en ello trabaja con entrega apasionada. Pero la alegría en Dios radica en el morir, y el hambre de su palabra no puede darse ya en su estómago que está lleno de extraños manjares. No conoce ya el temor a su juicio, puesto que éste se halla desmitificado. El ansia por su perdón ha cedido el lugar a otras ansias totalmente distintas. De ahí ese tono impetuoso: él desearía conquistar para sí a ese «tú» tan insensible hacia él.

Todavía hay una tercera característica que da a conocer este tono pasional, a la vez fogoso e íntimo: ¡Qué lugar tan silencioso debe ser aquel en el que se habla de esta manera! El contexto lo menciona (v. 16): es un lugar en el desierto, en la yerma soledad. Allí no hay nada de lo que había ofuscado la cabeza de la muchacha en un lugar habitado. El mismo amor que le habla tan apasionadamente al corazón, la llevó allí para conquistar una vez más su oído y su corazón. Tal vez se sirvió de catástrofes políticas o naturales para llevarla a ese solitario lugar desértico, con el fin de entablar con ella un diálogo silencioso. Yo desearía dejar sentado expresamente esto: probablemente, sólo escucharemos estas palabras de Dios por medio de Oseas en esta celebración, si hemos acudido con la iglesia de nuestros días al desierto, si hemos advertido en ese desierto que ya no nos sirven para nada nuestros amoríos con extraños, tanto si les seguimos en plan de juego o con un celo apasionado. Tal vez sólo en el desierto escuchamos lo que debiéramos haber escuchado en los días buenos. Pero sea lo que fuere, la palabra llega ahora hasta nosotros. El que tenga oídos para oír que oiga.

La palabra de Oseas anuncia en Israel la acción de Dios que se hizo realidad con el envío de Jesucristo a Israel y a todos los pueblos. Las palabras del profeta nos ayudan a ver con toda claridad este acontecimiento al que fue lanzado de antemano por el mismo Dios.

Nosotros preguntamos: ¿Qué deseo es ése que Dios quiere realizar en nosotros por Jesucristo? *Quiero prometerme contigo*, se lee en la traducción de Lutero. Por insuperablemente que se refleje de esa manera el tono fundamental de este hecho venturoso, sin embargo, esta palabra *prometerse* puede representar, para nuestros oídos actuales, algo falso o desfigurado. Para nosotros, el *prometerse* equivale a *una mutua promesa de contraer matrimonio en el futuro:* es algo de carácter privado y, en el amplio espacio de tiempo que puede mediar hasta la boda, *no tiene eficacia jurídica pública.* Pero en tiempos de Lutero, esto era completamente distinto y mucho más en el antiguo Israel. La palabra hebrea que Lutero traduce por *prometerse,* designa, en el lenguaje jurídico matrimonial del antiguo testamento, el acto que pone fin al tiempo de las relaciones prematrimoniales *y que establece el fundamento para la plena comunión matrimonial* (Dt 28, 30). Consiste en que el novio paga al padre de la novia el llamado «dinero de la novia» (Ex 22, 15 s; Gén 34, 11 s), por lo regular 50 piezas de plata (Dt 22, 29). Así, pues, por dos cosas se diferencia este hecho de nuestro prometerse de hoy día. En primer lugar, es un acto totalmente unilateral, en el cual sólo el novio tiene que hacer algo, mientras que la novia permanece inactiva; en segundo lugar, es un acto jurídico público que pone las bases de una plena comunión matrimonial y que, por tanto, hace que el novio quede libre del servicio de armas para el año siguiente (Dt 20, 7; 24, 5). Precisamente estos dos puntos son los que hacen que ese hecho haya servido como comparación adecuada de la conducta de Dios. El quiere hacer, él solo, algo para su querido pueblo y, efectivamente, trata de establecer una nueva relación de amor que tenga valor jurídico. Por otra parte, la validez jurídica se ve asimismo subrayada por la añadidura de una palabra que Lutero traduce por *para siempre* o *para la eternidad.* Esta palabra, que

para nosotros suena a algo religioso, tiene en el lenguaje del antiguo testamento primeramente un carácter jurídico real. Aparece, por ejemplo, en las leyes referentes a la esclavitud. Todo esclavo debe por lo regular ser liberado en Israel al cabo de seis años de servicio a su dueño (Ex 21, 2). Si él quiere permanecer voluntariamente en casa de su señor, entonces el señor debería llevarle ante Dios y, acercándose a la puerta de la casa o a la jamba de ella, le deberá perforar la oreja con un punzón y sujetarlo a dicha jamba en un acto simbólico. Entonces será ya esclavo o siervo, en estricto derecho, *para la eternidad,* como Lutero traduce este concepto jurídico en ese pasaje; pero lo que se quiere decir, tal como se ve claro por el contraste con los seis años del deber de servicio, es: para todo el tiempo de la vida, o también: de una manera irrevocable, *definitivamente.* De esa misma manera ha de entenderse la expresión cuando la palabra profética de Dios utiliza ese proceso jurídico del matrimonio como comparación para simbolizar las intenciones de Dios.

Por tanto, si nosotros tratamos de reflejar según el sentido esa frase que se repite tres veces, deberíamos tal vez decir: *Yo quiero, amada mía, obtenerte para mí de una manera definitiva e irrevocable.* Por consiguiente, ahí no aparece nada de una acción o de una promesa mutuas. La palabra vale para la antigua ramera de la que nada bueno se puede esperar. Pero tampoco se trata ahí de un acuerdo o contrato provisional o en plan de prueba y establecido sin unas claras consecuencias jurídicas. No, la acción de Dios establece asombrosamente a la infiel, por medio de su propia intervención, en una relación íntima e irrevocable con él.

Amada comunidad, éste es el estado real de las cosas respecto a nuestra situación, y que en Jesucristo ha sido realizado para nosotros. Las palabras del mensajero profético nos presentan esa situación de nuevo hoy a nosotros cristianos inseguros, en una iglesia que camina de una manera extraña.

La audaz imagen del matrimonio que se establece nuevamente nos permite advertir cuán nueva es nuestra situación. Dios no pone remiendos fatigosamente a un matrimonio antiguo que se ha hecho por nosotros cuestionable. En lugar del proceso de separación que nosotros practicamos constantemente (2, 4), él establece un matrimonio totalmente nuevo,

partiendo de su amor de los años juveniles. ¡Qué transformación! Sin duda sería bueno que nosotros le cortejáramos. Pero es él el que nos corteja. El nos ha adquirido de nuevo y nos ha ganado de una manera irrevocable. Nuestro corazón puede sin duda estar absorbido por una serie de raros amoríos; pero no existe nadie en la tierra que nos ame de una manera tan inmutable, tan desinteresada, tan fuertemente como ese Dios.

Cómo nos ama él, queda totalmente claro si tenemos presente la dote que ha pagado por nosotros. Se llama justicia y juicio, gracia y misericordia, fidelidad permanente. Estas son las 50 monedas de plata con las que él hace válido e irrevocable ante el derecho su matrimonio. Por tanto, aquí no se ha pagado nada que él espere de nosotros como promesa y como compromiso de desposorio, sino que él mismo es el que toma la iniciativa por nosotros.

La pareja de palabras *justicia y juicio* la tomaron como bandera los profetas a partir de Amós (Am 5, 7.24; 6, 12). En ellas ven sobre todo el derecho y la ordenación jurídica que mantienen sana la vida en común, que protegen a los débiles contra el capricho y la arbitrariedad brutales y que mantienen o restablecen la paz de la comunidad. Este es su primer y fundamental regalo de novio. La ayuda para una vida común pacífica, en la que también los miembros más débiles pueden disfrutar del derecho. Ese regalo de esponsales nos lo presenta en la forma de su palabra divina; lo que ya ofreció la ley de la antigua alianza, eso mismo ofrece el Señor de la nueva alianza, con nueva plenitud de poder, en el doble mandamiento del amor, en el sermón de la montaña y en las advertencias o admoniciones dirigidas a sus apóstoles. Su palabra, como ayuda para una auténtica vida en común, que comunica especialmente a los que se ven en mayor peligro, es su primer regalo de novio. Su amor quiere la paz de nuestra vida.

El segundo es la gracia y la misericordia. Con eso aparece lo propiamente nuevo del nuevo comienzo divino: su regalo de novio es la vinculación de perdón con él. El conoce suficientemente la infidelidad de su pueblo para saber que, tanto su nueva como su antigua palabra, será menospreciada por nosotros y que nosotros fallaremos en esto. Pero nuestra culpa no logrará hacer que su amor retroceda. Nuestro retorno

al pecado, a la infidelidad, puede sin duda hacernos sufrir mucho. Pero él no puede modificar las normas jurídicas, porque, en medio de sus dones de esponsales, se encuentra su disposición amorosa al perdón, el signo abrumador de su infinita pasión de amor hacia nosotros. La afirmación profética se realizó de la manera más clara en la mesa de la última cena: sentaría a la adúltera como la esposa querida de su Hijo en la mesa real. Su amor no le permite abandonarnos de ninguna manera.

¡Nunca jamás! Y esto subraya finalmente el tercer regalo de novio: ¡la fidelidad permanente! Tampoco la traducción de Lutero de *fe* puede impedirnos ver aquí el don del esposo. Miles de años y todo lo ocurrido en ellos no pueden apagar el fuego de su amor.

Pues aunque su intervención unilateral es la que fundamenta el matrimonio, la asociación con él lo mantiene de una forma duradera y el amor por el perdón hace que siempre conserve su frescura, si bien todo lo que se puede encontrar aquí es sólo don suyo, y, en definitiva, no puede fallar su eficacia. Hasta ahora sólo se habla de él: *Yo quiero ganarte para mí de una manera irrevocable. Yo quiero ganarte con la dote del recurso legal y la ordenación jurídica, con la dote de la vinculación dispuesta a perdonar. Yo quiero ganarte para mí con el dinero de una fidelidad duradera y permanente.* Al final y de una manera muy breve, se habla de aquello que nosotros hemos de hacer luego: y *tú reconocerás al Señor*.

Ante su impetuoso amor y sus regalos de esponsales, se te abrirán los ojos. Lo que no puede ninguna pedagogía ni ninguna teología con sus métodos humanos, a saber, ayudar a un hombre al descubrimiento del Dios vivo, lo logran los hechos de su amor: la ayuda vital de su palabra que abarca todas las situaciones, el perdón junto a su mesa, que arroja todas nuestras culpas a lo más profundo del mar, y, en ambas situaciones, el fuego ardiente de su amor, que se empeña sin descanso en conquistarnos y ganarnos. Y por estos hechos, se da aquello que ningún pensamiento humano puede lograr: el conocimiento de Dios.

Esta es nuestra única contribución en ese matrimonio, pero ¿qué podemos nosotros aportar más? Sin embargo, este descubrimiento del Dios auténtico y verdadero significa el

descubrimiento de nuestra situación real, y que nuestro lugar adecuado no está en ninguna otra parte sino a su lado. Fijémonos una vez más en la imagen. Nosotros nos damos fácilmente cuenta de lo que significa cuando una hija o un hijo contrae matrimonio con alguien de un estrato social superior, tal vez con alguien de las clases más elevadas. Pero sin duda ningún matrimonio con personas de alta alcurnia es comparable con lo que ocurre aquí, a saber, que se nos honra con el hecho de ser y permanecer junto a él como los amados de su corazón. Este ascenso de posición social, esta dignificación, esta exigencia, son el milagro de una elevación, frente a la que palidece el milagro de la resurrección de Lázaro, puesto que nosotros somos el escenario de este milagro: ¡nosotros aquí y ahora!

Es algo inconcebible que la cristiandad actual, y nosotros como miembros suyos, seamos los que participamos del amor impetuoso de Dios, que ha logrado y sigue logrando todavía hoy conquistarnos para sí. Sin embargo, es un hecho que no nos lo ha proporcionado el mundo, por eso nosotros no lo vemos. Ese hecho vale para todos: solamente en el ver o no-ver, en el conocer o no-conocer se distinguen los cristianos de los paganos, la iglesia y el mundo. Si nos miramos mutuamente, es un enigma tan ininteligible para nosotros, que se expresa así: «Como el novio se alegra con su esposa, así se alegrará el Creador contigo; como se alegra el esposo con la esposa, así se alegrará contigo tu Dios». Pero lo cierto es esto: quien aquí no está en permanente asombro, no ha comprendido nada de ese milagro y de esa maravilla. Pero este milagro es una auténtica realidad, que nos muestra el pasmoso y venturoso evangelio que se nos transmite por el mensajero Oseas.

Pero sobre esto, no nos vamos a alargar. Seguimos viviendo en este mundo; seguimos teniendo resbalones, lo mismo que aquella sucia prostituta de Israel; seguimos siendo hombres como nuestros contemporáneos. Pero ésta es sólo una parte de la realidad y precisamente la parte más baja, el reverso de la moneda. Y sería injusto no mirar también el anverso, y no fijarse en la dignidad inmerecida, no advertir el amor que nos ha conquistado, no contemplar la cabeza asociada y unida a los miembros inferiores, atrayéndoles hacia

sí, no observar el acto de justicia de Dios, que, tal como somos nos ha puesto a su lado. Un nuevo destino pesa sobre nosotros.

El que conoce la maravilla de este matrimonio indisoluble en nuestra vida, experimentará en sí mismo que ese conocimiento influye vigorosamente en nuestra actividad humana y terrena y, al mismo tiempo, da origen a una serenidad llena de paz que acompaña a toda recta actividad. Pero todo esto es solamente fruto de este conocimiento del Señor y de sus regalos de esponsales, que nosotros podemos recibir hoy y cada día. Mas la característica de este conocimiento será el hecho de que la alegría en el Señor sea de nuevo nuestra fortaleza y la de toda la iglesia, el hecho de que el hambre de su palabra regule nuestra vida y que la añoranza de su perdón constituya nuestra aspiración más profunda. Solamente en esta nueva orientación experimentamos nosotros, espíritus veleidosos, la otra promesa de su amor: «He aquí que yo hago nuevas todas las cosas».

«Yo seré propicio»

Comentario sobre Oseas 2, 23-25

23En aquel día yo seré propicio, dice Yahvé, a los cielos, y los cielos serán propicios a la tierra; 24la tierra propicia al trigo, al mosto y al aceite, y éstos, propicios a Jezrael. 25Yo sembraré en la tierra para mí, y me compadeceré de Lo-Rujamá, y diré a Lo-Ammi: «Tú eres mi pueblo», y él me responderá: «Tú, mi Dios».

También estas palabras tratan de ilustrar *aquel día* en el que Dios sella su alianza con los que son infieles (v. 16 s; v. 21 s). *Entonces él escuchará o será propicio.* El que su pueblo no grite en el vacío, es una característica más de aquel tiempo que alboreó con Jesucristo.

En el lenguaje vivo se repite frecuentemente algo, cuando se trata de insistir en ello, como ocurrió en la escena de las lentejas de Jacob: «Por favor, dame de comer de ese guiso rojo, de ese guiso rojo» (Gén 25, 30). Así, en las palabras del profeta, leemos de entrada dos veces: *Yo seré propicio, yo seré propicio,* como si trataran de apaciguar los vivos gritos de queja. Pues esta afirmación de la escucha por parte de Dios la encontramos también en otras partes, en los cánticos de acción de gracias del salmista como respuesta a las aspiraciones cultuales o privadas del que suplica (Sal 34, 5; 118, 5; cf. Is 56, 24). Sin embargo, aquí es de admirar la afirmación de la

escucha por parte de Dios, porque esas palabras no presuponen ninguna aspiración o súplica del orante ante Dios.

Más bien se llega a la petición por medio de una larga serie de instancias intermedias, como expresa la misma serie de la escucha, hasta que finalmente se ha alcanzado el último miembro. Pero estudiemos ahora este último miembro del que habla el grito de súplica y al que se refiere por último la afirmación. Se habla de *Jezrael.* Ya sabemos por 1, 5 que Jezrael no es ni un nombre de persona ni la designación de un pueblo o estirpe, sino la designación típica de la fértil llanura que se halla entre las montañas galileas y de Samaria, que era un granero de Israel, y a la que, debido a su extraordinaria fertilidad, se le había dado el nombre de: «Aquí sembró el mismo Dios».

Sin embargo, Oseas, en lo que aquí dice, no puede en modo alguno referirse a esta llanura. En sí, sería posible que el mismo país gritara a Dios, porque tuvo que sufrir bien bajo la sequía o por las devastaciones producidas por los carros de guerra de Tetglatfalasar I en el año 733. Pero el *país* es, en el versículo 23 b, solamente un miembro en la serie entre el cielo, por una parte, y el *trigo, el mosto y el aceite,* por otra. Jezrael, que suspira por esos manjares, debe formar parte luego de la turba de hombres hambrientos de Israel.

Pero ¿por qué se les llama *Jezrael*? Esto sólo se entiende a partir del lenguaje simbólico que es característico de Oseas. El primer hijo de Oseas debe llevar, según 1, 4, el mismo nombre como signo de que la injusticia realizada en Jezrael no se ha olvidado y se halla sometida a juicio. Así como los nombres significativos o nombres-signo de los hijos posteriores de Oseas («Sin-misericordia» en 1, 6 y «No mi pueblo» en 1, 9) se aplican, en la predicación posterior de Oseas, al pueblo (2, 1.3.25), así ocurre en la predicación oral de Oseas, de la cual, según toda probabilidad, no todo se nos ha transmitido: el nombre del hijo mayor, Jezrael, se utilizó poco a poco como nombre simbólico para designar al pueblo sometido al juicio de Dios. Así, pues, las palabras de Dios hablan aquí de Jezrael porque pretenden subrayar lo siguiente: Dios escucha al pueblo inculpado que ha experimentado directamente el juicio en su cuerpo. El hecho de que él lo llevará al desierto (2, 16), por la sequía o por las tropas asirias, no debía ser el final de sus medidas, sino solamente el lugar de encuentro entre Dios y su pueblo, en el cual debe empezar algo completamente nuevo.

Sin embargo, Dios y su amado pueblo no se enfrentan en un diálogo solitario de una manera tan directa como en 2, 16 y en 21 s, sino que se interpone de una manera extraña una larga serie de intermediarios: Dios trata, pasando por encima del cielo, del país y de los frutos, con el que a fin de cuentas los va a utilizar: Jezrael, que se halla en necesidad.

Pero veamos más de cerca estas instancias intermedias. Ellas muestran el influjo de conocimiento natural sapiencial en la profecía. La reflexión sobre las interdependencias causa-efecto la encontramos también en otras partes, en series trabadas para enseñar, en el servicio de la predicación profética (cf. Am 3, 3-6, 8). La serie que ahora nos ocupa sigue el camino de la nutrición humana, que empieza en Dios; él transmite sus órdenes a los cielos; éstos hacen llover y dan la fertilidad al país; es como vienen el trigo, el vino y las olivas y, finalmente, sirven para alimentar al hombre. Esta serie sobre unos conocimientos naturales debe considerarse en oposición a las concepciones cananeas, que atribuían la fertilidad de la tierra, de un modo mitológico, al apareamiento y a la unión matrimonial que se operaba en unas bodas sagradas entre el baal del cielo y la diosa-madre tierra. Vemos cómo la creencia en Yahvé, que se sitúa en franca pugna con las mitologías paganas, exige al mismo tiempo una observación puramente real y de conocimientos naturales.

Pero ¿a dónde apunta *aquí* Oseas? A mi parecer, la serie es un signo especialmente claro de la misericordia de Dios: de que él escucha un grito de necesidad; sí, escucha (!) el grito que no se le ha dirigido. El pueblo, en las circunstancias difíciles del juicio, no implora a Dios y, sin embargo, aquí no se dice nada de eso. El grita en sus necesidades elementales buscando medios de subsistencia. Pero incluso este grito, que en modo alguno se ha dirigido a Dios, es escuchado por él. La piedad no es un presupuesto necesario para la ayuda de Dios que él otorga a los suyos en la época de la nueva alianza.

¿No vivimos nosotros mismos en la conciencia de que el día de la salvación, que alboreó con Jesús, es el día de la escucha de todo suspiro de queja y, en modo alguno, sólo el día en que se escuchan las piadosas oraciones? Advirtamos cómo el antiguo testamento nos interroga sobre si nos atenemos a la pregunta de Pablo: ¿Cómo no nos ha de dar con él todas las cosas? (Rom 8, 32). En Jesucristo está la vida y todo lo que necesitamos. También tiene ante la vista la preocupación por las cosas exteriores de nuestra vida. El mensaje de Oseas nos da ánimos para aquella predicación que, en nombre de Dios, pregona frente a nuestra ceguera, y contra la apariencia de cualquier necesidad efectiva: *Yo escucho, dice el Señor, yo escucho*.

El versículo 25 en principio parece ser un fragmento. Suena así: *Yo sembraré en la tierra para mí*. Lo que aquí se debe afirmar, se deberá comunicar a partir de lo que sigue, que es mucho más claro. Allí los nombres de juicio o de condena se convierten en nombres salvadores mediante la eliminación de la negación: *Sin-misericordia* encuentra *misericordia* y «*No-mi-pueblo*» escucha lo que Dios le dice: *¡Tú eres mi pueblo!* Se debería suponer que en principio debería haber aparecido el primero de los tres nombres: Jezrael. Tal vez ese nombre, puesto que aparece al final del versículo 24, fue omitido por algún copista pasándolo por alto. Sea como fuere, en este caso se hace para mí más inteligible la pequeña frase *yo sembraré en la tierra para mí*. El nombre de Jezrael no contiene en sí ninguna negación, y, por tanto, no podía, como los otros dos nombres, ser transformado en una palabra salvadora por la eliminación de la negación. Sin embargo, era también un nombre de juicio y de reprobación, como lo vimos ya. Pero se convierte de otro modo en una palabra de promesa cuando, según parece, el profeta se aferra en este caso al sentido originario de la palabra «Dios siembra», y así es como lo explica en nuestro augurio o promesa. Jezrael en el juicio debe experimentar sobre sí la nueva semilla de Dios. El mismo es sembrado. Pero ¿qué es lo que significa esto? Probablemente Oseas piensa en el retorno de los deportados por Teglatfalasar en el año 733. Los labradores deportados retornan a su tierra y son incorporados a sus derechos como agricultores y a sus posesiones. Según eso, se puede pensar que la semilla que siembra el mismo Dios en la tierra por la acción de su gracia, germina y nace de una manera maravillosa, y que, por consiguiente, el pueblo al que se hace gracia se multiplica también de manera admirable. Pero esto se expresa de un modo más claro en 2, 1 s y, por eso, se puede suponer que 2, 1 s, en la predicación oral de Oseas, iba inmediatamente después de 2, 23-25. El discípulo del profeta que nos transmitió las palabras proféticas pudo haber colocado a 2, 1-3 inmediatamente después del capítulo 1, y dejar en seguida claro qué es lo que pretendía Dios con sus duros juicios.

Nuestras palabras del v. 25 nos muestran asimismo que Dios no sólo se compadece, sino que su compasión tiene también consecuencias para la realidad histórica (¡de la misma manera que la desobediencia tuvo consecuencias históricas!). Jochen Klepper escribió el 17.2.1936 en su diario: «Hay épocas en las que todo éxito es sólo una tentación; pero puede haber asimismo tiempos en los que todo éxito sea perdón».

La bondad perdonadora sigue a la nueva confesión del pueblo de Dios respecto a su Dios: *¡Mi Dios!* Por breve que sea, no es en el fondo más que un eco del agradecimiento que todo lo espera de él (cf. v. 22b.9b.17b.18). La misericordia de Dios es la que suscitó esta confesión. Así, pues, al final surge el amor recíproco, pero sólo al final, como fruto de la acción de Dios (cf. 2, 21 s). El objetivo de Dios es la asociación nueva y cordial con él.

Sólo nos queda advertir que no hemos escuchado algo que sea pura poesía, sino que son afirmaciones auténticas del Dios de Israel, el cual las selló y las hizo efectivas en Cristo. Así, las palabras de Dios contienen y encierran hechos reales, y prescindir de ellos es una locura. Comprenden la realidad de una nueva existencia.

1) El hombre no expone su necesidad al vacío. Ese grito llega a la instancia más alta y es escuchada por el Señor de todo poder.

2) En él encuentra el hombre la vida libre, unos comienzos realmente nuevos en este mundo, la ayuda vital de la ordenación interna y de la libertad externa.

3) El hombre no puede ser separado ya del amor de Dios. *Es amado*. Pertenece al *pueblo de Dios*.

4) Y de esa manera, el hombre es completamente nuevo, de forma que disfruta de un contacto inmediato con su Dios y puede orar y confesar: *¡Dios mío!* o *¡mi Dios!*

Y todo esto le llega a él por la libre iniciativa y por la fidelidad permanente de Dios, que le prepara el día de la nueva alianza. Hoy es ese día.

La renovación de la iglesia

Sermón sobre Oseas 3

1 Díjome Yahvé: Ve otra vez y ama a una mujer amante de otro y adúltera; ámala como ama Yahvé a los hijos de Israel, a pesar de que se van tras otros dioses y se deleitan con las tortas de pasas. 2 La compre por quince siclos de plata, un jomer de cebada y un letej de vino. 3 Díjele: Has de estarte reservada para mí mucho tiempo, no te prostituyas, no te entregues a hombre alguno; también yo me reservaré para ti, 4 porque mucho tiempo han de estar los hijos de Israel sin rey, sin jefe, sin sacrificio y sin cipos, y sin efod y sin terafim. 5 Luego volverán los hijos de Israel y buscarán a Yahvé, su Dios, y a David, su rey, y se apresurarán a venir temerosos a Yahvé y a su bondad al fin de los días.

Reforma significa renovación de la iglesia. Pensar en la reforma significa: pensar en la renovación de la iglesia. El profeta Oseas nos lo demuestra en la imagen del viejo Israel.

Pero ¿quién es la iglesia? *Ve otra vez y ama a una mujer amante de otro y adúltera* (v. 1 a). Esta mujer es la iglesia, de cuya renovación se trata. Se entiende por supuesto que no se trata de la renovación de los edificios de la iglesia. A veces parece hoy en Alemania como si se renovara la iglesia con nuevos muros y tejados, con nuevas alfombras y lámparas. Los espacios son importantes, pero no por ellos mismos, sino en función de los hombres de cuya renovación se trata. Nosotros los hombres de carne y hueso somos la iglesia, de cuya renovación se discute aquí. Ciertamente hay que mencionar

aquí a la gente que asiste a los sínodos y a los dirigentes de la iglesia, a los párrocos y a los presbíteros, a los ayudantes y a los círculos activos de la iglesia. Pero también pertenecen a ella, y no menos, los que antes eran activos y que ahora sólo lo son de nombre, y también aquellos que en otros tiempos se hallaban vinculados con ella y ahora se dedican a otras actividades. Ciertamente, no se *ve excluida la mujer amante de otro y adúltera*. Ni sin duda se hallan excluidos *los hijos de Israel que se van tras otros dioses y que se deleitan con tartas de pasas* (v. 1 b). Ellos incluso se hallan en el propio foco de interés. Todos los demás se deben preguntar si no se hallan prácticamente en su proximidad.

En efecto, aquí se ve en seguida claro que la renovación efectiva de la iglesia no es cuestión de los bienintencionados y piadosos. Ciertamente, se dan también en la iglesia las que se denominan renovaciones que se deben a reflexiones bienintencionadas sobre lo que debe modificarse en la iglesia y lo que se puede cambiar. Exactamente así piensan las asociaciones, los partidos y los estados sobre la necesidad y las posibilidades de reformas. Algo así sin duda debe ocurrir entre nosotros, los hombres, aunque por desgracia la mayoría se aferre a medianías. Pero esto no es la renovación de la iglesia que nosotros denominamos «reforma». Ella no es empresa de ciertos círculos progresistas que piensan por el conjunto, planean y se esfuerzan tratando de arrastrar a los demás. No es, a fin de cuentas, ningún programa sobre cuya realización debe reflexionarse antes.

La renovación efectiva de la iglesia está más bien en marcha. Pues en la iglesia, los hombres no deciden. *Díjome Yahvé: Ve otra vez y ama a una mujer amante de otro y adúltera, ámala como ama Yahvé a los hijos de Israel.* El hecho de que el Señor hable en medio de nosotros significa que la renovación de la iglesia está en marcha mucho antes de nuestras reflexiones. El hecho de que él ame a una mujer extraviada y a todos los hijos extraviados con profunda entrega, es ya en el fondo la renovación total que la iglesia y todo el mundo necesitan únicamente. Pues sólo el amor, sólo su amor divino puede hacer que efectivamente se realice lo nuevo.

Pero ¿qué es lo que hace ese amor? Oseas debe representarlo simbólicamente en matrimonio roto: el amor toma de nuevo para sí a la adúltera. Esto no debe ser posible según las leyes matrimoniales del antiguo testamento (Dt 24, 1 s). Pero el amor triunfa sobre la letra de la ley. Ella se rompe para los rebeldes y se sacrifica por ellos. Oseas tiene que presentar 15 monedas de plata y la misma suma en especie —600 litros de cebada— para librar a su mujer de la esclavitud en la que ha caído por su extravío. Así refleja el profeta el amor de Dios que encuentra a la humanidad irrevocablemente en Jesucristo.

Que esta renovación es también sumamente necesaria en nuestros días, no debería ocultarse a ninguno de nosotros. ¿No corremos, como Israel en los días de Oseas y como los judíos en tiempos de Jesús y lo mismo que la cristiandad en la época de Lutero, detrás de otros dioses? La pregunta es amarga, pero necesaria, a saber, si nosotros, los cristianos de hoy, no vivimos en adulterio como la mujer de Oseas. Examinemos nuestras relaciones hacia Aquel que nos ama. Martín Lutero nos ayuda a ello con su explicación al primer mandamiento en el Gran catecismo: «Aquello de donde haces que dependa o cuelgue tu corazón, y a lo que tú te entregas, eso es verdaderamente tu Dios».

Si no me equivoco, a nosotros nos atraen tres ídolos o dioses falsos. Al primero lo denomina ya Lutero «el ídolo más común y general». Se llama Mammón, es decir, el dinero y las posesiones. «El que posee dinero y posesiones, se sabe seguro, está alegre e impávido, como si se hallara en el paraíso y, a la inversa, el que no posee nada, duda y vacila como si no tuviera ningún dios». A ese ídolo vendió la mujer de Oseas su cuerpo, y por él se convirtió el templo, en la época de Jesús, en una casa de compraventas y en una cueva de ladrones. Pues bien, este dios ronda peligrosamente a nuestro alrededor.

El segundo dios son las obras y la fama o el honor. Es el ídolo más ideal. Es un ídolo muy ético. Se le sirve con gran sentimiento del deber y con tesón incansable. Por él se cosecha el aprecio y la fama en amplios círculos. Este espíritu de incansable actividad y de obras practicadas con ambición lo encontró Pablo en la sinagoga, y Lutero entre los monjes y en la práctica de las indulgencias de su tiempo. Pues bien, este ídolo de la actividad desbordada que proporciona laureles ronda también en torno a nuestra iglesia.

El tercer ídolo es el poder político. Es el ídolo más respetable. Y él puede uncir a su carro a los otros dos primeros. Lutero lo veía ante sí en el papado de su época, que trataba de servirse de los poderes políticos. En el transcurso del tiempo, la iglesia evangélica se ha hallado expuesta frecuentemente a la tentación de orientar su bandera según soplaban los vientos políticos. Y ella hizo esto como si su vida dependiera del «sí» o del «no» de los eventuales detentores del poder político. O también se situó ella misma en posiciones políticas de poder. Ambos peligros son, entre nosotros, muy agudos. Y en ambos casos, se hace un ídolo del poder político.

Que la cristiandad de nuestros días galantea al menos con esos tres ídolos o dioses falsos, nadie podría negarlo. Pero los tres: el dinero, el honor y la política se convierten en una ramera insoportable cuando se los coloca por encima de Dios. Prácticamente nos hallamos enfrentados con la siguiente pregunta: ¿Utilizamos nosotros el dinero, el trabajo y las posibilidades públicas en el servicio a Dios y al prójimo? ¿O más bien, Dios y el prójimo se han hecho de fines medios para convertirnos hoy en una iglesia rica y bien considerada, que también es un factor político de poder? Los mismos ídolos nos rondan a todos nosotros, empezando por los dignísimos obispos hasta los más jóvenes estudiantes de teología, desde los cristianos más fieles hasta los más cínicos pagadores de los impuestos. Y por eso es indiscutible que nuestra iglesia es una iglesia que necesita renovación, porque todos nosotros somos a diario cristianos que necesitan de renovación.

Peligros por aquí y peligros por allá. Pero hay algo más cierto que los peligros. Mucho más cierto que el adulterio o la prostitución de su mujer, es el hecho de que Oseas se sacrifica por ella, la ama y va en su busca. Más cierto que la idolatría de Israel, es el amor ardiente del Dios que actúa.

Tanto la iglesia como cualquier cristiano pueden resbalar y lanzarse por caminos peligrosos, pero no pueden alejarse de sus manos. Ella no puede impedir que él esté abajo y la reciba. Ella puede convertirse en una ramera corriente, ambicionar dinero, honores y poder, pero no puede impedir que su legítimo esposo y señor la ame.

Y dado que ese amor es eficaz y activo, creer en Dios significa al mismo tiempo creer en la renovación de la iglesia y

de los cristianos. No se puede creer en el Dios efectivo de la Biblia y al mismo tiempo quejarse de una manera fanática: siempre es la misma canción o siempre ocurre lo mismo, también el cristianismo busca sus conveniencias. No se puede llamar Dios a Dios e ídolos a los ídolos, si se otorga a éstos más poder sobre los espíritus que a Aquél. El que cree en Dios, cree en la conversión, en el alejamiento de los ídolos y dioses falsos, en la renovación de los hombres y de la iglesia. Pues Dios y los que están perdidos se hallan juntos en el evangelio y también en el antiguo testamento. Jesús recibía a los pecadores. El nos ayuda a liberarnos de cualquier necesidad o apuro.

¿Cómo ocurre esto? Lo podemos leer también en los signos de los que se sirve Oseas. Su amor y su disposición al sacrificio hacia su mujer infiel da un paso más: la lleva a casa y ordena que se le cierren las salidas. Y así impide que se encuentre con ningún hombre que pueda constituir para ella un peligro. Le quita la oportunidad de fornicar. Esta es la iniciativa de su amor.

Pero para el rebelde e idólatra Israel, con esto se significa algo muy decisivo para su vida: Dios os privará durante largo tiempo de vuestras posibilidades estatales y religiosas. El destruye el estado, destruye los lugares destinados al servicio divino, destruye la posibilidad de atender al cuidado de las almas. El hace a Israel pobre, despreciable e impotente ante los pueblos. Y así muestra a veces a su pueblo que ningún dinero, ninguna acción, ningún poder político le pueden ayudar, si no vive de su amor. El muestra a su pueblo la impotencia de sus ídolos o dioses falsos. Y así ordena el arresto en la casa como sistema de curación, y la larga penuria como una medida de salvación. Solamente por medio de un duro ayuno puede el estómago atiborrado recuperar la salud, pues él ha hecho enfermar a todo el hombre y a toda la iglesia.

Es lamentable que la renovación de la iglesia sólo se logre frecuentemente de esta manera por la intervención de Dios, y que la iglesia sólo en el desierto quede renovada. Pero ¿no ocurre casi lo mismo con todo cristiano y con su renovación? Sólo cuando la iglesia se halla sin dinero, sin prestigio y sin poder, es cuando advierte ella qué es lo que tiene en el amor, que supera al mundo, de su Señor crucificado y resucitado;

entonces la fe será sana, el amor honrado y la esperanza fuerte; entonces empezará a alabar a Dios desde el fondo del corazón, y entonces se convertirá en una auténtica madre sobre la tierra en la que se deposita la confianza.

Pero ¿hay que ir siempre tan lejos? ¿No habría que llegar antes a la palabra de Dios que interpela? En los días de Lutero, ocurrió así. Entonces se logró acceder a la palabra de Dios, a encontrarlo en casa. Y allí comenzó la palabra a actuar en silencio, de tal manera que, con una sola vida, se renovó toda una iglesia. ¿Por qué no ha de suceder también esto entre nosotros, mientras haya tiempo?

Ningún camino para la renovación prescinde de este silencio ante Dios, de semejante tiempo libre para su palabra, de semejante separación de todo lo que se convierte para nosotros en ídolo.

El que, en la hora del juicio, quiere la renovación, debe renunciar con plena conciencia a estos tres gritos: ¡más dinero, más negocios, más poder! Esas tres posibilidades las tiene hoy la iglesia. Su renovación depende de que ella reconozca esas tres cosas como tentaciones para prostituirse. Lutero dice en el Gran catecismo refiriéndose al primer mandamiento: «Mira, puesto que tú tienes ahora lo que es el justo honor y el justo culto religioso, quiera Dios que el corazón no conozca ningún otro consuelo ni deposite en nadie más la confianza excepto en él, que no quiera separarse de él, sino que lo anteponga a todo lo que hay sobre la tierra». Así, pues, la cuestión es si su única preocupación es ponerse al lado de los más pobres, de los despreciados, de los débiles. ¿Cómo podría ser dudosa la decisión de esta cuestión en una iglesia cuyo Señor fue crucificado?

El objetivo propio de la renovación es el retorno hacia ese Señor. Este es también el objetivo de Dios cuando entrega a su pueblo infiel a la necesidad: que *vuelvan y busquen a Yahvé su Dios y a David, su rey, y se apresuren a venir temerosos a Yahvé y a su bondad* (v. 5). Y de esa manera nos encontraríamos con la tesis de Lutero del 31 de octubre de 1917: «Puesto que nuestro Señor y maestro Jesucristo dice: ¡Haced penitencia!, quiso él que toda la vida del creyente sea penitencia». Así entiende él el primer mandamiento en su Gran catecismo: «El nos quiere apartar de todo lo que esté fuera de él y atraernos a sí, puesto que él es el único bien eterno. Como si quisiera decir: lo que tú antes buscaste en los santos o en Mammón, y lo que has entregado a otros, resérvalo para mí y considérame como el que quiere ayudarte y colmarte con toda clase de bienes».

Así es como quiere Dios ayudarnos para que hallemos la plena alegría en él. El camino para ello es el hambre de su palabra por la renuncia consciente de otros goces, la petición de su perdón bajo la honrada lucha contra la ambición humana y la espera confiada en su ayuda, independientemente de los grandes de este mundo.

En ese objetivo reconoce la cristiandad avergonzada que la alegría en el Señor es su única fuerza. En ese objetivo piensa siempre ella cuando él, con su amor hacia los que están perdidos, impulsa la renovación de la iglesia. El vivir únicamente de su libre bondad, es lo que hace que los hombres y la iglesia sean nuevos. Ella solamente tiene, también para el mundo, una importancia efectiva como protectora de todos los que están en peligro, en el servicio del amor y de la paz.

El conocimiento de Dios y el juicio sobre el mundo

Sermón sobre Oseas 4, 1-3

[1]Oíd la palabra de Yahvé, hijos de Israel, que va a querellarse Yahvé
contra los habitantes del país, porque no existe ni fidelidad, ni amor,
ni conocimiento de Dios en el país. [2]Perjuran, mienten, asesinan, ro-
ban, adulteran, oprimen, y las sangres se suceden a las sangres. [3]Por
eso está en luto el país y desfallecen cuantos en él moran: aun las bes-
tias salvajes y las aves del cielo y hasta los peces del mar perecerán.

Recientemente había en todas las carteleras de anuncios unos comunicados oficiales, llamando a quintas a los pertenecientes al año 1937. Algunas veces se puede hacer como si no se hubieran leído esos comunicados. Pero nadie puede sustraerse a las consecuencias de la ley que ahí se refleja.

¡Oíd la palabra de Yahvé! (v. 1a). Así exclama el profeta Oseas en la forma de una proclamación. Sin duda que se puede actuar como si no interesara tal proclama. Pero nadie se sustrae a los hechos que aquí se anuncian. Pues el profeta publica la palabra de Dios para todos.

Ciertamente que Oseas habla en primer lugar para sus contemporáneos: *¡Oíd la palabra de Yahvé, hijos de Israel!* Pero puesto que él, el Dios de Oseas, no es sólo el Señor de una generación, sino el Señor de todas las épocas, sus palabras se transmiten de generación en generación para que cada generación conozca el juicio de Dios sobre ella. Y puesto

que el Dios de Oseas es el Dios y el Padre de Jesucristo, éste envió a sus discípulos a todos los pueblos con el mensaje de estas palabras. Jesús derribó definitivamente los linderos que separaban a Israel. Ahora a todos nos atañe la proclamación de Oseas: *¡Escuchad la palabra de Yahvé!*

Esas palabras pretenden prestarnos un doble servicio: nos muestran el origen de nuestra culpa con sus desoladoras consecuencias y, asimismo, la importancia que tiene para nosotros los hombres, y para la vida de todo el mundo, el saber acerca de Dios.

En primer lugar, anuncia el profeta la queja de Dios: *Va a querellarse Yahvé contra los habitantes del país, porque no existe Dios en el país, porque no existe ni fidelidad, ni amor, ni conocimiento de Dios en el país* (v. 1 b).

Tres reproches encierra esta acusación. Nosotros los modernos nos asombramos en seguida. Los dos primeros puntos de la acusación sin duda no nos extrañan, pues debe haber amor y debe haber asimismo fidelidad. Pero ¿quién se atreve a reprochar que no existe conocimiento de Dios en el país? ¿Es que *se debe* conocer a Dios? ¿No es el saber o no saber una cuestión privada de cada uno? La protesta significa: los intereses públicos no se ven afectados en último término por el conocimiento de Dios. La otra cuestión viene a decir: *¿se puede,* en fin de cuentas, conocer a Dios? ¿Existe a la postre una posibilidad ilustrativa e indiscutible de saber algo acerca de Dios? Esta segunda cuestión de protesta cuestiona el que se pueda hacer a un hombre responsable de no tener un conocimiento de Dios.

A ambas cuestiones nos contesta el profeta Oseas con un inequívoco «sí». *¿Se debe* conocer a Dios? Oseas dice: vosotros no podéis romper ningún eslabón de la cadena. Los tres eslabones están bien trabados entre sí. No se puede afirmar: debe haber amor y fidelidad, pero no debe de haber conocimiento de Dios. Tú no puedes pretender tener un manzano en tu huerto y, a la vez, cortarle las raíces. Pues las raíces para el árbol frutal son lo mismo que el conocimiento para el amor y la fidelidad en el país.

Nosotros entendemos mejor esa interdependencia indisoluble si advertimos lo que el *amor* y la *fidelidad* significan en el lenguaje de Oseas. El amor no es el arrebato de un sentimiento, sino la asociación mutua de unos seres humanos que se juntan para lo bueno y para lo malo, para la prosperidad y para la adversidad. La fidelidad no es la perseverancia o tenacidad de un carácter en sí mismo, sino el abandono a otros seres humanos que, por encima de las desilusiones, se asocian con ellos para lo bueno. Acerca de esto, dice el profeta: los hombres no pueden asociarse entre sí de una manera fiable si no conocen a Dios. Ahí no existe ningún amor ni ninguna fidelidad, tampoco hay sin duda conocimiento sobre Dios.

Reinhold Schneider nos cuenta lo que ocurrió en unas navidades en Potsdam hacia el año 1933. El consultó, en su abandono, la sagrada Escritura que, siendo jovencito, había comprado en la traducción de Lutero. Y dice que, después de haber leído algunos capítulos, salió corriendo a la calle oscura y fría. Para él estaba bien claro esto: «No basta con leer este libro. Hay que llevarlo a la práctica. No es un libro. Es una fuerza vital. Y es imposible leer ni siquiera una línea del mismo sin la decisión de llevarlo a la práctica». Exactamente lo mismo es lo que dice Oseas: si vosotros tenéis ante la vista al Dios viviente y ante los oídos y ante el corazón su voz, entonces el amor y la fidelidad estarán en vosotros y viviréis la verdad. Pero la verdad consiste en que tú y el otro viváis ante un mismo Dios paternal y que os sometáis indisolublemente a él. La primera carta de Juan en el nuevo testamento dice lo mismo con una frase muy dura: «El que no ama, no conoce a Dios» (4, 8). Por eso tiene vigencia aquello: si deben existir el amor y la fidelidad, debe existir asimismo y antes el saber acerca de Dios. Por tanto, los intereses públicos entran en juego con el conocimiento de Dios, y no sólo nuestra vida familiar y profesional, sino también nuestra vida estatal y de política mundial.

El filósofo austríaco de la historia, Friedrich Heer, escribió recientemente un libro con el título de *Coexistencia, trabajo en común y oposición.* Respecto a las auténticas grandes cuestiones de la humanidad, él establece una graduación de forma que el enemigo primero se convierta en opositor y, luego, el opositor en socio. Yo no debo anular al enemigo, sino que debo escucharle en sus cuestiones y en sus exigencias como opositor o adversario, al que me enfrento en una discusión honrada. Los adversarios u opositores probablemente se

negarán a admitir soluciones teóricas, pero, siempre y cuando se abran mutuamente, verán que se hallan enfrentados como opositores. Pero ¿cómo —nos pregunta Oseas— pueden los hombres permanecer abiertos mutuamente entre sí, si no conocen a Dios? El nos pregunta: ¿dónde está tu hermano? ¿qué es lo que has hecho con tu enemigo? El que conoce a Dios, sabe que nuestra conducta respecto a los demás hombres no queda a nuestro capricho.

La acusación nos sitúa a todos ante una pregunta: ¿No se cansa tu amor tan pronto precisamente porque no tienes ante ti el amor de Dios para contigo y porque no tienes tampoco ante la vista al otro que es tu hermano? ¿Acaso rasga tu fidelidad tan pronto el hilo de la paciencia precisamente porque no percibes ya la fidelidad permanente de Dios contigo y con tus hermanos, los hombres? ¿Acaso no puedes anudar tan fácilmente de nuevo el lazo de la vinculación precisamente porque has olvidado la vinculación perdonadora de Dios contigo y con los demás hombres, tus hermanos?

Sin embargo, aquí escucho yo la otra pregunta contraria: ¿*Se puede* saber algo de Dios? Con esta contrarréplica tampoco ninguno de nosotros puede librarse de un modo duradero de la acusación. Oseas continúa con la acusación al decir qué es lo que ha ocupado el lugar del amor, de la fidelidad y del conocimiento de Dios, qué ha fallado. *Perjuran, mienten, asesinan, roban, adulteran, oprimen y las sangres se suceden a las sangres* (v. 2). Oseas se refiere aquí con toda evidencia a los diez mandamientos. Así recuerda él que Dios ha hablado, que dio a conocer su voluntad. Se ha preocupado de que todos sepan cómo vigila él sobre la vida de nuestros hermanos, los hombres. Nos prohibió utilizar en vano o para mal el nombre de Dios, al maldecir a los hombres o desearles algo malo en vez de invocar a Dios por ellos. Nos prohibió engañar a nuestros hermanos los hombres, tal vez abusando de los débiles, en vez de tratarlos con honor. Nos prohibió reducir las posibilidades de vida de nuestros hermanos los hombres, en lugar de protegerles. Nos prohibió robar a los hombres, y puesto que en el contexto de Oseas así como en los diez mandamientos se trata de malas conductas que afectan a la persona del prójimo, aquí probablemente no se piensa en delitos contra la propiedad; de ello hablan los mandamientos noveno

y décimo. En el séptimo, por el contrario, se piensa originariamente, como en Oseas aquí, del robo o rapto de personas; Dios quiere, lo mismo que el honor y la vida del prójimo, también su libertad. En nuestro siglo de secuestros o deportaciones de personas humanas, este mandamiento se ha hecho muy actual; pero ellos empiezan cuando nosotros recortamos con mala voluntad la libertad de nuestros hermanos, los hombres. Finalmente, Oseas menciona el adulterio como la vergüenza del hombre, contra la cual Dios nos pone en guardia.

¿Entendemos ahora lo que quiere decir el profeta? No existe ningún amor ni ninguna fidelidad en el país, porque falta el conocimiento de Dios. Esto significa en la práctica: porque vosotros no tenéis presentes las claras palabras de Dios, los diez mandamientos. No los consideráis como su palabra: por eso muchos pierden entre vosotros su libertad; por eso rompéis vuestro matrimonio, por eso a muchos les faltan las posibilidades de vida, por eso campean de un modo tan trágico, en la vida de negocios, la falsía y la mentira; por eso se impone en el mundo una red diabólica de caprichos opuestos. Y la consecuencia brutal es: las acciones sangrientas siguen en todo el mundo a las acciones sangrientas, de manera que, a partir de la crisis de Suez y de Hungría, se esperan con terror nuevas crisis. El mundo vive oculta o abiertamente contra la palabra de Dios que debería conocer.

Oseas no piensa probablemente sólo en los diez mandamientos, sino más todavía en el Dios al que Israel debería conocer por la historia: otorgó a los que habían sido esclavos en Egipto la libertad; él condujo a Israel del desierto a un país sumamente fértil; se situó siempre al lado de los esclavos contra los poderosos. El que conoce a ese Dios, conoce el amor y la fidelidad. El que no conoce el amor y la fidelidad, debe haber olvidado por su mala voluntad por quién vive.

Conocer a Dios no significa conocer palabras, sino la palabra viva de Dios que apareció finalmente a los hombres bajo el nombre de Jesucristo y que sigue presentándose a ellos bajo ese mismo nombre. En él, y es claro como el sol, nosotros somos amados; nosotros, que éramos enemigos, somos amados; todos los hombres que se hallan enemistados con Dios son amados. El no se venga ni castiga, sino que perdona y sobrelleva solo las consecuencias. Y ésta es la palabra vale-

dera de Dios, pues este Jesús de Nazaret, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, es el primero al que la llamada de Dios resucitó definitivamente de entre los muertos. Este es el gran signo puesto al sacrificio en la cruz de Jesús. Desde entonces, conocer a Jesús significa: conocer la última palabra de Dios. Desde entonces, no sólo Israel, sino también todos nosotros, a quienes se ha hablado de él, podemos conocer a Dios. Pero sólo le conocemos como palabra de Dios, si cumplimos su voluntad.

Así, esta acusación nos sitúa ante otra pregunta: ¿No será que falta entre nosotros el conocimiento de Dios porque nos faltan el amor y la fidelidad? ¿No son para nosotros los diez mandamientos y las palabras de Jesús algo que nada nos dice porque no lo queremos poner en práctica? ¿No será que no vemos en él la palabra viva y vivida de Dios porque le dedicamos ciertamente nuestros pensamientos, pero separamos de él caprichosamente nuestra vida real, nuestro hacer y padecer, y nuestra conducta respecto a los demás hombres?

Así, pues, en el punto central de esta acusación, se halla esto: no hay conocimiento de Dios. Pero a partir de ahí, podría ir todo bien, sobre todo desde que Jesucristo está entre nosotros. Pues él nos ama incluso como transgresores de sus mandamientos. Pero eso solamente si le aceptamos como el único Salvador en la acusación en nombre de Dios. Sólo si nosotros le aceptamos con todas las consecuencias prácticas. Pues nosotros no podemos pretender que se extienda sobre nosotros su amor y su paciencia respecto a los enemigos, si nosotros, por nuestra parte, no hacemos que su amor a los enemigos y su paciencia se extienda también a nuestros hermanos, los hombres: si nosotros somos como aquel siervo malvado que se pelea con su consiervo después de que a él se la ha perdonado toda la deuda. Esto no debe ocurrir. Si nosotros no reconocemos al Cristo perdonador como la palabra salvadora de Dios para nosotros y para el mundo, entonces tendremos que escuchar aquellas palabras bien claras de juicio:

Por eso está en luto el país y desfallecen cuantos en él moran: aun las bestias salvajes y las aves del cielo y hasta los peces del mar perecerán (v. 3). Este es el juicio valedero de Dios sobre el hombre que no trata de hacer que se imponga sobre sí y sobre los demás hombres el amor de Dios. El no sólo se arrastra a sí mismo y arrastra a sus hermanos los hombres a la muerte, sino que lleva a la perdición a su país y a todo el cosmos. Oseas pensaba inmediatamente sin duda en una gran sequía: él habla explícitamente de un *secarse* del país y de un *marchitarse* de sus habitantes. Sin embargo, su mirada profética reconoce que esta sequía es algo superior a todo lo conocido y que se convierte en un incendio universal que no sólo arrasa a los animales del campo y a los pájaros, sino incluso a los peces a quienes se les roba su elemento vital que, sin embargo, se respetó en el juicio del diluvio.

Amada comunidad, ésta es una visión profética que debe conmover en lo más profundo a nuestra generación. El hombre que se aleja del amor de Dios, arrastra a toda la tierra, incluso a todas las criaturas, en el torbellino de la aniquilación. En principio hemos vivido ya esto en nuestra generación, cuando, por ejemplo, después del diluvio de bombas sobre Wuppertal, se oscureció el sol bajo el humo pesado de las nubes de llamas; cuando en la catástrofe de 1945, se arruinaron los bosques. Reinhold Schneider escribió acerca de ese año: «Cuando las mujeres y los niños de un pueblo han sido deshonrados y envilecidos, el tordo se halla indefenso en el jardín, la trucha en el arroyo, y el abeto en el bosque...; por lo menos para la generación afectada por todo eso, ha ocurrido lo definitivo». Tal vez nosotros deberíamos ser más modestos a partir de Oseas, y afirmar: he ahí un signo previo de lo definitivo. Se nos ha predicho que el hombre con los demás hombres lleva a la criatura a la perdición, si permite que impere la venganza en vez del perdón. Nuestra generación de las armas atómicas debe, como ninguna otra anterior, tener ante los ojos las imprevisibles consecuencias que una falsa postura del hombre ante Dios acarrea.

Ya está alboreando la víspera del segundo milenio. La generación que ahora está creciendo debe disponerse a escribir el testamento de este milenio, mientras hay tiempo todavía para la humanidad. Y pienso que el cristianismo debe introducir en él dos sentencias o máximas: 1) el conocimiento de Dios no es un asunto privado, sino de una importancia pública de grandísima envergadura. Las horas de vida de la tierra dependen de eso; 2) ya es conocida la voluntad decidida de Dios: él quiere el perdón en vez de la venganza; quiere hacer de

nosotros, de adversarios, compañeros y socios. Esta voluntad debe ser determinante en todos los campos de la vida en común de la humanidad, incluso en las luchas por el poder de tipo económico o político. De no ser así, no existe esperanza ya para la tierra en la era atómica.

Además, nosotros, en la comunidad cristiana, deberíamos sacar dos consecuencias: 1) vivir en el conocimiento práctico de Dios con el convecimiento que está en juego el todo, según nos interroguemos o no acerca de la palabra de Dios, según busquemos el perdón o la venganza, según nosotros, en nuestro ámbito familiar o profesional, pongamos en práctica la vinculación confiada o provoquemos la intranquilidad y la falta de paz, todo lo cual suscita un entendimiento exclusivo y niega a cualquier otro. Esto es lo primero: vivir en el conocimiento práctico de Dios; 2) la segunda tarea significa: congregarnos en la comunidad cristiana con una gran vigilancia en lo que respecta a la cruz del Señor, en torno a su palabra y a su mesa. Y en ese lugar advertir a quién debemos llegar y alcanzar, y asimismo sostener cualquier obra misionera que tienda a eso. Pues el juicio sobre el mundo, que rechaza al Salvador, no se vence o supera en ningún *bunker* contra las bombas atómicas, sino únicamente en la barca en la que es señor Jesús. El nos conducirá a la orilla de un nuevo mundo de Dios.

Sólo para teólogos

Sermón sobre Oseas 4, 4-10

4 Pero nadie protesta, nadie reprende. También contra vosotros me
querello, ¡oh sacerdotes! 5 Tropezarás en pleno día, y contigo también
tropezará el profeta en la noche, y harás perecer a mi pueblo. 6 Perece
mi pueblo por falta de conocimiento: por haber rechazado tú el conocimiento, te rechazaré yo a ti de mi sacerdocio; por haber olvidado tú
la ley de tu Dios, yo me olvidaré también de tus hijos. 7 Cuantos son
ellos, tantos fueron tus pecados contra mí; trocaron su gloria por la ignominia. 8 Se alimentan de los pecados de mi pueblo y codician sus iniquidades. 9 Y lo que del pueblo sea, eso será también del sacerdote.
Yo los castigaré según sus caminos y los retribuiré según sus obras.
10 Comerán y no se saciarán, fornicarán y no se multiplicarán, porque
se obstinaron en abandonar a Yahvé.

Estas palabras se dirigen a los sacerdotes. A los sacerdotes que tienen una gran responsabilidad ante Dios en su pueblo. Los sacerdotes en Israel no son iguales a los discípulos de Jesús. Ni a los teólogos del siglo XX. Vivían de distinta manera. Tenían asimismo un cometido distinto. Y tampoco les estaba confiada la misma palabra de Dios que se les ha confiado a los emisarios de Jesús. Pero las palabras son del mismo Dios. Otros hombres les han sido confiados, pero tienen la misma responsabilidad ante Dios por esos hombres. Así nosotros, los teólogos del siglo XX, con todos los discípulos de Jesús, estamos en la misma línea de los sacerdotes de Is-

rael. Con ellos nos hallamos bajo las mismas palabras con las que se dirige a ellos Oseas en nombre de Dios.

Pero nadie protesta, nadie reprende. También contra vosotros me querello, oh sacerdotes (v. 4). Dios se dirige de una manera particular a los teólogos. No por su condición de elocubradores de oscuridades académicas, sino porque son los primeros responsables. Es su reprensión lo que nos distingue. Nos imaginamos que estamos en la cercanía de Dios en un refugio a prueba de bombas o que podemos disparar sobre todos los demás desde la inexpugnable fortaleza de un púlpito. Pero nosotros estamos también al alcance de los disparos como ningún otro.

No sólo bajo los tiros de toda clase de emboscados. Es verdad que estamos rodeados de críticos, aunque hoy, por regla general y por precaución, nos hemos desembarazado del traje talar. No es que yo defienda la conveniencia de un traje especial, pero sí me pregunto: ¿Por qué lo hemos abandonado? ¿Es que queremos pasar ante el público como un señor cualquiera? ¿Es que deseamos vivir sueltos y sin compromiso? ¿Es que pretendemos desembarazarnos de una responsabilidad especial por cobardía? ¿O queremos, más bien, comportarnos de una manera honrosa, como hombres en medio de los hombres, en lugar de adornar o «decorar» nuestra misión? La singular expectación es correcta en cuanto que nuestra vida debe amoldarse a la misión. En todo caso, nuestros críticos tienen más argumentos contra nosotros que nosotros contra ellos.

Pero más que esas coordenadas, debe preocuparnos aquel que nos confía la misión. El no la emprende primero con los otros, con los políticos o los empresarios, ni con los cabeza de turco, por otra parte tan queridos, de la sociedad, sino precisamente con los pastores. De la misma manera que Jesús reprende y corrige sobre todo a sus discípulos, a los que él envía y los cuales le desilusionan.

«¡Movilización hacia adentro!» es lo que promueve el crítico número uno. Esto es lo que nosotros, teólogos, maestros y párrocos, estudiantes y candidatos a la teología, necesitamos en vísperas del segundo milenio. No nos corresponde la movilización hacia afuera. Esta será impulsada por otros, con nosotros o a pesar de nosotros. *A nadie se debe reprender, a nadie castigar.* No es movilizada nuestra crítica en la vida de las comunidades y de las iglesias, ni nuestro juicio sobre el estado y la economía, sobre los sectores de la cultura y de la civilización. Esto nos queda dispensado. A nosotros nos corresponde presentarnos ante todo el mundo humildes y modestos. *A nosotros* se dirige la reprensión del Señor. La consigna es «movilización hacia adentro». Dios nos dirige, a nosotros los teólogos, no sólo palabras que transmitir, sino palabras de las que somos los exclusivos destinatarios.

Pero ¿por qué se dispensa a todos los demás? Porque el hecho de que les vaya mal es porque los mensajeros de Dios les han escatimado su ayuda. Culpables en este mundo son los que han menospreciado u ocultado el tesoro que se les confió: ¿Qué tesoro? *Por haber rechazado tú el conocimiento, te rechazaré yo a ti de mi sacerdocio: por haber olvidado tú la ley de tu Dios, yo me olvidaré también de tus hijos* (v. 6 b). El profeta destaca con toda claridad que los elegidos de Dios sólo tienen que hacer una cosa: vivir de la palabra que se les ha confiado, conocer las acciones de Dios en favor de Israel y la voluntad de Dios respecto a Israel, y anunciar todo eso. Y, de la misma manera, no se pregunta a los mensajeros de Jesús qué es lo que han producido u organizado. Tampoco a nuestra generación le pregunta Dios sobre nuestras propias ideas o sobre la amplitud de nuestras empresas, sino solamente se nos pregunta hasta qué punto hemos conservado el mensaje confiado por Jesús. Nosotros no debemos otra cosa al mundo. Pero eso es precisamente lo que le debemos. Es la palabra viva de Dios que penetró en nosotros por Jesucristo y que nadie en el mundo puede decirse a sí mismo. En el servicio del Dios vivo, no hay otra cosa que hacer que subordinar toda la vida a su palabra eficaz.

El 13 de mayo de 1933 escribía Jochen Klepper en su diario: «El clérigo, al que pidió Hanni ser bautizada, accedió hoy después de varias semanas. Y se puso a hablar, en la función religiosa, de trivialidades. Hay que confesar que Hanni sabe de cristianismo cien veces más que tales pastores. ¡Leer la Biblia!». ¿Qué es lo que pudo haber hecho ese pastor en esas semanas? Si él hubiera vivido el mensaje del Salvador crucificado, no hubiera salido a hablar trivialidades. ¿Pero qué es lo que nosotros hacemos? ¿Qué es lo que debe hacer

su generación? «¡Leer la Biblia!», nos dice Jochen Klepper en su libro de recuerdos, en el mismo sentido de Oseas. Lo que hay que hacer es familiarizarse con la palabra de Dios, o mejor, conocer cómo se comporta y se relaciona con nosotros la palabra de Dios. En la fiesta de san Silvestre de 1933, a la vuelta del oficio religioso de fin de año Klepper escribe: «Nuevamente vuelvo del sermón completamente vacío, ¿no sospechan los pastores hasta qué punto su predicación aparece vana y vacía ante las palabras de la Biblia que se leen?». Por favor, no olviden lo que dice: «vana y vacía ante las palabras leídas de la Biblia». ¡Qué autocomplacencia frente a un amor crucificado! ¡Qué juegos de palabras frente a una palabra que llama a los muertos a la vida! ¡Qué hablar a tontas y a locas o al tuntún frente a una misión tan clara! Van muy mal las cosas en nuestra época en lo que se refiere a la predicación del evangelio, pero van mucho peor todavía en lo referente a la transmisión de la palabra de hombre a hombre. ¿Y por qué? Porque nos dedicamos poco a escuchar en silencio. Toda nuestra vida se yergue o se derrumba con la palabra salvadora de nuestro Señor. Sí, nuestra vida está en juego con nuestro contacto diario con la Biblia. Sin esa palabra, nosotros los teólogos nos convertimos sobre la tierra en figuras sin sentido y sin valor ninguno. En nuestra exégesis, se trata de la palabra de Dios, y asimismo en nuestro estudio de la historia de la palabra a través de los milenios, y en las preguntas que nos hacemos sobre la misión que hoy nos confía la palabra. Si nos volvemos a la palabra, Dios se vuelve a nosotros. Si la palabra carece para nosotros de interés, también nosotros carecemos de interés para Dios. Dios sólo necesita de sacerdotes, de discípulos y de teólogos porque el mundo necesita de su palabra reconciliadora. Aquí no cabe ninguna evasiva. Cualquier otra actividad sólo puede incrementar la culpa, que consiste en que dejamos a un lado la palabra.

A tres cosas apunta aquí el profeta:

1) Al creciente número de teólogos. *Cuantos son ellos, tantos fueron sus pecados contra mí* (v. 7 a). Debemos tener en cuenta que a nosotros, con nuestra moderna promoción del incremento de los teólogos, nos afectan directamente estas palabras. Igual que en Israel, el bienestar ascendente en el primitivo capitalismo del siglo VIII a. C. multiplicó los altares, también entre nosotros surgen nuevas iglesias y hay nuevas posibilidades de puestos para el personal eclesiástico.

Pero la iglesia no vive del gran número de los testigos, sino de testigos obedientes. Valen más nueve parroquias sin proveer, con un único párroco que ofrece con alegría todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma al servicio del evangelio, que dichas parroquias provistas con hombres vanos y vacíos. ¿No vemos el peligro del gran número, en una época en la que precisamente no parece un mal negocio el hacerse teólogo? ¿No advertimos entre nosotros el poder de la tentación de estimular a toda clase de individuos sin excitarles al amor por la palabra de Dios y a vivir con él? Hermanos, no debe ser así. Entre nosotros podemos hacer que la escucha y la confianza de la palabra de Dios sea más pronta y más amable.

2) Oseas se refiere también al estilo de vida de los teólogos. *Se alimentan de los pecados de mi pueblo y codician sus iniquidades* (v. 8). Oseas tiene ante los ojos el hecho de que los sacerdotes fomentan el negocio de los sacrificios. Ellos se alegran por cada falta, y recomiendan al pueblo que haga sacrificios para purificarse. Así con tales donaciones pueden ellos vivir mejor. La palabra de Dios, tal como la conoce Oseas, no les manda ese ajetreo de sacrificios. Ellos, sin embargo, lo fomentan porque así suben sus ingresos. Cualquiera de nosotros corre el peligro de orientar de tal manera el servicio en su misión, que su vida tenga así más ventajas, sea más rica y pueda disfrutar de mayores comodidades. Difícilmente se convence a nuestro viejo Adán de que no son los honorarios ni las ventajas o comodidades las que llenan de bendición la vida, sino solamente la entrega al tesoro de la palabra de Dios. Jesús prohibió a sus discípulos llevar oro o plata en sus bolsillos, cuando fuesen de camino ejerciendo su servicio o ministerio. Sus palabras de «No podéis servir a Dios y a Mammón» (Mt 6, 24) ocupan un lugar destacado en la instrucción a los discípulos. Entre nosotros, debido a la vida cómoda, existe el peligro de que olvidemos esas palabras. Aquel a quien estas palabras le parezcan demasiado estrechas, demasiado insignificantes, debe saber que todo *más* en realidad es *menos*.

3) El profeta muestra un pecado especial de los sacerdotes de su época, a saber: *Cometen impurezas* (v. 10). *Y troca-*

ron su gloria por la ignominia (v. 7 b). De esa manera ataca él los cultos de la fertilidad cananeos adoptados por los sacerdotes, que, a juicio de los profetas, sólo fomentan la impureza. Ellos cambian el honor de la palabra de Dios por la vergüenza de los ritos lascivos. Estos eran famosos por su desenfreno. Su antigüedad y su amplia difusión hacía que se les considerara como algo útil. Con ellos, el pueblo de Dios se sometió a las reglas del juego de la utilidad y del progreso. En cada generación, surge de forma nueva la tentación de que los teólogos tomen como modelo lo que la opinión pública aprueba y lo que resulta simpático y agradable a la sociedad moderna. Pero con todos los métodos psicológicos y de organización más competentes, los hombres no salen de sí mismos. El mensajero de Jesús desperdicia su talento si se entrega a ellos. Muchos programas refinados de cultos modernos de la fertilidad nos incitan, con su actividad, a descuidar la sencilla adhesión a Dios. A quien no le parecen suficientemente eficaces las palabras de Aquel que se dirige a nosotros, y a quien deben obedecer todos los poderes, debe saber primero que todas las eficacias cogidas al vuelo en realidad para nada sirven.

Y debe quedar claro, queridos hermanos y hermanas, que la iglesia y su organización teológica no vive de los grandes números ni de los ingresos que se multiplican, así como tampoco de los actuales métodos para lograr el éxito, sino solamente de la palabra que crece como un grano de mostaza, que es pan para la vida y dictamen del último vencedor. Nuestra vida y nuestro trabajo se medirán solamente por la palabra confiada por Jesucristo. Con ella subsistimos o fracasamos.

A los sacerdotes de Israel se les amenaza con que los que se alejaron de la palabra tropezarán a pleno día. Y a los profetas que están a su lado les ocurrirá lo mismo. El otro título no les protegerá. Y con ellos irán a la ruina sus familias. *Comerán y no se saciarán, fornicarán y no se multiplicarán, porque se obstinaron en abandonar a Yahvé* (v. 10). Con el cargo, se derrumba asimismo la persona.

En el proceso «John», el presidente del senado, en los considerandos previos al juicio contra el antiguo presidente del tribunal constitucional, pronunció unas palabras que

nos dan que pensar a nosotros los teólogos: «El acusado tenía un cargo, un cargo muy alto. La repercusión de la acción no ha de explicarse sin contemplarla en relación con este alto cargo suyo. No se trata de juzgar disculpando al detentor de un alto cargo por el hecho de que él, como persona, no daba la talla que se necesitaba para ese cargo. Según eso, una de dos: el que tiene tal cargo y no posee la talla para el mismo, debería renunciar a dicho cargo, si se da cuenta de ello; y si no renuncia a él, entonces el bien común exige que él... sea juzgado también personalmente según las normas que se exigen para el que detenta tal cargo».

Hemos visto que Oseas nos dice que el cargo u oficio de los teólogos se halla determinado por la palabra confiada a él. Sobre todos nosotros se cierne intranquilizadora la pregunta acerca de la medida de nuestra talla personal respecto a ese alto cargo. El mensaje neotestamentario de que el juicio de Dios comienza por la casa de Dios, puede tener para nosotros unas consecuencias personales inmediatas. Entre los que rodeaban a Jesús no vemos que se enjuicie a Poncio Pilato, ni a Herodes ni a los sumos sacerdotes, sino a uno de los doce, a Judas. Sin embargo, el otro de los doce que, en vez de aplicar las palabras del Señor, acudió a la espada y al engaño, es seguido por la mirada del Señor: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?» (Jn 21, 16).

Este camino de Pedro sigue siendo la única esperanza del teólogo: acudir al único sacerdote que vivió la palabra de Dios sobre la tierra y que se ofreció a sí mismo. En ese sacrificio sufre él, en representación nuestra, el juicio de muerte sobre nosotros, sacerdotes infieles.

Pero su amor no nos da carta abierta para que nosotros, por nuestra parte, hagamos el loco. Más bien nos llama a sí para que no huyamos de él. El es la palabra salvadora. El nos prepara la mesa de su amor frente a todos los enemigos. El nos tiende su mano. El que la toma con una de sus manos en medio de la vorágine del tiempo, podrá ayudar con la otra a los demás.

Bajo los poderes de la seducción

Sermón sobre Oseas 4, 11-19

> [11]Fornicación, vino y mosto quitan el juicio. [12]Mi pueblo pregunta al
> leño, y su bastón le hace revelaciones porque el espíritu de fornicación
> le ha descarriado y fornicaron alejándose de su Dios. [13]Ofrecen sacrifi-
> cios en las cimas de los montes, y en los collados queman incienso bajo
> la encina, bajo los álamos, bajo los terebintos de grata sombra. Por
> eso se prostituyen vuestras hijas y adulteran vuestras nueras, [14]y no
> castigaré las fornicaciones de vuestras hijas ni los adulterios de vues-
> tras nueras, porque ellos mismos se van aparte con rameras y con las
> prostitutas ofrecen sacrificios, y el pueblo, por no entender, perecerá.
> [15]Si tú, Israel, te prostituyes, que al menos no se haga culpable Judá.
> No vayáis a Guilgal, no subáis a Bet-Aven y no juréis (diciendo): ¡Vi-
> ve Yahvé! [16]Porque como novilla cerril, es cerril Israel; por eso en
> adelante los apacentará Yahvé como a oveja en lugar amplio. [17]Efraím
> se ha adherido a los ídolos, déjale. Su vino se les ha subido (a la cabe-
> za), [18]se han dado a la fornicación; a la gloria de Yahvé han preferido
> la ignominia. [19]Arrebataráles el viento en sus alas y se avergonzarán
> de sus sacrificios.

La exclamación «*el espíritu de fornicación le ha descarriado*» (v. 12 b) aparece en Oseas en una intervención de alto dramatismo. Comenzó al anunciar el profeta a la cara del sacerdote del lugar que Dios había rechazado su ministerio porque él había arrojado la palabra de Dios y por haberse dedicado, en lugar de a ella, a toda clase de negocios que él no le había mandado (v. 4-6). Esta entrega a amoríos según la

moda cananea en la que desempeñaban un papel importante las «bodas sagradas», la atestigua él con las duras palabras de *espíritu de fornicación.* Ellos lanzan a todo el pueblo al abismo porque le privan de la ayuda vital de la palabra de Dios (v. 6 a). Por ese pueblo seducido y traicionado lucha el profeta con toda su pasión.

Es casi lo mismo que la lucha de Jesús, camino de la cruz, donde se ve con sus discípulos rodeado por los oscuros poderes de la seducción. El nos muestra nuestra situación en este mundo, en la que actúan en torno a nosotros distintas fuerzas que nos tientan. La semana santa no sería para nosotros algo inútil si nos equipáramos hoy y nos armáramos para orientarnos de nuevo en esta situación tan peligrosa por acechanzas tan solapadas. Vivimos todos bajo los poderes de la tentación. En esta situación, podemos sacar de las palabras proféticas tres consejos.

El primero es éste: *¡Conoce la tentación!* Lo peor que nos ocurre es que no advertimos cuándo somos tentados. Se puede viajar durante kilómetros y kilómetros por una carretera en la creencia de que vamos a llegar a la meta deseada. Sólo cuando aparecen los primeros indicadores, se advierte el error. Solamente el que es tentado no advierte la tentación. Y como Oseas tiene la indicación del Señor ante la vista, puede desenmascarar esa misma tentación. Ese es el servicio que nos presta. El nos presenta ante los ojos el indicador amarillo: *¡el espíritu de prostitución tienta!,* así nos dice a todos nosotros para que nos examinemos. Y será para todos nosotros muy útil, en esta semana santa, que, contemplando el camino de Cristo, nos hagamos de nuevo la pregunta: ¿Quién es el que me tienta? ¿Qué es lo que me empuja y lo que me retiene? ¿Es la opinión común o son las palabras del Señor? ¿Es la búsqueda del placer o el agradecimiento por las acciones de Dios? ¿Es la necesidad de seguridad para un prolongado futuro o la obediencia diaria respecto a él? En una palabra: ¿soy un *conducido* o un *seducido*?

Pero adviértase bien: la tentación cambia de máscaras. Puede actuar de forma lenta o de forma súbita. Como preocupación, ella angustia con la pérdida de la vida. En la forma de este espectro, lanza a sus víctimas primero a una carrera desesperada hasta que al fin quedan tumbadas en tierra

cansadas y resignadas. Como placer, engaña con la mejora de la vida. Con este disfraz, invita a disfrutar de la vida en todos sus aspectos, a costa de quien sea. Ambas formas las tiene presentes Oseas en su tiempo: por una parte, ve lascivos banquetes a la sombra de hermosos árboles verdes en las cimas de los montes (v. 13 s) y, por otra, ve a labradores que miran angustiados su futuro, pidiendo oráculos ante los sacerdotes con leños y bastones (v. 12 a). Las formas han cambiado sin duda en nuestra época.

Pero la esencia de la tentación sigue siendo la misma: ella embriaga y desorienta. Oseas puede decir: ella hace *enloquecer* así o así (*fornicación, vino y mosto quitan el juicio,* v. 11). Su palabra para designar *la tentación* significa propiamente *hacer tambalear,* tal como les ocurre a los borrachos, que no pueden caminar erguidos sin tropezar y caer. La tentación conduce siempre a un penoso andar zigzagueando entre la resignación y el orgullo, entre un exagerado fanatismo por el trabajo y una búsqueda desenfrenada de placer. Ella comete aquí y allá excesos, pues le falta la orientación hacia el objetivo o la meta de la vida. Esta falta de capacidad de orientación es el resultado de toda tentación que aparta del auténtico y verdadero Señor. El comienzo de la sabiduría sigue siendo el temor del Señor. Su palabra nos proporciona un desapasionado conocimiento de los poderes de la tentación. Deberíamos leer esta semana, diariamente, la historia de la pasión en los evangelios. Nos ayudaría a apartarnos de la embriaguez de las tentaciones y a reconocer los poderes peligrosamente disfrazados de la tentación.

El segundo consejo que nos viene de Oseas dice así: *¡Apártate del tentador!* La medida más urgente consiste en descubrir los instrumentos de la tentación. El profeta, en esa intervención dramática, tiene ante sí, al parecer, dos grupos: el uno se congrega en torno a los sacerdotes, a los que se acusa de tentar; el otro está formado por los hombres del pueblo que juntamente con sus familias, son los tentados. A ellos se dirige directamente con aquellas palabras: *Y no castigaré las fornicaciones de vuestras hijas ni los adulterios de vuestras nueras, porque ellos mismos se van aparte con rameras* (v. 14). Es importante distinguir entre tentadores y tentados. Oseas lucha contra los tentadores y se inclina en favor de los

tentados. Los tentadores saben disfrazar muy bien sus artimañas. Por eso es tan difícil reconocer a los que constituyen el mayor peligro. Lo mismo que en la historia de la pasión de Jesús, se camuflan también en torno a Oseas, preferentemente bajo máscaras piadosas. Aparecen con ropajes y ornamentos de sacerdotes y escribas y en traje de hombres que saben cumplir con su deber y que tratan de imponerlo a otros. Ellos son la prosperidad, la flor y nata, son la aristocracia. Ellos manejan grandes números y estadísticas de éxito, pero, en todo caso, silencian que conducen a un callejón sin salida de desesperación, en cuanto que pasan por alto la cruz de Cristo que es el único camino que conduce a la vida. La alusión de Oseas a los sacerdotes nos induce a temer a los tentadores más peligrosos, precisamente allí donde habría que buscar modelos. Nada nos aparta tan rápidamente del camino de Jesús como aquellas máximas que parecen corrientes. Que el camino hacia la cruz lleva a la vida, aparece ante nosotros sólo si permanecemos cerca de Jesús, el Resucitado.

Si se han conocido las artimañas más peligrosas de la tentación, se sigue de ahí un alejamiento decisivo de los tentadores y de las máximas que inducen a la tentación. El que se acerca a los primeros y se adhiere a las segundas no saldrá incólume. Sin duda que no podemos ni debemos apartarnos del mundo, lleno de tentaciones, pero el profeta nos exhorta con toda claridad a evitar los lugares en los que se sirve claramente a los ídolos (v. 11). Exige que se haga el boicot a los falsos cultos religiosos, en los que el hombre sirve a sus gustos y preocupaciones, en lugar de prestar atención a las acciones de Dios, que se preocupan de nuestra auténtica libertad mucho más que cualquier hombre. Por eso debemos examinarnos una vez más, en esta semana, acerca de lo que nos aparta del auténtico camino de Dios y nos conduce al torbellino de las preocupaciones y de los deseos de modernas tentativas de salvación o de liberación. Cualquiera descubrirá, en su vida diaria y en sus ocupaciones habituales de la semana, los centros de la tentación: algunas de nuestras lecturas, frases de la conversación familiar, reuniones de la vida profesional, horas de vida social..., de los cuales tratará de separarnos esta semana la palabra del Señor crucificado. Ella nos librará para que podamos ejercer un servicio fructífero en este mundo. Para que se dé tal libertad, se necesita un decisivo alejamiento de todo lo que sea tentación.

Pero nos encontramos con un tercer consejo. Se deduce de una estremecedora experiencia. La lucha de Oseas en favor de los tentados constituye un fracaso. La *novilla cerril y alocada de Israel* no quiere apartarse de los tentadores. Ellos aman la *vergüenza de los dervergonzados*. Así también Pedro, aunque ya Jesús le había predicho que le había de negar tres veces y aunque él consideraba eso como totalmente imposible. Y es que somos así: podemos conocer los poderes de la tentación y deberíamos apartarnos decididamente de ella, pero, llegado el momento, nos dejamos tentar. Amamos la negligencia y el orgullo, y no queremos dejar de preocuparnos o de pasarlo bien, según nos dictan el ambiente o el mundo que nos rodea. *Efraím se ha adherido a los ídolos,* dice Oseas (v. 17).

Pero él presta un servicio a su pueblo: le indica su infidelidad para con el auténtico Señor, designándola como una *vergüenza.* El llama *vergüenza* a que prefiera, como últimas instancias, las dimensiones creadas y pasajeras al Creador; a que desprecie las claras orientaciones de Dios por placeres momentáneos, en vez de vivir agradecido hacia él; a que espere más de las cavilaciones del futuro que de la obediencia diaria a su Señor, que nos presenta un destino eterno. Este es el servicio que presta Oseas: llamar vergüenza a la vergüenza. Así es como actúa la mirada de Jesús respecto a Pedro, después de que él había negado tres veces conocerle, dándole a conocer lo vergonzoso de su conducta al preferir evitar un enfrentamiento desagradable en vez de pronunciarse en favor de su auténtico Señor, incluso cuando le iban a juzgar. También nosotros hacemos con mucha frecuencia lo mismo, después de que él se mostró en la pascua como el auténtico Señor incluso de la muerte. Pero la Biblia nos ayuda a advertir la vergüenza de nuestra infidelidad, de nuestra ingratitud, de nuestra desobeciencia. Ella nos pone en guardia contra lo que es todavía peor, a saber, el que tomemos la vergüenza como un honor, lo enfermo por lo sano y nuestras caídas como algo normal, incluso enorgulleciéndonos de ello. La Biblia nos ayuda a avergonzarnos.

Así es como Pedro reacciona ante la mirada del Señor y llora amargamente. Así es como le ayuda el Señor mediante

la ulterior vergüenza. Y al despedirse de los discípulos después de la pascua, antes de tomarlo de nuevo en su servicio, le pregunta nada menos que tres veces: «Simón, ¿me amas?». Pero después de la tercera pregunta, leemos: «Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntase» (Jn 21). Así es como Jesús ayuda mediante la vergüenza.

Según eso, tomemos hoy el tercer consejo con relación a los poderes de la tentación: *¡avergüénzate como tentado!* ¡Dichoso aquel que puede todavía avergonzarse o aprende a hacerlo! Amada comunidad: golpearnos el pecho, esto es lo que haremos todos los hombres en el juicio final, cuando veamos a nuestro auténtico Señor. Esa deberá ser la acción más importante y esperanzadora en esta semana santa. Y nadie debe hacer eso como si él no fuera desde hace tiempo un tentado. Nosotros nos hallamos expuestos a la tentación a pesar de las advertencias. Y no nos salva el que nosotros seamos mejores que el pueblo de Oseas y que los primeros discípulos de Jesús, sino el que la mirada de Jesús se dirige hacia nosotros de la misma manera que se volvió a Pedro; y el hecho de que él padeció la muerte por nosotros y por todo el mundo, y, asimismo, el hecho de que él, como el Viviente, también nos pregunta de nuevo: ¿Me amas? Y como aquellos que se avergüenzan de sí mismos, nos sentará con gusto a su mesa. Nadie debe seguir el camino de Judas, que no se avergonzó posteriormente.

Pues bien, ¿cuál es nuestra situación? Solamente la fidelidad permanente a Jesús nos libra del poder de la tentación. Ella es la que solamente es capaz de hacernos más fuertes. Pero su gracia es todavía más fuerte para los tentados. Y no sólo nos saca del mundo de la tentación sino que nos sitúa en el camino de la libertad. Nosotros somos sin duda los caídos y sin duda lo seguiremos siendo a veces, pero, bajo las palabras perdonadoras de la cruz, ningún caído debe permanecer postrado, sino que todos pueden levantarse y resucitar a una nueva vida; no de orgullo y de desidia, sino de gratitud y obediencia; no en una arrebato de miedo o de ambición, sino de una manera sobria y alegre bajo el mandato del verdadero Señor.

Educador de los impenitentes

Sermón sobre Oseas 5, 1-7

[1]¡Oíd esto, sacerdotes! ¡Escucha, casa de Israel! ¡Presta oído, casa del
rey!, que es contra vosotros la sentencia, pues habéis venido a ser un
lazo para Mispá y una red tendida en el Tabor. [2]Los perseguidores lle-
varon la perversidad al extremo, pero yo los castigaré a todos ellos.
[3]Yo conozco a Efraím e Israel no se me oculta. Pues ahora te has pros-
tituido, Efraím; se ha contaminado Israel. No dirigen sus obras a vol-
ver hacia Dios, porque un espíritu de fornicación hay en su interior y
desconocen a Yahvé. [5]La arrogancia le sale a Israel a la cara, pero tro-
pezarán Israel y Efraím en su iniquidad, y con ellos tropezará también
Judá. [6]Con sus ovejas y sus vacadas irán en busca de Yahvé, pero no le
hallarán, porque Yahvé se ha retirado de ellos. [7]Han hecho traición a
Yahvé, engendrando hijos extraños. Ahora un conquistador los devo-
rará con sus campos.

La situación en la que introducen estas palabras proféticas se halla caracterizada con la mayor claridad: *No dirigen sus obras a volver hacia Dios* (v. 4). El profeta tuvo que experimentar eso en una ocasión anterior. El intentó apartar a su pueblo del engaño y de la seducción. ¡Pero sin éxito! Como una «novilla cerril o alocada», se han mostrado adheridos a los ídolos y dados a la fornicación (4, 16-18). Y así ve que en el pueblo opera un «espíritu de prostitución», de apostasía. *Y desconocen a Yahvé* (v. 4 b). Nadie se vuelve a él. La situación es exactamente típica de una época que se había vuelto sorda a la palabra de Dios y que, en su conjunto, no poseía ya

ningún órgano para poder escuchar el evangelio; es típica para un mundo que, en una notable proporción, es el nuestro. Se entiende cómo funcionan los motores más complicados, cabe representarse la estructura del átomo, y penetrar celosamente en lo polifacético de la psiqué humana, o se pueden excavar apasionadamente los estratos de la tierra para descubrir mundos sepultados, pero al que en nuestro mundo se aventura a hablar de Dios como el Señor del mundo, a ése se le mira sin el menor entusiasmo: la gente se encoge de hombros ante quien habla de Cristo como el que tiene poder sobre la muerte. *Vivimos en un mundo de impenitentes, de «paganos»,* en el mundo de Oseas. Nuestro mundo es cristiano de nombre, como Israel era de nombre el pueblo de Dios.

En este mundo proclama el profeta las palabras de su Dios: *Yo los castigaré a todos ellos* (v. 2) o, como dice la antigua traducción griega, probablemente con más razón: *soy el maestro que os corrige a todos vosotros.* Dios se presenta como el educador de los infieles. Por tanto, no es que el Dios de la Biblia presuponga una auténtica relación religiosa de dependencia. Los impenitentes siguen encontrando a su maestro y dueño. El pretende continuar haciendo lo que ya hacía desde tiempos con su pueblo, a saber, educarlo «como un hombre educa a su hijo» (Dt 8, 5; cf. Os 11, 1 s). En los Proverbios, se dice: «Castiga a tu hijo, que siempre hay esperanza» (19, 18). Así, pues, a sus ojos sigue habiendo esperanza para los impenitentes. Esto es lo que constituye nuestra felicidad. De lo contrario, todos nosotros podríamos tomar nuestros bártulos, cerrar todas las puertas de esta escuela superior eclesial y buscar otra profesión, no sólo porque el mundo es duro de corazón, sino sobre todo por la siniestra impenitencia en nuestras propias filas. Si nosotros no tomamos otro derrotero y no cerramos este establecimiento, es sólo por una única razón: Porque él actúa entre los impenitentes. Este es el único presupuesto de nuestra común existencia aquí.

¿Y qué es lo que hace él?

1) Llama a los responsables de este pueblo alocado: *¡Oíd esto, sacerdotes! ¡Escucha, casa de Israel! ¡Presta oído, casa del rey!* (v. 1 a). Aquí se hace referencia a tres grupos de la clase dirigente: a los sacerdotes responsables del servicio divino, a los ancianos responsables de la vida diaria de la comunidad, y a la corte responsable del derecho y de la libertad de la colectividad. Cada uno de estos grupos tiene que preocuparse, por su parte, de la orientación de la vida querida por Dios, según la cual todos deben vivir libres en Israel.

A estos detentadores de cargos, se les hacen estos reproches: *Pues habéis venido a ser un lazo para Mispá y una red tendida en el Tabor, una trampa en Sitim* (v. 1 b, 2 a). En Mispá, algunos arqueólogos americanos han encontrado numerosas figurillas de la diosa cananea de la fertilidad, Astarté; al monte Tabor, lo denominan los escritores paganos como la sede del dios Baal Tabor; y de Sitim, la región oriental del Jordán, leemos que en el santuario fronterizo de Baal Fogor (9, 10, cf. Núm 25, 1 s), los israelitas tenían trato vergonzoso con las hijas de los moabitas. Con esas seductoras empresas, las autoridades de Israel apartaron al pueblo de las acciones y de la voluntad de Dios, orientándolo a la lasciva religión de la prosperidad de Canaán. De esa manera establecían redes al pueblo de Dios, tendían lazos y cavaban trampas en vez de garantizar la ley y la libertad de Dios, con lo cual le arrebataban la libertad y la vida.

Esta es, por tanto, la primera acción del educador de los impenitentes: él llama a los responsables a que acepten su responsabilidad, de la misma manera que aquel noble rico de la parábola de Jesús pide cuentas de los dineros que ha entregado (Lc 19, 11 s), tal como dicen las palabras de Jesús: «A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá» (Lc 12, 48). Y de una manera similar se dirigen palabras de advertencia, en nuestro mundo, en primer lugar a la iglesia y a todos los que en ella detentan cargos de responsabilidad, a los pastores y a los ancianos, a los jefes de las iglesias, a las facultades y a las escuelas superiores y a nosotros los teólogos, en cuanto se nos ha confiado la orientación y ordenación de la vida en el mundo según Dios.

A nosotros se nos pide que escuchemos las palabras del Señor de tres maneras. Debo plantear ante nosotros la siguiente pregunta: ¿Qué significan para nosotros las palabras de los testigos de Dios? ¿Somos nosotros los que primero las escuchan? ¿O las tomamos como un género o una mercancía que presentamos al hombre como si fuéramos revendedores?

¿Se convierten para nosotros en oportunidad para hablar mediante ellas de una manera aguda e impresionante y, en definitiva, para, con su ayuda, hacernos un poco más famosos? ¿O es la palabra de Dios un objeto de investigación para nosotros, mediante la cual podemos acrecentar nuestra vanidad y, finalmente, conseguir un doctorado? ¿Advertimos los grandes peligros que nos acechan de que nosotros, a quienes tantas cosas se nos han confiado, malempleemos los dones de Dios? La palabra viene hasta nosotros como una amonestación que Dios nos dirige. ¿Cuándo la escuchamos así? ¿Cuándo la tenemos en cuenta en el plan que nos trazamos cada día? Estamos perdidos cuando no somos los primeros que escuchamos estas palabras. ¿A qué amonestación de Dios pretendemos aguardar si no percibimos las palabras de sus testigos como palabras dirigidas a nosotros, agradecidos de experimentar el amor de Dios que trata de educarnos y orientarnos? El no deja a su aire todavía a los que han servido de lazo y de trampa para otros. Esta es su primera acción con nosotros, con la que pretende avivar nuestro oído para su llamada diaria.

2) El descubre las consecuencias de nuestra conducta. El no exige, por ejemplo, a los jefes de Israel un nuevo celo de conversión, más bien hace que vean las consecuencias de sus acciones en el pueblo. *Pues ahora te has prostituido, Efraím; se ha contaminado Israel* (v. 3 b). El espíritu fornicario de la apostasía opera en medio del pueblo. Y puesto que ellos pregonan más los tipos de organización idolátrica que las acciones de Dios, por eso privan al pueblo del conocimiento de Dios, del amor de Dios y de sus maravillosos dones. Ellos impulsan al pueblo a una actividad que no provoca ya el retorno a Dios. Sus días se hallan sobrecargados. Y no queda espacio para la conversión. «El que comete pecado, es esclavo del pecado» (Jn 8, 34). Si la apostasía se ha convertido en acción, arrebata toda libertad. Esta es la trágica consecuencia que se origina de la culpa de los responsables. Ellos, al no haber dado ya testimonio del Dios vivo, han hecho al pueblo impenitente. *La soberbia* es la característica esencial del que es impenitente. Y da testimonio contra ellos. Pues «El temor del Señor odia la soberbia» (Prov 8, 13). Pero la soberbia es heraldo de la ruina (Prov 16, 18). *Ellos tropiezan en su iniquidad* (v. 5). «Bajo los pies del malvado hay una trampa» (Prov 29, 6). El pecado es el juicio de sí mismo. Ezequiel dice: «Ellos se consumen en su iniquidad» (4, 17). Y Pablo: «La soldada del pecado es la muerte» (Rom 6, 23). De esa manera, expresa con toda claridad el profeta que el pueblo de Dios no se puede liberar a sí mismo de su historia de pecado e, igualmente, que ninguno de los responsables puede subsanar el perjuicio ocasionado. En la incapacidad del retorno a Dios recoge la iglesia los frutos que han madurado en su propio árbol. El alejamiento de la palabra y del servicio confiados comporta una perdición irreparable. Estos casos inquietantes los debemos afrontar con valentía y sinceridad. Acerca de los contemporáneos que se encogen de hombros, la iglesia sólo puede exclamar: ¡mea culpa, mea maxima culpa! («por mi culpa, por mi máxima culpa»).

3) Los jefes de Israel parecen haber puesto una objeción: «¿Es que no hacemos nada cuando ofrecemos ovejas y terneros en el servicio divino?». Y esto lo toma Oseas como una oportunidad, para anunciar marginalmente dos nuevas acciones de Dios. En *primer lugar* ésta: *Con sus ovejas y vacadas irán en busca de Yahvé, pero no le hallarán, porque Yahvé se ha retirado de ellos* (v. 6). Esta es la primera acción de Dios, con la que el educador actúa en medio de los que son contumaces. Ellos deben advertir que su disposición para sacrificar, su activismo, su organización eclesial y teológica no valen para nada, no sirven absolutamente para nada. Se trata de escuchar, sí, de escuchar, de recibir la bondad de Dios y, por ello, de dejarse conducir por él; se trata de su sacrificio por nosotros. Entre nosotros ocurre que ofrecemos sobre altares sin Dios, que organizamos en el vacío. ¿Quién advierte que nosotros estamos solos y que actuamos y clamamos en el vacío? Hermanos, ésta es siempre su acción con nosotros. ¡Su acción correctora! *El se apartó de ellos*. El pretende llevar a su pueblo a que viva de la palabra que le ha dado y anunciado con el testimonio de su amor garantizado. Nosotros parece que tratamos de conseguir a la fuerza, con nuestro activismo, su voz inmediata y su intervención. Pero él pretende que nosotros escuchemos las palabras otorgadas a sus testigos como sus propias palabras. «Oh hombre, bien se te ha declarado lo que es bueno» (Miq 6, 8). «Tienen a Moisés y a los profetas» (Lc 16, 29).

Y asimismo Oseas propone otra *segunda* acción de Dios. No sólo se retira él mismo, sino que también retira sus dones salvadores, los medios de vida. Esto es lo que dice a aquellos que esperan conseguir descendencia de los cultos del éxito y de la fertilidad. *Han hecho traición a Yahvé engendrando hijos extraños* (hijos de su asociación con ídolos extraños). *Ahora un conquistador los devorará en sus campos* (v. 7).

Esta frase es para nosotros oscura. ¿Se halla detrás de ella el pensamiento mitológico de que la luna nueva exige sacrificios de niños? ¿O apuntan las oscuras noches del novilunio a otros hechos lúgubres? Tal vez también aquí la antigua traducción griega es la que ha conservado el sentido originario, al hablar, en vez de *novilunio,* de la *langosta* que deja asolados los campos. Esto explica de una manera más inteligible la segunda acción del educador de los contumaces. Los precipita al sufrimiento. Puesto que los ama, los castiga (Heb 12, 11). Puesto que sus acciones no les aseguraban la conversión, entonces Dios le traerá a la conversión mediante el *sufrimiento,* mediante el sufrimiento sensible y corporal, mediante las necesidades materiales, de forma que vivan de nuevo el amor que se les ha ofrecido a partir de la palabra anunciada (cf. 2, 8 s; 3, 4 s).

Oseas, el profeta veterotestamentario, no dice nada más. El no conoce todavía a Cristo, que murió por los pecadores y certifica que el Dios de Israel es asimismo nuestro Padre, que el duro educador de Israel es el Padre que no puede abandonar a sus hijos y que les pone en apuros (cf. Jn 16, 16 s), aun cuando les muestra de una manera dura las consecuencias de su apostasía y precisamente cuando llama a los responsables con toda seriedad. Sobre nosotros recaen aquellas palabras: «Le atormentaste con tus pecados y me apenaste con tus iniquidades. Soy yo, soy yo quien por mi amor borro tus pecados» (Is 43, 24 s). No nos queda otra auténtica oportunidad que el percibir su triple llamada: Escuchad, advertid, prestad oídos. Nuestra única posibilidad de vida es ésta: que nosotros aceptemos la palabra anunciada por las acciones de Dios y sigamos su voluntad cada día, llenos de agradecimiento.

En el mercado de Prerau, en Checoslovaquia, se halla un monumento muy expresivo: el dedicado a Blahoslav, el traductor del nuevo testamento para la iglesia de Bohemia, en

la segunda mitad del siglo XVI. El mantiene en alto el libro de los libros. Pero es curioso: si uno se pone ante la estatua, entonces su rostro desaparece tras de la Biblia. Pues bien, el comportarnos así con la palabra que se nos ha confiado, sería lo único correcto para los responsables. Esta es la imagen del auténtico testigo, cuyo rostro debe desaparecer tras la palabra. Ella es a la vez, para él, algo oculto y para muchos, una bendición. Por él puede Dios realizar su nueva obra *con los impenitentes de este mundo nuestro.*



Escuela de oración

Sermón sobre Oseas 5, 8-15

[8]¡Tocad la bocina en Guibá! ¡Tocad la trompeta en Ramá! ¡Sonad
alarma en Bet-Awen! ¡Benjamín está aterrado! [9]Efraím será campo
de devastación el día del castigo; en las tribus de Israel anunció cosas
ciertas. [10]Los príncipes de Judá se han hecho como los que mudan los
linderos; sobre ellos derramaré mi ira como agua. [11]Efraím está opri-
mido, conculcado el derecho, porque se esfuerza en seguir la regla.
[12]Yo seré, pues, como polilla para Efraím y como carcoma para la casa
de Judá. [13]Efraím ve su debilidad, y ve Judá su llaga. Y Efraím se vuel-
ve a Asiria, y mandó embajadores al rey grande, pero no podrá cura-
ros ni sanar la llaga. [14]Porque yo seré como león para Efraím y como
cachorro de león para la casa de Judá. Yo, yo mismo tomaré la presa y
me iré; yo la arrebataré y nadie la salvará. [15]Me iré, mas volveré a mi
lugar hasta que hayan expiado su pecado y busquen mi rostro. En su
angustia me buscarán.

Cualquiera puede sin duda advertir, de las palabras que acabamos de leer, los apuros de una época de catástrofes. Fueron pronunciadas en los días de una terrible bancarrota política. Pero conservan su significado para todos los tiempos. Oseas tuvo que impulsar en aquellos días a todos sus oyentes, en nombre de su Dios, a reconocer algo que es decisivo, a saber, que el sentido de todas las convulsiones y transformaciones históricas es el retorno a Dios. Con este mensaje, sigue siendo también para nosotros un mensajero de Dios. Por eso tratamos de escucharle hoy, ya que sus palabras su-

brayan, de una manera verdaderamente profética, la exclamación del domingo *Rogate*: «Orad». Esas palabras nos afectan también a nosotros en las fatídicas transformaciones y convulsiones de la edad atómica.

Y, en primer lugar, hemos de escuchar que también la historia política es como una escuela de oración. Este conocimiento es totalmente extraño para muchos cristianos.

Hay que ver con toda claridad con qué nitidez habla Oseas de los excitantes acontecimientos de su época, a saber, de los años 733 antes de Cristo. El reino del norte se alió bajo su rey Pecaj con el reino arameo de Damasco. Se trataba de establecer una liga defensiva contra el imperio de Asiria, que cada vez se iba haciendo más poderoso bajo el cetro de su destacado emperador Teglatfalasar III. Ante esta unión de pueblos, el profeta interviene diciendo: *Está oprimido... por qué se esfuerza en seguir al que no es nada.* De hecho, esa unión no tuvo éxito. Teglatfalasar sitió, con su rápido ejército de carros de combate, con la rapidez de un rayo, las provincias septentrionales y orientales del reino de Israel, las ocupó y sólo dejó libre la pequeña llanura de Efraím con la capital Samaria. Oseas tiene los mismos sentimientos que su pueblo: *Efraím está oprimido, conculcado el derecho* (v. 11 a). Se destronó a Pecaj y el nuevo rey Oseas se sometió a Asur como lo había hecho ya antes Ajaz de Judá. Sin embargo, el profeta dice: *Pero no podrá curaros ni sanar la llaga* (v. 13 b). Pero también Ajaz avanza de Jerusalén en dirección al centro del país. Se había pretendido en vano atraerle a la política antiasiria. Oseas pone en guardia a toda la serie de ciudades desde el sur al norte: Guibá, Ramá, Betel y a todo Benjamín (v. 8). De esa manera advierte que también sobre Efraím viene el fin (v. 9). Se trata del juicio de castigo de Dios.

Y así Oseas se refiere con toda claridad a los acontecimientos que se precipitan. Pues el antiguo pueblo de Dios se ha enredado con sus jefes en los acontecimientos mundanos y de los poderes políticos. Y, por añadidura, se ha destrozado en sí mismo. El antiguo pueblo de las doce tribus se ha separado en Israel y Judá y los separados militan en bloques políticos opuestos. No debe sorprendernos a nosotros los cristianos si nos vemos, a nosotros y a nuestra iglesia, complicados en los acontecimientos actuales, y que seamos llamados en medio de ellos al camino de la obediencia.

Hace unas pocas semanas, después de un servicio religioso, recibí una tarjeta en la que se decía: «El servicio religioso en nuestra iglesia luterana vale para el anuncio de la palabra y para la administración de los sacramentos. Pero entrometerse en cuestiones discutidas de nuestro tiempo (atención religiosa a las fuerzas armadas) no corresponde a su dignidad y eso distancia a la comunidad en vez de congregarla». Es reconfortante que los miembros de la comunidad se muestren así de co-responsables en lo que se refiere al servicio divino. La nota toca una cuestión importante. Y en esto nos puede ayudar Oseas. Como al que escribió la nota y a Oseas, debe afectarnos a todos la preocupación por el desgarramiento de la cristiandad. Las palabras de Dios se refieren a Judá (v. 10) lo mismo que a Efraím (v. 9). El pretende *anunciar cosas ciertas a las tribus de Israel* (v. 9 b). Pero ¿qué clase de palabras son las que anuncia el profeta Oseas y cómo pueden ser útiles en nuestros servicios religiosos? ¿Pronuncia sólo palabras eternas, supratemporales? ¿O se halla en medio de ellas el nombre del varón cuya fecha de nacimiento depende de una medida política del César Augusto y cuya muerte depende de cuestiones políticas que ocurrieron bajo Poncio Pilato? ¿Interesan estas palabras al individuo y a su interior? Partiendo de Oseas, sería un error peligroso el pretender mencionar sólo lo supratemporal o lo interior-personal como digno del servicio divino. Las cuestiones polémicas de cada día son, en toda la Biblia, la piedra de toque. Aquí es donde deberíamos reconocer nuestra culpa. De aquí deberíamos partir y buscar el rostro de Dios (v. 15). Aquí debemos nosotros preguntarnos unos a otros sobre el camino que tenemos que emprender como cristianos en medio de los pueblos del mundo.

Nosotros, en definitiva, debemos aprender, a partir del antiguo testamento, que la iglesia, como pueblo de Dios neotestamentario, está llamada a vivir en medio de los pueblos del mundo. Ella debe ser el testigo de que Jesús es el Señor de todos los ámbitos, también de nuestra libertad política, de nuestra división alemana, de nuestra preocupación económica, y también de los grandes bloques de poder, sin excluir su equipamiento atómico. Debemos ver en el antiguo Israel los peligros que comporta la implicación del pueblo de Dios en la historia política. Todos corremos el peligro de sacar de ahí

consecuencias falsas: de seguir a lo que es vanidad y nada en falsas alianzas, de mostrar reverencia a los que no pueden ayudarnos, al someternos a los bloques de los poderosos. Si nosotros no buscamos al verdadero Señor en las necesidades y tareas históricas, esas implicaciones se convertirán en algo pernicioso.

Pero se convertirán en algo saludable, incluso con sus amarguras y sus dificultades, si nosotros le buscamos en ellas y seguimos su beneplácito. Así, pues, tengamos bien presente esto que es fundamental: *También la historia política es una escuela de oración, de reconocimiento de la culpa, de consecuencias obedientes que surgen del seguimiento, de la vinculación de la cristiandad.*

Asimismo Oseas nos enseña a ver una segunda cosa: en los problemas históricos, sólo Dios actúa por nosotros. Oseas afirma esto con imágenes muy audaces. Si se resquebraja la falsa alianza del pueblo de Dios, entonces Dios se mostrará para Israel «como polilla y como carcoma». El es por quien en el fondo padece su pueblo. El es el poder secretamente destructivo que actúa de una manera invisible. Y si Efraím es invadido por la guerra de esa manera, Dios se muestra como el león, como el fuerte cachorro de león, al que nadie puede dominar y que no permite que se le arrebate su presa. Los poderes hostiles a los que se ve sometido el pueblo de Dios sólo son en realidad máscaras de Dios. El pueblo de Dios debería finalmente advertir que, en las catástrofes, sólo tendría que habérselas con Dios. El no permite que se le arrebate lo que es su propiedad. Al que no le honra como el Señor de la historia, él le visita con castigos. Y de la misma manera que él actúa con sufrimientos respecto al individuo, así quiere él despertar a la cristiandad en su conjunto, a través de los problemas históricos, a las cuestiones comunes que se refieren a él. Esto, por lo demás, ocurre también a través de los problemas del propio desgarramiento.

Y esto vale también hoy para los tremendos peligros de la era atómica. Albert Schweitzer nos mostró de un modo inaudito el terrible peligro que representan para la vida de la humanidad las explosiones de bombas atómicas que han tenido lugar hasta la fecha. Y asimismo nos señaló cuán misteriosamente actúa el polvo atómico y la desgracia que pueden suponer las explosiones ulteriores. Pero si se desarrollan las bombas de hidrógeno, la humanidad tendrá prácticamente en sus manos la posibilidad de aniquilarse a sí misma. La ruina y la destrucción universales, por primera vez en la historia del mundo, son algo técnicamente asequible y ciertamente siguiendo el modelo que nos ofrece la profecía de Isaías: «Y el robusto será como estopa y su obra como chispa y arderán ambos juntamente, y no habrá quien lo apague» (Is 1, 31). Este es nuestro mundo en el que interviene la política. Es muy amargo que tengamos que aprender, como comundidad de Jesucristo, por el ejemplo del antiguo pueblo de Dios. Ahora se interroga enérgicamente a la cristiandad en quién busca la vida para sí y para la comunidad a la que prentende servir. Dios es el que le interroga. Pues cuanto Oseas anuncia acerca de los carros de combate de Teglatfalasar con las palabras de Dios: *porque yo seré como un león para Efraím* (v. 14 a), tiene asimismo vigencia para los terribles peligros de las pruebas de la bomba de hidrógeno. El actúa para que despertemos. Si él dice sobre la fracasada alianza con Damasco y sobre la ruina de la potencia de Israel: *Yo soy como la carcoma y la polilla* (v. 12), esto vale también para el polvo atómico que se va incrementando, y que se va extendiendo por la tierra: «No os engañéis: de Dios nadie se burla» (Gál 6, 7).

De esta manera ya estamos ante lo tercero que nos dice Oseas en nombre de Dios: Dios quiere que, en todas las cuestiones referentes a los pueblos del mundo, los cristianos sólo se fijen en él.

Dios quiere que, en todo, nuestra oración interrogue. Buscar su rostro significa buscar sus orientaciones y sus mandamientos. Significa reconocer la culpa y, en lugar de falsas, sacar nuevas conclusiones. Si la humanidad pensaba poder hallar su seguridad sin Dios en la vida, ahora debe reconocer que, sin Dios, sólo puede aniquilar su vida. Si no quiere reconocerle como su juez, debe experimentarle como su juez. Si no trata de vivir según su voluntad, debe morir contra su propia voluntad.

Pero ¿se puede conocer su voluntad? Ahora se ve claro que la iglesia y el mundo no son dos campos distintos, que Jesús amó al mundo y que los discípulos fueron enviados al mundo. El domingo *Rogate* se halla entre la pascua y la ascensión. Dios estableció como señor de todos los señores a

Aquel que, por amor al mundo, fue obediente hasta el propio sacrificio y que renunció a la venganza en nombre de Dios. De su misericordia y de su paciencia no sólo vivimos todos nosotros, sino que de ellas vive todo el mundo. El que es inmisericorde de una manera permanente corta la rama sobre la que se asienta. Esta es la clara ordenación de la vida y del amor de Dios para la humanidad. Ella se encuentra sellada por la muerte y la resurrección de Jesús y será anunciada desde ese momento de una manera incesante. En la fase final de la historia de la humanidad, hay que ver con toda evidencia que Dios no permite que se haga mofa de esa declaración.

Pero ¿no cabe hacer con eso política? Hasta ahora, al parecer, no se trata de eso. Se piensa que, con las amenazas, con la venganza y con la intimidación, se puede hacer política. Incluso esta misma semana declaraba el *premier* británico que las más recientes explosiones de la bomba de hidrógeno en las islas de la Navidad representaban un notable avance en el desarrollo de la potencia de intimidación. Pero uno de nuestros principales físicos atómicos replicaba con razón que el peligro para todos nosotros está en que «los poseedores de las bombas, para poder amenazar con ellas, deben estar dispuestos a utilizarlas en realidad». Y así se va haciendo cada vez más claro que, con la política de la intimidación y de la represalia, sólo se puede propiciar una política de la ruina del mundo universal.

Yo no quisiera, con lo que he dicho, acometer las cuestiones que se discuten a diario para reducir la dignidad del servicio divino y para ahondar más las diferencias de opinión entre nosotros. Más bien soy consciente de que la cristiandad hoy debe ofrecer al mundo el mensaje de que sólo se puede vivir a partir del amor perdonador de Dios. El honor de Dios y la vida de la humanidad se hallan en juego en las transformaciones de la era atómica. Por eso, el que predica no puede guardar silencio acerca de esto. En el tremendo peligro de nuestra generación, debemos concluir exponiendo tres claras intenciones por las que tenemos que orar.

1) Para que los políticos encuentren, ya ahora, una política mejor que la de la fuerza disuasoria que va en aumento, y que nos pone en gran peligro por sus experiencias y sus pruebas. Las acciones que se realizan en el temor de Dios son sin

duda más prudentes que las acciones que proceden del temor al adversario. Debemos tratar de rezar por las conferencias de desarme.

2) Todos debemos rezar para que el llamamiento de conciencia de Albert Schweitzer, de los físicos alemanes y de las iglesias estimule a muchos a negar su colaboración en la aplicación bélica de las bombas atómicas que destruyen a la humanidad. Un jurisperito alemán añade a esto que, en los estados que se están equipando con bombas atómicas, el individuo sin más puede pedir la liberación del servicio militar en las armas. Según la declaración de los físicos de Gotinga, no se podría exigir una prueba ulterior de que tal servicio militar no tiene por qué obligar en conciencia. Para el individuo, será una oportunidad suficiente de demostrar qué es lo que teme y ama y en quién confía sobre todo lo demás. Debemos rezar para que la cristiandad no fracase en esta cuestión.

3) Pedimos asimismo para que la cuestión vital de la humanidad no se convierta de nuevo en una nueva causa de desgarramiento y de división, y para que no se convierta tal vez en nuestro pueblo en algo que se utilice en las elecciones y que dé pábulo a las intrigas políticas. Queremos pedir que nos congregue efectivamente como cristianos y nos lleve de nuevo a Cristo. Unicamente su amor perdonador nos aporta la nueva vida. Solamente a él debe conducirnos la situación dificilísima en la que se encuentra la humanidad. El gran despertador que ha sonado nos debería despertar también en las cosas pequeñas a una conducta distinta, y a vivir en un amor a Dios dispuesto a perdonar. El mismo Dios mira lleno de confianza hacia nosotros: *hasta que hayan expiado su pecado y busquen mi rostro* (v. 15 b). El sentido de todas las transformaciones históricas sigue siendo la transformación hacia Dios.

Una oración rechazada

Sermón sobre Oseas 6

En su angustia me buscarán (diciendo): [1]Venid y volvamos a Yahvé; él nos curará; él hirió, él nos vendará. [2]El nos dará la vida en dos días y al tercero nos levantará y viviremos ante él. Reconozcamos y apresurémonos a conocer a Yahvé. Como aurora está aparejada su aparición; vendrá como lluvia impetuosa, como lluvia primaveral que riega la tierra. ¿Qué voy a hacer de ti, Efraím? [4]¿Qué voy a hacer de ti, Judá? Vuestra piedad es como lluvia mañanera, como rocío matinal, pasajero. [5]Por eso yo los he tajado por medio de los profetas, los he matado por las palabras de mi boca y mis juicios han brotado como la luz. [6]Pues prefiero la misericordia al sacrificio y el conocimiento de Dios al holocausto. [7]Pero ellos, como hombres, violaron la alianza, obraron pérfidamente contra mí. [8]Galaad, ciudad de malhechores, de sangrientas huellas; [9]tú, cuya fuerza son los bandidos, si asesinas a esa banda de sacerdotes a lo largo del camino de Siquem, porque obran criminalmente. [10]Espantoso es lo que he visto en la casa de Israel. Allí se prostituye Efraím, allí se contamina Israel. [11]Pero en ti, oh Juda, injertaré yo una rama cuando haga volver de la cautividad a mi pueblo.

¿Se dan cuenta ustedes de que hay oraciones que Dios las rechaza? Las hermosas palabras de nuestro capítulo (v. 1-3) son una de tantas oraciones rechazadas. El profeta había anunciado anteriormente que Dios quería apartarse de su pueblo hasta que éste reconociera su culpa y buscara su rostro (5, 15). Por eso se le había presentado esta oración: «¡Mira que ya hacemos lo que Dios quiere!».

Se trata de una oración hermosa y conmovedora. Ella incluso muestra que no se pasaron por alto las palabras del profeta. Si ahora se reconoce: *El hirió, él nos vendará* (v. 1 a), se tienen sin duda presentes aquellas palabras de Dios: «Porque yo seré como león... yo la arrebataré»... (5, 14) y «Pero Asiria no podrá curarlos» (5, 13). Esta oración tiene resonancias piadosas que se repiten también en otras partes de la Biblia (Dt 32, 39; Job 5, 18).

Por añadidura, está llena de confianza basada en la fe en la ayuda de Dios. En los días oscuros de la necesidad, se cuenta seguramente con el retorno al bien como se puede contar en la oscura noche con la hermosa aurora, y como en el seco verano palestino se puede contar puntualmente con las primeras lluvias en el otoño tardío o con las últimas lloviznas en la primavera (v. 3). Sí, se piensa que la catástrofe del año 733, a la que corresponden probablemente estas palabras, es comparable a una grave lesión que aparece en un momento y que postra en cama a un hombre, la cual, sin embargo, no es mortal cuando el paciente, después de dos o tres días, se puede levantar de nuevo (v. 2). Tanta confianza se muestra en esta oración.

Pero esta piadosa oración, salpicada de frases bíblicas, es rechazada. Se le ha mostrado al profeta. Pero él sólo puede decir que Dios se cruza las manos (v. 4 a): *¿Qué voy a hacer de ti, Efraím? ¿Qué voy a hacer de ti, Judá?* El ama a su pueblo y podría otorgarle lo mejor. El le llevó sin duda a la necesidad para hacerle encontrar una nueva vida. Pero esta nueva vida debía ser algo más que un par de palabras piadosas pronunciadas de prisa y una fórmula ortodoxa que se recita en un momento. *Vuestra piedad es como lluvia mañanera, como rocío matinal, pasajero* (v. 4 b). El conoce la manera de ser, mudable y versátil, de su gente. Y puesto que él trata de renovar a su pueblo con toda su vida, por ello no le permite llegar a su felicidad según sus deseos, sino que trata, con el rechazo de su oración, de sujetarlo más junto a sí.

Hay que preguntarse de una vez qué es lo que falta propiamente a esa falsa oración, a pesar de su cautivadora belleza. Si no me engaño, le faltan dos cosas.

Primero, le falta el tú de unas palabras que se dirijan a Dios. Dios habla a su pueblo: *¿Qué es lo que debo hacer contigo?* Pero el pueblo parece esquivar la mirada de Dios. *El hirió, él nos vendará* (v. 1 b). Sin duda se testifica que se pretende abrirse a él: *Venid y volvámonos a Yahvé* ((v. 1 a). Pero ¿se da esto realmente? ¿Hay una dirección hacia la nueva felicidad, y también hacia Dios? Pretenden verse libres de la necesidad pero asimismo la vinculación con Dios: *El hecho de que ellos se apresuren a conocer a Yahvé* (v. 3 a) lo valora el profeta como palabras vacías. El conjunto aparece como una autotranquilización que se declama.

Pero sobre todo le falta, en segundo lugar, la afirmación de la injusticia cometida. Si Dios esperaba la oración de su pueblo, esperaba asimismo que reconociera su culpa (5, 15). Más tarde, Oseas pronunciará ante su pueblo la oración correcta (14, 3 s): «Perdona toda iniquidad y acepta lo bueno... No nos salvará Asiria. Nunca llamaremos 'dioses nuestros' a las obras de nuestras manos, pues en ti halla compasión el huérfano». Esto suena de una manera muy distinta de aquella otra oración, puesto que se pretende experimentar sólo a Dios como el *Ayudador* y ya no se le considera como al *Señor* que pide cuentas. Pero como Dios quiere la renovación de toda la vida, por eso debe expresarse lo que separa al que ora de Dios y de los hombres. «Vuestras iniquidades han hecho una separación entre vosotros y nuestro Dios» (Is 59, 2). Así debe el profeta presentarles en nombre de Dios lo que está en abierta contradicción con las oraciones auténticamente piadosas. El recuerda una serie de sucesos que deben ser conocidos desgraciadamente por sus oyentes. Nombra ciudades como Adamá, en la cuenca del Jordán, o como Galaad y Siquem, en las cuales debió haber tenido lugar algún hecho cruel. A saber, la apostasía hacia los usos cultuales de los gentiles y el abierto desprecio de la palabra de Dios, la conducta siniestra de algunos círculos sacerdotales contra sus adversarios, a los cuales se pretendía mentalizar. En pocas palabras: Dios no sería Dios si pretendiera llevar a buen destino a una vida tan pecadora.

Mientras que Israel, debido a su culpa, no establece contacto con él, hace manifestaciones de confianza. Ahí el pueblo de Dios se sitúa repentinamente en el bando de los que no oran. Y los que sólo ocasionalmente claman a Dios en sus apuros, no son peores que los círculos piadosos a los que habla aquí el profeta. Pero con unos y otros deseaba continuar Dios.

¿Qué es lo que dice Dios a nuestra oración? Aquí se mide nuestra oración personal. *¿Qué es lo que debo hacer de ti?*, pregunta Dios. Porque ¿qué papel desempeñan en nuestra oración, junto a nuestros deseos, los aspectos oscuros de nuestra vida? Lutero nos propone, en su cuádruple «coronilla» para la lectura de la Escritura, junto a las preguntas acerca de nuestro agradecimiento y nuestros ruegos, también las preguntas que siguen: «¿Qué culpa hay que confesar?» y «¿Qué es lo que debo hacer de nuevo?».

Como comunidad debemos preguntarnos: ¿Qué es lo que dice Dios sobre la oración de la cristiandad? ¿Qué dice sobre nuestra oración por la paz, a la cual son llamadas todas las iglesias? ¿La deseamos solamente de un modo confiado? ¿O medimos nosotros, en nuestra oración, nuestras acciones con su voluntad? ¿Es nuestra oración por la paz, por lo general, un sonido de palabras vacías o escuchamos nosotros en esa oración las indicaciones y orientaciones de Dios? Esta es la gran cuestión que nos presenta hoy el profeta en los temores a la guerra atómica que padecemos en nuestra época.

Advierto que, para nuestra generación cristiana, el profeta presenta sobre todo dos preguntas sobre las que debemos examinarnos: ¿Buscáis vosotros, lo mismo que en otros tiempos Israel, las garantías de poder de los grandes imperios (5, 13) para la paz del pueblo de Dios entre los demás pueblos o confiáis en las acciones del amor de Dios? ¿Confiáis realmente en que Dios, que nos garantizó la paz en Cristo, es el único que tiene en sus manos la paz? De lo contrario, ¿por qué le dirigís vuestras oraciones? El que ruega a Dios por la paz, no puede simultáneamente esperar la paz de las armas de los bloques que detentan el poder. El sólo puede desear al mismo tiempo un decidido desarme.

La otra pregunta sobre la que debemos examinarnos los cristianos es todavía más seria: ¿Veis sólo la culpa de los adversarios, y contáis solamente con las posibilidades de peligro que existen en la otra parte? ¿O tenéis, más bien, ante los ojos de una forma viva las propias culpas y contáis asimismo con la peculiar culpa nueva? Todavía estoy profundamente impresionado por los destrozos y calamidades que sembraron las armas alemanas en Checoslovaquia. Predicaba yo el martes de pentecostés en la iglesia a la que pertenece Ziwotice donde, el 6 de agosto de 1944 por la mañana, los alemanes sacaron a 36 hombres de la cama y los fusilaron en plena calle porque en los días anteriores habían tenido lugar algunos disparos entre los partisanos y miembros de las SS. Es muy duro el contemplar, como alemanes, a los padres, a las mujeres y a los niños de los que fueron asesinados contra toda ley. Es duro ver en Lidice aquella aldea que fue borrada literalmente del mapa, porque allí debieron tener lugar los atentados contra Heydrich Unterschlupf. Es duro visitar la sinagoga de Praga, en cuyas paredes pueden verse todavía los nombres de los 70.000 judíos que fueron asesinados entre 1942 y 1944. Es duro caminar por las celdas y las cámaras de tortura de Theresienstadt donde, de un conjunto de 500.000 personas, murieron 30.000; es duro ser conducido por uno de los que fueron confinados allí, por uno de nuestros hermanos. Es asimismo algo que avergüenza advertir con qué discreción nos hablan nuestros hermanos de lo terrible de aquellos días, respondiendo casi sólo a nuestras apremiantes preguntas y cómo los cristianos de allí nos extienden la mano fraternalmente sin el menor asomo de odio. Pero, entre nosotros, se debía conocer mucho más sobre las avalanchas de sufrimiento e injusticia que fueron precipitadas sobre los pueblos del bloque oriental, para entender y comprender también el terror elemental ante nuestro rearme. Nuevamente afirmo: nosotros no podemos pedir por la paz sin tener ante la vista nuestra culpa y las negligencias del cristianismo. Hay que avergonzarse de no haber protestado con más fuerza cuando se empezaron a observar los primeros rastros de la injusticia. ¿Y cómo se juzgará al año 1969 con respecto de la actitud de la cristiandad en las actuales necesidades del mundo? En realidad, en su labor por la paz, la iglesia ha dejado mucho, mucho que desear en los últimos siglos. También en nuestra actualidad, puede aplicarse aquello de lo que se habla aquí: *Espantoso es lo que he visto en la casa de Israel* (v. 10) y *porque hacen lo que quieren (obran criminalmente)* (v. 9). Dios nos abre a todos los oídos para que la cristiandad sea bendición y no maldición entre los pueblos. Pues la miseria de todo el mundo es, en último extremo, solamente una, a saber, que él se aparta de Dios.

Pero Dios busca nuestra plena comunión de amor con él (v. 6). La plena comunión de vida eso es él. *Pues prefiero la*

misericordia al sacrificio. Es muy fácil que nosotros entendamos mal nuestro servicio religioso evangélico. Como si Dios esperara sacrificios por los que él recompensaría, o como si hiciera él algo en contrapartida. ¡Quién sabe cuán frecuentemente el servicio de Dios se entiende equivocadamente como un negocio! Pero con mayor frecuencia se le considera como una realización cultual que comunica estímulos con los cuales, sin embargo, al hombre se le deja solo. O también se le toma ocasionalmente como un seguro de accidentes o algo para casos de necesidad. Pero no se podría prestar más que una rápida acción de socorro. Cuanto más rápidamente se pueda prescindir de ella, tanto mejor.

Sin embargo, Dios quiere amor. Esto es: es partidario de una vinculación duradera. Oseas dice en otro pasaje que lo que Dios quiere en el fondo sólo puede compararse a un óptimo matrimonio. «Seré tu esposo para siempre» (2, 21 s). El no quiere tener con nosotros menos que una completa comunión de vida. Y precisamente por eso hace referencia de nuevo a aquella oración: *prefiero el conocimiento de Dios al sacrificio.* El quiere que nosotros tengamos una clara conciencia de lo que es Dios en verdad, de lo que él hizo en fin de cuentas en Jesucristo para nosotros y para todo el mundo, a saber: que sólo su sacrificio de amor y su victoria sobre la muerte y sus palabras orientadoras para nosotros y para todo el mundo significan la vida, y que nosotros malogramos la vida si no tenemos comunión de vida con él. Y a eso corresponde evidentemente un amor pleno a su voluntad, que confía más en él que en los propios deseos y en los propios cálculos. Precisamente eso es lo que nos falta. Por eso el mismo Jesús, apunta a estas palabras de Oseas cuando oye que los fariseos preguntan: «¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores?». Esto sonaba entonces como si hoy se dijera: «¿Por qué come vuestro maestro con los soviets y con los comunistas?». Su voluntad es amor a los pecadores. Incluso los fariseos, que se separaban de los hombres a los que consideraban malos, deben saber que también ellos en el fondo sólo viven debido al amor perdonador de Dios. Los pueblos sin Cristo no entienden todavía esto; pero los cristianos en todos los pueblos no pueden negar a su maestro. Debemos ser totalmente claros en esto. Tal vez el mundo va conociendo cada

vez más que sólo puede vivir a partir de la reconciliación. Esto sólo puede considerarse una utopía mientras no se crea que el conciliador Jesucristo ha sido establecido por Dios como el Señor de los señores (Flp 2, 11). Y por eso Dios busca nuestra plena comunión de vida con él.

La voluntad de Dios es clara. Pero ¿cómo logra él su objetivo? Tampoco guarda silencio Oseas sobre este punto. El dice como palabra de Dios: puesto que aquellos que piden son tan inconstantes como el rocío de la mañana, *por eso yo los he tajado por medio de los profetas, los he matado por las palabras de mi boca* (v. 5). Dios actúa en nosotros con las armas mortíferas de su palabra. Y esto lo hace de doble manera. En aquellos que no quieren escuchar su palabra, la palabra produce un espanto de muerte. Oseas pensaba en su tiempo en grandes catástrofes históricas como la devastación de Efraím (5, 9) y en la muerte de muchos bajo las armas enemigas (7, 16). Es la palabra de Dios la que provoca este terror sobre aquellos que no quieren escuchar la palabra. La catástrofe de Hungría y la crisis de Suez y el terror que se cierne sobre el mundo, debido a las pruebas atómicas, hay que considerarlo de la misma manera. Nosotros no sospechamos qué es lo que todo esto significa para los que todavía no han nacido. La humanidad, que vive tercamente al margen del Conciliador, debe advertir que ella sin él sólo puede prepararse su ruina. Y así ya están las señales de alarma sobre aquellos que no quieren escuchar.

Pero también para los que quieren escuchar, se muestra la palabra como un arma mortífera. Los apóstoles toman del profeta la idea de que la palabra, y también la palabra de Cristo, es una espada (Ef 6, 17; Heb 4, 12). Ella mata al hombre viejo y egoísta, al hombre malo, perezoso, odioso y temeroso. Ella nos señala que Cristo tomó por nosotros la sentencia de muerte. La palabra de Dios, como espada del espíritu, señala a nuestro hombre viejo a quién pertenece y dónde debe de encontrar su fin. Solamente bajo esta espada llegamos nosotros a la verdadera nueva vida. Sólo se llega a ella mediante la muerte de una u otra manera.

En Prerau nos preguntaban los jóvenes, en la gran reunión de la comunidad, ante el secretario estatal para las iglesias: «¿Cómo llegaron ustedes a Jesucristo?». La respuesta la

dio uno que hablaba de campos de concentración: cuando el hombre viejo fue a la cruz, dio comienzo la nueva comunión de vida con Jesús. El que encuentra a Jesús, ve que su antigua vida, sus pensamientos y su forma de hablar han sido ejecutados. Lo prometedor que es esto, también para el entendimiento entre los pueblos, lo experimenté hace 14 días en la región de los sudetes. Yo estaba, a la sazón, dominado por los recuerdos de Lidice y de Theresienstadt y de nuestra culpa como alemanes. Y entonces pude escuchar cómo los checos, que habitaban en aquellas regiones en otros tiempos alemanas, de las que habían sido expulsados tres millones de personas, plenamente conscientes de su propia culpa, nos hablaban de la injusticia que cometieron contra muchos alemanes a partir del año 1945. Así es como actúa la palabra de Dios entre nosotros. ¿Y en qué otra parte o de qué otro modo debe encontrarse, si no, el comienzo prometedor de la mutua comprensión? Nada podemos desear más que el que Dios nos permita llegar hasta el final con la actuación de su palabra, es decir, al final o al objetivo de la verdadera comunión de vida con él.

Así es como alborea el día de la nueva ordenación de vida según Dios (v. 5 b). Y debemos contar mucho más con ello después de que tras el viernes santo de Jesucristo se realiza la pascua; el Reconciliador se halla sometido al último enemigo, la muerte. Pero ¿cómo se llega entre nosotros a la nueva vida? Esto ocurre cuando los mandamientos y las promesas de la Biblia nos ponen en contacto vital con Dios. Esto depende mucho de nuestros domingos y días laborables. Jochen Klepper nos da testimonio, en sus diarios, de cómo uno puede vivir en los apuros de su vida de la palabra de la Biblia. «Tengo un gran deseo de sepultar mi vida totalmente en la fe; esto es lo más raro que Dios otorgó a mi vida. Yo conozco lo que es el hambre de la palabra de Dios» (el 26 de marzo de 1933; p. 55). Pero ¿no deberíamos todos aprender esto, al vernos situados sobre el barril de pólvora que es nuestro mundo? Solamente en la dirección de la palabra alborea el nuevo día. En el contacto con ella, se llega a la nueva oración, al pedir que escucha, bajo el cual nuestro viejo hombre, ansioso de seguridad, se siente anegado, y así nacen una nueva conducta, unas nuevas palabras y unas nuevas acciones.

Pero al correcto escuchar y al correcto pedir en el que se produce toda la vida en comunión vital con el Reconciliador, corresponde de un modo inseparable una tercera cosa: que nosotros los individuos nos esforcemos como comunidad para buscar siempre de nuevo el contacto con el pueblo de Dios, al cual el apóstol llama también el «cuerpo de Cristo»; que nosotros vivamos unos con otros en el nombre de Jesús, que nos ayudemos mutuamente para la fe, el amor y la esperanza y busquemos el camino y la palabra comunes en este nuestro mundo.

En el domingo de pentecostés viajábamos en coche por el monte Schneekoppe. Sobre ese picacho pasa la frontera checo-polaca. Nosotros podíamos seguirla de lejos en las hondonadas donde se halla muy vigilada. Pero aquí, en la altura, podíamos saltar confiados los mojones divisorios de fronteras. Si nosotros vivimos sobre la altura de la palabra de Dios, sobre la altura del sacrificio de amor del Gólgota, entonces los telones de acero entre los hombres pierden su validez, y allí comienza la ordenación vital del nuevo día. Y precisamente porque Dios nos quiere llevar a esas alturas, nos traba frecuentemente con tanta dureza en nuestras hondonadas; y, por eso, hay oraciones que son rechazadas.

El retorno a Dios, movimiento de vida

Sermón sobre Oseas 7

[1]Cuando yo quería sanar a Israel, se ha revelado la iniquidad de Efraím
y la perversidad de Samaria; obra fraudulentamente; entra el ladrón
dentro, y fuera hace sus correrías el bandido. [2]No reflexionan en su co-
razón que yo tengo presente su maldad; ahora sus obras les rodean y
están presentes ante mí. [3]Regocijan al rey con sus malicias, y con sus
mentiras a los príncipes, [4]mientras que todos respiran furor, como hor-
no a punto de abrasar la hornada. Cesa el hornero de enrojar mientras
se amasa y fermenta lo amasado. [5]Ya el día mismo de «nuestro rey» co-
mienzan los príncipes a encenderse por el vino, mezclados en com-
pañía de bandidos. [6]Pues como horno ardieron sus corazones en intri-
gas; su furor ha descansado durante la noche, pero a la mañana como
llama de fuego. [7]Todos se encendieron como horno y devoraron a sus
jueces. Todos sus reyes sucumbieron, pero nadie de entre ellos clamó a
mí. [8]Efraím se aceita de las gentes, es como torta a que no se dio vuelta.
[9]Los extraños devoran su sustancia, sin que él se dé cuenta; ya tiene ca-
nas, y no se ha apercibido. [10]A Israel le sale a la cara su arrogancia, y no
se vuelven a Yahvé, su Dios, y, con todo esto, no le han buscado.
[11]Efraím se ha tornado en paloma estúpida, sin juicio; acuden a Egipto,
se dirigen a Asiria. [12]Tan pronto como vayan, yo les tenderé mi red y
los haré caer en ella como aves del cielo. Yo los castigaré según lo de-
cretado contra sus maldades. [13]¡Ay de ellos por haberse apartado de
mí! ¡Ruina sobre ellos por haberse rebelado contra mí! Yo los salvaba y
ellos me mentían. [14]No me invocan de corazón, sino que ululan sobre
sus almohadillas; por el grano y por el mosto se hacen incisiones. Son
rebeldes contra mí. [15]Yo los eduqué y fortalecí sus brazos, pero maqui-
naban contra mí. [16]Se vuelven hacia los que nada sirven; se han conver-
tido en arco engañoso. Sus príncipes caerán a la espada por sus insolen-
tes bravatas; es decir, serán la irrisión de la tierra de Egipto.

¿Hemos escuchado y comprendido el tono fundamental de estas palabras proféticas? La voz de Oseas da testimonio de un Dios que sufre indeciblemente. El sufre bajo el alboroto de las pasiones en su pueblo. El contempla la conducta perdida, egoísta y asocial, según la cual uno atropella al otro con mentiras y robos (v. 1), como si Dios estuviera ciego. El oleaje de las luchas políticas internas alcanzaba niveles altísimos. *Regocijan al rey con sus malicias, y con sus mentiras a los príncipes* (v. 3). *Todos se encendieron como un horno y devoraron a sus jefes* (v. 7). Ellos quitan y ponen regímenes, y llaman a nuevos hombres, *pero nadie entre ellos clamó a mí* (v. 7 b). Y asimismo sufre él en el vaivén de sus experimentos políticos exteriores entre los grandes imperios: *Efraím se ha tornado en paloma estúpida, sin juicio, acuden a Egipto, se dirigen a Asiria* (v. 11). *Pero no se vuelven a Yahvé, su Dios, y, con todo esto, no le han buscado* (v. 10). El sufre en la baraúnda de su política económica. *Por el grano y el mosto se hacen incisiones:* es decir, por las malas cosechas y los altos precios se lamentan alocadamente; *pero no me invocan de corazón, sino que ululan sobre sus almohadillas* (v. 14). Así da testimonio el profeta del sufrimiento de su Dios. El se ve rechazado por ellos, aunque es el único que puede ayudarles, de la misma manera que al final es rechazado en Jesucristo; se margina al verdadero Salvador y se deja a un lado.

Y esto no ocurre en un pueblo cualquiera, sino entre su mismo pueblo, al que mostró su ayuda en tantas ocasiones (v. 1) y al que educó y fortaleció (v. 15). Y esto ocurre también en su iglesia. Ocurre entre los cristianos que se hallan en medio de los demás pueblos. *Dios sufre entre nosotros:* por nuestras relaciones egoístas respecto a los demás hombres, por nuestra manera de orientar una lucha electoral, por nuestras tomas de postura en política exterior hacia el este y el oeste, por nuestras maneras de comportarnos respecto al dinero y a lo que poseemos. Hermanos y hermanas, no vamos a extendernos hoy hablando sobre el día de las elecciones. Ni tampoco es conveniente que nos preguntemos ahora, en este servicio religioso, sobre lo que nos conviene en nuestro programa, sino sobre aquello que nos pretende decir el mensajero de Dios.

El dice más: no sólo que Dios sufre. El anuncia que el Dios rechazado *no abandona a su pueblo,* puesto que resucitó al Crucificado y lo colocó como Señor de su comunidad y de todo el mundo, y puesto que, como vencedor de la muerte, sale al encuentro de Pedro que le había negado, con amor de perdón. Pero esto último no lo dice Oseas. A él se le confiaron otras palabras: el Dios rechazado sale al encuentro de su pueblo rebelde con duros castigos. *Los extraños devoran su sustancia* (v. 9); sus jefes caen a espada (v. 16). El pueblo de Dios, que estima más a los hombres que a su Dios, fracasará precisamente por esos hombres. *Serán irrisión en la tierra de Egipto* (v. 16). El pueblo de Dios que no coloca a Dios sobre todas las cosas, no puede esperar del mundo que se le tome ya en serio. Ahora bien, tales males y tal irrisión son enviados por Dios como instrumentos para atraer de nuevo a su pueblo. «Tú nos limpias por tu ferviente sufrimiento; la plata la purifica el fuego». Así es como actúa Dios con su pueblo en todo el mundo, al que él no puede abandonar, incluso con grandes y públicas calamidades, con los peligros de la guerra atómica y con las tremendas consecuencias de las pruebas atómicas, con la desgracia de que todavía no se ha logrado un entendimiento con Rusia y de que todavía no se ha conseguido la reunificación de nuestro país. Su objetivo en todo esto es la vida y la conversión hacia él. Las duras palabras de Oseas nos muestran con toda claridad que la conversión hacia Dios es un movimiento vital. Y esto nos lo muestra de tres maneras. Vamos a reflexionar un poco todos juntos sobre esto.

1) *La conversión es un movimiento de la muerte a la vida.* Nosotros podemos entender fácilmente de una manera equivocada la «conversión» como un proceso puramente moral. Según eso, Dios es la ley moral en mí. Pero Oseas nos recuerda que Dios es primeramente el Señor de la auténtica vida, de la vida sana y libre en esta época, puesto que él, en la pascua, se mostró en Jesucristo como el Señor de la muerte y es asimismo el Señor de la vida eterna. Oseas expresa drásticamente que los que dejan a un lado la conversión, malogran la vida. *Efraím es como una torta a que no se dio vuelta* (v. 8). Si el pueblo de Dios se aferra a los poderes mundanos, entonces se convierte en algo que no se puede comer, como una torta quemada. Las fuerzas desaparecen y se advierten ya canas (v. 9).

El que depende angustiosamente de los hombres, envejece más rápidamente. *Se han convertido en arco engañoso... Sus príncipes caerán a la espada* (v. 16). El que rechaza la conversión a Dios, se verá expuesto a la guerra. La conversión sería el camino para la vida verdaderamente sana y libre, para la vida inmortal. Así dice el profeta. Por tanto, nadie debe preocuparse de que se prescinda de la vida efectiva, si se habla en el sentido de la Biblia de la conversión a Dios. Para nosotros los hombres de la edad atómica, debe ser más claro que nunca que entre nosotros la ruina universal depende de la actuación. La conversión no es ningún acto de modorra moral, sino un acto de gran descubrimiento. La vida está en perspectiva; en el seguimiento de Jesús, nuestros días están marcados por un nuevo movimiento; incluso en este mundo de muerte, nosotros caminamos de día en día hasta encontrarnos con la vida indestructible (2 Cor 4, 16). De esta conversión se trata, del movimiento desde nuestra mortalidad hasta la vida efectiva. Sobre esto Oseas dice:

2) *Tal conversión hacia Dios es un movimiento de toda la vida.* Este es el sentido de la primera tesis de Lutero: «Puesto que nuestro Señor y Maestro Jesucristo dice: 'Haced penitencia', él quiere que toda la vida del creyente sea penitencia». Oseas nos señala que tal conversión, como movimiento de vida, *no es sólo un movimiento exterior.* Movimientos de conversión exteriores los hubo en abundancia en el pueblo de Dios de entonces; nosotros oímos hablar de aquellas transformaciones de política interior y exterior; también había en *gran número instalaciones para los servicios religiosos.* Por tanto, ciertamente ellos *se convierten, pero no como conviene* (v. 16). Y aquí surge una primera pregunta para los políticos cristianos y para los electores cristianos de hoy, para todos los hombres que buscan reformas y cambios. Nuestros padres pietistas solían preguntar: ¿Es suficientemente profunda la penitencia? Y Lutero: ¿Llega dicha penitencia hasta el pecado original, hasta la violación del primer mandamiento según la cual nosotros no tememos, amamos y confiamos en Dios sobre todas las cosas? Permitidme que hable con mayor claridad: el cambio de un viejo socialdemócrata o de un liberal al partido de la CDU no es una conversión a Dios por el hecho de que en este partido entre la palabra «cristiano»; puede ser más bien una adoración materialística del ídolo del nivel de vida, si es que lo ve más asegurado aquí.

Y por el contrario, el cambio de un antiguo elector del CDU al SPD no debe significar sin más una conversión a Dios por el hecho de que ya otros cristianos muy dignos siguen este camino; ese cambio puede muy bien ser una dependencia servil de los hombres o un espíritu de oposición caprichoso e incorregible. Oseas pregunta a aquellos que hacen todo lo posible para acertar en las transformaciones exteriores: ¿Actuáis realmente bajo mi mirada? (v. 2). ¿Os decidís en el diálogo con Dios? (v. 7.14). ¿Preguntáis por la voluntad de Dios? (v. 10). ¿Os examináis bajo la mirada de Dios, acerca de dónde es más fuerte la voluntad de reconciliación en este mundo tan desgarrado? ¿Dónde se halla la voluntad de utilizar, también en el espacio político, a ser posible sólo los medios pacíficos y dónde se tiene más presente la causa de los pobres? ¿Y os veis vosotros animados por este espíritu que procede de la cruz de Cristo? ¿Le causáis amargura o le intristecéis por vuestra vida privada y por vuestras intervenciones en la vida pública? ¿Es suficientemente profunda vuestra conversión? ¿Alcanza ella su fin adecuado? ¿Tenemos nosotros tiempo para escuchar la palabra de Dios y suficiente tranquilidad y silencio para conversar con Dios? Precisamente son los activistas los que deberían hacerse todas estas preguntas. La vida sólo se halla en él mismo. La conversión a Dios es un movimiento de toda la vida.

Pero sin duda que *tampoco es sólo un movimiento interior.* También a eso apunta acertadamente Oseas, lo mismo que hará después Juan el Bautista (Lc 3, 10 s), pero, sobre todo, es la llamada de Jesús la que no deja a los hombres en lo exterior como estaban antes. Bajo la mirada de Dios, no se puede *obrar fraudulentamente, entrar como ladrón y hacer correrías como el bandido* (v. 1). No se puede, en las luchas políticas, dejarse llevar por el fuego de las pasiones y acrecentar todavía más esas pasiones por el alcohol (v. 5-7). No se puede ya, como el que es más fuerte, o también como el vencedor en las elecciones, comportarse caprichosamente con los súbditos e inferiores (v. 3). Y tampoco es lícito, como subordinados, depender de una manera servil de los que detentan el poder en este mundo (v. 8-9.11-12). Y así es como la conversión a Dios produce sus frutos.

Nuestros jóvenes hermanos checoslovacos en el ministerio parroquial nos cuentan que las personas de su edad les preguntaban por qué permanecían en una profesión en la que ellos sólo recibían el 60 % de los ingresos de un obrero especializado. Cuando ellos les explicaban que la palabra de Cristo, del conciliador y el único vencedor de la muerte les parecía a ellos mucho más valiosa que todos los ingresos, entonces a los comunistas checos se les aparecía Dios, en esta decisión vocacional, como una realidad. Si la juventud evangélica de Postdam ha escrito en su cartelera de anuncios: «Tú confía en Yahvé y obra el bien; habita en la tierra y apaciéntate de seguridad» (Sal 37, 3), entonces ve en esto una decisión vital muy real, sin la cual la conversión no sería una auténtica conversión a Dios. Y el que se sabe hoy efectivamente corresponsable ante Dios del caminar de nuestro pueblo en el futuro, ése no puede limitarse hoy a caminar sin más hacia el local de las elecciones. El que confiesa interiormente a Cristo como al Señor, el que cree que el Reconciliador es el primero y último vencedor, y que el amor y el perdón tienen más razón ante Dios que el odio y la venganza, ése, según eso, dará también su cruz visible en el primer voto a un partido correspondiente y su cruz visible para el segundo voto a un partido correspondiente. Pero asimismo, en la discusión con los que piensan en lo político de distinta manera, no será porfiado o mordaz, sino que tratará de aprender del adversario y, en su modo de hablar, tratará de servir a lo mejor según su conciencia y según sus posibilidades. Y así su conversión a Dios no puede ser sólo una conversión interior que permanezca invisible, así como tampoco una conversión meramente exterior, sino que deberá ser un movimiento constante de toda nuestra vida.

3) Ahora bien, la conversión que propone el profeta Oseas ha de entenderse asimismo en un tercer sentido como un movimiento de vida. *La conversión a Dios es un movimiento de la comunión de vida.* Nosotros ya nos hemos referido hace un momento a ello: el que se vuelve a Dios, se vuelve asimismo de nuevo a su prójimo. La deslealtad y la envidia no deben ser determinantes (v. 1). Pero se debe afirmar todavía más. Extraña que en todo nuestro capítulo no se habla al individuo, sino a un conjunto plural. Algo así como Jesús que también, por lo regular, se refiere a sus discípulos como colectividad y a los apóstoles como a comunidades completas. Se puede, en el fondo, escuchar la palabra de Dios sólo como un individuo que se ve incluido e inserto en el pueblo de Dios, en la comunidad de todos aquellos a los que se dirige esa palabra. Según eso, la conversión a Dios no es una decisión privada e individual, por el hecho de que me veo aludido individualmente, porque se interroga a «mi corazón», tal como hace repetidas veces Oseas (v. 2.11.14). Pero como uno a quien Dios se refiere, mi mirada se ve ampliada hacia el amplio horizonte del amor de Dios. El que se vuelve a Dios, advierte junto a sí a muchos a los que también Dios se ha dirigido. Si él dice en plural: haced penitencia, entonces no es que se debilite la seriedad de la decisión, «hay que prestarle más bien la seriedad de la gran causa de Dios en el mundo» (Karl Barth). La comunidad cristiana se ve llamada con todos sus miembros a mirar por el todo o el conjunto, puesto que a ella se le ha confiado el mensaje de que Dios ha amado *al mundo*. Por eso, la reflexión sobre el servicio de los cristianos en el mundo es algo que corresponde no sólo al púlpito, sino también al corazón del cristiano. Por eso sería una negación del amor de Dios a todo el mundo, el excluir aquí de nuestra consideración la decisión del domingo de las elecciones. Ante Dios, no cabe expresar la palabra con una manera estrecha de pensar de partido y de manera que se vea siempre en los otros a los culpables o responsables; pero, sobre todo, no se puede hacer esto cuando se trata de las últimas cuestiones sobre la existencia de la humanidad. La cuestión vital de la humanidad se halla hoy implicada en la cuestión de las armas atómicas. Todos deben saber que ellas no sólo pueden afectar, como las armas que hemos utilizado hasta ahora, a los adversarios de guerra, sino también necesariamente a la población civil, e incluso a aquellos que las utilizan. Su utilización significa el asesinato y el suicidio (ni siquiera el temor al comunismo debería hacer que los cristianos desobedecieran los mandatos de Dios).

Nosotros sabemos que ya sus pruebas continuas tienen consecuencias enormes para la humanidad en su conjunto. En primer lugar y sobre todo, para los pueblos de color, en cuya proximidad se realizan las pruebas. Con ello la guerra,

como medio de la política para nuestra generación, ha caído en su crisis extrema, en una crisis en la cual dicha guerra debía haber entrado, desde la cruz de Cristo, para todos los cristianos. Los cristianos deberían ser los primeros que de ninguna manera esperasen su vida de estos medios extremos de los grandes imperios; los primeros que no participasen en la producción, en la prueba y en la aplicación de estos medios para la aniquilación de la humanidad. Su existencia puede conducir a la cristiandad en todo el mundo al camino común de la conversión a Dios de un modo todavía más decisivo que el movimiento de la vida, al camino del Crucificado el cual perdona en vez de vengarse. Muchos interrogantes se han abierto y para muchos son necesarios. Pero la cristiandad debería esforzarse más, y cada uno de nosotros, en las conversaciones, para que la conversión se convierta en una cuestión de nuestra vida comunitaria.

La conversión a Dios por Jesucristo es posible: éste es el mensaje liberador para nosotros, para la cristiandad en su conjunto en este mundo y para cada uno de nosotros, cuando estamos «encallados». Sólo esta conversión interior común con consecuencias extremas nos conduce, a nosotros y a la humanidad, de la muerte a la vida.

La acción es semilla

Sermón sobre Oseas 8

[1]¡Emboca la trompeta! Como buitre se abate sobre la casa de Israel por
haber quebrantado mi alianza y haber prevaricado contra la ley. [2]Cla-
marán a mí: «Dios mío». Pero te conozco, Israel. [3]Israel ha rechazado
el bien, y el enemigo le perseguirá. [4]Se dieron reyes, pero no elegidos
por mí; constituyeron príncipes sin yo saberlo: de su oro y su plata se
hicieron ídolos, para su perdición. [5]Yo rechazo tu becerro, Samaria; mi
furor se ha encendido contra ellos. ¿Hasta cuándo no lograrán purifi-
carse? [6]Porque de Israel son, son obra de artífice, no son de Dios, y se-
rá llevado cautivo el día de Yahvé el becerro de Samaria. [7]Pues siem-
bran vientos, recogerán tempestades. La espiga no dará fruto ni forma-
rá harina, y si algunas la dieren, las devorará el extranjero. [8]Devorado
será Israel, ahora ha sido considerado entre las naciones como vaso del
que no se hace aprecio. [9]Por ellos subieron a Asiria. El onagro busca
estar solo. [10]Efraím se entregó a los amantes. Aunque sean entregados
a las naciones, al presente los guardo reunidos para que sufran algún
tiempo la carga del rey y de los príncipes. [11]Efraím ha multiplicado sus
altares para pecar; sólo para pecar le han servido. [12]Escribí para él las
palabras de mi ley, pero las tienen por palabras de extranjeros. [13]Aman
los sacrificios, ¡que sacrifiquen! (Aman) la carne, ¡que la coman! Yah-
vé no se agrada de ellos. Ahora se acordará de sus iniquidades y casti-
gará sus pecados. Volverán a Egipto. [14]Israel se olvidó de su Hacedor y
construyó palacios; Judá multiplicó sus ciudades fuertes, pero yo daré
sus ciudades al fuego que devorará sus palacios.

Imagínense la conmoción que produce la escena de esta intervención profética. Sin aliento, como un mensajero que desciende de un puesto de observación avanzado, llega Oseas a la

ciudad real de Samaria. Se advierte esta conmoción en el estilo cortado que aparece en el texto original hebreo: *¡Gritad alarma. Moveos. Viene como un buitre!* Tan rápidas, tan ávidas de presa, tan altas sobre los cielos se acercan las tropas asirias. *Por haber quebrantado mi alianza y por haber prevaricado contra mi ley* (v. 1). ¡Curioso mensajero! Ahora habla como el heraldo de un cuartel general extranjero, como enviado de un legítimo general a los que se han rebelado contra él: «Habéis despreciado mi promesa de ayuda y habéis buscado en otra parte la seguridad. En lugar de haberos sometido a mí, os habéis subordinado a las órdenes de otro». Y en seguida notamos que surgen unas voces: «¿Cómo dices?». Pero el mensajero continúa: *Clamarán a mí: «Dios mío». Nosotros, Israel, te conocemos* (v. 2). Ahí es muy claro que habla el heraldo del Dios de Israel. El no permite que le trasladen, con una oración correcta y con piadosas fórmulas de profesión de fe, a un terreno sagrado. *Israel ha rechazado el bien* (v. 3 a). En su vida práctica, él ha vuelto las espaldas al único Señor bueno y fiable que le puede proteger y espera más de otros seres superiores extraños. *Y el enemigo le perseguirá* (v. 3 b). El que abandona la alianza con Dios, se convierte en un animal salvaje acosado de muerte.

Pero ¿qué quiere decir este grito de alarma en Israel para nosotros, para la comunidad cristiana? Nosotros, sin embargo, vivimos bajo una voz de mensajero completamente distinta, que nos anuncia la paz en la tierra, puesto que Jesucristo ha llevado sobre sí toda sentencia de guerra. Nosotros escuchamos su voz en el evangelio: «El que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado porque pasó de la muerte a la vida» (Jn 5, 24). Sí, exactamente es así. En el escuchar su palabra está incluida la paz y, en eso, el futuro y la vida. Los mismos mensajeros dicen: «El que tiene al Hijo tiene la vida, el que no tiene al Hijo de Dios tampoco tiene la vida» (1 Jn 5, 12). «Si alguno os predica otro evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema» (Gál 1, 9). Ya la primitiva cristiandad había advertido el peligro de decir «Señor, Señor», sin vivir en contacto efectivo con su Padre de los cielos. Así a los miembros de la cristiandad se les había de decir en seguida: «Porque ha llegado el tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios» (1 Pe 4, 17). Ciertamente, nadie anulará la nueva alianza en la que Dios con Cristo llama de nuevo a Israel y de esa manera a todo el mundo. Pero ¿es asimismo cierto y claro que cualquiera que vuelve las espaldas a esta alianza se entrega a su enemigo mortal?

Por eso todos nosotros, lo mismo como individuos que como comunidad, debemos preguntarnos si nos volvemos totalmente a Aquel que es la bondad en persona para nosotros, al soportar todo juicio por nosotros, o si nosotros y las iglesias en nuestros países buscamos más bien hacernos propicios a otras autoridades, y, si por consiguiente, entre nosotros tiene lugar la alarma sobre los enemigos. El Dios viviente busca hombres que estén totalmente vinculados a él como su pueblo querido, al cual pueda utilizar entre los demás pueblos.

Los contemporáneos de Oseas probablemente se preguntaron admirados y desconsolados en qué podían haber abandonado la alianza de Dios. Pero, en todo caso, Oseas descubre en lo que dice después a sus oyentes, en una clara acusación, cómo ellos abandonaron el bien y por qué se convirtieron en acosados por la muerte. Pablo, el mensajero de Jesús, dice que esas palabras veterotestamentarias están escritas para ponernos en guardia. Las palabras proféticas pueden ayudarnos a descubrir los peligros que hoy se ciernen sobre nosotros. Precisamente esas singulares afirmaciones proféticas pueden liberarnos de la presión de lo que nos impide conocer la verdad en nuestro tiempo. Tal vez el enemigo que debe ejecutar el juicio sobre la casa de Dios en las cristiandades occidentales está mucho más próximo y es más rápido y más peligroso de lo que nosotros sospechamos.

Oseas menciona para su época por sus propios nombres algunos signos de la caída.

Se dieron reyes pero no elegidos por mí; constituyeron príncipes sin yo saberlo (v. 4 a). Cuatro veces tuvieron lugar, en los últimos doce años, rebeliones contra el trono. Selum asesina en el año 746 a Zacarías, Menajem mata, después de un mes, a Selum, y Pecaj da muerte en el año 734 a Pecajya, hijo de aquel, y Oseas ben Ela margina un año después a este Pecaj (2 Re 15). Esto es, para los oyentes, un pasado recientísimo. Sus sentimientos o su estado de ánimo «como horno encendido» (7, 7). Las maldades y las intrigas dominan estas entronizaciones sangrientas (7, 3). «Pero nadie de ellos cla-

mó a mí», se queja el Dios de Israel, si bien el profeta amonestador se refirió suficientemente a él. ¡Parece mentira que traten de pretender seguir siendo el pueblo de Dios, si no se pregunta, al establecer los jefes terrenos, al Señor supremo de la alianza! La tristeza se refleja en las palabras del mensajero: *...pero no elegidos por mí... sin yo saberlo* (v. 4 a). La alianza de fidelidad se ha roto unilateralmente.

¿Somos nosotros como cristianos, hoy, de un modo mejor, pueblo de Dios? ¿Cómo se establecen entre nosotros los que están constituidos en autoridad? ¿Cómo se cubren entre nosotros los puestos y los cargos? ¿No ocurría en los tiempos de Pablo que se originaban luchas por el poder, ambiciones y envidias de forma que unos estaban por Pablo y otros por Apolo, hasta el punto de que Pablo tiene que escribir que en eso sólo se debe ver que uno es colaborador de Dios? ¿Miramos, en nuestras eventuales elecciones, para los cargos de la comunidad, exclusivamente a aquellos que, por los dones de Dios, están capacitados para desempeñar los oficios que sean? En tales ocasiones, ¿no ha podido convertirse la oración que suele hacerse en un formalismo, en vez de ser la corriente que arrastra, en la que irremisiblemente desaparece todo lo que es capricho o veleidad? ¿Bajo qué puntos de vista se dan en la iglesia y en la teología «*reyes y empleados*»? ¿Consideramos nosotros exclusivamente si uno se halla subordinado a las palabras y al espíritu de Jesucristo o si tal vez han de tenerse en cuenta para esos cargos otras cualidades? ¿Qué es lo que prevalece en nuestra iglesia de hoy? ¿Se orienta la oración diaria y la preocupación por todos los responsables, por los que enseñan, por los ancianos y por los colaboradores, por los párrocos y los predicadores, de forma que hoy no se pueda aplicar a nosotros aquella queja de que «se establecen autoridades sin mí; y ejercen cargos sin haberme interrogado»? Tengamos en cuenta que podríamos convertirnos en miembros inservibles y expuestos al juicio de la cristiandad al obedecer a personas constituidas en autoridad que no se sometieran al Espíritu de Cristo.

De su oro y su plata se hicieron ídolos, mas para su perdición (v. 4 b). Así alude Oseas, con mordiente ironía, a una segunda característica de la ruptura de la alianza. En los últimos decenios, se había logrado, en Israel, alcanzar elevados niveles de riqueza. Se podía conseguir de todo. «Era yo —había dicho Oseas en nombre de Dios (2, 10)— quien le daba el trigo, el mosto y el aceite, y la plata que yo pródigamente le di». Pero todo eso se utilizó mal. Ellos se hicieron, con todo eso, pequeños y grandes ídolos de Baal y de Astarté y otras figuras de dioses, según los modelos de Canaán. Se les consideraba como los promotores de una floreciente agricultura, debido a la vetusta experiencia del antiguo Canaán. Pero esto, según las palabras del profeta, es el camino más directo y más rápido para la aniquilación de los valores, si es que se hace de todo ello ídolos en vez de aceptarlo en la alianza con Dios. Tan pronto como se les convierte en ídolos, hay que temblar por ellos. Sin embargo, bajo Dios, cabe disfrutar de todo eso.

¿No estará tal vez nuestra cristiandad de la Alemania occidental tan paralítica, tan cansada y tan preocupada, debido a que los dones que se nos han confiado no se toman dentro de la nueva alianza, en la que estamos llamados a ser un pueblo nuevo, libre y dispuesto a ayudar entre los demás pueblos? ¿No se hallan entre nosotros de nuevo Ananías y Safira, los cuales consideraron como un ídolo el producto de su venta? ¿No se hallan los pies de los que los sepultaron ante nuestras puertas? (Hech 4, 9). ¿O sabemos nosotros, los influidos por Jesucristo, subordinar a él nuestro dinero y nuestros valores con alegría y poner a su servicio todo aquello que se dice en aquel antiguo librito de cánticos, y que ha sido eliminado de nuestros libros de himnos en atención al buen gusto? En efecto, allí, un buen conocedor de su alegría cristiana recordaba: «¡Mi Jesús puede sumar y puede multiplicar, aun cuando todo sean ceros!». ¿No estamos más bien nosotros dispuestos a galantear con nuestras cuentas bancarias como si fueran los que mandan, en vez de usarlos como los que obedecen? Pablo afirma con palabras escuetas: «Ni los avaros... ni los rapaces poseerán el reino de Dios» (1 Cor 6, 10).

Si nosotros somos todavía miembros útiles del nuevo pueblo de Dios como testigos de la libertad de Cristo, se nos plantea la pregunta sobre cómo nos comportamos con nuestro dinero y con las demás cosas que poseemos, si como libres o con temor, si con calma o con alegría, si con humor o sin él, si asociados con el Señor bueno o alejados de él. Con él adquiere todo eso su sentido y su futuro. Ahora bien, como ídolo, se convierte en algo inservible y vano.

Eso tiene alguna relación con el becerro de oro de Samaria. En las concepciones contemporáneas a Oseas, ese becerro tenía una enorme importancia económica. El becerro es la imagen y el modelo de la fuerza y de la fertilidad. Su culto fomenta la prosperidad económica, las buenas cosechas, el incremento de los rebaños. La elevación del nivel de vida, se convierte en un fin en sí mismo. Y ocupa el lugar del Dios vivo y de su palabra orientadora. Y aquí se enciende el celo del profeta. ¡Yo rechazo tu becerro! Y casi de un modo desesperado, rompe lanzas por el pueblo de Dios: *¿Hasta cuándo no lograrán purificarse? Porque de Israel son* (v. 5). ¿Cómo pueden aquellos que experimentaron profusamente la salvación, los dones y la orientación de Dios, caer en errores tan lamentables? *Son obra de artífice, no son de Dios y será llevado cautivo el día de Yahvé el becerro de Samaria* (v. 6). ¿Cómo es posible apoyarse tanto en las cosas que hacen los hombres? A los oyentes se les muestra que se ve en la sementera y en la cosecha cada año el éxito de los modernos ritos. Pero Oseas dice a ese propósito: *Pues siembran vientos, recogerán tempestades* (v. 7 a). También las cosechas dependen del Dios de la alianza con Israel. *La espiga no dará fruto ni formará harina, y si algunas la dieren, las devorará el extranjero* (v. 7 b), que bajo sus órdenes se lanzarán en avalancha sobre el país. El es el único que tiene poder sobre su pueblo y sobre su futuro.

Tal claridad acerca del significado y la importancia de las tentativas humanas a las que se venera como ídolos, para lograr un incremento del nivel de vida, puede ser que se nos pase por alto. Los expertos en economía denominan la década que hemos comenzado como *the golden sixties* («los dorados sesenta»). Como si un hombre pudiera impedir que, al fin de la década, se conviertan en los «sombríos sesenta». La cuestión que ahora se plantea es qué es lo que sembramos. ¿Se ve nuestra acción impulsada por el viento de lo pasajero o por las buenas palabras de la alianza de Dios? Nosotros nos olvidamos de la bancarrota de toda autoglorificación humana, nos olvidamos de que ni el progreso técnico ni las medidas de un banco nacional pueden asegurar un ídolo dorado, ni pueden proteger contra las catástrofes naturales y contra el buitre hostil. Sólo hay vida y futuro bajo el imperio y señorío del

Cristo resucitado. Los que subordinan sus deseos al éxito y a las ganancias, pueden reconocer que en él nunca fallan. Pablo afirma: «El que siembra en la carne, cosechará de la carne la perdición; pero el que siembra en el espíritu cosechará la vida eterna». Qué buena acción es si nosotros los cristianos nos liberamos de nuevo de la resaca de los deseos y de las aspiraciones que se van acumulando. Qué regalo necesario para el mundo, si nosotros reconocemos como pésimas inversiones lo que no corresponde al espíritu de los apóstoles y de los profetas. Para todo falso deseo que nos llegue, deberíamos tener bien impreso en nuestras almas aquello del profeta: *el que siembra vientos, recoge tempestades*.

Esta tempestad no sólo arrasa los falsos valores, sino también al mismo pueblo de Dios, que se convierte en un pueblo de ídolos. Israel será devorado (v. 8 a). Oseas ve claramente cómo el gran imperio de Asur, bajo Teglatfalasar III, lo arrasa. En el año 733, ya se encontraba al norte del territorio del estado. Pronto se engullirá también el sur. Las maniobras político-tácticas no le librarán de esa amenaza, ni el oponerle un ejército conseguirá que no paguen tributos. Oseas ben Ela, el que gobierna el país, llegó incluso a mantener su reino usurpado, como vasallo, por gracia de Asur, al presentarse al cuartel general de Teglatfalasar para ofrecerle tributos. Pero el pueblo de Dios solamente tiene futuro si permanece totalmente aferrado a su Dios. *El onagro busca estar solo* (v. 9). De una manera más estúpida que esa criatura muda, el pueblo de Dios entabla amistad con los poderes del mundo. Para *que sean entregados a las naciones, al presente los guardo reunidos para que sufran algún tiempo la carga del rey y de los príncipes* (v. 10 b). El se convierte en un instrumento u *objeto inútil* entre los pueblos.

Para el pueblo del nuevo testamento, la tarea no es menor que el reconocerse en el onagro o asno salvaje que se aparta esquivamente de todos los demás animales. Solamente en la vinculación con su Señor encuentra él su futuro. Y sin duda que nuestras iglesias populares y todos nosotros estamos en peligro en gran medida de incurrir en el juicio de Dios por nuestra incredulidad, por la que tratamos de asegurarnos a nosotros mismos mediante la subordinación a los poderes políticos. Recientemente, un teólogo, al despedirse de su cargo,

expresó hasta qué punto el cansancio, la incapacidad y la falta de voluntad hacen estragos en el cristianismo «por la experiencia de que, en este mundo, la verdad de Dios se presenta a la existencia autónoma como una superfluidad» frente a la política y la economía, la técnica y la ciencia de la naturaleza, o mejor aún, como «una superfluidad fantasmal y provocadora». Esta es la insidiosa peste de la incredulidad. Y de buena gana los superfluos hacen locuras. Y así se actúa con regalos de prostitución, como denomina Oseas a los tributos a Asur, en una fatal dependencia respecto a poderes en apariencia estables e imprescindibles. Pero la vida del pueblo de Dios puede ponerse en peligro sometiéndose sin fe a las leyes de los poderes del mundo. Si os orientáis de esta manera, os desvirturaréis en medio de los pueblos del mundo. Nosotros, los cristianos, significaremos algo para el mundo que nos rodea en tanto nos sintamos libres para las orientaciones vitales de nuestro Señor y seamos conscientes que todo el mundo ha de referirse a las mismas. Nosotros significaremos para el mundo tanto cuanto rebose la alegría por los dones del evangelio y en cuanto que esa alegría aporte un impulso totalmente nuevo contra las costumbres carentes de amor y de alegría.

Y por ello, Oseas no exigirá que la vida del pueblo de Dios se reduzca al pretendido culto de Dios. Contra esta falsa interpretación habla él con toda claridad. Para eso ha podido referirse a la protesta de sus oyentes, los cuales podían haber aludido a sus sacrificios como testimonio de su piedad y religiosidad. Y así el profeta dice: *Efraím ha multiplicado sus altares* (v. 11 a). La riqueza creciente sirvió asimismo para erigir nuevos lugares para el servicio divino. Y así continúa: *Sólo para pecar le han servido los altares* (v. 11 b). Esto también puede darse y se da. En sus servicios religiosos, queda patente cómo traicionan a su Dios. Pero ¿cómo expresa esto Oseas? *Aman los sacrificios, ¡que sacrifiquen! (Aman) la carne, ¡que la coman!* (v. 13 a). Se realiza su capricho y nada más. Pero las indicaciones y las orientaciones del Señor se consideran como algo hostil, como cosas de otro mundo, que no afectan a los hombres de acá abajo, y no como buenos amigos y ayudadores con los que cabe emprender una nueva vida. Ellos se sirven a sí mismos, en vez de dejar que Dios les sirva con su palabra.

De una manera semejante, debe advertir Pablo a los corintios que, en la celebración de la cena, se apresuran a comer, en vez de esperar a los hermanos y pensar en el Señor y en la noche en que fue entregado. También a nosotros nos dijo alguien muy recientemente: «¡En vuestras fiestas os reconocerán!». Sí, en vuestros servicios religiosos es donde os reconocerán. ¿Son ellos para vosotros tal vez una especie de montajes culturales en los que se puede disfrutar de música religiosa o de retórica, así como el antiguo Israel iba a refocilarse de carne? Si es así, es que estáis retornando a Egipto. Y en ese caso, la historia de la alianza que comenzó con la salida de Egipto ha llegado para vosotros a su fin. Y nuevamente Oseas nos permite advertir el sufrimiento de Dios. *Escribí para él las palabras de mi ley, pero las tienen por palabras de extranjeros* (v. 12). Se nos pregunta por nuestra pasión por el cumplimiento de la Escritura, por nuestro percibir las palabras de los apóstoles y de los profetas como una indicación del camino para nuestra vida, como pueblo de la alianza de Dios en el mundo de los pueblos. No sufrimos bastante por el hecho de que el manejo de la Biblia ha retrocedido tremendamente en los últimos años. La bancarrota de las lecciones sobre Biblia está patente. Se escapa a las estadísticas hasta qué punto son menos hoy que hace por ejemplo 15 años los que manejan la Biblia en casa. La palabra se ha convertido en algo extraño.

Nosotros no tenemos ya trato con Abrahán, Isaac y Jacob, con Isaías y Jeremías, y mucho menos con Lucas y Santiago, como con los que están más próximos a nosotros, y en medio de los cuales nosotros encontramos al Señor de nuestra vida. Y esto, en un mundo cuya vida y cuyo futuro sólo dependen de esa palabra. Lo que en nuestras comunidades y en nuestras casas se trata fuera de la cuestión acerca de los mensajeros del Señor, no interesa. *Yahvé no se agrada de ellos* (v. 13). Y así es como va madurando el juicio. Y así es como mueren los miembros, los cuales, sin embargo, deberían pertenecer al nuevo pueblo de la alianza.

Israel se olvidó de su Hacedor, y construyó palacios; Judá multiplicó sus ciudades fuertes (v. 14 a). La construcción de edificios en las ciudades y la industria armamentista florece. Y los hombres que deben ser la luz y la paz del mundo dedican todo su interés a esas cosas. No sospechan que de esa manera

lo único que hacen es acelerar la catástrofe. *Pero yo daré sus ciudades al fuego que devorará sus palacios* (v. 14 b). Ni la edificación de viviendas ni la construcción de defensas militares son apropiadas para asegurar el futuro. Ya Lutero advertía, en tiempos de la guerra contra los turcos, a los que intervenían en la dirección de los municipios que era preferible dar 100 táleros para las escuelas que uno sólo para las guerras contra los turcos, pues la palabra de Cristo hace que los hombres puedan ser sal de la tierra. El Creador de Israel es el único Señor de su futuro. El nuevo Israel sabe que ha sido constituido y llamado por Aquel que se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Y como Aquel, es resucitado y presentado ante el Señor del futuro. El nuevo Israel no debería presentar y atestiguar a los dos mil quinientos millones de hombres amarillos, cobrizos, negros y blancos, otro futuro que la unión completa con él. Solamente esos miembros totalmente unidos con él son el pueblo de Dios que tiene utilidad en medio del mundo de los pueblos.

Amada comunidad, este profeta autorizado lo dijo resueltamente: el que arroja a Dios que le llamó a la alianza de su amor, se aparta del bien y elige al enemigo. Cuanto más profundiza, más claro se hace en las cosas particulares. El va al conjunto y rechaza nuestras medianías. Para saber si vivimos asociados con él como hombres libres y útiles, conviene que respondamos a algunos puntos de examen como éstos: ¿Quién detenta entre vosotros la autoridad? ¿Cómo os comportáis con el dinero? ¿Qué es lo que impera en vuestros deseos? ¿De quién veis amenazada la vida del pueblo de Dios? ¿Qué papel desempeña entre vosotros la Biblia? ¿Cómo tratáis de asegurar vuestro futuro?

El antiguo Israel fue al juicio bien advertido. El nuevo pueblo de Dios ensalzará por Cristo, juntamente con Israel, la misericordia de Dios hasta el final de los tiempos. La cuestión es solamente si nosotros permanecemos junto a aquellos que valoran sobre todo, como lo único en que se puede confiar, el amor de Dios por la cruz y la resurrección de Jesucristo y que sólo quieren vivir bajo ese amor y en cualquier circunstancia, o si nosotros nos apartamos de él. Ahora, el peligro es muy grande para cualquiera de nosotros.

En Ingelheim, vivimos el sábado de pentecostés un signo de alarma cuando el tren de Basilea descarriló. Un punto débil en los raíles pudo ser la causa de que el tren no llegara a su destino. El profeta nos ha amonestado a descubrir a su tiempo el punto débil.

El gran impedimento para la alegría festiva

Sermón sobre Oseas 9, 1-9

[1]No te goces, Israel; no te regocijes como las gentes, porque has forni-
cado lejos de tu Dios. Fuiste en busca del salario sobre toda era de tri-
go. [2]Pero la era y el lagar los desconocerán, y el mosto les defraudará.
[3]No quedarán en la tierra de Yahvé, sino que Efraím volverá a Egipto,
y en Asiria comerán manjares inmundos. [4]No harán más a Yahvé liba-
ciones de vino ni le presentarán sus sacrificios; su pan será pan de due-
lo; cuantos lo coman se contaminarán, porque su pan será para ellos
mismos, no entrará en la casa de Yahvé. [5]¿Qué haréis en el día de la
asamblea, en el día de la fiesta de Yahvé? [6]Porque he aquí que se han
marchado de la (tierra) devastada, y Egipto los reunirá. Menfis los se-
pultará. Sus preciosidades de plata las heredarán las ortigas; los cardos
(heradarán) sus tiendas. [7]Llegaron los días del castigo, llegaron los días
de la paga. Clama Israel: «El profeta es un insensato, presa del delirio
el hombre del espíritu». A la enormidad de tu iniquidad se añade la
enormidad de la persecución. [8]El profeta centinela de Efraím, en
unión con su Dios (halla) en todos sus caminos el lazo del cazador y la
persecución en la casa de su Dios. [9]Profundamente se corrompieron,
como en los días de Guibá. El se acordará de su iniquidad y castigará
sus pecados.

Esta es, por consiguiente, la contribución profética a los puntos culminantes del año eclesiástico. Oseas interviene en la fiesta del Señor que es, al mismo tiempo, la gran fiesta de la vendimia. El vino fluye a torrentes. Las tortas a base de uvas se hallan amontonadas en rimeros. El florecimiento económico y el culto piadoso se han aliado de una manera maravillosa

después de que se ha superado una vez más el brutal ataque de los asirios, por lo menos en una parte del país. Y tanto mayor es, por ello, el entusiasmo con el que se regocijan los coros festivos por el país con aquella melodía: «¡Hija de Sión, alégrate, lanza gritos de júbilo, Jerusalén!».

Y entonces interviene este profeta fuera de lugar: *¡No te goces, Israel, no te regocijes como las gentes! Porque has fornicado lejos de tu Dios* (v. 1 a). Tus cantos festivos se convierten en cánticos lúgubres. Aunque menciones y recuerdes las acciones de Dios, sin embargo, en realidad me has postergado a otros señores. Y como no te has congregado verdaderamente en torno a él, te congregará Egipto, de donde él te sacó a la libertad un día. Egipto te congregará un día en la gigantesca ciudad de las tumbas, Menfis.

No es de extrañar que a tales profetas se les considerara como charlatanes y como perturbadores de la paz, como fanáticos o como opositores sin cabeza. Pero él continúa: el que rechaza la llamada de Dios a la obediencia, muestra que quiere la ruptura con Dios. Y por ser tan grande la enemistad contra el que advierte estas cosas y tan grave su pecado, por eso sin duda vendrán los días de la visitación y de la prueba.

¿Qué es lo que pretende decirnos esta voz temeraria y osada en nuestra cristiandad actual y, especialmente en el tiempo de adviento, en el «mejor hijo del año», como escriben nuestras publicaciones y revistas?

En el nuevo testamento, no aparece realmente la problemática de nuestras épocas festivas tal como se han ido desarrollando paulatinamente. El que lee atentamente, con los primeros cristianos, la Escritura advierte hasta qué punto se repiten de nuevo las desviaciones del antiguo pueblo de Dios bajo las banderas cristianas. Y así se nos pregunta, sobre todo y primeramente, acerca del *leitmotiv* o tema principal de nuestro tiempo de adviento.

En el segundo domingo de adviento, la cristiandad pensó desde siempre en el segundo advenimiento de Cristo, en el Señor que viene. El profeta orienta nuestra visión a los días futuros. Así, nosotros en la Alemania occidental, en este segundo adviento, debemos asimismo tener en cuenta al juez que ha de venir.

Finalmente, el tiempo de adviento es propiamente un tiempo de arrepentimiento y de penitencia: esto es, en él nos vemos llamados a orientarnos totalmente al Señor que viene. Con Juan el Bautista la voz profética llega y penetra hasta el nuevo testamento. En Oseas advertimos cómo el escuchar y amoldarse al amonestador presente revela la postura hacia el juez que viene. Y así, en tercer lugar, se nos pregunta por nuestra propia transformación.

Respecto a lo primero. Probablemente la pregunta resulta dolorosa y fastidiosa para casi todos nosotros: ¿Cuál es el *leitmotiv* o lema de nuestro tiempo de adviento? Oseas contestó con toda claridad para sus contemporáneos: Tú estás quebrantando la fidelidad respecto a Dios precisamente en medio de tus grandiosas preparaciones festivas. Ahora bien, ¿quién entre nosotros se atrevería a juzgar así a otra persona? Pero cuando nuestros amigos de Africa y Asia contemplan nuestro ajetreo del adviento y de la navidad en la Alemania occidental, pueden preguntarnos con cierta admiración dónde se mantiene aquí la fidelidad a Aquel que se puso al lado de los más pobres y que se sentó a la mesa con los marginados y los más sospechosos para la sociedad. Y cada uno de nosotros deberá preguntarse para quién reserva todo su amor, qué es para él la fuerza predominante que todo lo impulsa, y qué tenemos presente cuando nos levantamos y cuando nos acostamos, y qué libro es el que consideramos como nuestro libro principal, del que, en definitiva, sacamos nuestros pensamientos y nuestras ideas rectoras. ¿Es acaso eso lo que Oseas denomina en Israel el *salario (de prostitución) sobre toda era de trigo*? (v. 1 b). ¿O lo es aquel que se llama «nuestro Dios»? ¿Nos vemos arrastrados por la resaca de la codicia mercantil o cultural, o constituyen las palabras amorosas de nuestro Dios nuestra ilusión y el objeto de nuestros deseos, nuestra libertad y nuestra paz? ¿Se halla nuestro ajetreado amor al prójimo bajo el mando secreto del amor propio, que en todo se preocupa por las cosas propias o bajo las orientaciones de Aquel que se compadece de los desamparados?

La acusación de Oseas: ¡Tú quebrantas la fidelidad a tu Dios!, puede ser el lema que nos ocupe en las próximas semanas. Pues el peligro de todos nosotros sin duda consiste en que construyamos una nueva teología «pectoral» *(Pektoral-*

theologie) navideña o una «religión de precios rebajados», como la denomina Ernst Bloch. Nosotros salvamos nuestra conciencia con algunas operaciones de tipo financiero o cultual. Pero, según Oseas, esto puede servir en realidad *para su propio gaznate* (v. 4 b). No se discute nuestra actuación por Dios, sino el ver si tenemos en cuenta su repercusión en nosotros y su influencia para mostrarnos agradecidos y para mantener, como seres liberados, su fidelidad. En una palabra, ¿cuál es el lema de nuestro adviento: el antiguo temor y la nueva codicia, los hombres y las pretendidas obras o el verdadero Señor, sus palabras dirigidas a nosotros y su espíritu rector? *¡No te alegres!* Esto vale para nosotros en toda su dureza cuando nos retraemos de la actuación de su Espíritu en nosotros. ¡Alégrate! Esto vale cuando escuchamos aquello de: He aquí que vengo y habitaré junto a ti.

En segundo lugar: la cuestión del lema de nuestro adviento tiene una significación más amplia que la privada. Pues ella nos sitúa ante el juez venidero de todos los hombres. La ruptura de la fidelidad comporta de una manera cruda y decisiva: *¡No te alegres!* Pues en vez de acudir a la fiesta del Señor, te congregas en las necrópolis de Egipto. Tus preciosidades de plata las heredarán las ortigas. Los abrojos y las espinas proliferarán en las tiendas festivas de los que se congregan para la fiesta. Fuera de tu Dios, sólo tienes que esperar la aniquilación y la desolación. Nuestro ajetreo sin él puede ser solamente una siembra de cardos. ¿O declarará alguien *ex cathedra* que la cristiandad no tiene que enseñar ya nada sobre la cólera de Dios? El nuevo testamento nos enseña que solamente mediante Cristo se ha alejado de nosotros la cólera de Dios, y que sólo mirándole a él pueden erguirse nuestras cabezas. Por otra parte, ahí se ve superado Oseas por el hecho de que Jesús atestigua el amor de Dios hacia todos los rebeldes, incluso respecto a nosotros los que somos infieles. Pero al mismo tiempo las palabras de Oseas son definitivas en cuando que el que rechaza este amor misericordioso no encontrará ya refugio frente a los tiempos venideros.

Las palabras sobre el Salvador y el juez que viene no pueden silenciarse en el segundo adviento, por muy costoso que sea para nuestra generación teológica el afirmarlo. En dos aspectos se nos ha anunciado y predicado esto en el último domingo. Cada uno puede admitir y percibir en la fe: «Dios está con nosotros por la tarde y por la mañana y sin duda en cada nuevo día». Y aquello otro: Nosotros no podemos hacer ningún plan de viaje sobre la actuación futura de Dios. Pero respecto al segundo adviento debemos añadir: él es mi futuro Salvador *y Juez*.

Esto es lo que constituye la alegría de la época de adviento, a saber, que él se acerca a cada uno de nosotros. Pero esto constituye al mismo tiempo lo serio del adviento, que *solamente su* proximidad es lo que nos proporciona nuestro amparo y nuestro éxodo hacia la libertad. Y más todavía: él no sólo es mi Señor, sino que es nuestro *común* Señor e incluso el Señor de todo el mundo. El viene a juzgar al mundo. Que él y no otro pronuncia, como el compasivo, la última palabra sobre el mundo, es lo que constituye la alegría del mensaje misionero. *El hecho de que* él dice la *última* palabra sobre el mundo hace, sin embargo, al mismo tiempo más apremiante este mensaje. Las palabras de ira o cólera sobre los que rechazan la bondad de Dios no pueden pasarse en silencio. Pues como escribe Bernanos: «Dios no escribió que nosotros somos la miel, sino la sal de la tierra. Y nuestro turbulento mundo se halla, al igual que el antiguo padre Job, sobre un montón de estiércol. La sal, sobre las heridas que están en carne viva, quema. Pero es lo que impide la putrefacción». Finalmente tiene su vigencia aquello: el último Señor es también el Señor en las cosas que no han llegado todavía a su fin. Y este juicio anterior al final es el que tiene presente Oseas cuando dice: *Llegan los días del castigo* (7 a). El juicio anterior al final lo tenemos tras de nosotros y tal vez también ante nosotros. No hace falta ser cristiano para olfatearlo. «¡Efectivamente, yo vivo en tiempos oscuros! La palabra ingenua es estúpida. La frente lisa se refiere a la insensibilidad. El que se ríe no ha percibido todavía la terrible noticia» (Bertolt Brecht). También en el adviento de la República Federal, se advierte ese vendaval o esa tormenta. Pero hay que escuchar también las palabras proféticas, para percibir en ellas la seriedad y la bondad de Dios y *no exponerse a la prostitución en todas las eras,* para la que vale la terrible noticia.

Nadie de nosotros sabe en qué circunstancias celebrará este año las navidades, nadie cómo las celebrará el año próximo el resto del mundo. Por eso se dice a nuestros falsos amores: *¡No te alegres!* La mirada al Señor que viene nos ayuda a permanecer ahora en él, en un contacto con él. «Y lo que tú no puedes contar a nadie, se lo puedes decir audazmente a Dios».

Tercero: Para terminar, queda claro dónde podemos encontrar la decisión propia de adviento. El profeta fue rechazado como un charlatán loco, como un fanático irresponsable. A dondequiera que se dirige o dondequiera que se encuentre, se le ponen asechanzas. Se vio expuesto a una brutal caza tal como aquel levita en la tribu de Benjamín según se cuenta en Jueces 19, 21. No se quiere creer que, en esta voz humana, se halla presente el juicio del Dios vivo y del juez venidero. El haberle escuchado hubiera supuesto la salvación. En cambio, el oponerse a él hizo que la culpa fuera mayor, y que el día de la visitación y del castigo fuera inevitable.

De un modo semejante, Pablo se ve expuesto en Corinto a las burlas de sus enemigos como un loco en Cristo. Pero él sólo puede dar testimonio, refiriéndose al Crucificado, de que la debilidad y la locura es el modo y el lugar de la revelación de la fuerza y de la sabiduría de Dios. Y así también se juzgó, se despreció y se entendió mal a Jesús.

Si el tiempo de adviento es un tiempo de penitencia, nos amonesta a escuchar profundamente la voz del anonadamiento. Nos advierte que no rechacemos ligeramente lo que nos dicen nuestros más serios predicadores de la penitencia cuando nos señalan la comunión con Jesús como lo único necesario. El cálculo político y económico puede hablar aquí de un fanatismo fuera de la realidad, mientras que el espíritu filosófico puede barruntar que aquí hay algo de primitivismo. Pero no resistirán el juicio. Y a ninguno de nosotros nos secundarán. Al que nos diga que en todo el mundo hoy y en todas las decisiones esenciales, se trata de Jesús, de sus palabras de amor solidario hacia todos los despreciados, de su acción de liberación de todos los que se hallan encadenados, de su paso de la muerte a la vida mediante el perdón, a ése le deberíamos escuchar con toda seriedad aunque esté de moda el rechazarle. Y así el mensaje despreciado de la Escritura debería estar por encima del periódico y de la inquietud de cada día. Y finalmente, el canto del adviento debería ayudarnos en la oración para que no nos expongamos a *la prostitución en todas las eras,* sino que nos mantengamos junto a Aquel que es el único que es fiel.

Este es el consejo más importante para la transformación del adviento: escuchar la voz despreciada y atenerse a ella. Pues también vale para nosotros aquello de: «Y el que pretende acoger con alegría a este niño y besarle, debe antes sufrir con él muchas penas y torturas».

¿Queremos escuchar?

Sermón sobre Oseas 9, 10-17

10 Como uvas en el desierto hallé yo a Israel, como brevas en la higuera
en su principio contemplé a vuestros padres, los cuales, llegados a
Baal-Peor, se consagraron a la infamia y se hicieron abominables co-
mo lo que amaron. 11 Se volará como pájaro la gloria de Efraím, y no
habrá ya ni parto, ni maternidad, ni embarazo. 12 Si crían hijos, los des-
pojaré de ellos, privándolos de hombres, y ay de ellos cuando yo me
aleje de ellos. 13 Efraím, yo lo he visto, ha hecho de sus hijos presa de
caza, y Efraím sacará a sus hijos para el asesino.
14 Dales oh Yahvé... ¿Qué les he de dar? Dales entrañas estériles y se-
nos enjutos.
15 Toda su perversidad está en Guilgal; allí los aborrecí. Por la perver-
sidad de sus obras los arrojé de mi casa, no volveré a amarlos. Todos
sus príncipes son rebeldes. 16 Efraím está herido; su raíz está seca, no
dará fruto; aunque parieren, haré morir a los tesoros de su seno. 17 Los
rechazará mi Dios por no haberle escuchado e irán errantes entre las
gentes.

Esta lúgubre profecía ciertamente ha hecho historia universal. Contemplamos a Ahasvero, el eterno judío errante, surgir a la hora de estas palabras y vagabundear sin descanso; él no puede gustar la muerte hasta que vea venir el reino del Hijo del hombre (Mt 16, 28). Pocos años después de que Oseas pronunciara sus palabras, *se voló como pájaro la gloria de Efraím* (v. 11). El pueblo de Dios, que una vez en los días del David había vivido la paz con sus enemigos que le rodeaban, tiene que huir a un destierro orientado hacia todos los

vientos del imperio asirio, e *irán errantes entre las gentes* (v. 17 b), hasta llegar a los trágicos destinos individuales y de masas de las últimas décadas, y que ni siquiera en nuestros días han visto su fin. Es como si la Escritura quisiera que nunca se apartaran de nuestra vista los montones de cadáveres y las cámaras de gas de Auschwitz, al presentarnos las palabras proféticas: *Efraím sacará a sus hijos para el asesino... Haré morir los tesoros de su seno* (v. 13 y 16). ¡Haré morir *yo*! ¡Yo! Con profunda emoción se sitúa el verdadero Israel ante ese Yo de su Dios. Es correcto establecer una comparación del vagabundeo del Ulises de Sófocles con las andanzas y la muerte sin medida de Israel en las palabras del profeta: Aquí se desarrolla una tragedia sin tregua ni descanso. Y se nos descubre la causa de ese sufrimiento: *Los rechazará Dios por no haber escuchado* (v. 17 a).

¿Pero son éstas unas palabras últimas y definitivas? Sería fatal que las consideráramos así e incluso que sacáramos de ellas una justificación cristiana de nuestra monstruosa culpa contra Israel. Estas lúgubres palabras del profeta deben ser escuchadas como unas palabras previas a las últimas. Ya en medio de las terribles palabras divinas de juicio, escuchamos muy raramente la voz del profeta, que balbucea de una manera curiosa: *Dales, oh Yahvé... ¿Qué les has de dar? Dales entrañas estériles y senos enjutos* (v. 14). Es como si pretendiera aventurarse a hacer una súplica; sin embargo, no se puede oponer a la voluntad divina. Y por eso elige entre las terribles amenazas que precedieron, no el destierro, o la matanza de la juventud o el distanciamiento de Dios, sino solamente ésta: la esterilidad de las madres: ¿Es que trata con eso de alejar las otras desgracias, tal como en otras ocasiones hicieron otros profetas al enfrentarse al deseo de establecer juicio contra Israel por parte de Dios (Am 7, 2.5; Is 6, 11; cf. Abrahán, Gén 18, 17, 23)? Pero Oseas no puede hacer esto. En lo que sigue (v. 15 s), Dios repite su completa voluntad de entablar juicio, y Oseas al fin no tiene más remedio que doblegarse: *Los rechazará mi Dios* (v. 17 a). Hasta que llegó un mejor intercesor el cual sufrió voluntariamente el rechazo de Israel y de esa manera tomó sobre sí toda la culpa e intercedió ante Dios por los que habían sido rechazados: Jesucristo. El nos hace reconocer, con la culpa de Israel, nuestra propia culpa. El hace que el mensaje de Oseas se convierta en unas palabras de Dios que no son las últimas. El mismo es el que pronuncia las últimas palabras de Dios, la absolución incondicional. Por primera vez en su boca aparecen las palabras de Oseas *por nosotros,* lo mismo que para Israel, en toda su seriedad (v. 12). Sí, ¡ay de aquellos si me rechazan! Pues lo que él nos dice en nombre de Dios, nadie se lo puede decir a sí mismo. Y así las palabras de Oseas dirigidas a Israel se convierten para nosotros en espejo de nuestra vida con y sin Dios, con y sin Jesús o, más exactamente, con y sin disposición para escuchar. Pues el pueblo de Dios sólo fracasa si no quiere oír su voz. Tres cosas trata de advertirnos el profeta con sus palabras:

1) Nosotros consideramos muy poco *la gran prehistoria de nuestro pecado.* Oseas vive en el siglo VIII antes de Cristo. Pero él recuerda a sus contemporáneos sucesos que quedan medio siglo atrás: solamente en el tiempo del desierto es donde Dios se dirigió a su pueblo como uno que en el desierto encuentra uvas o descubre en la primavera los primeros higos maduros. Tan costoso fue Israel para su Dios. Pero apenas había llegado a las puertas de la tierra prometida, se entregó a los primeros ídolos que encontró, a Baalfegor en los límites del país de los moabitas (v. 10; cf. Lev 25, 1 s). Se cambia el verdadero amigo por algo monstruoso y cruel, ante el cual hombres extraños cometen adulterio y para el cual se exigen sacrificios de niños. Y esta vergonzosa idolatría impera durante toda la historia hasta nuestros días. Luego, recuerda él el crimen de Guilgal (v. 15). El hecho de que Dios envíe ayudadores no les basta ya. Se pretende tener una ayuda duradera garantizada por medio de la institución estable de la realeza. Así los jefes de Israel se convierten en los que tientan a su pueblo contra Dios. Y esta rebelión sigue durante tres siglos. Y así es como muestra Oseas a su pueblo la profundidad histórica de su culpa.

El profeta exige que nosotros reconozcamos las grandes decisiones equivocadas en lo histórico, que tienen graves consecuencias y bajo cuyos efectos vivimos. Nosotros empezamos a negar la culpa, cuando se ha convertido en crónica o en institucional. En los procesos de eutanasia de las últimas semanas, se pudo decir con toda seriedad que el asesinato de los

enfermos mentales no se oponía incondicionalmente a la conciencia imperante. El comité central de estudiantes de Hamburgo y, sobre todo, la institución judicial de la República Federal se opusieron por suerte a eso. Pero nosotros debemos preguntarnos con toda energía: ¿Dónde se hallan las raíces propias de tales decisiones y sentimientos equivocados? ¿Qué ídolo o dios falso es el que ocupa aquí el lugar del Padre de Jesucristo, que intervino en pro de la vida denominada inútil con todo su amor? Pensemos nosotros en la evidente tuberculosis espiritual de nuestra vida comunitaria en muchos campos en los que a los párrocos se les soporta como funcionarios que ejercen rutinariamente sus cargos y donde se considera el estudio de teología como un paseo hacia metas de vida más sosegadas. ¿Dónde se entiende en la clase directiva, en la iglesia y en la teología, la cuestión sobre la dirección de la comunidad, como una cuestión sobre el presente del Señor exaltado y de la dirección de su Espíritu en la comunidad? ¿Dónde se considera necesario el pedir por todo eso al Señor viviente con palabras bien claras? Nos avergonzamos de la oración. No, no tenemos tiempo para ella o no nos agrada. Pues lo que nosotros llevamos entre manos funcionará mejor sin la oración. ¿No tenemos, desde hace mucho tiempo, nuestro Baalfegor bien organizado y consolidado científicamente, con el cual todo va mucho mejor en nuestras instituciones de iglesias populares que funcionan estupendamente desde hace tantísimo tiempo, las cuales, por otra parte, se han visto aseguradas de nuevo, muy recientemente, por la legislación eclesiástica estatal? Hermanos y hermanas míos, yo me pregunto con toda seriedad dónde se dio en la historia el falso cambio de vías que hizo que nuestro ajetreo eclesial nada espiritual llegara a nuestra conciencia como algo que no era ya culpa o pecado contra el evangelio en el mundo de hoy: ¿No fue una cómoda resolución de nuestras iglesias en la época de la posguerra, el restaurar *formaliter* la iglesia popular bajo la poderosa expansión del estado debilitado y de su aparato financiero, aunque había quedado bien claro que nosotros somos un país de misión y que el mismo Dios podía llegar de otra manera a su pueblo al desierto? Sé que estoy apuntando a una pregunta muy difícil.

Lo que sí sé ciertamente es que nosotros, en la postración de nuestro ajetreo eclesial, debemos preguntarnos hoy de nuevo a qué Señor amamos sobre todas las cosas, a quién tememos y en quién confiamos. Pero para esto no basta una censura moralizadora sobre los fenómenos individuales del presente. Debemos aprender del profeta a rastrear la profundidad de nuestra culpa en sus raíces históricas. «Señor, límpiame de los deslices que se me ocultan» (Sal 19, 13). Todos nosotros sufrimos profundamente por los falsos cambios de aguja que se operaron en tiempos pasados. Nuestra reflexión y nuestras conversaciones deberían ensanchar sus horizontes.

2) Pretendo aludir ahora muy brevemente a lo segundo que nos dice Oseas. El nos muestra cuán seria es cualquier decisión entre la obediencia y la desobediencia, entre Dios y el ídolo, entre Dios y el propio capricho organizado. En el culto de Baal, se describía la sexualidad a grandes trazos. De una manera más intensa, no se puede describir en los más salvajes impulsos carnavalísticos. Y del modo más inauditamente drástico, expresa Oseas que la sexualidad conduce, bajo los dioses falsos, a la infertilidad suicida. Aquellos cultos de la fertilidad incluían el campo del desarrollo económico. Pero la raíz de Efraím puede secarse plenamente bajo los dioses falsos. Y cuando los conductores o jefes estatales ocupan el lugar de Dios, se ofrece la juventud al homicida. Oseas nos abre los ojos: cuando parece que todo funciona preferentemente sin la palabra de Dios, entonces entra en juego la peor mentira y la peor apariencia. En realidad, lo que está en juego es la muerte. El nos enfrenta con la seriedad de las decisiones diarias. Nosotros tenemos que ver nuestros días individuales no sólo refiriéndonos a nuestra historia con o sin Dios, sino también con referencia a un futuro con o sin Dios.

3) Pero ¿qué es lo que debemos hacer? Lo que el profeta echa de menos lo resume al final en unas palabras: *Ellos no quieren escuchar* (v. 17 a). La cuestión decisiva de esta predicación a todos nosotros es solamente ésta: ¿Queremos nosotros realmente escuchar? ¿Escuchar a Aquel cuya voz nos ha llegado a todos nosotros con el mensajero que es Jesús? En primer lugar, esta pregunta se dirige sin duda a nosotros como *individuos*. «Mirad, pues, cómo escucháis», nos amonesta Jesús en el evangelio de Lucas (8, 18). ¿Reconocemos

nosotros a nuestro Señor, que se complace en los hombres insignificantes como en las uvas en el desierto, que encuentra gusto en nosotros, criaturas insípidas como en higos primerizos, y cuyo amor incondicional nos ha sellado en la cruz de Cristo? ¿Nos hemos dado cuenta de su alegría respecto a nosotros, puesto que él, por la resurrección de Cristo, nos estableció en una esperanza viva? ¿Permitimos nosotros que su poderosa palabra nos presente la obra de su creación de que nosotros nos convertimos en nuevos hombres bajo el Espíritu de la palabra? Nosotros corremos el gran peligro de que la semilla de la palabra caiga en nuestro camino trillado y apisonado y que sea eliminada y pisoteada por nuestros más inmediatos pensamientos, en lugar de echar raíces en nosotros y de hacerse fructífera. Pidamos, con Christoph Blumhardt, sobre la disposición de escuchar, «¡que tu reino se instale en torno a nosotros!». ¿De qué otra manera podemos enfrentarnos con un nuevo día a partir de nuestro embrollado pasado? ¡Mirad cómo escucháis!

A esto corresponde la pregunta de si nosotros tratamos de escuchar *en común* y si *efectivamente* queremos *escuchar* en común. Oseas tiene ante la vista a la comunidad de sus contemporáneos, lo mismo que Jesús a los grupos de sus discípulos y Pablo a las comunidades. El escuchar en común o comunitariamente es algo más que estar sentados unos junto a los otros, de forma que cada uno escuche para sí la misma palabra. Significa asimismo cuando menos: escuchar unos para otros y para buscar el camino común. ¿Me equivoco si pienso que tal escuchar común se ha convertido entre nosotros en algo tremendamente raro? ¿Y que tal vez entre nosotros, los teólogos, se ha convertido en algo mucho más raro todavía? Según eso, ¿predicaremos nosotros, los pastores, de una manera inteligible y útil si no hemos reflexionado antes, con hombres de distinta procedencia de nuestra comunidad, sobre el texto y si no nos hemos interrogado acerca de su mensaje para nosotros? El capellán de los estudiantes de Aquisgrán nos hablaba de utilísimos encuentros de este tipo tenidos entre jóvenes actores de teatro. Y precisamente porque nosotros, en nuestras comunidades, confiamos tan poco en la escucha en común de la palabra de Dios, es nuestra predicación terriblemente estéril. Es especialmente importante para el escuchar en común el que nosotros, después de la predicación, hablemos sobre el texto y sobre lo que él pretende decirnos, tal vez en los clubs y en los locales a ellos reservados de las comunidades, bajo la dirección de seglares, y en cualquier caso, en las familias y en las reuniones dominicales de amigos. Si cada predicación dominical no ha de ser de antemano una semilla arrojada entre espinas, debemos proponernos reflexionar ampliamente a ver si surge de ahí una amonestación o una invitación, un propósito o algo que tengamos que emprender en común. Si el mundo que nos rodea se halla tan seriamente en peligro y amenazado, es solamente porque la cristiandad, a pesar de su superorganización, está a punto de convertirse en una jauría de perros mudos. Sin embargo, es sumamente grave que nosotros nos veamos satisfechos en nuestra gigantesca universidad con tales servicios religiosos-miniatura sin una notable fuerza de enganche.

Finalmente, si nosotros queremos escuchar efectivamente en común, a pesar de todas las negligencias y fallos de los cristianos en nuestro mundo extraordinariamente amenzado, deberíamos acosar con mucho mayor celo a aquellos que, como oyentes obedientes y fieles, se esfuezan en transmitirnos con convicción la palabra salvadora. En Berlín, el último domingo, los estudiantes se sentían felices de que, por una vez al menos, no se hallara en el púlpito un pastor, sino un estudiante de medicina. En el sínodo de la región del Rin, se comentó acertadamente que nosotros en la iglesia seguíamos viviendo como en una economía medieval de gremios, en los que el maestro y jefe llevaba la voz cantante, y los otros no tenían otra cosa que hacer que guardar silencio. Hablando con audacia, eso significaría que nosotros no habríamos comprendido todavía en lo espiritual lo de la economía libre de mercado de Ludwig Erhard, la cual nos haría ricos, si nosotros, en la vida espiritual de nuestras iglesias, no mantuviéramos, atemorizados, tantas situaciones de monopolio y, sobre todo, si no tratáramos de interferir con tanta desconfianza la concurrencia o rivalidad de un hermano seglar que esté bien dotado del conocimiento de la palabra de Dios. Si hablamos seriamente, antes y después de la predicación, acerca de la palabra como un pueblo de Dios que se amonesta mutuamente, entonces descubriremos cuántos hay entre nosotros

que podrían dirigir los servicios religiosos de las 10 entre semana, los cuales lo harían mejor incluso que nosotros los profesores de teología, y también los de otras facultades.

¿No estamos convencidos del interés que tiene el que el evangelio vaya creciendo en toda nuestra gran comunidad universitaria y asimismo en todo nuestro mundo? Sin embargo, no es sólo nuestra teología la que va nadando entre la vida y la muerte, sino que también todas las facultades se ven amenazadas por los ídolos y por la perfecta organización. La reflexión y la conversación sobre los falsos cambios de aguja de tiempos pasados es algo superado, así como el alcance de nuestras decisiones presentes con o sin Jesús. ¿De qué serán capaces los médicos, los juristas, los naturalistas, los pedagogos, los filósofos e incluso todos nosotros ante Dios y ante el mundo en la hora de la tentación, sin él? ¿Cómo pretendemos todos nosotros estar ante Dios y ante el mundo sin sus palabras de perdón? Reflexionemos sobre esas sombrías palabras de nuestro profeta, como una pregunta sobre si nosotros queremos efectivamente escuchar a Dios, el cual ama a sus hombres hasta la muerte y sobre cómo tratamos de llevarla a la práctica en común, para que Ahasvero y todo el mundo lleguen a la paz.

Vuestro corazón es falso

Sermón sobre Oseas 10, 1-8

1 Israel es una viña frondosa que da fruto proporcionado; pero a medida de la abundancia de su fruto hizo multiplicar sus altares, y a la medida de la riqueza de su tierra, hizo ricos a sus cipos.
2 Su corazón es mendaz, y ahora pagarán las culpas; él quebrantará sus altares y demolerá sus cipos.
3 Que si dice ahora: No tengo rey, porque no hemos temido a Yahvé, y el rey, ¿qué haría por nosotros?
4 Pronuncian discursos, juran en falso, contraen alianzas, pero el juicio (condenatorio) germinará como planta venenosa en los surcos del campo.
5 Los moradores de Samaria están llenos de temor por el becerro de Bet-Awen; su pueblo está en duelo, y sus sacerdotes se lamentan por él, por su gloria, que ha emigrado lejos de él.
6 Hasta él mismo será llevado a Asiria como presente para el gran rey; Efraím cosechará la vergüenza e Israel se cubrirá de deshonor por sus consejos.
7 Se acabó Samaria. Su rey es como espuma sobre la superficie de las aguas.
8 Destruidos serán los altos de la impiedad, el pecado de Israel. Las zarzas y los abrojos treparán sobre los altares. Dirán a los montes: «¡Cubridnos!» y a los collados: «¡Caed sobre nosotros!».

Palabras éstas ciertamente duras para nosotros hoy. Y sobre todo en unas bodas de plata. Tal vez nos podría convenir explicarlas rápidamente con otras palabras muy antiguas y repetidas. Pero esta escuela superior eclesial pertenece exactamente a esta zona extrema de peligro entre Dios y los ídolos con sus principios y su presente. En medio de su historia, crecieron literalmente a través de los años los abrojos y también los cardos entre los muros quemados de esta iglesia.

Debemos aprender, por el ejemplo de Israel, cuán seriamente actúa Dios en pro de su causa en este mundo. Nosotros somos ante Dios merecedores de su ira.

Esto es lo que el profeta muestra primeramente a un pequeño grupo de oyentes, a los que consigue reunir en torno suyo. La masa del pueblo hace tiempo que lo ha calificado como un insensato y un loco (v. 9, 7). Los círculos oficiales le persiguen con una cruel hostilidad (9, 8). Y por eso no se habla ya a Israel ni a sus jefes como en las intervenciones anteriores. Debe haber sido un pequeño círculo de sus oyentes voluntarios el que recogió las duras palabras de acusación y de juicio y los que las hicieron llegar a nosotros, como palabra de Dios a través de los tiempos de la gran catástrofe. Fundamentalmente, también en 1935, eran unos pequeños círculos los que mostraron que, en las universidades alemanas, sólo en casos excepcionales se podía distinguir a Dios de los ídolos, y empezaron a sentir temor ante la voz del juez venidero... ¿Acaso la posibilidad de discernir los espíritus se ha agudizado hoy más en amplios círculos?

¡Amoldémonos a la escuela profética! *Israel es una viña frondosa* (v. 1). Su pueblo se había enriquecido y se hallaba saturado de todo. Parece que habían sido demasiados los que habían olvidado muy pronto el castigo de escarmiento, cuando Teglatfalasar III, del antiguo territorio del estado había hecho en parte una provincia asiria y en parte un estado vasallo dependiente. En gran número se iban construyendo altares y se gastaba dinero en monumentos religiosos artísticos. ¿Y no se mostraba, con tal espíritu constructor, un piadoso sentido? *El quebrantará sus altares y demolerá sus cipos* (v. 2 b). El romperá la nuca a los altares (Autor), como a los animales que se ofrecen como víctimas y que no han sido sacrificados correctamente (Ex 13, 13; 34, 20). Ahí piensa él sin duda en la demolición de los cuernos o ángulos de los altares (Amós 3, 14). *Pues vuestro corazón es mendaz* (v. 2 a). Se trabajaba con ardor en ello, en medio de quejas y expresiones de alegría, entre lamentos y algazara, como si la vida consistiera en esas construcciones religiosas, por ejemplo, en la imagen del toro, que habían imitado, como tantas otras cosas, de los cananeos. Pero la imagen de Dios no es Dios. Ningún esmero por los lugares sagrados puede sustituir a la falta de orientación de la vida según el beneplácito de Dios. Ninguna victimación podía reemplazar la confianza en el poder de su amor.

Israel, en medio de su ajetreo religioso, había cesado de contar con el Dios viviente, que libera, hace dádivas y les conduce por la vida. Tiende a apoyarse en los propios planes salvadores, se establecen contratos y convenios y se rompen después, en formaciones de partidos en el interior y en coaliciones con los grandes poderes. Así el derecho se convierte en veneno. Así los planes se convierten en algo vergonzoso, pues los propios planes salvadores no son la salvación, sino la ruina. Pues el becerro de la «casa del crimen» (Oseas, lo mismo que Amós, llama a Bet-el *Bet-Awen*) es llevado como tributo al gran rey. El rey es arrastrado, como una rama desgajada, y llevado por la riada con la que Asur, instrumento de juicio de Dios, asola el país. Los abrojos y las espinas crecen por los altares. Y allí no quiere seguir viviendo ningún superviviente; pues es mejor ser sepultado entre las piedras que se derrumban que vivir sin posibilidad de refugio entre los santuarios derruidos. Y así ocurre con todos los que esperan de sus acciones piadosas lo que sólo Dios puede otorgar, con los que miran a sus monumentos religiosos en vez de mirar al Dios viviente, con aquellos que hablan piadosamente en vez de atender a que se les oriente. *Vuestro corazón es falso.* Ellos hablan de Dios pero se refieren a sí mismos. Pero de esa manera han hecho una mortal elección.

En el nuevo testamento, la llamada a los montes y a los collados, *¡Cubridnos, caed sobre nosotros!* (v. 8 b), se utiliza dos veces como grito de terror ante el juicio que viene. Esto es una señal de que los mensajeros de Jesús encuentran que la decisión con la que los hombres se presentan ante las palabras divinas de Jesús no es menos fatal y catastrófica que en los días de la profecía.

Lucas pone ante los ojos de la cristiandad la imagen de Jesús acompañado en la vía dolorosa por muchas mujeres. Ellas lloraban por él. Pero él les dice: «No lloréis por mí; llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos... *Entonces dirán a los montes: caed sobre nosotros; y a los collados: ocultadnos...*». Así muestra Lucas que la amenaza de Oseas sólo se cumplirá si los hombres no llegan a reconocer su culpa por

la muerte de Jesús. Existe un llorar por Jesús y una piedad cristiana que siguen teniendo ante sí el juicio. Las hijas de Sión deben reconocer que Jesús lleva el pecado de ellas.

Mientras ellas se preocupan de sí mismas, no caminan hacia la mañana de la pascua, sino hacia una muerte sin esperanza. Ahora bien, el último libro de la Biblia nos dice que, en la conmoción universal que provocará el sufrimiento de los testigos de la sangre, se percibirán en todos los pueblos estas palabras anunciadas por Oseas: «Los reyes de la tierra y los magnates, y los tribunos, y los ricos, y los poderosos y todo siervo y todo libre se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. *Decían a los montes y a las peñas: 'Caed sobre nosotros y ocultadnos* de la cara del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero'» (Ap 6, 15 s). Se prefiere verse aplastado por las rocas que toparse de nuevo, como Señor, con el Jesús al que se había despreciado. Tan terriblemente seria es, tal como nos dicen los mensajeros del nuevo testamento, la decisión ante la que se sitúa cada uno ante el Cristo crucificado, en la que se plantea si uno se ha de dejar abrazar por su bondad o si ha de tratar de asegurar su vida en sus propias realizaciones piadosas. Ellos opinan que nosotros nunca aprenderemos bastante en los profetas.

Así yo advierto que, a partir de las acusaciones de Oseas, pueden formularse tres preguntas a la escuela superior eclesial, cuando nos fijamos y reflexionamos en sus bodas de plata y en su futuro. Esas preguntas interesan también a todos los que se interesan por los derroteros de la cristiandad.

1) ¿Dónde palpita el corazón? Ya hemos escuchado que se dice: *A medida de la abundancia de su fruto, hizo multiplicar sus altares, y a la medida de la riqueza de su tierra, hizo ricos a sus cipos. Su corazón es mendaz* (v. 1 s). Nosotros debemos advertir la posibilidad de que toda esta magnificencia en las nuevas construcciones, aquí lo mismo que en otras partes en las iglesias de la Alemania occidental, se muestre o manifieste como una mala inversión o una inversión equivocada. Los profetas preguntan tozudamente hacia dónde late el corazón, de qué nos preocupamos y en qué cosas disfrutamos realmente. El profeta nos ofrece una pregunta de control: ¿Qué es lo que permanece cuando se les rompe la nuca a los altares, cuando todas las instalaciones eclesiales caen en ma-

nos de los asirios? Nos enseña a reflexionar a partir del fin, como los padres espirituales de esta escuela superior. Así Karl Immer tenía por lema: «Jesús y su palabra, refugio de mi corazón»; o Paul Schneider: «A aquel que me confiese ante los hombres le confesaré ante mi Padre celestial»; o Paul Humburg: «Tengo porque soy tenido». Que nosotros nos mantengamos orientados hacia el fin, interesa a todo el mundo. Pero en esto la escuela superior eclesial debe ser modelo. ¿Florece aquí una etapa en la propia felicidad o se piensa y se actúa en pro de los que están solitarios en los puntos más arduos del frente, donde quema la herida del mundo y nada puede ayudar como el pleno amor de Cristo? ¿Dónde palpita nuestro corazón?

2) ¿A quién sirve la acción? Ya hemos oído lo que destaca Oseas: *pronuncian discursos, juran en falso, contraen alianzas, pero el juicio (condenatorio) germinará como planta venenosa en los surcos del campo* (v. 4). Nosotros debemos advertir el gran peligro que existe de que, en la labor teológica, todo se reduzca a palabras vacías y de que se acate a falsas autoridades. El profeta pregunta implacablemente sobre quién debe ser honrado propiamente aquí y a quién se sirve realmente. Cuando hace 25 años, fue prohibido por la policía el servicio religioso en la escuela superior eclesiástica de Gemark y la multitud fue obligada por la policía a dispersarse, fueron reunidos, por mensajeros enviados a toda prisa, los presbiterios, desde Sonnborn hasta Schwelm, en la capilla de la Hugostrasse. En domingo, 3 de noviembre de 1935, se reunieron aquí unos 700 hombres de la región del Rin y de Westfalia, en la iglesia de Gemark, mediante una invitación hecha de palabra. Después de unas conferencias y unos informes que dio entre otros el profesor Heinrich Schlier, se determinó unánimemente: «a) Una reunión de unos 700 hombres de la región del Rin y de Westfalia ha conocido que la escuela superior ha sido prohibida; b) en esta prohibición vemos nosotros una opresión a la libre predicación del evangelio; y c) por eso puede recordársele a la iglesia su responsabilidad en hacerse cargo de la formación de sus servidores de la palabra». Algo semejante ocurrió a la misma hora en Berlín. Pues bien, ahora se nos pregunta si trabajamos con la misma disposición por la futura predicación de la palabra y con el

mismo celo y la misma confianza en la victoria. La teología será algo enfermo y vacío si no enseña la palabra anunciada, que es el objeto de su estudio, sobre la base de esta nueva predicación. Porque ¿a quién sirve la acción? ¿A quién sirve nuestra labor? ¿Somos nosotros «funcionarios de un dogma o testigos de su gloria» (H. J. Iwand)?

3) ¿Qué es lo que significa la oración? El profeta habla de los lamentos del pueblo y de los suspiros de los sacerdotes ante el becerro de Betel. Con ello quiere significar las lamentaciones y alabanzas litúrgicas, que siguen sus tiempos y sus ordenaciones determinadas. Sin embargo, ellas no pueden impedir que venga la gran catástrofe. Pues el corazón dividido hace para el futuro sus propios planes. En otro pasaje, Oseas se queja en nombre de Dios: «nadie de entre ellos clamó a mí» (7, 7.10). El profeta señala que hay dos clases de oraciones: la oración de los que emprenden algo, que saben lo que quieren, pero que necesitan de ayuda; y la oración de aquellos que no tienen en su propio poder la vida, sino que se ven comisionados o mandados por Dios, liberados y urgidos, la oración de aquellos que sólo pueden llorar por sí mismos y por los que son como ellos. Oseas conoce la oración tardía: cuando los altares son destruidos, dirán: *No hemos temido a Yahvé. El rey, ¿qué hará por nosotros?* (v. 2 b). En la oración se realiza la liberación de las falsas autoridades y comienza la invitación por el Dios vivo: ¿Y qué es lo que significa la oración respecto al peligro de los falsos corazones y de las falsas metas? ¿No debe ser preferida a todo nuestro pensar y hablar, a nuestros planes y proyectos, de un modo nuevo e incondicional, la oración de los enviados que sólo así pueden vivir bajo la misión y esperar comunión? En la oración nos convertimos en colaboradores libres unos de otros. La cuestión es apremiante, a saber, si el servicio en los altares se mantiene firme en el día del juicio. Y sólo puede mantenerse firme lo que no procede de nosotros mismos.

Duras palabras son las que nos dirige el profeta. Duras porque la discreción de los espíritus es nuestro punto débil. Pero se nos ha dicho eso para ayudarnos, porque nos señala de nuevo el «solamente» reformador: «Israel tu salvación sólo está en mí». Y también tu futuro.

La guerra, fruto de una falsa confianza

Sermón sobre Oseas 10, 9-15

[9]Has pecado, Israel, desde los días de Guibá. Allí permanecieron: ¿No les iba a alcanzar la guerra en Guibá a los hijos de la iniquidad? [10]Yo iré a castigarlos; los pueblos se reunirán contra ellos por un común compromiso a causa de un doble crimen. [11]Efraím es una novilla domesticada, que gusta de trillar; pero yo domaré con el yugo el vigor de su cerviz; yo unciré a Efraím: Judá tirará del arado, Jacob tendrá que rastrillar. [12]Sembrad en justicia, cosechad en misericordia, roturad en barbecho, pues es tiempo de buscar a Yahvé hasta que venga y os enseñe la justicia. [13]Habéis cultivado la impiedad, habéis cosechado iniquidad y habéis comido fruto de mentira. Porque confiaste en tus carros, en la muchedumbre de tus guerreros, [14]se alzará alboroto en tu pueblo, y todas tus fortalezas serán destruidas como destruyó Salmán a Bet-Arbel en el día del combate, cuando fue estrellada la madre con sus hijos. [15]Así haré yo de vosotros, casa de Israel, por vuestra perversa maldad. Al alba será totalmente arruinado el rey de Israel.

Al mismo tiempo que unas palabras de juicio, Oseas nos da las palabras-clave a las que en realidad se refiere en todo lo que en este fragmento nos ofrece la tradición: «guerra e iniquidad». Has pecado Israel desde los días de Guibá. Allí permanecieron, *¿no les va a alcanzar la guerra en Guibá a los hijos de la iniquidad?* (v. 9 b). La iniquidad trae la guerra. Este es el tema.

Pero esto no es anunciado como una verdad corriente y casi natural y comprensible por sí misma. Se trata de una afir-

mación hecha con toda intención, en una determinada hora del pueblo de Dios. *Desde los días de Guibá has pecado, Israel* (v. 9 a). Con eso, recuerda Oseas una mala acción muy conocida y que se había convertido en algo proverbial que había tenido lugar en la tribu de Benjamín y que había puesto en guardia a todas las tribus de Israel. De ello nos habla el libro de los Jueces en 19-21. Según lo que allí se dice, algunos hombres frívolos trataron de una forma bestial a la mujer de un levita que pasaba por Guibá. En ese hombre insignificante y extranjero, se conculcó vergonzosamente el derecho humano y divino. *Allí permanecieron* (v. 9 b), dice Oseas, después de siglos. Ahora el mensajero profético, también insignificante, se ve atropellado por el capricho y la hostilidad (cf. 9, 9). *Permanecer* es lo contrario de convertirse. Lo opuesto a la conversión que espera inútilmente el profeta. El único verdadero progreso en la historia, la conversión al Dios de Israel, a sus pobres y a sus mensajeros, es lo que no se da.

En lugar de eso, se procura una firme seguridad. La frase siguiente es, en el texto original, una pregunta: *¿No les va a alcanzar en Guibá la guerra?* (v. 9 b). Se formula en una pregunta lo que sin duda se objetaba burlonamente frente al profeta: «¡Tus amenazas de guerra son palabras vacías!». Entre tanto, se habían olvidado los malos tiempos del año 733. Entonces, las hordas de Teglatfalasar habían irrumpido en amplias zonas de Israel. Pero, luego, se le sometieron, aunque en todo caso se mantuvo en pie un pequeño resto, la parte montañosa de la tribu de Efraím. Así, pues, se volvieron a celebrar las antiguas fiestas agrícolas (9, 1 s). La presión asiria parecía que había cedido. Pero el profeta pone en cuestión esa tranquilidad que había vuelto. Así como al antiguo pecado de Guibá siguió una campaña militar de todas las tribus contra Benjamín, así habrá una nueva batalla como la de Guibá.

El generalísimo del ejército será el mismo Dios de Israel. Y como sus tropas, le obedecerán los pueblos de la tierra. El las reunirá para castigar a Israel por su doble pecado, el pecado de entonces y el de ahora. El antiguo defensor y liberador de su pueblo, se convertirá en su atacante y su aniquilador. *Yo iré a castigarlos* (v. 10 a). El provoca guerra por su pueblo y para educarle. En medio de la profanidad de esta historia

mundana, él desarrolla su conversación histórico-salvadora para que los que son duros de oído puedan escuchar.

De qué palabras se trata aquí lo dice el párrafo siguiente que abarca, de una mirada, toda la historia del pueblo de Dios.

Efraím fue en un tiempo una novilla domesticada. A ella le gustaba trillar, puesto que así el animal podía comer libremente (Dt 25, 4). El Señor se alegraba al contemplar el *vigor de su cerviz,* signo visible de sus exuberantes fuerzas. El unció a esa novilla al yugo. *Tirará del arado y tendrá que rastrillar* (v. 11). De esa manera tan pintoresca se presenta al agricultor israelita la antigua historia de la salvación. Era una historia de la alegría del Señor con Israel, una historia de la elección; pero la correcta elección es elección para un servicio, una separación para tareas completamente nuevas en el campo de Palestina. Esto es lo que debemos tener en cuenta aquí: la elección lleva consigo fundamentalmente la incorporación a grandes tareas; la alegría de Dios respecto a los que él ama lleva consigo una exigencia de nuevos servicios. Y de una manera totalmente natural y lógica, aparece ahí la exigencia de un nuevo estadio cultural, a saber, de la cultura nómada a la de la agricultura sedentaria. Pero el profeta no señala este progreso que se produjo, aunque no es enemigo del cultivo de la tierra.

El tono se refiere a la manera como debe hacerse eso: *sembrad en justicia, cosechad en misericordia, roturad vuestro barbecho* (v. 12), esto es, se ha de vivir efectivamente vinculados con Dios y, según eso, en una comunión fraternal con los débiles y, sobre todo, con su enviados. La roturación de nuevos espacios, el ganar nuevos trozos de tierra fértil es importante. Pero la roturación que, por encima de todo, se ha de conseguir es la del conocimiento del Señor, la del saber preguntarle y saber escucharle. Esta es la exigencia decisiva de la elección: la exigencia de la comunión de coloquio con el Dios viviente. Así es como prosperan los frutos de la justicia, los frutos de la vida dentro de la alianza.

El apóstol Pablo puede, en 2 Cor 9, 10, tomar estas palabras-clave de Oseas 10, 12. El piensa en los *frutos de la justicia* al referirse a los ricos donativos para los necesitados de Jerusalén que se produjeron de la comunión con el Cristo re-

sucitado. El piensa que el pueblo de Dios del nuevo testamento debe haber rechazado definitivamente el miedo y el terror de los avaros que tratan de asegurarse a sí mismos. El piensa que la nueva alianza no puede romperse como la antigua.

Oseas muestra cómo el antiguo Israel faltó a las palabras de la elección. En vez de sembrar y cosechar fidelidad a la alianza que el Señor ofreció como semilla, se siembra impiedad y se cosecha iniquidad. En vez de progresar en el conocimiento de Dios, se nutren con los frutos de la mentira. Oseas aclara a continuación que él piensa en las más concretas decisiones históricas que se dan en la vida del pueblo de Dios.

La injusticia y la iniquidad, el nuevo crimen de Guibá, es para él el poner la confianza en los carros de combate, en la multitud de los soldados. Los carros de combate tirados por caballos representan las armas más pesadas y a la vez las más ligeras y rápidas que preparó y desarrolló el antiguo oriente desde los días de los hicsos a mediados del segundo milenio y que, en los tiempos del imperio neoasirio, se convirtieron en las tropas más decisivas de la guerra. Israel se mostraba orgulloso por su contingente de carros de combate. Cien años antes de nuestra era, hacia el 853, advertimos, por una inscripción de Salmanasar III, que en la batalla que tuvo lugar en Karkar, el estado de Hamat en Siria presentó contra Asur 700 carros de combate. Damasco llegó a reunir hasta 1.200; pero Israel, al disponer de 2.000 carros, dejó a los demás en la sombra. Sin embargo, en el año 733 no pocos de esos carros debieron caer como botín en manos de Teglatfalasar III. De todos modos sigue influyendo la antigua fama, y pueden haberse añadido nuevos esfuerzos. Cuando después de un asedio de tres años, en la primavera del 722, Samaria fue conquistada finalmente por Sargón II, se apropia como botín todavía de 50 carros de combate que fueron incorporados al ejército neoasirio. Así, pues, Oseas ve que la seguridad, en la conciencia de Israel, descansa en ese material, y asimismo en el gran número de valientes soldados. Y aquí, para él, el gran número como apoyo de la seguridad es tan sospechoso como el depositar esa confianza en el sacerdocio (4, 7), en los altares (8, 11; 10, 1) y en las fortificaciones (8, 14). Las grandes sumas son para él, en todos los campos, peligrosos poderes de tentación; pues ellas producen como por encanto casi inevitablemente el sentimiento de seguridad, tanto para la carne como para la inteligencia que calcula.

A esta confianza, falsamente depositada en alguien, la denomina Oseas, sin más, maldad o iniquidad. La denomina mentira o falsedad, cuyo fruto es la encarnizada batalla. La confianza impía cosecha la gran desolación. Para lo que sigue, aporta él un ejemplo que debió de ser muy elocuente para sus contemporáneos: *cómo destruyó Salmán a Bet-Arbel* (v. 14). Nosotros no sabemos nada de este hecho. Tal vez se menciona ahí a aquel rey moabita Salamanu, al cual Teglatfalasar III, en el año 728, designa entre los que deben pagarle tributo. Según eso, Bet-Arbel podía ser una ciudad en la zona limítrofe moabita, que experimentó un saqueo y una completa aniquilación. Nosotros no sabemos nada de esto; en cualquier caso, Oseas ve, para Israel en su conjunto, esa ruina total. *Ya al alba será totalmente arruinado el rey de Israel* (v. 15). De hecho, Salmasar V, cuando realizó una expedición de castigo alrededor del 725 a Palestina, en los principios de la misma, tomó prisionero a Oseas ben Ela, rey de Israel, esposándole (2 Re 17, 4). Y así el Dios de Israel presenta a su pueblo, con ayuda del imperio mundano, la lección de que la desconfianza respecto a él y la confianza en el propio potencial aporta la ruina completa histórica en vez de proporcionar la seguridad que se pretende.

Extrañamente, surgen repetidamente en el cristianismo opiniones y doctrinas que afirman que el pueblo de Dios podía volver totalmente o a medias a esta lección. Ahí presenta el mensaje de Oseas un pequeño preludio de lo que se nos anunció en el mensaje de pascua, a saber, que Aquel que fue obediente hasta la muerte, recibió un nombre sobre todo nombre; de que ante Aquel que mandó a sus discípulos meter la espada en la vaina (Mt 26, 32), temblaron los guardias en el sepulcro y quedaron como muertos (Mt 28, 4); de que ante Aquel que preconiza como bienaventurados a los pacíficos, deben doblar la rodilla todos los poderes de la tierra.

A la cristiandad se le interroga, tanto antes como después, por su propia confianza, por aquello en lo que deposita claramente su confianza. Los cristianos, según eso, deben estar dotados de esa fe en el Crucificado como en el único digno de confianza; pues a él no se le puede separar del mensaje de la pascua.

Pero, con la misma seriedad, se les interroga si quieren vivir efectivamente con él. La cuestión de decisión no es ciertamente menos apremiante que en los días de Oseas. La lección de la historia del mundo también nos la ofrece a nosotros ese educador del pueblo de Dios. ¡Ojalá comprendiéramos la verdadera interpretación del viernes santo y de la pascua! Pablo nos dijo, con no menos claridad que Oseas, que los injustos no heredarán el reino de Dios; ahí aparecen las enemistades, las disputas, los celos y los accesos de cólera como documentos de la falsa confianza en el servicio a los ídolos. Se exigen los frutos del Espíritu: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Y a esta plena templanza frente a la propia intervención del poder, nos ha incitado hoy el profeta Oseas con su amonestación ejemplar de que la guerra es el fruto de la falsa confianza. Nuestra generación no puede desconocer que el mensaje pascual tiene una repercusión en la política mundial y que sólo la tiene el «sí» de Dios, el cual nos amó a nosotros y a todo el mundo hasta el final.

Inversión del amor

Sermón sobre Oseas 11

1 Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo.
2 Cuando más se les llama, más se alejan. Ofrecen sacrificios a los baales e incienso a los ídolos. 3 Yo enseñé a andar a Efraím, lo levanté en
mis brazos, pero no reconoció mis desvelos por curarle. 4 Los atraje
con ligaduras humanas, con lazos de amor. Fui para ellos como quien alza una criatura contra su mejilla, y me bajaba hasta ella para darle
de comer. 5 Pero se volverá a Egipto y Asiria será su rey, porque rehusó convertirse.
6 Se cebará en sus ciudades la espada, exterminará a sus hijos y los
consumirá por sus consejos. 7 Los de mi pueblo serán colgados junto a sus moradas, ante los que suben a sus ciudades y no habrá quien los levante.

8 ¿Cómo te he de entregar, Efraím?
¿Cómo he de abandonarte, Israel?
¿Cómo voy a reducirte a lo de Admá?
¿Cómo voy a ponerte como a Seboím?
Mi corazón se ha vuelto contra mí,
a una se han conmovido mis entrañas.
9 No llevaré a afecto el ardor de mi cólera,
no volveré a destruir a Efraím,
porque yo soy Dios y no un hombre,
soy santo en medio de ti,
y no me complazo en destruir.

10 Irán en pos de Yahvé, que rugirá como león, porque rugirá él y se
precipitarán sus hijos desde el occidente 11 y acudirán presurosos desde Egipto como pájaros y de Asiria como palomas y los haré habitar en sus casas, oráculo de Yahvé.

Esta es la historia de una vida totalmente conmovedora que se desarrolla ante nuestros ojos: desde la primera juventud, pasando por trágicos y siniestros vaivenes y errores, hasta llegar a una meta bien clara. Todo lo que se da en las múltiples escenas de nuestra vida y que se nos presenta en las películas o en los escenarios, tiene lugar de alguna manera en esta historia. Nosotros podemos aprender a contemplar la historia profética de Israel como un esbozo de nuestra propia vida. Pues Jesús de Nazaret invitó a muchos del oriente y del occidente a la mesa de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Y Pablo, su enviado y mensajero, invitó al mundo entero a iluminar su situación según el modelo de Israel. Y así también hoy nos deben ayudar las palabras de Oseas a mirar con mayor agudeza de dónde venimos, dónde nos encontramos y a dónde nos dirigimos. Y, finalmente, llegaremos a hallarnos como en una obra de teatro surrealista: todos los que están entre las filas de los espectadores se convierten en actores de la obra teatral.

Pero ¿de dónde venimos propiamente? Ante todo y primeramente del hecho de que Dios quiso encontrar su alegría en nuestra vida. *Cuando Israel era niño, yo le amé* (v. 1). Y no porque ese niño hubiera hecho algo por su parte o hubiera merecido algo, sino porque el beneplácito y el amor de Dios se manifestaron respecto a él. Y así lo adoptó como hijo y así se ocupó constantemente de él y le otorgó una mansión permanente. Le liberó de la esclavitud del poder de Egipto. Este es el único comienzo digno de mención de la historia de nuestra vida: el que el Dios eterno hizo de su Hijo el siervo de todos, por eso todos nosotros fuimos adoptados como hijos y no quedamos ya sometidos como esclavos a los poderes de la naturaleza, sino que podemos, cuidados por él desde el principio, vivir en su casa como sus hijos.

El llamamiento y el traslado al mundo libre de la casa paterna es, para nosotros los hombres, algo increíble. Y por eso sonó siempre ante vosotros la voz ilustradora del Padre mediante los profetas, los predicadores, los maestros, los amigos, las madres. Y ellos dijeron esto: gracias al Padre podemos vivir, somos regidos por el amor omnipotente y confiamos totalmente en sus invitaciones como en sus amonestaciones. *Cuanto más se les llama, más se alejan. Ofrecen sacrificios a los baales e incienso a los ídolos* (v. 2). Eso es enigmático, pero verdadero: El hombre se sustrae de aspirar al amor de Dios. En lugar de creer en él, trata de asegurarse a sí mismo de una manera independiente. Diviniza las fuerzas de la naturaleza y tributa a los factores de la vida económica el mayor respeto, lo mismo que hacía Canaán con los baales. El se hace, de sus propias representaciones inmediatas y pasajeras, una imagen de Dios. Está dispuesto a ofrecer sacrificios a estas instancias creadas, a presentarles incienso y vestirse de una vestimenta casi cómica en su honor, mientras rechaza como una vergüenza la palabra paternal del Señor único y de su creador.

Yo enseñé a andar a Efraím, lo levanté en mis brazos (v. 3 a). No sólo debería conmovernos su palabra que nos invita a ser, con toda alegría y libertad, hijos de Dios. Pues incluso se puso al lado del desagradecido para ayudarle. Cualquiera que puede caminar erguido y libre sólo a él se lo debe. Si Israel, si la cristiandad sigue viviendo todavía, tiene que agradecérselo sólo a él. *Pero no reconoció mis desvelos por curarle* (v. 3 b). El Padre, que llamó por amor a la libertad, es nuestro verdadero maestro y médico. Sin embargo, nosotros preferimos alabar a los espíritus y a las fuerzas que le están subordinadas antes que a él, nos sentimos orgullosos de ello y nos olvidamos de Aquel de cuyas acciones vivimos.

Los atraje con ligaduras humanas, con lazos de amor (v. 4 a). De un modo conmovedor, nos presenta Oseas la imagen de este amor que busca, al que nosotros engañamos, y que, sin embargo, trata siempre de conquistarnos, y ante el cual nosotros somos ciegos. Nosotros no deberíamos ser como caballos y bestias de carga sin inteligencia, a los cuales hay que llevarlos hacia su meta con las riendas y los frenos. El procuró comportarse de una forma humana con los hombres para preservarles, mediante la necesidad y mediante vallados, de descarriarse y de caer en precipicios. Y al ponerlos bajo yugo, lo aflojó para que llegaran a encontrar su pienso o su alimento. El texto en el versículo 4 b no es totalmente claro. Tal vez el profeta compara a Dios con *uno que alza a una criatura a su mejilla y se abaja a él para darle de comer.* En cualquier caso, se habla de unos cuidados y atenciones que son producto del amor.

De ahí partimos. Como la historia del antiguo Israel, así toda la historia de la iglesia debe entenderse a partir de la cruz de Cristo, y toda nuestra historia vital personal, a partir de nuestro bautismo. Todo esto no era realmente nuestra historia. Era la historia del amor de Dios que lucha por nosotros. Ese amor nos llamó y nos liberó, nos enseñó y nos condujo, nos obligó y nos alimentó. Nosotros fuimos ingratos y nos alejamos de él, nosotros le olvidamos y huimos de él, le insultamos y le defraudamos. Pero él insistió de nuevo.

¿Y cuál es el final? Con enigmáticas palabras, describe Oseas los últimos acontecimientos, el último eco de Israel al amor que lucha a través de los siglos: *Pero se volverá a Egipto, y Asiria será su rey, porque rehusó convertirse* (v. 5). Ellos se vuelven a Egipto en vez de retornar a su Dios. Ellos se apartan profundamente de la acción liberadora de Dios. Sólo que ahora el gran imperio de Asur sustituyó a Egipto, como al imperio dominante.

¿No dejamos atrás a Cristo al subordinarnos de nuevo a las leyes de este mundo pasajero? ¿Acaso no es el peligro mayor de nuestra cristiandad occidental el pretender hacer ella su propia historia en vez de dejar que la llamada de Dios y el amor de Cristo hagan con nosotros la historia? ¿No pretendemos tal vez también nosotros hacer política y asegurarnos el futuro, como lo hace cualquier poder profano? En el año 1945, reconocieron los cristianos en Alemania como pecado el haber colocado la ley de Adolfo Hitler por encima de la ley de Cristo. Pero ¿no corre cada uno personalmente el peligro de orientar su vida según las leyes del progreso y de la ganancia, en lugar de dejarse dominar totalmente por la llamada del amor de Dios? La conversión a los eventuales poderes mundanos sigue apremiando. Y no se aspira al cuidado de Dios como lo harían sus hijos libres.

Sin embargo, Dios sigue actuando. *Se cebará en sus ciudades la espada, exterminará a sus hijos y los consumirá por sus consejos* (v. 6). ¿Cómo sigue adelante la historia vital? El amor decepcionado se convierte en amor irritado. ¿No es derribado del trono el amor por la cólera? ¿O es el amor que manda el que aporta nuevas fuerzas? ¿Quién decidirá aquí? En la vida de Israel se introduce en todo caso la guerra y la aniquilación. ¡Se blande la espada! Y sin duda precisamente a causa de los planes caprichosos que tendían a la seguridad. ¿No vemos el caso-modelo? ¿No tiene también la cristiandad, sobre todo en Alemania, la espada que se blande ante los ojos: la espada aniquiladora que llegó por encima de las planificaciones caprichosas? ¿No reconocemos nosotros, como cristianos, en los más terribles relampagueos de las espadas de todos los tiempos, que el amor irritado nos pide que nos detengamos por fin en la locura de todas las ideas de venganza y de intimidación y que volvamos a someternos a la poderosa conducción del Padre, en el seguimiento del amor crucificado y resucitado de Cristo? El profeta nos enseña a reconocer en todo lo que intranquiliza en el mundo, sea en Nueva York, en Berlín o en el Congo, esa llamada a la contención y al retorno del Padre. Los cristianos africanos y asiáticos que hay entre nosotros no pueden comprender cómo nosotros, los cristianos de Alemania, después de que la espada se blandió en nuestras ciudades, confiamos al parecer más en los planes de venganza que en la vida bajo el amor del Padre, que nos hace libres para una ayuda dispuesta al sacrificio.

Pero no han faltado testigos claros y poderosos enviados por el Espíritu de Dios en estos últimos quince años. *Pero mi pueblo está cansado para volverse a mí. Y si se les predica, nadie se levanta* (v. 7). La actitud de Israel se repite entre nosotros de un modo terrorífico. Con testarudez, nos instalamos en la apostasía y alejamiento de Cristo, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. E incluso sabemos fundamentar esa apostasía teológicamente, contra el claro sentido de las palabras de Jesús y de su cruz. Si seguimos aquella predicación, tememos que se nos tilde de fanatismo o de espíritu utópico. Y así nadie se lanza al seguimiento. Y la situación bien manifiesta es ésta: nosotros los cristianos nos hemos subordinado, en conjunto y de forma decisiva, a las leyes del mundo, y ni siquiera una vez encuentra seguidores la amonestación del amor irritado. Así, pues, de ahí partimos: de una larga historia del amor de Dios que lucha inútilmente, de una historia de la testaruda apostasía de la cristiandad.

Así, pues, ¿dónde nos hallamos ahora? ¿Qué es lo que el profeta tiene que decirnos para el hoy en esta apostasía del cansancio de la predicación? *¿Cómo te he de entregar, Efraím? ¿Cómo he de abandonarte, Israel?* (v. 8 a). Oseas nos convierte

en testigos de una lucha movida en Dios. En lugar de amonestarnos, se amonesta *a sí mismo.* El amor irritado se muestra como un amor que sufre. Las solemnes repeticiones, movidas por un fuego interno, muestran que aflora una gran decisión. *¿Cómo voy yo a reducirte a lo de Admá? ¿Cómo voy a ponerte como a Seboím?* (v. 8 b). De ambas ciudades se sabe que compartieron la suerte de Sodoma y de Gomorra: «Azufre y sal, quemada toda la tierra, sin sembrarse ni germinar, sin que nazca en ella la hierba» (Dt 29, 22 s). Tal juicio de destrucción aparece como única consecuencia si el hombre pretende abandonarse a su espíritu de seguridad y de venganza. «¿Pero cómo puedo yo abandonarle a su propia nada?», exclama el amor desilusionado y sufriente que no puede dejar de ser amor. *Mi corazón se ha vuelto contra mí* (v. 8 b). Oseas utiliza la misma palabra que en la desolación de Sodoma y de Gomorra (Gén 19, 21.25.29), puesto que lo sumo se transformó en lo ínfimo. Esta transformación tiene lugar en Dios. *A una se han conmovido mis entrañas* (v. 8 b). Los que rehúsan una y otra vez su conversión a Dios experimentan que Dios realiza esa conversión en sí mismo, y que los apóstatas y rebeldes encuentran la misericordia en vez de la ira. Para sellar esta declaración de amnistía se halla al final de la historia de Israel la cruz de Cristo: «A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros, para que en él fuéramos justicia de Dios» (1 Cor 5, 21). Cristo atestigua que Oseas no jugaba con las palabras. Por tales afirmaciones se puede morir. El que las comprende no ha vivido en vano.

La cruz de Cristo proyecta su sombra claramente en las palabras de nuestro Oseas hacia el antiguo testamento. El afirma lo que hoy tiene vigencia para todos nosotros, a pesar de toda nuestra prehistoria: *No llevaré a efecto el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím, porque yo soy su Dios y no un hombre, soy santo en medio de ti y no me complazco en destruir* (v. 9). Esta es la transformación definitiva operada por el amor, que derroca la cólera. Dios es Dios. El permanece fiel a sí mismo, es decir, él permanece fiel a su amor con el que comenzó la historia de nuestra vida y permaneció fiel, a través de todas las luchas y esfuerzos, hasta el fin. Dios se manifiesta y se muestra como el santo. Al hombre no se le da la iniciativa, tampoco ahora, puesto que él se muestra duro de

oído. No es la acción del hombre, sino la santa voluntad de Dios lo que decide. El hombre no es abandonado definitivamente a sí mismo, ni siquiera el que no se ha convertido. Este es el mensaje que vence al mundo, que hoy hay que anunciar y escuchar.

Pero ¿qué es lo que se sigue de aquí? ¿Hacia qué futuro caminamos? ¿Sigue para nosotros siendo práctico todo lo antiguo? ¿Pueden los duros de corazón endurecerse una vez más, porque ellos perciben algo como el *placet* del amor de Dios? En ese caso, habríamos modificado las palabras de Oseas así como la cruz de Cristo en una idea de Dios. Pero el profeta habla del fuego de la misericordia de Dios, el cual en su amor incondicional al hombre actúa con su pueblo. Esta acción suya, sellada en la resurrección del Crucificado, tiene consecuencias decisivas en el futuro. *Irán en pos de Yahvé que rugirá como un león, porque rugirá él y se precipitarán sus hijos desde el occidente* (v. 10). La imagen de un león rugiente muestra que el amor anunciado es una actuación de poder de Dios, al cual nadie se puede oponer de una forma duradera. Así como la alianza del Sinaí, como alianza de Dios, fue sellada por las tinieblas y el terremoto, así también el santo amor de Dios a todos los hombres encontrará fe bajo el temblor y el terror («La criatura contiene el aliento», dice Helmuth Frey). Oseas ve que Israel viene de las últimas costas del mar. *Y acudirán presurosos desde Egipto como pájaros y de Asiria como palomas* (v. 11 a). Temblando abandonarán finalmente las leyes de la esclavitud de los poderes mundiales y llegarán a la casa paterna. También serán despertados los que se hallan sumidos en un profundo sueño. Y también los teólogos de la corte de los poderes mundiales conocerán que sólo en el amor de Dios se halla la vida y que todo lo demás se anegará sin esperanza en la nada.

La paz de Dios mantiene la última palabra. Oseas afirma en el sentido auténticamente neotestamentario: *Y los haré habitar en sus casas* (v. 11 b). Los discípulos de Jesús aprendieron a abandonar sus casas. Ellos sabían que la paz de la casa del Padre es mucho mayor que la que ellos pueden encontrar en sus moradas de aquí abajo.

Así, pues, el modelo de Israel, aparece ante nosotros como hilo conductor de nuestra propia vida. Nosotros procede-

mos del amor de Dios que nos llama y es activo, al cual hemos desilusionado y defraudado miles de veces. Sin embargo, también nosotros nos vemos dominados hoy por el amor sufriente de Dios, el cual ha asumido en sí toda la ira y toda la venganza. Nosotros nos enfrentamos a la irresistible victoria de este amor que en Cristo es, a la vez, cordero y león.

Todos deben saber que ningún poder del mundo puede hacer frente a la transformación de ese amor. El futuro pertenece al que sigue creyendo, a pesar de la oposición de nuestro tiempo caduco. Quien vive así, ya ha pasado de la muerte a la vida.

Traición a la palabra profética

Homilía sobre Oseas 12

1Efraím me envuelve en la mentira, y la casa de Israel en el fraude. Y
Judá es un testigo traidor a Dios, pero fiel a los embaucadores.
2Efraím se apacienta de viento y persigue al viento solano; cada día
multiplica la falsedad y la frivolidad; hace alianza con Asiria y lleva el
aceite a Egipto. 3Yahvé se querella contra Efraím y tratará a Jacob se-
gún lo que merece y le retribuirá según sus obras. 4En el seno suplan-
tó a su hermano y en su vigor luchó con Dios. 5Luchó con el ángel y le
venció, lloró y suplicó gracia. En Bel-El le halló, y allí habló con nos-
otros. 6Yahvé es el Dios de los ejércitos, Yahvé es su nombre. 7Tú a
tú Dios retornarás. Guarda la piedad y la justicia y pon siempre en
Dios tu esperanza. 8Mercader en cuya mano hay balanza engañosa,
amigo de hacer violencia. 9Efraím dice: Me he enriquecido, he encon-
trado riquezas; en todas mis ganancias no se hallará culpa que haya
cometido. 10Pues yo soy Yahvé, tu Dios, desde la tierra de Egipto;
aún te haré habitar en las tiendas como en los días de asamblea. 11Y
yo hablé por los profetas, yo multipliqué la visión y por los profetas
propuse parábolas. 12Si Galaad es vanidad, ciertamente son nada: sa-
crifican sus bueyes en Guilgal; majanos de piedra serán sus altares,
sobre los surcos del campo. 13Jacob huyó a la tierra de Aram, y sirvió
Israel por una mujer, y por una mujer apacentó ganados. 14Yahvé sa-
có a Israel de Egipto por mano de un profeta, y por un profeta fue
guardado. 15Efraím ha provocado la ira amargamente. Su Señor le
imputará las sangres vertidas por él y le devolverá los ultrajes que ha
hecho.

Este capítulo se presenta, en su parte principal y en el conjunto de su forma, como una colección de máximas a par-

tir del proceso que entabla el Dios de Israel con su pueblo. Nuevamente se pone de manifiesto la culpa de Israel y se anuncian las medidas de castigo que toma el Señor. Ambas cosas ocurren a la manera típica de Oseas, pero también en una situación especial con medios nuevos y diferentes.

Preguntémonos ante todo por la culpa que se expone ahora a la luz. Lo que inmediatamente extraña es que, en las máximas que siguen, destacan las palabras que se refieren a la mentira, al engaño y a la traición. Pero aquí queremos prescindir del primer versículo en el que se acumula todo eso: *Efraím me envuelve en la mentira y la casa de Israel en el fraude* (v. 1 a), pues aquí queda bien claro quién es el engañado. Ahora bien, ¿habla el profeta en su nombre propio o lo hace en el nombre de Dios? Detengámonos en esta cuestión. Es claro que, en todo caso, se entiende la culpa como una ruptura de la fidelidad personal y como una eliminación de la comunión de vida, y no como la conculcación o lesión de unas prescripciones generales. Así también el v. 1 b habla probablemente de una cierta relación de fidelidad entre Dios y los santos, donde presumiblemente se hace alusión a los círculos profético-levíticos, a los que pertenece Oseas. En Judá apareció esta relación de fidelidad antes que en Efraím. Pero nuevamente se hace visible la hora de la lucha contra las palabras proféticas en Efraím (cf. 9, 7-9).

En el v. 2 aparece el engaño más bien como un engaño a sí mismo o autoengaño. *Se establece amistad con el viento,* esto es, con lo que no tiene consistencia, con lo inestable, con la nada: y *persigue al viento solano,* esto es, a un bochorno achicharrante que agosta toda la vida. Oseas explica en seguida que él se refiere con esas palabras a los convenios políticos que estableció con Asur Oseas ben Ella en el año 732, al someterse a ese país, y con Egipto, que apoyado en recursos económicos —las olivas son la mejor materia de exportación— renace en el año 727. Si poca ayuda se recibirá del *viento* de Egipto, el *torbellino oriental* de Asur será mortal.

En lo que sigue, el profeta ahonda en la historia para explicar la culpa presente. Israel debe volver a reconocerse en su antepasado Jacob. Su nombre le muestra ya como un impostor o uno que se sirve de engaños. *En el seno suplantó a su hermano* (v. 4 a). La palabra hebrea *'āḳab* debe explicar su nombre. Aquí Oseas no piensa ni en el significado originario del nombre del semítico occidental —«Dios proteja» (*jaḳub-ila*)—, ni en el recuerdo de la historia del nacimiento de Jacob y Esaú, que explica el nombre de Jacob del término «*'āḳēb*» («talón») como «el que agarra el talón» (Después salió su hermano, *agarrando con la mano el talón de Esaú, y le llamó Jacob:* Gén 25, 27). Sólo, en la narración posterior, cuando Jacob arrebata a su hermano la bendición, relaciona Esaú el nombre de su hermano con *'āḳab:* «Dos veces me ha suplantado: me quitó la primogenitura y ahora me ha quitado la bendición» (Gén 27, 36). Oseas da un paso adelante con audacia y desplaza la voluntad de engañar al mismo nacimiento: *En el seno materno persiguió a su hermano, engañándole.* De esa manera se pretende decir: la vida de Jacob es, desde su origen, la de un impostor o uno que engaña. Y esto encuentra su colmo en el hecho de que, una vez que llegó a hacerse hombre y a adquirir riquezas, no sólo engaña a los que le rodean, sino que incluso se atreve a luchar contra Dios, como se nos recuerda en la narración de Gén 32, 28. Jacob-Israel engaña a Dios y a los hombres. Así, pues, partiendo de todo eso, se puede interpretar en ambos aspectos el «yo» del v. 1.

Pero esto cambia algo en lo que sigue. En el v. 8, el profeta da un salto al presente. La palabra-clave «*engaño*» aparece de nuevo, pero como algo característico del espíritu traficante que Israel aprendió en Canaán («Canaán» es, sin más, el comerciante, y las ciudades fenicias que comerciaban con púrpura aparecían como los modelos del espíritu mercantilista. Las falsas balanzas y la opresión de los demás hombres son sus características). A eso se añade la falta de conciencia del que se ha hecho rico, expresada en sus propias frases (v. 9): no se conoce ninguna *'ôn* que fuera *'awôn,* ninguna *riqueza* que fuera *culpa*; por la asonancia intencionada, se debe explicar la palabra que se pone por culpa directamente como «pecado»; de ahí la formulación que se advierte detalladamente en la traducción: *Yo me he adquirido una posición, y mis ganancias no me aportan ninguna culpa que sea pecado.* Esta falta de conciencia que se capta en la palabra hace que la mentira esté totalmente madura para el juicio.

Pero ¿por qué es inexcusable este espíritu de engaño? Oseas dice: Porque el yo de Dios salió al encuentro de Israel desde Egipto (v. 10 a). El v. 11 lo explica todavía más: Porque Israel parte de la plenitud de la palabra profética. En una frase de tres miembros, se destaca cómo el Dios de Israel habló a los profetas de manera que no se les pudiera contradecir, cómo les comunicó la plenitud del conocimiento y cómo hizo saber ese conocimiento a través de ellos a Israel. Con esa intervención personal de Dios a través de las voces proféticas, la culpa de Israel se convierte en indiscutible. Dicha culpa ciertamente sólo puede aumentarse por el culto de sacrificios, pero nunca se puede eliminar (v. 12). Tal vez Oseas compara, en el v. 12, al Efraím, que todavía existía a la sazón, con las regiones de Galaad al este del Jordán, que ya sucumbieron en el año 733 bajo Teglatfalasar. La maldad de Galaad era conocida (6, 8). Ahora los que hasta entonces ya habían sido reconciliados se han hecho igual de inútiles ante Dios, puesto que Dios quiere, en vez de los sacrificios de becerros ofrecidos en Guilgal, que se escuchen sus palabras (6, 6). El pueblo de Dios no vive de su propia actividad piadosa, sino de la palabra liberadora y orientadora de su Señor. Ya de este contexto (v. 11-12) se insinúa que hay que pensar en las palabras introductorias a los profetas engañados y a los que se hace el vacío. Que el rechazo de la palabra profética es la culpa propia que fija esta introducción, lo dejan claro de forma definitiva las palabras siguientes. Nuevamente se recuerda a Jacob. Nuevamente aquel patriarca es el prototipo del Israel actual.

El huyó a Aram, así como en el año 734 Israel esperaba su felicidad de la coalición con Aram a la que él en 5, 11 llama tonta o «ridícula». El se hizo esclavo *por una mujer* (v. 13), como se destaca repetidamente; y así el presente Israel espera, con sus ritos sexuales cananeos de las «sagradas bodas», el incremento de la vida. El que conoce el lenguaje de Oseas advierte esta alusión. Frente a todo esto nos encontramos con la actuación de Dios. *Por un profeta* (v. 14) saca él a Israel de Egipto. El «por *un profeta*» se destaca dos veces como en clara antítesis con *por una mujer*. Moisés aparece por primera vez en el antiguo testamento como «profeta» (cf. sobre esto, Dt 18, 15 s). Por un profeta sacó el Señor a Israel de las consecuencias de su historia de pecado.

Pero, a la sazón, Israel *ha provocado la ira amargamente* (v. 15 a). Las expresiones del v. 15 describen el agravio y luego la difamación. Nuevamente es claro que la culpa de Israel es, en lo esencial, una culpa contra el Señor personal de Israel, que quiere su salvación, o dicho más exactamente: contra Aquel que envió a los profetas. Las voces de los mensajeros fueron desoídas porque el acierto político (v. 2), el avispado espíritu de comercio (v. 8 s) y la piadosa voluntad de realizar obras buenas (v. 12 s) se consideraron como algo más importante que la obediencia a la voz de los mensajeros. Y así se debió ver en el yo del v. 1 al que se hace el vacío por la traición a los profetas como los enviados del Dios de Israel; y especialmente se habla, en el v. 1 b, de Dios en tercera persona. Esto nos obliga a reflexionar. La culpa del pueblo de Dios queda clara siempre que los portavoces autorizados de la voluntad de Dios son despreciados o desoídos. La verdadera decisión no tiene que venir de una «palabra de Dios» supratemporal, del más allá, abstracta, sino de los testigos actuales y efectivos. «El que a vosotros oye a mí me oye», se dirá por ello, en Lc 10, 16. La profecía nos abre los ojos para que veamos que estos portavoces de Dios surgen al margen del curso oficial y que frecuentemente se ven traicionados y desoídos. Pero ese engaño que desprecia al mismo Dios se manifiesta como un engaño a sí mismos.

Esto muestran las escasas palabras de la amenaza del juicio, que enmarcan la manifestación de la culpa que se extiende ampliamente. Ellas dicen que la historia sólo sigue su curso en la dirección de las palabras proféticas. El que rehúye las palabras proféticas y, en lugar de eso, hace la corte a los denominados factores reales de poder, tales como Asur y Egipto, pacta con el viento, y ciertamente va en pos de los poderes de perdición. Todo apaño propio, toda riqueza y toda propia realización se convierten en propia desgracia.

Observemos cómo se alude en especial a este juicio. En primer lugar, debería yo hacer notar las expresiones, repetidas en el v. 3 y en el 15, para el juicio como «venganza». *Su Señor le imputará las sangres vertidas por él y le devolverá los ultrajes que le ha hecho* (v. 15 b). Esto quiere decir que en el juicio no ocurre propiamente nada nuevo. Solamente la propia acción repercute sobre el mismo que la ha realizado.

«Tropiezan por su iniquidad», denomina Oseas el comportarse de otra manera (5, 5; 14, 2). Pero no se puede hablar aquí de una esfera de acción dueña de sí misma y que opera su destino o de un contexto acción-resultado operativo en sí mismo. Se dice de una manera destacada en el v. 3, que la libre aplicación de justicia y la sanción por parte de Dios es eficaz, y en el v. 15: *su Señor* es aquel que hace que el mal vuelva a los que lo han hecho. Israel tiene que habérselas en el juicio con el yo de Dios y no con una ley de la naturaleza.

Advertir esto es extraordinariamente importante, debido a que la recta comprensión de la historia de la salvación depende de ello. Para la comprensión del juicio, debemos tener ahora en cuenta que el vigoroso recuerdo que Oseas hace del pasado no sólo pone a la luz el presente sino también el juicio como camino para el futuro.

Pero debemos volver nuevamente a los recuerdos de Jacob. En ellos se refiere Oseas, más profundamente que en ninguna otra parte, a los comienzos de Israel, más allá de los comienzos de la época de los reyes, más allá de la toma de posesión de la tierra prometida y de la época del desierto, e incluso más allá de los tiempos de Moisés. Lo esencialmente nuevo ahí es que, antes de la toma de posesión de la tierra prometida, no sólo no hubo una historia de obediencia (9, 10; 10, 11; 6, 7), y una historia del amor de elección de Dios (11, 1), sino que a los primeros principios de la historia de la salvación, que Oseas ve en la salida de Egipto (12, 10.14), precedió una historia de los padres. Pero esta historia de los padres no es, para él, en modo alguno una historia de las promesas de Dios, sino que tiene exclusivamente interés como una historia de pecados y de vergüenza, como hemos visto. Jacob aparece solamente como el prototipo del presente cargado de culpa.

Y, sin embargo, Oseas no se interesa ahí solamente por la analogía. A él le mueve un auténtico interés histórico. Ya la primera mención de Jacob en el v. 4, como engañador de su hermano y como luchador contra su Dios, nos muestra esto. Pues su continuación suena en el texto original más probable: *Pero Dios se mostró como Señor y venció* (cf. Gén 32, 25.31). No fue la culpa la que pudo determinar, de un modo igualmente independiente, el futuro. El Dios de Jacob sigue

siendo Señor sobre el que engañó. Lo mismo muestra, y casi incluso con mayor claridad, la segunda mención de Jacob en los v. 13 s, donde se contrapone intencionadamente, al vergonzoso servicio de Jacob en Aram, el servicio liberador del Señor mediante Moisés al sacar al pueblo de Egipto. De esa manera se muestra de un modo contundente en el pasado que la historia vergonzosa del pueblo ha sido superada por la actuación de Dios, y, ciertamente, por la actuación histórico-salvadora de Dios.

Las amenazas de juicio de nuestro capítulo no dejan eso claro de una manera especial en cuanto que la nueva actuación respecto al engañador actual Israel abre un nuevo futuro histórico-salvador. Solamente el v. 10 aporta una alusión: *Te haré habitar de nuevo en las tiendas como en el día del encuentro*. De todos modos se alude a ello suficientemente y, sin duda, en una doble intención. ¡Nuevamente a las tiendas! Esto significa: la interrupción de la vida en las ciudades fijas de Canaán, el fin de la época histórica de la cultura agrícola, el desmontaje total de la vida cultual presente (¡los altares se convierten en montones de escombros!) (v. 12 b) y de la vida económica con sus repercusiones en política exterior (v. 2.8 s). ¡Nuevamente al desierto! Este es un primer aspecto. El otro aparece con el recuerdo de los tiempos primitivos: *como en los días del encuentro*. De esa manera se recuerda el primer encuentro en el desierto, en el que se selló la alianza del amor (2, 5.16 s; 9, 10). Ahí se pone de relieve, aunque de una manera muy suave, el juicio como un paso hacia el futuro histórico-salvador. En el desierto no influyen ya los impedimentos para escuchar la voz del «primer marido» (2, 9).

Así, pues, el juicio significa, por una parte, que la historia del rechazo de la palabra profética se prepara a sí misma su fin. Pero no dice que con ello se haya puesto fin a la acción de Dios.

Y esto vale mucho más para la historia de la iglesia de Jesucristo, la cual debe ir de un juicio en otro, precisamente porque ella busca apoyo falso en los poderes del mundo que son como viento, que no es capaz de reconocer en la propia riqueza ninguna culpa y que piensa satisfacer a su Dios con actos piadosos. Ella debe pasar por juicios, puesto que vive al margen de las voces proféticas, que anuncian la cruz y la re-

surrección de Jesús que irrumpen en su presente. Ella debe pasar por esos juicios como iglesia, precisamente porque Dios ha amado al mundo.

Las invitaciones a una conducta correcta aparecen en nuestro caso solamente bajo mano y de la manera más clara en la primera historia de Jacob. Aquí Jacob se convierte casi en un modelo positivo. Puesto que allí Dios se mostró como Señor, él lloró y suspiró y se encontró en Betel y allí escuchó su palabra:

Tú a tu Dios retornarás.
Guarda la piedad y la justicia
y pon en Dios siempre tu esperanza (v. 7).

El que conoce el futuro como la historia libre de las acciones de Dios, se subordinará en el presente de buena gana a su palabra. El procurará descubrir la voz profética actual y no la convertirá en engaño de sí mismo. Esa voz se muestra de nuevo en cada situación a aquel que mantiene su fidelidad hasta la muerte hacia los hombres culpables y vive, como el Resucitado, por nosotros y por todo el mundo.

La rebelión contra el Salvador lleva a la muerte

Homilía sobre Oseas 13, 1-14, 1

[1]Cuando Efraím hablaba, era el terror; se levantó en Israel, pero se hizo culpable con Baal y murió. [2]Y ahora continúan pecando; de su plata se hacen obras fundidas, ídolos de su invención, obra de artífices todo ello. Y a ellos dirigen la palabra, ofrecen sacrificios. ¡Hombres dando besos a becerros! [3]Por eso serán como nube mañanera, como pasajero rocío matinal, como paja arrebatada por el viento y como humo de la chimenea. [4]Pero yo soy Yahvé, tu Dios, desde la tierra de Egipto, y no has de reconocer a Dios alguno sino a mí; fuera de mí no hay salvador. [5]Yo te conocí en el desierto en la tierra abrasada. [6]Se hartaron en sus pastos y, hartos, se ensoberbecieron, y por eso me olvidaron. [7]Yo seré, pues, para ellos como león; como pantera en el camino acecharé. [8]Me echaré sobre ellos como osa privada de sus crías, desgarraré como cachorro sus corazones, los devoraré allí como león; las fieras del campo los harán pedazos. [9]Te traigo la ruina, ¡oh Israel! y ¿quién podrá socorrerte? ¿Dónde está, pues, tu rey para salvarte en todas tus ciudades? ¿Dónde tus jueces de quienes decías: Dame rey y príncipe? [11]Yo te doy un rey en mi furor, y en mi ira te lo quito. [12]La iniquidad de Efraím está agavillada, su pecado está reservado. [13]Vendrán sobre él dolores de parto, pero será (el parto de) un hijo necio, que no sabrá ponerse al tiempo oportuno a la abertura del seno. [14]¿Los rescataré del poder del seol? ¿Los redimiré de la muerte? ¿Dónde están ¡o muerte! tus epidemias? ¿Dónde tu peste, oh seol? La compasión se oculta a mis ojos. [15]Ciertamente es fecundo entre sus hermanos, pero vendrá el solano; el viento de Yahvé subirá del desierto y secará su fuente y agotará sus manantiales; él saqueará el tesoro y todos los objetos preciosos. [14, 1]Viene sobre Samaria el castigo porque se rebeló contra su Dios. Caerán a la espada sus párvulos, serán estrellados, y sus mujeres encinta serán hendidas.

He de hacer previamente dos observaciones. La primera, sobre el texto. Las palabras literales del texto en este capítulo, al igual que en la mayor parte de los otros textos de Oseas, han sido transmitidas en muchos pasajes de un modo inseguro: por eso la traducción en dichos pasajes es discutible. Sólo cabe hacer frente a esa dificultad si se compara el texto hebreo transmitido con las más antiguas versiones, si se profundiza en la nueva investigación lexicológica y, sobre todo, si se tiene en cuenta, para encontrar el verdadero sentido, el contexto de las frases, y si se observan con atención las afirmaciones totalmente claras del mismo texto. De ahí resulta, por ejemplo, que en nuestras palabras, el v. 14 a debe considerarse como una pregunta. Toda la frase no es, como ocurre en Pablo 1 Cor 15, 55, una mofa o burla contra la muerte, sino que se trata de unas palabras de mando con las que Dios azuza a la muerte y a la ultratumba contra Israel. Las dificultades del texto en el libro de Oseas pueden depender de que las palabras pronunciadas por el profeta fueron copiadas muy rápidamente y que, ya en la primera copia del texto, que no era fácilmente legible, se deslizaron faltas o errores.

Y paso ahora a la segunda observación. ¿Cómo se explica que nosotros percibiéramos en el capítulo 11 la aparición de unas palabras salvadoras con una clara alusión a la renuncia al castigo del acusador y del juez de Israel y que nada de esto aparezca ni suene en este capítulo, así como tampoco en el capítulo 12 que precede? Solamente en el capítulo 14, volveremos a advertir unos ecos semejantes a los del capítulo 2-3. Esto depende sin duda de una primitiva fijación escrita de la predicación de Oseas. Solamente una pequeña parte ha de atribuirse a una copia o a un dictado del profeta mismo. A ella pertenece probablemente el bloque fundamental del capítulo 2-3. La mayor parte de las restantes palabras sin duda fueron anotadas por los partidarios del profeta, por lo general poco después de una intervención del mismo. Y puesto que después del capítulo 11 se encuentra un «habla Yahvé o el Señor», que todo lo cierra, para mí es probable que los capítulos 4-11 correspondan a una línea de tradición distinta de la de los capítulos 12-13. En cualquier caso, nada nos obliga a admitir que las palabras de los capítulos 12-13 hubieran sido

pronunciadas después del capítulo 11 ante el mismo círculo de oyentes. Se debe contar con ambas cosas: con que el capítulo 13 fue predicado antes que el capítulo 11 y que se dirige a otros oyentes; por otra parte, es completamente posible que el profeta, a última hora, se hubiera ceñido a unas puras palabras de juicio, si bien a él se le había confiado ya antes el conocimiento acerca de la última voluntad salvadora de Dios.

En nuestro capítulo, aparecen las sombras de la catástrofe final que se aproxima. En ninguna parte, fuera tal vez de 9, 10-17, habla Oseas con tal intensidad del destino mortal. Se tiene ante la vista la última fase de la existencia de Israel en cuanto estado. *Viene sobre Samaria el castigo... Caerán a espada sus niños, serán estrellados, y sus mujeres encinta serán hendidas* (14, 1). Aquí se contempla el destino final de la ciudad residencial, que, a partir de 725-722, fue sitiada y luego conquistada. El mismo Señor de Israel ha incitado a la muerte y a la ultratumba con correctivos, con espinos y matorrales. Estos poderes de destrucción aparecen bajo la forma del viento abrasador del desierto, con lo que se alude a los asirios que todo lo queman y arrasan. Estos sellan el destino de aquellos que seguían pensando en que se podía prosperar *entre los carrizos* (v. 15), con lo cual probablemente se alude a que, después del 727, se pensaba en la protección de Egipto —se recuerda el crecimiento de los carrizos a orillas del delta del Nilo.

Con el v. 10, se contempla con mayor exactitud la situación: *¿Dónde está, pues, tu rey para salvarte?* Esta pregunta se entiende perfectamente si Salmanasar V, al atacar a Samaria, había hecho ya prisionero al rey Oseas ben Ela (2 Re 17, 4). Es la cólera del Dios de Israel —dice Oseas— la que en otras ocasión toleró al amenazado rey, y la que ahora lo rechazó de nuevo.

La cólera de Dios se muestra de la manera más terrible en las inauditas frases con el pronombre «yo» de los v. 7-9 con sus comparaciones de fieras. El Señor se convirtió primero en un león que puede desgarrar la presa (v. 7): la imagen alude a la situación del 733 (5, 14). Entre tanto, acechaba como una pantera en el camino. Y ahora cae sobre su pueblo, que se ha olvidado de su Dios, como osa privada de sus crías, es

decir, como una fiera en el colmo de su rabia que desgarra el pecho de su enemigo y lo deja después como carroña para las fieras salvajes. De esa manera tan poco convencional, puede Oseas hablar del Dios de Israel: y de esa manera tan sarcástica acomete contra aquellos que se sienten seguros en sus actividades cultuales, tal vez dando besos a los becerros (v. 2). No debe quedar ninguna duda de la efectividad destructora de la ira de Dios.

Ya los primeros versículos revelan el motivo de esta cólera. Efraím tuvo en tiempos una importancia como conductor o jefe de otros. Pero al entregarse al dios cananeo de la fertilidad, al Baal, topó con la muerte en vez de lograr la vida esperada (cf. 4, 10). «En la muerte» se encuentra, para el pensador antiguo israelita, todo aquel que se halla en el campo de los poderes de perdición, por ejemplo, un enfermo de gravedad. Y así Israel se hallaba, ya en el 733, en el campo de la muerte. *Pero ahora continúan pecando* (v. 2 a). La fabricación de imágenes plateadas de dioses continúa a toda marcha. Con dos frases, desmitologiza Oseas este servicio religioso inútil. *Obra de artífices todo ello* (v. 2 b). En este ceremonial religioso, el hombre permanece totalmente en sí mismo. Sí, en una ridícula fertilidad destruye él su propio futuro. *Ofrecen sacrificios, dan besos a los becerros.* Esto muestra la perversidad de este culto a la fertilidad. A la imagen del animal se le abraza en plan cultual (cf. 1 Re 19, 18) y el niño primogénito que ha sido concebido en el recinto sagrado debe ser entregado de nuevo a Baal. Y así es como comienza la autoaniquilación con la apostasía del Dios que salvó del país de Egipto, junto al cual no puede haber ningún otro salvador. Unas imágenes bien patentes muestran la autodestrucción del pueblo de Dios en la idolatría: *Por eso serán como nube mañanera, como pasajero rocío matinal, como paja arrebatada por el viento y como humo de chimenea* (v. 3). Se debe observar como modelo para toda predicación el mínimum de comprensibilidad profética. Sin embargo, reflexionemos nuevamente: esta aniquilación se cierne ahora sobre Israel porque, a pesar del juicio que tuvo lugar hacía unos años, *continuaba pecando* (v. 2).

De eso se habla en otra imagen totalmente distinta, pero no menos atrevida, en los v. 12 s. Ahora se habla de una gavilla, de un montón de culpas. Ahí aparece de nuevo la historia de la última década. *Vendrán sobre él dolores de parto, pero será (el parto de) un hijo necio.* Las calamidades del pasado han perjudicado a la nueva vida. *Y no sabrá ponerse al tiempo oportuno a la abertura del seno.* Esta es la culpa amontonada del pueblo de Dios, que, a pesar de las catrástofes que vivió, no siguió la palabra anunciada.

Así, pues, en estas palabras hay un arreglo final de cuentas. Pero el lugar del que irrumpen la culpa y la desgracia es también aquí la historia de la salvación, más exactamente: el fundamental anuncio de sí mismo de Dios y su manera de salvar: v. 4-6. Pero ¿cómo se llegó a la culpa? Israel se saturó en los pastos de su Dios. Y la saciedad trajo la soberbia. Esto hizo que se abandonara al único Salvador, puesto que se pensaba que cabía ayudarse a sí mismo.

¿Debo expresar hasta qué punto es actual el ejemplo de Samaria en la iglesia de Cristo? Pienso que esto se expone claramente de dos maneras: primero, fuera de Dios, que se mostró como el único ayudador y salvador, sólo hay un camino hacia la muerte. Esto vale asimismo a propósito de Jesucristo. Los testigos del nuevo testamento dicen que todo el mundo puede encontrar en él la vida, pero que todo el que prescinde de él o se aparta de él, encontrará inevitablemente la muerte. Así es como subraya este capítulo veterotestamentario la unicidad del Dios salvador, que se mostró al mundo a través de Israel. Se entiende mal a Jesucristo si se piensa que él fundamentó seguridades comunes o corrientes. «El que permanece en mí, dará mucho fruto». «El que no permanece en mi será arrojado al fuego» (Jn 15, 5 s). Y de esa manera estamos ya en el segundo aspecto: este capítulo subraya una afirmación esencial neotestamentaria, a saber, «qué terrible cosa es caer en manos del Dios vivo» (Heb 10, 31). El destino de Samaria bajo el achicharrante viento solano y frente a la enfurecida osa a la que se arrebatan sus cachorros, puede ser el destino de los miembros de la cristiandad si se insulta al Espíritu de la gracia (Heb 10, 29). Este otro aspecto del evangelio bíblico puede reducirse a esto: el alejarse del Salvador lleva a la muerte.

El nuevo Israel

Sermón sobre Oseas 14, 2-9

[2]Vuelve, Israel, vuelve a Yahvé, tu Dios, pues has caído por tus iniquidades. [3]Buscad palabras y retornad a Yahvé, diciendo: Perdona toda iniquidad y acepta lo bueno, y pagaremos con el fruto de nuestros rediles. [4]No nos salvará Asiria. No montaremos a caballo, nunca llamaremos más «dioses nuestros» a las obras de nuestras manos, pues en ti halla compasión el huérfano.
[5]Yo curaré su rebeldía y los amaré generosamente, pues se ha apartado de ellos mi cólera. [6]Yo seré como rocío para Israel, que florecerá como lirio y extenderá sus raíces como el álamo. [7]Crecerán sus ramas y será su floración como la del olivo, y su aroma como la del incienso.
[8]Volverán a habitar bajo su sombra, creciendo como el trigo, pujando como la vida, y su fama será como la del vino del Líbano. [9]¿Qué tendrá que ver ya Efraím con los ídolos? Yo que le afligí le haré dichoso. Por mí que soy como ciprés siempre verde, recogerá él sus frutos.

Más de siete siglos antes de Cristo se pronunciaron estas palabras proféticas. Entonces el reino de Israel se hallaba en situación de muerte. La ciudad residencial de Samaria se vio sitiada, como último baluarte de la resistencia, por los poderosos asirios. Asur se preparó para asestar el golpe mortal definitivo.

Años antes ya había anunciado Oseas esta ruina en nombre de su Dios como algo inevitable. El decía más o menos: «Se cebará en sus ciudades la espada porque ha apostatado de mí» (11, 6 s). «Samaria debe hacer penitencia pues se ha

sublevado contra su Dios. Caerán a la espada sus párvulos» (14, 1). «Tropezarás por tu propia culpa» (14, 2; 5, 5).

Pero aun cuando este tropiezo es un hecho, brillan los focos de estas palabras proféticas completamente nuevas. En su núcleo principal en el que nos fijamos por última vez, se destacan las frases: *Yo curaré su rebeldía. Y los amaré generosamente* (v. 5). Amada comunidad, lo que un gran intérprete de los evangelios afirmó, eso es lo que se debe decir de las palabras proféticas pronunciadas más de siete siglos antes de Cristo: *Spirant resurrectionem,* es decir, respiran resurrección.

Yo entiendo esto en un sentido totalmente determinado. Lo que Dios pretende decir a su pueblo, a todo Israel y a todos nosotros hoy con su resurrección de Jesucristo, esto lo podemos conocer precisamente a la luz de este foco, antiguo y a la vez próximo, del profeta: *Yo curaré su rebeldía.* Nosotros habremos entendido algo fundamental de la pascua, si advertimos que la pascua ocurre principalmente para los rebeldes. Por eso, en la mañana de pascua, reciben las mujeres en el sepulcro vacío el encargo de anunciar: «Id a decir a sus discípulos y a Pedro que os precederá en Galilea. Allí le veréis» (Mc 16, 7). Pedro, que se había distanciado vergonzosamente de él, es mencionado de una manera especial. Pero también se menciona a los demás, que le habían abandonado huyendo, o bien por temor o por desilusión. La pascua está ahí para los rebeldes.

Pero no sólo para aquellos que habían emprendido su propio camino hacia Galilea o hacia otras partes, como individuos profundamente solitarios. También se incluye ahí a aquellas mujeres que no pueden alejarse de la proximidad de Jesús, las cuales, sin embargo, después del viernes santo, no tenían otra ilusión que el embalsamar y honrar a un cadáver. En efecto, de Jesús y de su Dios esperan exactamente lo mismo que los que emprenden su propio camino. También para ellas es la pascua y de esa manera también para aquellos que no esperan ya nada de Jesús y de su Dios en las duras y difíciles situaciones del mundo.

No se puede afirmar que aquellas mujeres se hallaran más firmes sobre el hecho de la pascua porque acudieron al sepulcro. El sepulcro vacío les desconcierta. ¿Se han llevado al Maestro?

Y huyen temblando del sepulcro. La fe surge únicamente cuando el que está vivo se aparece a ellas y a los discípulos. *Yo curaré su rebeldía. Y los amaré generosamente (por propio impulso).* Este doble «yo» de Dios, que se recalca doblemente en las antiguas palabras del profeta, es el que opera en la pascua. El busca a aquellos que no le buscan ya o que lo hacen como si sólo se tratara de un cadáver digno de toda veneración. Se aparece y convierte a aquellos que estaban desilusionados, llenos de miedo y que empezaban a dispersarse, en una multitud entusiasta y admirablemente animosa que no puede dejar de hablar a todos acerca de él. Ellos estaban anímicamente dispuestos de un modo totalmente distinto, pero él cura su rebeldía o falta de fe al presentarse ante ellos como el vencedor del último enemigo que es la muerte. El les cura, al asegurarles incondicionalmente su amor y su fidelidad, aunque ellos habían sido también partícipes del pecado de su crucifixión. Hoy como entonces, nadie puede anunciar ese amor si no ha sido él el que le ha comunicado su fuerza viva y su poder. El mismo atraviesa por las puertas cerradas llegando hasta nosotros y situándose en nuestro camino, aunque nosotros no le buscábamos ni le echábamos de menos. Este es el acontecimiento de la pascua que vale para todos en cualquier situación y que seguirá siendo, hasta la hora de nuestra muerte, el acontecimiento más importante de vida: nosotros, los rebeldes e incrédulos, nosotros, que no esperábamos ya nada de Jesús y de su Dios, somos buscados por su amor incondicional. El ya no nos abandona hasta habernos sanado, a nosotros que estábamos enfermos y desahuciados. El, el único que venció a la muerte.

Si hemos recibido este mensaje fundamental del alborear del amor definitivo, entonces el profeta veterotestamentario añade unas maravillosas palabras sobre la actualización viva de ese amor en los infieles y rebeldes. El aplica de una manera muy propia del antiguo testamento a su pueblo Israel, en tiempos muy lejanos a Cristo, lo que nosotros después de la pascua hemos aprendido del poder renovador del espíritu del Resucitado. Pero precisamente el lenguaje en el que Oseas se dirige a aquel pueblo desesperanzado, como mensajero de su Dios, debe ayudarnos a reconocer la actuación del Señor vivo en nosotros; en nosotros que tan poco esperábamos de él.

Y comienza con aquellas magníficas palabras: *Yo seré como rocío para Israel que florecerá como lirio* (v. 6). Esto se dice sobre todo al Israel que se está muriendo en un país desolado. Aquí hay que tener presente el estupor que sentía el antiguo habitante de Palestina ante el rocío. No se le ve caer sobre la tierra y, sin embargo, centellean sus perlas al sol de la mañana. No se sabe propiamente de dónde procede y, sin embargo, hace que, en los seis meses de la época de sequía, puedan brotar del suelo las flores más hermosas. Y así es como más tarde se canta al rocío como la fuerza de la resurrección. Revivirán tus muertos... porque rocío de luces es tu rocío, dice Is 26, 19. Aquí donde el antiguo testamento habla por primera vez de la resurrección de los muertos, menciona asimismo al rocío. Oseas dice: el Señor mismo es este rocío vivificante.

Luego se describe, con un júbilo verdaderamente pascual, cómo este Señor viviente crea un nuevo Israel y nuevos hombres: el rocío de su amor les hará echar raíces como el bosque del Líbano; ellos permanecerán firmes en la tormenta y se mantendrán verdes incluso en los tiempos de sequía. Sus ramas se extenderán de forma que, en los días calurosos, muchos encontrarán sombra a su vera. Se les ensalza como el vino estimulante del Líbano, como el mejor vino de los mejores lagares. Ellos florecerán y exhalarán aromas como el bosque del Líbano, cuyo suelo se halla cubierto de tomillos y de espliego y de otras plantas aromáticas. *Así*, dirá el nuevo testamento, son los hombres que, a partir de la pascua, son conscientes de que nada les puede separar del amor de Dios. Me parece que este lenguaje gráfico y vigoroso de Oseas es muy adecuado para nosotros los protestantes que somos tan sobrios. La iglesia oriental ha entendido mejor la pascua que nosotros. Dios no sólo proporciona el trigo y la sombra, sino que se desborda en lujo con flores y aromas y con las mejores viñas. Y el Señor de la resurrección no pretende suscitar en sus rebeldes sólo caras de mártires. «Por eso todos debemos estar *alegres*». Este es el tono que atraviesa todo el nuevo testamento. Y allí el Resucitado invierte su lujo en el nuevo testamento por lo regular no en valores materiales o de cosas, sino en sus amados hombres. Y así Oseas dice: *Yo seré como rocío para Israel, que florecerá como un lirio y extenderá sus raíces como el álamo, y será su floración como la del olivo y su aroma como el del incienso* (v. 6-7). Así son los rebeldes que se encuentran amados en la pascua: pobres que enriquecen a muchos, despreciados que alaban a Dios en mitad de la noche, moribundos que en comunión con el Crucificado se saben queridos para la resurrección.

Tened en cuenta que en la pascua sólo se trata del hombre nuevo. El que es amado de una manera incondicional y definitiva por Dios, es salvado de su propia muerte y convertido en hombre nuevo. Los corazones empedernidos recuperan la vitalidad.

A las preciosidades y suntuosidad de nuestra renovada iglesia burguesa corresponden las florituras medievales, que ahora parecen saltar de nuevo de las columnas a las brillantes bóvedas, como si trataran de recordarnos cada domingo la pascua, y que nosotros somos columnas vivientes, enraizadas como los bosques del Líbano, y asimismo producimos flores y frutos para alegría y ayuda de muchos. Sin embargo, ¿quién conoce esto? ¿Quién no es una tierra dura y seca? El Dios de Oseas no dice: *Yo soy rocío para Israel* (v. 6), sino que añade al final y no casualmente: *yo soy el árbol de la vida, en mí encuentras tus frutos* (v. 9 b). El que su amor incondicional permanezca operante en nosotros en el servicio divino, en los oficios religiosos de cada día, en el constante contacto de la oración con el vencedor sobre la muerte, es lo que únicamente hace de nosotros, apóstatas y rebeldes, nuevas creaturas.

Esto *solamente*. *Sólo* el Resucitado. El que advierte una vez esto, debe sacar las consecuencias oportunas. Ya Oseas formula mucho antes de la pascua su pregunta: *¿Qué tendrá que ver ya Efraím con los ídolos? Yo, que le afligí, le haré dichoso* (v. 9 a). Así es como despierta el amor eficaz el oído de los rebeldes. Oseas incluso comenzó sus magníficas palabras de la aparición del amor que salva a los rebeldes con una llamada de invitación: *Vuelve, Israel, vuelve a Yahvé tu Dios, pues has caído por tus iniquidades* (v. 2). No es tampoco casualidad que también la predicación que Pedro tuvo en pentecostés acerca de la resurrección fuera una llamada a la conversión. Y eso es lo que aprendieron los mensajeros de la resurrección de los profetas.

Oseas nos muestra, para terminar, que tal retorno de los rebeldes a su único Señor sólo puede consistir en unas proposiciones bien claras. *Buscad palabras y retornad a Yahvé y habladle* (v. 3 a). También saben esto los discípulos rebeldes, a saber: que no pueden presentar al Resucitado sacrificios y obras meritorias.

¿Cómo aparece la oración de pascua que Oseas nos pone en los labios? Contiene tres partes. Nosotros la deberíamos tomar a partir de hoy como ayuda para el diario contacto en la oración. En primer lugar, la súplica: *Perdona toda iniquidad y haznos bien* (v. 3 b). Literalmente eso significa: *¡Elimina toda la culpa!* Esta es la culpa de la que se dice anteriormente: *pues has caído por tus iniquidades.* Nosotros hemos de tratar de pedirle de todo corazón para que aleje nuestra desconfianza contra el poder de su amor. En segundo lugar, nos insinúa una clara afirmación: *No nos salvará Asiria* (v. 4 a). Esto es, no queremos depender del poder del mundo que trata de imponerse. *No montaremos a caballo* (los carros de combate eran, a la sazón, los más poderosos medios militares para lograr el poder), esto es, no queremos confiar en los propios medios para conseguir el poder. *Nunca más llamaremos «dioses nuestros» a las obras de nuestras manos* (v. 4 b). Así es como el Crucificado renunció a todo poder y a toda ayuda a sí mismo. Sólo a él le otorgó Dios el poder sobre la muerte. Desde la pascua, el camino del Crucificado no es un camino cualquiera que sirva de ejemplo junto a otros caminos, sino *el* acceso a la nueva vida. La clara renuncia a los otros caminos es la prueba de nuestra confianza en el poder de su amor. La tercera parte de la oración expresa la *confianza* en él: *Pues en ti halla compasión el huérfano* (v. 4 b). Que nosotros no proferimos este grito en vano, nos lo expresó de una manera válida y definitiva el acontecimiento de la pascua. El amor incondicional del Dios vivo es el único poder, al que podemos acudir realmente en este mundo nuestro. El puede eliminar de nosotros, desamparados, incluso el temor de la muerte. Pensemos en lo que nos dice: *Yo seré como rocío para Israel, que florecerá como lirio.*

¿Quién entiende las palabras proféticas?

Una reflexión para terminar, según Oseas 14, 10

¿Quién es sabio para entender estas cosas,
prudente para conocerlas?
Pues son del todo rectos los caminos de Yahvé,
por ellos van los justos,
pero los malvados resbalarán en ellos.

El libro de Oseas acaba con una pregunta desconcertante. Procede, no del profeta sino de alguno de aquellos discípulos del profeta a los que tenemos que agradecer que las palabras proféticas hayan llegado hasta nosotros.

Semejantes preguntas acerca de las posibilidaes de una recta comprensión y de una interpretación obligada fueron formuladas por los antiguos maestros de la sabiduría. Véase, por ejemplo, lo que se dice en el Eclesiastés 8, 1 y en el salmo 107, 43. No sólo se planteó esta pregunta al final del libro de Oseas, sino también se hizo en los tiempos antiguos en la predicación de Jeremías (Jer 9, 11). Pero ¿por qué se pregunta: *quién es el sabio para entender estas cosas*?

Tal vez median dos siglos entre esta pregunta y las antiguas palabras del profeta. Los tiempos cambiaron totalmente. El reino del norte, Israel, en el que apareció Oseas, había dejado de existir desde hacía ya mucho tiempo. Pero también Jerusalén tenía tras de sí la gran catástrofe del año 587. No

existía ya un estado de Judá independiente. Mientras tanto, también el dilatado imperio de Asiria, que había intranquilizado a los contemporáneos de Oseas, había visto la ruina. En lugar de los baales de los cananeos, eran otros dioses los que atacaban la fe de Israel en su Dios. Y así el gran cambio de la situación había suscitado la pregunta acerca del correcto entendimiento de las antiguas palabras.

Todo el que lee hoy el libro de Oseas entiende esta pregunta del versículo final; cualquiera a quien hoy se dirijan las palabras de Oseas puede comprenderlas. Probablemente nosotros no asentiremos de una manera tan inmediata y viva a ninguna de las frases de este libro como a esta proposición. Pero ella llama al examen propio a aquel que cree haber entendido histórica o filosóficamente. Ella quiere presentar un aspecto importante a aquel que piensa que puede dejar a un lado este libro.

Debe quedar claro si el lector es *sabio* o no sabio. El sabio llega a un conocimiento que, en sus vaivenes hacia adelante, le lleva a una estabilidad, y, de la calma, le impulsa hacia nueva dirección y a un nuevo modo de moverse. El sabio llega a un conocimiento en el que él se ve reconocido y totalmente contemplado por aquella palabra, y esto le impulsa al reconocimiento del Señor anunciado por la antigua palabra como el Señor del presente. Aquí tiene vigencia la antigua palabra de la sabiduría de que el temor del Señor es su comienzo y su pieza capital (Prov 1, 7; 9.10; Sal 111, 10).

Y como el discípulo del profeta piensa así, por eso añadió a su pregunta otra nueva sentencia de enseñanza. El habla de los *caminos del Señor*. Con esta alusión apunta a la correcta comprensión e inteligencia de la sabiduría. Pues la palabra profética debe correr parejas con *los caminos del Señor*. No debe comprenderla ni como una palabra pasada, simplemente histórica, ni de una manera filosófica entenderla mal como una palabra supratemporal. Esta historia llega al oyente como camino del Señor en la palabra transmitida por el profeta. Ya después de dos siglos, nuestro escritor observa que los acontecimientos siguen su curso en la dirección de las palabras de Oseas. Los que rechazaron la palabra caminaron a la ruina, los que se amoldaron a esa palabra encontraron de

esa manera su camino hacia adelante en medio de catástrofes. *Pues los caminos del Señor son rectos.*

Hay que observar que la expresión *caminos del Señor,* en el lenguaje de estas palabras finales, significa casi lo mismo que «palabras del Señor». Esto nos lo enseña el único pasaje en el que el antiguo testamento habla una vez más en plural de los «caminos del Señor» (Sal 18, 22), pero también la manera como mencionan en el Dt (8, 6; 10, 12; 31, 29 y en otros pasajes) los «caminos del Señor». La palabra lleva a un camino que tiene futuro. Pues la palabra pasada ilumina el presente y da testimonio del Señor del futuro.

La pregunta que el antiguo transmisor de las palabras de Oseas lanza de nuevo en el antiguo testamento, junto con su respuesta, es actual. Nuevos nombres, nuevo poderes, nuevos dioses aparecieron. Pero en la plenitud de esos nuevos nombres, se halla uno sobre los demás: Jesús de Nazaret. Pues con él se convirtieron los *caminos del Señor,* en la Palabra para todo el mundo. Con él se convirtió la palabra de Dios a Israel en camino para todo el mundo. Por él, fueron invitados el oriente y el occidente, el norte y el sur a la mesa de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Aquí «se ha hecho para nosotros sabiduría» (1 Cor 1, 30). En esa sabiduría le reconocemos a él como al Cristo del Señor, a la luz de las palabras proféticas. Y en esa sabiduría reconocemos la palabra profética como la orientación ejemplar para nuestro camino hacia su futuro. Y puesto que ambas cosas ocurren en nuestro tiempo, pueden las palabras de Oseas ser predicadas como ayuda y orientación.

Traducción y clasificación del libro de Oseas

La siguiente traducción del libro de Oseas procede del texto originario hebreo, que frecuentemente se presenta muy difícil. Cuando nos alejamos del texto transmitido, no lo señalamos de una manera especial. Cuando esto ocurre, sólo lo hacemos por motivos convincentes, que el lector que conoce idiomas puede examinar en las anotaciones de crítica textual de mi comentario más amplio (*Biblischer Kommentar* XIV/1, Neukirchen [3]1976).

La forma poética de las palabras de Oseas debe quedar reflejada en cuanto sea posible.

En tipos normales de imprenta encontrará el lector todo lo que muy probablemente se remonta inmediatamente al mismo Oseas (cf. su «yo» en 3, 1), donde debe quedar claro si el mismo Oseas lo escribió o si la copia hay que atribuirla a un círculo de discípulos (cf. Is 8, 16; Jer 36). La modalidad específica de muchas de sus normas de redactar, sobre todo en el cap. 4-14, se ha hecho para mí sumamente inteligible, si consideramos que aparecen como esbozos de entradas en escena después del proceso de anuncio y de discusión (cf. *Bibl. Komm.* XIV/1, págs. XXV, y en otros muchos lugares).

En *tipos de cursiva* aparecen aquellas palabras que probablemente fueron elaboradas y transmitidas en una segunda

fase por los discípulos contemporáneos del profeta; en ellas frecuentemente es difícil diferenciar en cada caso si se han tomado palabras transmitidas oralmente de Oseas, tomadas casi a la letra, o si se han expuesto ampliándolas y como discutiéndolas o examinándolas.

Los tipos menores dan a conocer la redacción final de las tradiciones de Oseas y las añadiduras posteriores: ellas muestran cómo fueron transmitidas y explican las palabras del profeta a los oyentes, sobre todo en los siglos VII y VI y, en casos especiales, también más tarde.

Título del libro
(1, 1)

1 Palabra de Yahvé dirigida a Oseas, hijo de Beeri, en tiempos de Ozías, Joatán, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, y en tiempos de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel.

La familia del profeta como signo amenazador de Dios
(1, 2-9)

2 *Comienzo del hablar de Yahvé en Oseas:*
Dijo Yahvé a Oseas:
Ve y toma por mujer a una prostituta
y engendra hijos de prostitución,
pues que se prostituye la tierra,
apartándose de Yahvé.
3 *Fue, pues, y tomó por mujer a Gomer,* **hija de Diblayim,**
que concibió y le parió un hijo.
4 *Y le dijo Yahvé:*
Ponle por nombre Jezrael,
porque de aquí a poco
visitaré yo las matanzas de Jezrael
sobre la casa de Jehú
y pondré fin al reino
de la casa de Israel.

5 *Aquel día romperé yo el arco de Israel*
en el valle de Jezrael.
6 *Concibió ella de nuevo y parió una hija*
y Yahvé dijo a Oseas:
Dale el nombre de Lo-Rujamá (Sin-Misericordia),
porque ya no me compadeceré
de la casa de Israel,
no la perdonaré jamás.

7 Pero tendré misericordia de la casa de Judá y los salvaré por Yahvé, Dios; no los salvaré con arco, ni con espada, ni con guerra, ni con caballos, ni con jinetes.

8 *Luego de destetar a Lo-Rujamá, volvió a concebir y parió un hijo.*
9 *Y dijo Yahvé:*
Llámalo Lo-Ammi (No-mi-pueblo)
porque vosotros no sois mi pueblo
y yo no soy vuestro Dios.

El gran día de Jezrael
(2, 1-3)

1 *Y será la muchedumbre de los hijos de Israel como las arenas del mar*
que son sin medida y sin número
y en el lugar mismo en que se les dijo: «Vosotros no sois mi pueblo»
se dirá de ellos: «Los hijos de Dios vivo».
2 *Los hijos de Judá y los hijos de Israel se juntarán en uno*
y se darán un jefe único
y se desbordarán de la tierra,
pues será grande el día de Jezrael.
3 *Decid, pues, a vuestro hermano, Ammi (mi pueblo)*
y a vuestra hermana, Rujamá (Misericordia).

Conducta contra la falta de fidelidad
(2, 4-17)

4 Protestad de vuestra madre,
porque ni ella es mi mujer
ni yo soy su marido.

Que aleje de su rostro sus fornicaciones
y de entre sus pechos sus prostituciones,
5no sea que yo la despoje,
y, desnuda, la ponga como en el día en que nació,
y la convierta en desierto,
en tierra árida,
y la haga morir de sed.
6Y no tendré piedad de sus hijos,
porque son hijos de prostitución.
7Su madre se prostituyó,
la que los concibió se deshonró y dijo:
Me iré tras mis amantes,
que ellos me dan mi pan y mi agua,
mi lana y mi lino,
mi aceite y mi bebida.
8Por eso voy a cercar sus caminos con zarzas
y a alzar un muro para que no pueda ya hallar sus sendas.
9Irá en seguimiento de sus amantes,
pero no los alcanzará;
los buscará,
pero no los hallará,
y se dirá:
«Voy a volverme con mi primer marido,
pues mejor me iba entonces que me va ahora».
10No ha querido reconocer
que yo era quien le daba
el trigo, el mosto y el aceite,
y la plata que yo pródigamente le di,
igual que el oro,
se lo consagró a Baal.
11Por eso voy a recobrar mi trigo a su tiempo
y mi mosto a su sazón,
y me tomaré mi lana y mi lino,
que habían de cubrir su desnudez,
12y voy a descubrir sus vergüenzas
a los ojos de sus amantes.
Nadie la librará de mi mano.
13Haré cesar todas sus alegrías,
sus fiestas, sus novilunios, sus sábados
y todas sus solemnidades.

14Talaré sus viñas y sus higuerales de los que decía:
«Es el salario
que mis amantes me dan».
La reduciré a un matorral
y la devorarán las bestias del campo.
15La castigaré por los días en que incensaba a los baales
y adornándose con sus anillos y sus collares,
se iba con sus amantes
y me olvidaba a mí, dice Yahvé.
16Así la atraeré
y la llevaré al desierto
y le hablaré al corazón,
y fuera ya de allí,
17yo le daré sus viñas
y el valle de Acor como puerta de esperanza,
y allí cantará como cantaba los días de su juventud,
como en los días en que subió de la tierra de Egipto.

El día de la nueva alianza
(2, 18-25)

18*Entonces, dice Yahvé,*
me llamará Ishí (mi marido),
no me llamará Baalí (mi Baal).
19*Quitaré de su boca los nombres de los baales,*
para que no vuelva nunca a mencionarlos.
20*En aquel día haré en favor de ellos concierto*
con las bestias del campo, con las aves del cielo y con los reptiles de la tierra,
y quebraré en la tierra arco, espada y guerra
21*y haré que reposen seguros.*
Seré tu esposo para siempre
y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en misericordia y en piedades,
22*y seré tu esposo en fidelidad*
y tú reconocerás a Yahvé.
23*Y aquel día yo seré propicio, dice Yahvé,*
a los cielos,
y los cielos serán propicios a la tierra:

24 *la tierra, propicia al trigo, al mosto y al aceite*
y éstos propicios a Jezrael.
25 *Yo sembraré en la tierra para mí*
y me complaceré de Lo-Rujamá (Sin-Misericordia)
y diré a Lo-Amí (No-mi-pueblo) «tú eres mi pueblo»
y él responderá: «Tú mi Dios».

Cómo ejerce Yahvé el amor
(3, 1-5)

1 Díjome Yahvé:
Ve otra vez y ama a una mujer
amante de otro y adúltera;
amala como ama Yahvé a los hijos de Israel,
a pesar de que se van tras otros dioses
y se deleitan con las tortas de pasas.
2 La compré por quince siclos de plata,
un jómer de cebada y un letej de vino.
3 Díjele:
Has de estarte reservada para mí mucho tiempo,
no te prostituirás, no te entregues a hombre alguno;
también yo me reservaré para ti,
4 porque mucho tiempo han de estar los hijos de Israel sin rey,
sin jefe,
sin sacrificio y sin cipos,
sin efod y sin terafim.
5 Luego volverán los hijos de Israel
y buscarán a Yahvé, su Dios y a David, su rey,
Y se apresurarán a venir temerosos a Yahvé y a su bondad
al fin de los días.

Pleito entre Yahvé e Israel
(4, 1-3)

1 Oíd la palabra de Yahvé, hijos de Israel,
que va a querellarse Yahvé con los habitantes del país,
porque no existe ni fidelidad, ni amor, ni conocimiento de
Dios en el país.
2 Perjuran, mienten, asesinan, roban, adulteran,
oprimen y las sangres suceden a las sangres.

3 Por eso está de luto el país
y desfallecen cuantos en él moran;
aun las bestias salvajes y las aves del cielo,
y hasta los peces del mar perecerán.

Espíritu de prostitución en el servicio divino
(4, 4-19)

4 Pero nadie protesta, nadie reprende.
También contra vosotros me querello, oh sacerdotes,
5 tropezarás en pleno día,
y contigo tropezará también el profeta de noche,
perecerá tu madre.
6 Perece mi pueblo por falta de conocimiento;
por haber rechazado tú el conocimiento,
te rechazaré yo a ti de mi sacerdocio.
Por haber olvidado tú la ley de tu Dios,
yo me olvidaré también de tus hijos.
7 Cuantos son ellos, tantos fueron sus pecados contra mí;
trocaron su gloria por la ignominia.
8 Se alimentan de los pecados de mi pueblo
y codician sus iniquidades.
9 *Y lo que del pueblo será, eso será también del sacerdote.*
Yo los castigaré según sus caminos
y los retribuiré según sus obras.
10 Comerán y no se saciarán,
fornicarán y no se multiplicarán,
porque se obstinaron en abandonar a Yahvé.
11 Fornicación, vino y mosto quitan el juicio.
12 Mi pueblo pregunta al leño
y su bastón le hace revelaciones,
porque el espíritu de fornicación le ha descarriado
y fornicarán alejándose de su Dios.
13 Ofrecen sacrificios en las cimas de los montes,
y en los collados queman incienso
bajo la encina, bajo los álamos, bajo los terebintos
de grata sombra.
14 Por eso se prostituyen vuestras hijas,
y adulteran vuestras nueras,
porque ellos mismos se van aparte con rameras,

y con las hieródulas ofrecen sacrificios,
y el pueblo por no entender, perecerá.
15Si tú, Israel, te prostituyes,
que al menos no se haga culpable Judá.
No vayáis a Guilgal
no subáis a Bet-Awen
y no juréis (diciendo): ¡Vive Yahvé!
16Porque, como novilla cerril, es cerril Israel: por eso en ade-
lante los apacentará Yahvé, como a oveja en lugar amplio.
17Efraím se ha adherido a los ídolos; déjale. 18Su vino se les
ha subido (a la cabeza), se han dado a la fornicación: a la glo-
ria de Yahvé han preferido la ignominia. 19Arrebataráles el
viento en sus alas y se avergonzará de sus sacrificios.

El educador de los impenitentes
(5, 1-7)

1¡Oíd esto, sacerdotes!
¡Escucha, casa de Israel!
¡Presta oído, casa del rey!,
que es contra vosotros la sentencia,
pues habéis venido a ser lazo para Mispá
y una red tendida en el Tabor.
2Los perseguidores llevaron la perversidad al extremo,
pero yo los castigaré a todos ellos.
Yo conozco a Efraím,
e Israel no se me oculta.
3Pues ahora te has prostituido, Efraím;
se ha contaminado Israel.
4No dirigen sus obras
a volver hacia Dios,
porque un espíritu de fornicación hay en su interior
y desconocen a Yahvé.
5La arrogancia le sale a Israel a la cara,
pero tropezarán Israel y Efraím en su iniquidad
y con ellos tropezará también Judá.
6Con sus ovejas y sus vacadas
irán en busca de Yahvé,
pero no le hallarán,
porque Yahvé se ha retirado de ellos.

7Han hecho traición a Yahvé,
engendrando hijos extraños.
Ahora un conquistador los devorará con sus campos.

¿Conversión en la ruina?
(5, 8-7, 16)

¡Tocad la bocina en Guibá!
8¡Tocad la trompeta en Ramá!
¡Sonad alarmas en Bet-Awen!
9¡Benjamín está aterrado!
Efraím será campo de devastación
el día del castigo;
en las tribus de Israel
anunció cosas ciertas.
10Los príncipes de Judá
se han hecho como los que mudan los linderos;
sobre ellos derramaré mi ira
como agua.
11Efraím está oprimido,
conculcado el derecho,
porque se esfuerza en seguir la regla.
12Yo seré, pues, como polilla para Efraím,
y como carcoma para la casa de Judá.
13Efraím ve su debilidad,
y ve Judá su llaga.
Y Efraím se vuelve a Asiria,
y mandó embajadores al rey grande,
pero no podrá curaros
ni sanar la llaga.
14Porque yo seré como león para Efraím
y como cachorro de león para la casa de Judá.
Yo, yo mismo tomaré la presa y me iré;
yo la arrebataré y nadie la salvará.
15Me iré, mas volveré a mi lugar
hasta que hayan expiado su pecado
y busquen mi rostro.
En su angustia ya me buscarán.
6, 1En su angustia me buscarán (diciendo):
Venid y volvamos a Yahvé;

él nos curará;
él hiró, él nos vendará. [2]El nos dará la vida
en dos días y al tercero nos levantará
y viviremos ante él.
[3]Reconozcamos y apresurémonos
a conocer a Yahvé.
Como aurora está aparejada su aparición;
vendrá como lluvia impetuosa,
como lluvia primaveral que riega la tierra.
[4]¿Qué voy a hacer de ti, Efraím?
¿Qué voy a hacer de ti, Judá?
Vuestra piedad es como lluvia mañanera,
como rocío matinal, pasajero.
[5]Por eso yo los he tajado por medio de los **profetas,**
los he matado por las palabras de mi boca
y mis juicios han brotado como la luz.
[6]Pues prefiero la misericordia al sacrificio
y el conocimiento de Dios al holocausto.
[7]Pero ellos, como hombres, violaron la **alianza,**
obraron pérfidamente contra mí.
[8]¡Galaad, ciudad de malhechores,
de sangrientas huellas;
[9]tú, cuya fuerza son los bandidos,
si asesinaras a esa banda de sacer**dotes**
a lo largo del camino de Siquem,
porque obran criminalmente!
[10]Espantoso es lo que he visto en **la casa de Israel.**
Allí se prostituye Efraím,
allí se contamina Israel.
Pero en ti, ¡oh Judá!, injertaré yo una **rama**
cuando haga volver de la cautividad a **mi pueblo.**
7.[1]Cuando yo quería sanar a Israel,
se ha revelado la iniquidad de Efraím
y la perversidad de Samaria;
obra fraudulentamente;
entra el ladrón dentro,
y fuera hace sus correrías el bandido.
[2]No reflexionan en su corazón
que yo tengo presente su maldad;

ahora sus obras les rodean
y están patentes ante mí.
[3]Regocijan al rey con sus malicias,
y con sus mentiras a los príncipes,
[4]mientras que todos respiraban furor,
como horno a punto de abrasar la **hornada.**
Cesa el hornero de enrojar
mientras se amasa y fermenta lo amasado.
[5]Ya el día mismo de «nuestro rey» comienzan los príncipes
a encenderse por el vino,
mezclados en compañía de bandidos.
[6]Pues como horno ardieron sus corazones en intrigas;
su furor ha descansado durante la noche,
pero a la mañana como llama de fuego.
[7]Todos se encendieron como horno
y devoraron a sus jueces.
Todos sus reyes sucumbieron,
pero nadie de entre ellos clamó a mí.
[8]Efraím se aceita de las gentes,
es como torta a que no se dio vuelta.
[9]Los extraños devoran su sustancia,
sin que él se dé cuenta;
ya tiene canas,
y no se ha apercibido.
[10]*A Israel le sale a la cara su arrogancia*
y no se vuelven a Yahvé, su Dios,
y, *con todo esto,* no le han buscado.
[11]Efraím se ha tornado en paloma est**úpida,**
sin juicio;
acuden a Egipto,
se dirigen a Asiria.
[12]Tan pronto como **vayan,**
yo les tenderé mi red
y los haré caer en ella como aves del cielo.
Yo los castigaré según lo decretado contra sus mald**ades.**
[13]¡Ay de ellos por haberse apartado de mí!
¡Ruina sobre ellos por haberse rebelado contra **mí!**
Yo los salvaba y ellos me mentían.
[14]No me invocan de corazón,
sino que ululan sobre sus almohadillas;

por el grano y por el mosto se hacen incisiones.
Son rebeldes contra mí.
15 Yo los eduqué y fortalecí sus brazos,
pero maquinaban contra mí.
16 Se vuelven hacia los que nada sirven;
se han convertido en arco engañoso.
Sus príncipes caerán a la espada
por sus insolentes bravatas:
es decir, serán la irrisión en la tierra de Egipto.

Una semilla de viento
(8, 1-14)

1 ¡Emboca la trompeta!
Como buitre se abate sobre la casa de Israel
por haber quebrantado mi alianza
y haber prevaricado contra mi ley.
2 Clamarán a mí:
¡«Dios mío»! Pero te conocemos, Israel.
3 Israel ha rechazado el bien
y el enemigo le perseguirá.
4 Se dieron reyes, pero no elegidos por mí;
constituyeron príncipes sin yo saberlo;
de su oro y su plata se hicieron ídolos,
5 mas para su perdición.
Yo rechazo tu becerro, Samaria;
mi furor se ha encendido contra ellos.
¿Hasta cuándo no lograrán purificarse?
6 Porque de Israel son,
son obra de artífice,
no son de Dios,
y será llevado cautivo el día de Yahvé
el becerro de Samaria.
7 Pues siembran vientos,
recogerán tempestades.
La espiga no dará fruto
ni formará harina,
y si algunas la dieren,
las devorará el extranjero.
8 Devorado será Israel;

ahora ha sido considerado entre las naciones
como vaso del que no se hace aprecio.
9 Por ellos subieron a Asiria.
El onagro busca estar solo,
Efraím se entregó a los amantes.
10 Aunque sean entregados a las naciones,
al presente los guardo reunidos
para que sufran algún tiempo
la carga del rey y de los príncipes.
11 Efraím ha multiplicado sus altares
para pecar; sólo para pecar le han servido.
12 Escribí para él las palabras de mi ley,
pero las tienen por palabras de extranjeros.
13 ¡Aman los sacrificios, que sacrifiquen!
¡(Aman) la carne, que la coman!
Yahvé no se agrada de ellos.
Ahora se acordará de sus iniquidades
y castigará sus pecados.
Volverán a Egipto.
14 *Israel se olvidó de su Hacedor*
y construyó palacios;
Judá multiplicó sus ciudades fuertes,
pero yo daré sus ciudades al fuego,
que devorará sus palacios.

El final de las alegrías festivas
(9, 1-9)

1 No te goces, Israel:
No te regocijes como las gentes,
porque has fornicado fuera de tu Dios.
Fuiste en busca del salario
sobre toda era de trigo.
2 Pero la era y el lagar los desconocerán,
y el mosto les defraudará.
3 No quedarán en la tierra de Yahvé,
sino que Efraím volverá a Egipto,
y en Asiria comerán manjares inmundos.
4 No harán más a Yahvé libaciones de vino,
ni le presentarán sus sacrificios;

su pan será pan de duelo;
cuantos lo coman se contaminarán,
porque su pan será para ellos mismos,
no entrarán en la casa de Yahvé.
5¿Qué haréis en el día de la asamblea,
en el día de la fiesta de Yahvé?
6Porque he aquí que se han marchado de la (tierra) devastada,
y Egipto los reunirá.
Menfis los sepultará.
Sus preciosidades de plata
las heredarán las ortigas,
los cardos (heredarán) sus tiendas.
7Llegaron los días del castigo,
llegaron los días de la paga.
Clama Israel:
«El profeta es un insensato,
presa de delirio el hombre del espíritu».
A la enormidad de tu iniquidad,
se añade la enormidad de la persecución.
8El profeta centinela de Efraím, en unión con su Dios,
(halla) en todos los caminos el lazo del cazador
y la persecución en la casa de su Dios.
9Profundamente se corrompieron
como en los días de Guibá.
El se acordará de su iniquidad
y castigará sus pecados.

Magnificencia
(9, 10-17)

10Como uvas en el desierto
hallé yo a Israel,
como brevas en la higuera en su principio
contemplé a vuestros padres,
los cuales, llegados a Baal-Peor,
se consagraron a la infamia
y se hicieron abominables como lo que amaron.
11Se volará como pájaro la gloria de Efraím,
y no habrá ya ni parto, ni maternidad, ni embarazo.

12Si crían hijos,
los despojaré de ellos, privándolos de hombres
y ¡ay de ellos
cuando yo me aleje de ellos!
13Efraím, yo lo he visto,
ha hecho de sus hijos presa de caza,
y Efraím sacará sus hijos
para el asesinato.
14Dales, ¡oh Yahvé!...
¿Qué les he de dar?
Dales entrañas estériles y senos enjutos.
15Toda su perversidad está en Guilgal;
allí los aborrecí.
Por la perversidad de sus obras
los arrojé de mi casa,
no volveré a amarlos.
Todos sus príncipes son rebeldes.
16Efraím está herido;
su raíz está seca,
no dará fruto;
aunque parieren,
haré morir a los tesoros de su seno.
17Los rechazará mi Dios
por no haberle escuchado
e irán errantes entre las gentes.

Los altares destruidos
(10, 1-8)

1Israel es una viña frondosa
que da fruto proporcionado;
pero a medida de la abundancia de su fruto
hizo multiplicar sus altares,
y a la medida de la riqueza de su tierra,
hizo ricos a sus cipos.
2Su corazón es mendaz,
y ahora pagarán sus culpas;
él quebrará sus altares
y demolerá sus cipos.

3 Que si dice ahora:
«No tengo rey,
porque no hemos temido a Yahvé,
y el rey, ¿qué haría por nosotros?».
4 Pronuncian discursos,
juran en falso,
contraen alianzas,
pero el juicio (condenatorio)
germinará como planta venenosa
en los surcos del campo.
5 Los moradores de Samaria están llenos de temor
por el becerro de Bet-Awen;
su pueblo está en duelo,
y sus sacerdotes se lamentan por él, por su gloria,
que ha emigrado lejos de él.
6 Hasta él mismo será llevado a Asiria
como presente para el gran rey;
Efraím cosechará la vergüenza
e Israel se cubrirá de deshonor por sus consejos.
7 Se acabó Samaria.
Su rey es como espuma sobre la superficie de las aguas.
8 Destruidos serán los altos de la impiedad, el pecado de Israel.
Las zarzas y los abrojos treparán sobre sus altares.
Dirán a los montes: «¡Cubridnos!»
y a los collados: «¡Caed sobre nosotros!».

La guerra, fruto de la falsa confianza
(10, 9-15)

9 Has pecado, Israel
desde los días de Guibá.
Allí permanecieron:
¿No les va alcanzar
la guerra de Guibá
a los hijos de la iniquidad?
10 Yo iré a castigarlos;
los pueblos se reunirán contra ellos
por un común compromiso a causa de su doble crimen.
11 Efraím es una novilla domesticada,
que gusta de trillar;

pero yo domaré con el yugo
el vigor de su cerviz;
yo unciré a Efraím;
Judá tirará del arado,
Jacob tendrá que rastrillar.
12 Sembrad en justicia,
cosechad en misericordia,
roturad vuestro barbecho,
pues es tiempo de buscar a Yahvé
hasta que venga
y os enseñe la justicia.
12 Habéis cosechado iniquidad
y habéis comido fruto de mentira.
Porque confiaste en tus carros,
en la muchedumbre de tus guerreros,
14 se alzará alboroto en tu pueblo,
y todas tus fortalezas serán destruidas,
como destruyó Salmán a Bet-Arbel
en el día del combate,
cuando fue estrellada la madre con sus hijos.
15 Así haré de vosotros, casa de Israel,
por vuestra perversa maldad.
Al alba será totalmente arruinado
el rey de Israel.

Consecuencias del amor
(11, 1-11)

1 Cuando Israel era niño, yo le amé,
y de Egipto llamé a mi hijo.
2 Cuanto más se les llama,
más se alejan.
Ofrecen sacrificios a los baales
e incienso a los ídolos.
3 Yo enseñé a andar a Efraím,
lo levanté en mis brazos,
pero no reconoció mis desvelos
por curarle.
4 Los atraje con ligaduras humanas,
con lazos de amor.

Fui para ellos
como quien alza a una criatura contra su mejilla,
y me bajaba hasta ella
para darle de comer.
5Pero se volverá a Egipto,
y Asiria será su rey,
porque rehusó convertirse.
6Se cebará en sus ciudades la espada,
exterminará a sus hijos
y los consumirá por sus consejos.
7Los de mi pueblo serán colgados junto a sus moradas,
junto a los que suben a sus ciudades
y no habrá quien los levante.
¿Cómo te he de entregar, Efraím?
8¿Cómo he de abandonarte, Israel?
¿Cómo voy a reducirte a lo de Admá?
¿Cómo voy a ponerte como a Seboím?
Mi corazón se ha vuelto contra mí,
a una se han conmovido mis entrañas.
9No llevaré a efecto el ardor de mi cólera,
no volveré a destruir a Efraím,
porque soy Dios
y no un hombre,
soy santo en medio de ti
y no me complazco en destruir.
10*Irán en pos de Yahvé,*
que rugirá como león,
porque rugirá él
y se precipitarán sus hijos desde el occidente.
11Y acudirán presurosos desde Egipto como pájaros,
y de Asiria como palomas
y los haré habitar en sus casas,
—oráculo de Yahvé—.

Traición de las palabras proféticas
(12, 1-15)

1Efraím me envuelve en la mentira
y la casa de Israel en el fraude.
Y Judá es un testigo traidor a Dios,
pero fiel a las hieródulas.

2Efraím se apacienta de viento
y persigue al viento solano, cada día
multiplica la falsedad y la frivolidad;
hace alianza con Asiria
y lleva el aceite a Egipto.
3Yahvé se querella contra Efraím,
y tratará a Jacob según lo que merece
y le retribuirá según sus obras.
4En el seno suplantó a su hermano
y en su vigor luchó con Dios.
5Luchó con el ángel y le venció,
lloró y suplicó gracia.
En Bel-El le halló,
y allí habló con nosotros.
6Yahvé es el Dios de los ejércitos
Yahvé es su nombre.
7Tú a tu Dios retornarás.
Guarda la piedad y la justicia
y pon siempre en Dios tu esperanza.
8Mercader en cuya mano hay balanza engañosa,
amigo de hacer violencia.
9Efraím dice: Me he enriquecido,
he encontrado riquezas;
en todas mis ganancias no se hallará culpa que haya cometido.
10Pues yo soy Yahvé, tu Dios,
desde la tierra de Egipto;
aún te haré habitar en las tiendas
como en los días de asamblea.
11Y yo hablé por los profetas,
yo multipliqué la visión
y por los profetas propuse parábolas.
12Si Galaad es vanidad,
ciertamente son nada;
sacrifican sus bueyes en Guilgal;
majanos de piedra serán sus altares
sobre los surcos del campo.
13Jacob huyó a la tierra de Aram
y sirvió Israel por una mujer,
y por una mujer apacentó ganados.

14Yahvé sacó a Israel de Egipto
por mano de un profeta,
y por un profeta fue guardado.
Efraím ha provocado la ira amargamente.
15Su Señor le imputará las sangres vertidas por él
y le devolverá los ultrajes que le ha hecho.

La rebelión contra el Salvador lleva a la muerte (13, 1-14, 1)

1Cuando Efraím hablaba, era el terror;
se levantó en Israel,
pero se hizo culpable con Baal y murió.
2Y ahora continúan pecando;
de su plata se hacen obras fundidas,
ídolos de su invención,
obra de artífices todo ello.
2Y a ellos dirigen la palabra,
ofrecen sacrificios.
¡Hombres dando besos a los becerros!
3Por eso serán como nube mañanera,
como pasajero rocío matinal,
como paja arrebatada por el viento
y como humo de la chimenea.
4Pero yo soy Yahvé, tu Dios,
desde la tierra de Egipto,
y no has de reconocer a Dios alguno sino a mí;
fuera de mí no hay salvador.
5Yo te conocí en el desierto,
en la tierra abrasada.
6Se hartaron en sus pastos
y, hartos, se ensoberbecieron,
y por ese me olvidaron.
7Yo seré, pues, para ellos como león;
como pantera en el camino acecharé.
8Me echaré sobre ellos como osa privada de sus crías,
desgarraré como cachorro sus corazones,
los devoraré allí como león,
las fieras del campo los harán pedazos.
9Te traigo la ruina, ¡oh Israel!,
y ¿quién podrá socorrerte?

10¿Dónde está, pues, tu rey para salvarte
en todas tus ciudades?
¿Dónde tus jueces, de quienes decías:
«Dame rey y príncipes»?
11Yo te doy un rey en mi furor,
y en mi ira te lo quito.
12La iniquidad de Efraím está agavillada,
su pecado está reservado.
13Vendrán sobre él dolores de parto,
pero será [el parto] de un hijo necio,
que no sabrá ponerse al tiempo oportuno
a la abertura del seno.
14Los rescataré del poder del seol?
¿Los redimiré de la muerte?
¿Dónde están, oh muerte, tus epidemias?
¿Dónde tu peste, oh seol?
La compasión se oculta a mis ojos.
15Ciertamente es fecundo entre sus hermanos;
pero vendrá el solano;
el viento de Yahvé subirá del desierto
y secará su fuente
y agotará sus manantiales;
él saqueará el tesoro
y todos los objetos preciosos.
14. 1Viene sobre Samaria el castigo
porque se rebeló contra su Dios.
Caerán a la espada los párvulos,
serán estrellados,
y sus mujeres encinta serán hendidas.

Salvación del amor libre (14, 2-9)

2Vuelve, Israel, vuelve a Yahvé, tu Dios,
pues has caído por tus iniquidades.
3Buscad palabras y retornad a Yahvé,
diciendo:
Perdona toda iniquidad y acepta lo bueno,
y pagaremos con el fruto de nuestros rediles.

4 No nos salvará Asiria.
No montaremos a caballo,
nunca más llamaremos «dioses nuestros»
a las obras de nuestras manos,
pues en ti halla la compasión el huérfano.
5 Yo curaré su rebeldía
y lo amaré generosamente,
pues se ha apartado de ellos mi cólera.
6 Yo seré como rocío para Israel,
que florecerá como lirio
y extenderá sus raíces como el álamo
7 Crecerán sus ramas,
y será su floración como la del olivo,
y su aroma como la del incienso.
8 Volverán a habitar bajo su sombra,
creciendo como el trigo,
pujando como la vid,
y su fama será como la del vino del Líbano.
9 ¿Qué tendrá que ver ya Efraím con los ídolos?
Yo, que le afligí, le haré dichoso.
Por mí, que soy como ciprés siempre verde,
recogerá él sus frutos.

Palabras finales del transmisor (14, 10)

¿Quién es sabio para entender estas cosas,
prudente para conocerlas?
Pues son del todo rectos los caminos de Yahvé,
por ellos van los justos,
pero los malvados resbalarán en ellos.

90. **Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el NT**
por **A. Vanhoye**

88. **Jesús sí. La iglesia también**
por **R. Blázquez**

87. **Palabra de amor**
por **X. Pikaza**

85. **Venga tu reino**
Consejo ecuménico de las iglesias

84. **Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos III**
por **A. Pronzato**

83. **Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos II**
por **A. Pronzato**

82. **Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos I**
por **A. Pronzato**

EDICIONES SIGUEME

***Oseas hoy. Las bodas de la ramera.* ¡Extraño título! ¿Se nos ofrece tal vez aquí una novela escabrosa? De ninguna manera. Más bien se presenta de la manera más exacta posible lo que el profeta Oseas tiene que decir al hombre de hoy. Oseas siente celo por las vidas de quienes se hallan arrasados por la codicia, por sus impulsos y pasiones. Para los hombres de hoy, puede ser importante el descubrir de nuevo a Oseas. Se descubrirá el curioso cambio del hombre debido al más curioso cambio de Dios. De esa manera podremos darnos cuenta del camino maravilloso que va desde la miseria de la ramera a sus bodas. ¿Quién es sabio para entender estas cosas, prudente para comprenderlas?**